



Tur bou len cias

WHITNEY
G.

Phoebe

WHITNEY
G.

Tur bou len cias

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Turbulence*

Primera edición: noviembre de 2017

Copyright © 2014 by Whitney G. Williams

This work was negotiated by Bookcase Literary Agency on behalf of Brower Literary & Management, Inc.

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2017

© de esta edición: 2017, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-49-0

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Este es para ti. Solo para ti.

Turbulencia (n): Calidad o estado de desorden violento o conmoción.

1. Movimiento caótico o inestable en la atmósfera.
2. En EE. UU., todos y cada uno de los aspectos que *nos* caracterizan.

ÍNDICE

PREEMBARQUE: PRÓLOGO

TERMINAL A: CHICO CONOCE CHICA

PUERTA A1

PUERTA A2

PUERTA A3

PUERTA A4

PUERTA A5

PUERTA A6

TERMINAL B: CHICO CONQUISTA CHICA

PUERTA B7

PUERTA B8

PUERTA B9

PUERTA B10

PUERTA B11

PUERTA B12

PUERTA B13

PUERTA B14

PUERTA B15

PUERTA B16

PUERTA B17

PUERTA B18

PUERTA B19

PUERTA B20

PUERTA B21

PUERTA B22

PUERTA B23

PUERTA B24

PUERTA B25

PUERTA B26

PUERTA B27

PUERTA B28

PUERTA B29

PUERTA B30

PUERTA B31

PUERTA B32

PUERTA B33

PUERTA B34

PUERTA B35

PUERTA B36

PUERTA B37

PUERTA B38

TERMINAL C: CHICO JODE CHICA

PUERTA C39

PUERTA C40

PUERTA C41

PUERTA C42

PUERTA C43

PUERTA C44

PUERTA C45

PUERTA C46

PUERTA C47

PUERTA C48

PUERTA C49

PUERTA C50

PUERTA C51

PUERTA C52

PUERTA C53

PUERTA C54

TERMINAL E: EPÍLOGO

PUERTA E1

PUERTA E2

PUERTA E3

NOTA DE LA AUTORA

CONTENIDO EXTRA

PREEMBARQUE: PRÓLOGO

GILLIAN

¿Cuántas veces me vas a hacer arder?

Tres, cuatro, cinco, quizá diez...

¿Soy yo quien te hace arder a ti?

Sí, esto tiene que terminar.

Si eres tú quien se aleja primero, seguiré tu ejemplo.

Ya te lo he dicho antes y, sin embargo, nunca me marchó...

La primera vez que sufrí una turbulencia grave, me juré que en mi vida volvería a volar de nuevo.

Ocurrió durante un vuelo nocturno de Seattle a Londres; de repente, tres horas después del despegue, fuimos alcanzados por una repentina tormenta de verano. El avión se sacudía de forma violenta mientras los pasajeros gritaban y rezaban por su vida. Mis pausadas órdenes de «relájense. Por favor, tranquilícese todo el mundo» caían en oídos sordos.

El piloto era joven y no tenía experiencia, su tono suave no reconfortaba lo más mínimo. Y mientras los vasos de primera clase se hacían añicos en el suelo en medio del equipaje caído, me prometí a mí misma que, si llegábamos a aterrizar, mis días en el aire habían terminado.

Promesa que rompí unas horas después, por supuesto, pero por fin pude decir que había experimentado una de las peores turbulencias.

O eso pensaba.

—¿Señorita? —Un pasajero de primera clase interrumpe mis pensamientos, tocándome el codo mientras paso a su lado por el pasillo—. ¿Señorita?

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo queda para París?

—Ocho horas, señor. —Reprimo el impulso de decirle que me ha hecho la misma pregunta hace quince minutos—. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—Una copa de vino blanco, por favor.

Asiento moviendo la cabeza y me alejo con rapidez para coger la botella de

vino de la nevera del *office* y llenar una copa hasta arriba. Se la llevo al pasajero tan rápidamente como puedo, para ver si por fin puedo sentarme un momento a solas y tratar de hacer desaparecer el insoportable dolor que siento en el pecho.

—¿Puedes traerme una manta? —pide el hombre antes de que me aleje.

Fuerzo una sonrisa y cojo una del compartimento superior que hay encima de su asiento. La desdoble y se la coloco sobre el regazo.

—¿Desea algo más?

—No, pero... —Se detiene en mitad de la frase y arquea una ceja—. ¡Oh, guau! Tienes la cara muy roja. ¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando —miento—. Es que tengo alergia.

—¿Alergia? ¿En un avión?

—¿Quiere algo más, señor? —Siento que se me desliza una lágrima por la mejilla—. Si no es así, me acercaré dentro de un momento a ver si desea algo más.

No me responde. Se limita a sacar un pañuelo del bolsillo de la camisa y a tendérmelo.

—Sea por lo que sea —dice, mirándome de arriba abajo—, espero que no sea por un hombre. Eres demasiado guapa para llorar por nadie... Espera..., es por un hombre, ¿verdad?

No digo nada. Acepto el pañuelo y me alejo.

Me dirijo hacia la cola del avión, más allá de la cabina llena de pasajeros a punto de dormir, y me encierro en el baño. Mientras más lágrimas se deslizan por mis mejillas, saco el teléfono y accedo a mi *blog* privado para releer las palabras que escribí hace meses. Para recordar la dolorosa sensación de no escucharme a mí misma.

ENTRADA DEL BLOG

Esta es la última vez que pienso decir lo mismo.

La última.

Mi corazón no puede soportar otra oleada más de ira, una nueva entrega de este peligroso juego de «¿Lo hacemos? ¿Podemos hacerlo?» ni otro giro en este interminable carrusel emocional de subidas y bajadas.

Sí, la forma de follar de este hombre es incomparable y me deja con ansias de más en cuanto se retira de mi interior. Y sí, la forma en la que me da placer con su boca y cómo consigue que me corra durante horas no tiene igual. Pero la manera en que encajamos (y no, no encajamos) ha alcanzado por fin su punto culminante.

No volveré con él.

No volveré.

No-volveré.

Lllaman a la puerta antes de que pueda leer el resto, y suspiro.

—Está ocupado —digo—. La luz roja está encendida.

Vuelven a golpearla de nuevo, ahora más fuerte, así que gimo y abro.

—La luz roja está claramente... —Me interrumpo con un jadeo al ver delante de mí al hombre al que estoy despreciando en este momento, el hombre al que he tratado de evitar durante todo el vuelo. El piloto. Sus hermosos ojos azules están clavados en los míos, tiene los dientes apretados y da igual lo mucho que quiera no sentirme atraída por él en este momento, no puedo evitarlo.

Su rostro duro y perfectamente cincelado, los labios gruesos y definidos, hechos para besos largos y adictivos, y la chulería que irradia cada vez que se mueve hacen que me quede sin aliento cada vez que lo veo, que me excite de golpe.

Detrás de él, parpadean un par de luces de lectura de la cabina del pasaje y en las pantallas de televisión comienza la segunda película del vuelo.

—Gillian, tenemos que hablar —argumenta con la voz tensa—. Ahora mismo.

—Paso. —Trato de cerrar la puerta en sus narices, pero él la mantiene abierta y me empuja al interior, bloqueándola a su espalda.

Durante varios segundos ninguno dice una palabra. Solo nos miramos el uno al otro como tantas veces antes. El dolor y la decepción flotan en el aire que nos separa.

—Jake, no tengo nada más que decirte. —Mi voz sale cascada—. Nada más.

—Vale —sisea—. Pues hablaré yo.

—En fin, es toda una ironía, dado que normalmente no dices nada.

—¿Estás follando con otro? —Sus palabras son tan duras y recortadas que no estoy segura de haberlas oído bien.

—¿Cómo?

—¿Es necesario que lo repita? —Me mira mientras cierra la brecha entre nosotros—. ¿Estás follando con otro?

—Hace semanas que no hablamos. —Aprieto los dientes—. No te veo desde hace una eternidad y ¿esto es lo primero que me preguntas? «Hola, Gillian, ¿qué tal va todo? Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última

vez. ¿Cómo estás?».

—Hola, Gillian. —Se burla de mí sin dejar de mirarme fijamente a los ojos—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos. ¿Qué tal estás? —No me da la oportunidad de responder—. ¿Estás follando con otro?

—No.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Es la misma maldita pregunta.

—Entonces dame la misma maldita respuesta.

—No. —Cruzo los brazos—. No, no estoy saliendo con otra persona, pero lo haré muy pronto. ¿Y sabes qué? Será con alguien que no me haga sentir de esta forma cada pocas semanas, alguien que no desaparezca durante un tiempo haciendo que me pregunte todas las noches por qué me he abierto a él. Y mejor todavía, será alguien que me respete y no actúe como si amarme fuera una carga.

—Jamás he dicho que amarte sea una carga.

—Jamás has dicho que me amas.

Silencio.

—Gillian... —Suspira, pasándose una mano por el pelo rubio oscuro—. Escúchame.

—Que te jodan. Y déjame salir, por favor. —Lo empuja en el pecho, tratando de escapar, pero él sigue reteniéndome—. Jake, he dicho que me dejes salir de aquí.

—No. —Me rodea la cintura con un brazo y me estrecha con fuerza, usando la otra mano para secarme las lágrimas con la punta de los dedos. Me acaricia la espalda y me besa las comisuras de los labios, mordiéndome con suavidad el inferior como hace siempre justo antes de follarme—. Sabes que no quiero volver a hacerte daño.

—¿Lo sé?

—¡Joder, deberías! —Me muerde de nuevo el labio inferior, esta vez con más fuerza—. Necesito que nos des otra oportunidad —susurra contra mi boca.

—¿Qué te hace pensar que soy tan estúpida como para hacerlo?

—Porque no soy el único que ha cometido un error. —Me pasa los dedos por el pelo al tiempo que me roza los labios con los suyos—. Te recuerdo que la forma en la que empezamos fue bastante jodida.

—Sigue siendo muy jodido todo. —Lo miro a los ojos—. Sigues sin dejar

que me acerque a ti, sigues sin hablar conmigo y solo me dices simplezas. He sido abierta y sincera contigo, y aun así, sigues siendo obtus... —El resto de mi reproche termina cuando frota sus labios y su lengua contra los míos, suplicándome, burlándose, abrumándome...

Trato de resistirme, de alejarlo, pero no sirve de nada. Su beso es una dosis instantánea de lo que he estado echando de menos, un recordatorio de lo bien que podemos estar juntos. Cedo poco a poco, comienzo a susurrar preguntas contra sus labios mientras saquea mi boca una y otra vez.

Le pregunto si está acostándose con otra, me dice que no. Le pregunto si está saliendo con otras mujeres, y me castiga apretándome las nalgas al tiempo que suelta un brusco «no». Comienzo a indagar dónde se ha metido durante las últimas semanas, por qué siempre desaparece una temporada, pero interrumpo mis preguntas con un beso todavía más profundo que me pone la piel de gallina y me hace estremecer.

—Podemos hablar esta noche —susurra. Me coge la mano y la presiona contra la parte delantera de su pantalón, haciéndome sentir lo dura que está su polla—. Esta noche podemos hablar de lo que te dé la gana.

—¿Esta noche será mañana, cuando aterricemos en París, o en este momento?

—Esta noche será cuando salgamos este baño, después de que te folle contra la puerta y te recuerde a quién pertenece tu coño. —Me cubre la mano con la suya y me ordena que le abra los pantalones—. ¿Es eso suficiente para ti?

Asiento con la cabeza, y captura mi boca una vez más interrumpiendo una serie de argumentos que pronto se convierten en fragmentos olvidados, como siempre. Mientras me desliza la falda hacia arriba con la mano noto que la humedad gotea entre mis muslos... Una vez más, sé que todo está perdido.

Somos nosotros.

Somos turbulencias.

¿Cuántas veces me vas a hacer arder?

Tres, cuatro, cinco, quizá diez...

¿Soy yo quien te hace arder a ti?

Sí, eres tú, una vez y otra.

Debería haberme alejado y tú podrías haber hecho lo mismo.

Pero creo que sabía desde el principio que no quería marcharme...

TERMINAL A:
CHICO CONOCE CHICA

PUERTA A1

Dallas (DAL) —> Singapur (SIN) —> Nueva York (JFK)

JAKE

Solo había tres cosas que odiaba más que al cruel circo que tenía por familia: los nuevos aires en la industria de las aerolíneas, el hecho de que solo me viera trabajando en una y que nadie respetara los carteles de «No molestar» que se colgaban en las puertas de las habitaciones en los hoteles.

Esta mañana habían golpeado la puerta ya dos veces en los momentos menos oportunos. La primera vez fue mientras follaba, cuando le metía la polla desde atrás a la mujer que había invitado a mi habitación mientras ella estaba apoyada en la mesita de café con el culo en pompa. La segunda vez fue cuando estaba hojeando los periódicos, a punto de agujerear las páginas infestadas de mentiras con la brasa de mi cigarrillo.

Y ahora, en el intervalo de tres horas, estaban sonando otra serie de golpes contra la hoja de madera.

—¡Señor Weston! —Esta vez se trataba de una voz, una voz femenina—. Señor Weston, ¿está ahí?

No respondí. Continué bajo los chorros de agua caliente de la ducha, tratando de pensar la mejor manera de salir de esta situación.

—¡Señor Weston, soy yo! ¡La doctora Cox! —La aguda voz regresó diez minutos después—. ¡Sé que está ahí! Si no me responde esta vez, tendré que pensar que algo va mal y llamaré a la policía.

«¡Dios...!».

Cerré el grifo y salí de la ducha. Sin molestarme en coger una toalla, atravesé el dormitorio de la *suite* y abrí la puerta para encontrarme cara a cara con una pelirroja vestida de blanco de pies a cabeza.

—¿Qué cojones quiere? —pregunté.

—¿Perdón? ¿Cómo se atreve a hablarme así? No me gusta que me ignoren... —De repente se quedó muda y dio un paso atrás. Abrió mucho sus ojos

castaños y se le pusieron las mejillas muy rojas.

—Su pene está... mmm... —Su voz era ahora un susurro—. Está completamente desnudo.

—Qué perspicaz... —repuse con rotundidad—. ¿Qué desea?

Su mirada siguió clavada en mi polla durante varios segundos, luego se aclaró la garganta.

—Soy la doctora Cox, de recursos humanos de Elite Airways.

—Soy consciente de ello.

—Sé que este fin de semana es su último vuelo con Signature Air, pero dado que Elite y Signature se fusionarán a todos los efectos a partir del lunes, tiene que completar todavía algunos trámites —explicó—. Ha tenido diez meses para hacerlo, y es todavía el único piloto que no ha completado el perfil de personalidad. No solo eso, juraría que le dijimos cuando volaba hacia Dallas que aprovechara la escala para solventar ese hecho, señor Weston. Hemos venido aquí por usted, y estamos esperando que se encuentre con nosotros en la sala de reuniones. ¿Tanto le cuesta tomarse esta cuestión en serio?

—Seré capaz de tomármelo en serio cuando suba la vista.

Nerviosa, se sonrojó de nuevo y, por fin, alzó los ojos hacia mí.

—Le hemos avisado de que tenía que estar a las siete.

—Y respondí que estaría a las ocho.

—Bueno... —Miró el reloj—. Son las siete y media, y la razón por la que le advertimos de que se reuniera con nosotros antes fue que tuviera tiempo para leer la documentación sobre la nueva política de la empresa. Insistimos en ello.

—No, lo sugirieron. «Advertir» y «sugerir» son términos completamente diferentes, con expectativas muy distintas.

—Creo que voy a tener que añadir «diccionario andante» a la lista de cualidades de su perfil. —Puso los ojos en blanco—. La próxima vez que le envíe un correo electrónico, seré muy cuidadosa con las palabras que elijo.

—Debería, sí.

—Por tanto, ¿nos vemos abajo a las ocho?

—A las ocho y media. Alguien me ha interrumpido mientras me duchaba y tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Señor Weston, se lo juro por Dios, si no está abajo dentro de una hora, sugeriré a mis superiores que lo despidan. Y le puedo prometer que este fin de semana será la última vez que pilote uno de nuestros aviones.

—No me gustan las amenazas vacías, y para que conste, en esta frase hubiera funcionado mejor el verbo «insistir». Bajaré cuando acabe de ducharme. — Cerré la puerta antes de que pudiera añadir nada.

Una vez más, atravesé el dormitorio de la *suite*, recogiendo de paso un par de envoltorios vacíos de condones para tirarlos a la basura. Luego saqué la gorra y el uniforme azul de piloto del armario y los dejé sobre la cama.

Llevaba casi veinte años pilotando, y, de ellos, más de diez para respetables compañías aéreas y aerolíneas, me había ganado a pulso las cuatro barras doradas de capitán que llevaba cosidas en las mangas y, sinceramente, dando por hecho que el resto de mi carrera transcurriría en mi adorada Signature Air. Pero en el momento en el que Elite Airways se convirtió en la primera aerolínea del país, con su ideología basada en «imitar los incomparables días de la Pan Am y hacer que parezcan algo nuevo», supe que había muchas posibilidades de que absorbieran a mi aerolínea favorita, igual que habían hecho con las demás.

Cogí el móvil de la mesilla de noche con la esperanza de haber recibido un correo electrónico ofreciéndome trabajo de alguna de las compañías de vuelos chárter a las que había enviado el currículum la semana pasada, pero no había nada nuevo. Solo un mensaje de texto de la mujer que me había tirado antes, Emily.

Tenía guardado su número como «Dallas-Emily», la ciudad primero y luego el nombre. De esa manera no la confundiría con la Emily de San Francisco o la de Las Vegas, por lo que podía llevar cómodamente un registro de con qué mujeres me acostaba en cada ciudad.

Dallas-Emily: ¿Me he dejado los pendientes en tu habitación?

J. Weston: Sí. He llamado a recepción para que los recojan. Podrás pasar a buscarlos cuando te avisen.

Dallas-Emily: Podrías haberme dicho que me los había dejado ahí, Jake...

J. Weston: Acabo de hacerlo.

Dallas-Emily: Sabes a qué me refiero. Quizá los haya dejado a propósito porque quería regresar a tu habitación para... hablar.

J. Weston: Por eso, precisamente, he avisado a recepción.

Dallas-Emily: ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Tengo que decirte algo.

J. Weston: No puedo evitar que me envíes un mensaje.

Dallas-Emily: La próxima vez que nos veamos, ¿podrías empezar la noche con algo diferente a «ponte de rodillas» o «abre la boca»?

J. Weston: No me importaría decir «Hola».

Dallas-Emily: No me refería a eso, Jake. Quiero decir que hay algo palpable entre nosotros. Algo real... y solo...

J. Weston: ¿Significan algo esos puntos suspensivos o solo te gusta abusar de los signos gramaticales?

Dallas-Emily: Quiero más de ti, Jake. Quiero más para nosotros.

J. Weston: ¿Quieres follar más?

Dallas-Emily: Más de ti. Me gustas mucho y sé que, con tu carrera, estás solo mucho tiempo (como yo) y siento que ambos tenemos una conexión real.

J. Weston: No existe ninguna conexión entre nosotros, Emily.

Dallas-Emily: Si no la hay, ¿por qué la última vez que estuviste en la ciudad hablamos durante horas y me invitaste a una cena de cinco platos?

J. Weston: Hablamos veinte minutos y te invité a un taco.

Dallas-Emily: Da igual... Cada vez que nos vemos, incluso aunque solo sean dos veces al mes, siento algo, y sé que tú también. Creo que estaría bien que formalizáramos nuestra relación... ¿Qué te parece?

Apagué el teléfono y tomé nota mental para bloquearla más tarde. Tenía muchas opciones en Dallas, un montón de mujeres que no querían más que un buen polvo y una breve conversación intrascendente. En el momento en que leí la palabra «conexión» debería haber puesto punto final a la conversación.

En mi mundo, conexión era una pausa temporal en un itinerario, una escala corta antes de volar al destino final y nada más. La palabra en sí implicaba algo fugaz, no definitivo, y jamás se aplicaba a las relaciones. Al entrar en el salón de la *suite* y mientras buscaba la corbata con la vista, mis ojos se clavaron en el titular que se desplazaba por la parte inferior de la televisión.

«Un nuevo futuro, un nuevo principio empezará el lunes para Elite Airways, la primera aerolínea del país».

Una periodista rubia estaba entrevistando a uno de los perfectos empleados de Elite. Llevaba el uniforme azul y blanco, con un pin de «I love Elite» prendido en el bolsillo derecho de la camisa y una sonrisa que no flaqueaba nunca. No importaba cuántas palabras sin sentido salieran de su boca, la sonrisa se mantenía inquebrantable.

—Bueno, Clara, somos la primera aerolínea del país por una razón. —El empleado de Elite no podía tener más de veinticinco años—. Por eso estamos tan contentos de haber tenido la oportunidad de adquirir Contreras Airways.

—¡Cierto! —corroboró la rubia—. A primera hora de la mañana recibimos el anuncio de que habíais comprado Contreras Airways. Elite Airways está en su mejor momento, sin duda.

—Gracias, Clara. Eso es lo que dice nuestro lema: «Haremos lo necesario para ser los mejores, no importa el precio».

«No importa el precio...».

Según se desplazaba de nuevo el titular por la pantalla, sentí que me subía la tensión. Para la mayoría de los espectadores, esto sería otro negocio del segmento de la industria aeronáutica, una gran oportunidad para otro joven entrevistador, el sueño americano, bla, bla, bla, pero para mí, esas palabras significaban algo más que el final de una era. Significaban algo que nunca perdonaría ni olvidaría.

Lívido, me obligué a alejarme para regresar a la ducha. Puse el agua a tope, tratando de concentrarme en otra cosa, lo que fuera, pero no me sirvió de nada. Solo podía ver ese feo titular.

«A la mierda. No pienso bajar hasta que me tranquilice».

TRES HORAS DESPUÉS...

—Muchas gracias por llegar a tiempo, señor Weston —La doctora Cox me miró mientras abría la puerta de la sala de reuniones—. ¿Su propósito era llegar con los minutos justos antes de seguir trayecto hacia Singapur o solo es una coincidencia?

—Una agradable coincidencia.

—Estoy segura —refunfuñó por lo bajo y me condujo al interior de la habitación—. Puede tomar asiento en esa mesa.

Cuando entré, me di cuenta de que habían transformado el escaso espacio para que pareciera una sala de orientación de verdad. Había carteles con la política de Elite clavados en las paredes, una pantalla de proyección y un montón formado por los libros que contenían las leyes de la aviación federal en una silla solitaria. También había en la mesa dos cajas grandes con la etiqueta «J. Weston», así como unas enormes carpetas, cuadernos y bolígrafos.

Al tomar asiento, vi dos vasos de agua que llevaban escrito «Para el señor Weston» mojando con las gotas de condensación la mesa de madera.

La doctora Cox se sentó frente a mí unos segundos después, y otro responsable de Elite —un hombre de pelo gris con la familiar corbata azul y blanca— tomó asiento a su lado.

—Este es mi compañero, Lance Owens —lo presentó, dejando una grabadora digital sobre la mesa—. Dado que ha podido dedicarnos tan poco de su valioso tiempo, el cámara se ha marchado. Por lo tanto, tendré que grabar un audio de la entrevista y el señor Owens servirá de testigo. Además, hemos conseguido rellenar casi todo lo que falta de su archivo mientras esperábamos, así que no tardaremos mucho. ¿Alguna pregunta antes de empezar?

—No.

—Bien. —Apretó el botón de la grabadora—. Esta es la entrevista final para el empleado número 67.581, capitán Jake Weston. Señor Weston, ¿podría decir su nombre completo?

—Jake C. Weston.

—¿Qué significa la C?

—No lo recuerdo.

—Señor Weston...

—No significa nada. Es solo una C.

—Gracias. —Deslizó un dossier azul hacia mí—. Señor Weston, ¿puede confirmarme si la lista de trabajos anteriores que contiene el archivo es correcta?

Abrí la carpetilla y vi mi carrera profesional compilada en una corta lista de tinta negra. Fuerza Aérea de Estados Unidos. American Airways. Air Asia. Air France. Signature. Ningún accidente o infracción, ni un solo retraso.

—Es correcta. —Cerré el dossier y se lo devolví.

—Aquí dice que ha ganado treinta premios de aviación desde que se graduó en la escuela de vuelo. ¿Es cierto?

—No. He ganado cuarenta y seis.

—¿Sabe? —dijo ella, leyendo el papel—. La mayoría de los pilotos no ganan esta clase de premios hasta que alcanzan la madurez, entre los cincuenta y sesenta años, cuando llevan a sus espaldas al menos veinticinco o treinta años de experiencia. Usted lleva apenas veinte, si se cuentan los logros aéreos que consiguió en la escuela de aviación, y le faltan unas semanas para cumplir treinta y ocho.

Parpadeé.

—¿No va a decir nada sobre lo que acabo de mencionar, señor Weston?

—Estaba esperando que me preguntara. Por lo general hay cierta inflexión en la voz cuando va a venir una pregunta. Solo ha expuesto una lista de hechos.

El hombre que hacía de testigo esbozó una sonrisa.

—Pasando... —apretó el botón del bolígrafo—. Estamos teniendo problemas para verificar a las personas que anotó como familiares. Los números de teléfono que aparecen en los datos son de teléfonos públicos en Montreal. Necesitamos que nos proporcione información actualizada, ¿vale? Ese «vale» es una pregunta, señor Weston.

—Vale.

—Empecemos con Christopher Weston, su padre biológico. ¿A qué se dedica en la actualidad y cuál es su número de contacto?

—Es mago. Desaparece y vuelve a aparecer en mi vida de vez en cuando. Trataré de pillarlo la próxima vez y le pediré su número de teléfono.

—¿Qué puede decirme de Evan Weston, su hermano?

—También es mago. Su talento consiste en borrarlo todo, hacer que parezca distinto a lo que es.

—¿No tiene teléfono?

—No tiene número de teléfono.

—¿Y su madre?

—No estoy seguro.

—¿Su esposa?

—Exesposa. Estoy seguro de que sigue arruinando vidas dondequiera que esté. Busque el número del infierno.

La observé mientras se quitaba las gafas de lectura.

—Elite requiere que cada uno de sus empleados tenga en su lista al menos

cuatro contactos familiares. Con todos los datos.

—Entonces seré la primera excepción.

—No lo creo. —Miró al testigo—. Dado que el señor Weston quiere jugar al escondite, tendremos que utilizar nuestro equipo para encontrar a los miembros de su familia. Habrá que decirle también a los de recursos humanos lo poco cooperativo que ha estado hoy.

El hombre asintió, pero no dijo nada. Yo me limité a coger el vaso de agua y tomar un buen trago; sabía que no había ninguna posibilidad de que encontraran a nadie salvo a mi exmujer. Hacía décadas que había enterrado al resto, y no volvería a salir a la superficie.

—Mientras tanto —comentó ella—, estoy segura de que puede darnos una puntuación para valorar la cercanía a sus parientes más próximos para que sepamos con quién contactar en caso de que surja alguna emergencia.

—Seguramente.

—Muy bien. En una escala de uno a diez, siendo diez la mayor intimidad posible, ¿qué puntuación pondría a su padre?

—Menos ochenta.

Sus ojos buscaron los míos de inmediato.

—¿Perdón? ¿Qué ha dicho?

—Menos ochenta. —Marqué cada sílaba—. ¿Es necesario que rebobine la grabación y lo vuelva a escuchar?

Ella sacudió la cabeza. Por un segundo, pareció que se arrepentía de hacer la pregunta, como si fuera a olvidarse de esa cuestión en concreto y pasar a otra cosa, pero no lo hizo.

—Señor Weston, en la misma escala, ¿cómo valoraría la cercanía a su hermano?

—Menos sesenta.

—¿Y a su madre?

—Sin comentarios.

—Señor Weston —añadió con la voz más firme—. Por favor, ¿podría responder la última pregunta con respecto a su madre?

—Podría, pero no lo pienso hacer.

—Señor Weston...

—No.

—No es cuestión de sí o no. —Levantó un poco más la voz—. Todas las preguntas son obligatorias, sobre todo porque ha esperado hasta el último

minuto para juzgarnos dignos de su tiempo. Si desea continuar trabajando para nosotros después de los últimos vuelos que pilotará para Signature este fin de semana, tiene que responderme. De lo contrario, detendremos la sesión en este momento.

—Infinito. —Apreté los dientes—. Con respecto a mi madre, la valoración es un puto infinito.

—Gracias. —Dejó escapar un suspiro—. La última pregunta de esta parte. ¿En una escala de uno a diez, qué cercanía tiene con su esposa?

—Exesposa —corrijo de nuevo—. No debería estar incluida en mis datos, pero está clasificada entre mi padre y mi hermano con un menos setenta.

—Bueno, ilumíneme, por favor. —Levantó la cabeza y se rascó la oreja—. En el caso de que le ocurra algo malo, ¿a quién le gustaría que llamáramos primero?

—A una funeraria.

Silencio.

Ella apartó la mirada como si no estuviera segura de qué más decir. Unos segundos después, me ofreció un contrato estándar junto con un bolígrafo.

—Ya sé que ha firmado esto con anterioridad, pero, por favor, necesitamos que vuelva a hacerlo con un testigo... No, espere, tengo otra pregunta. ¿Sabe que tiene un FPE en su expediente con nosotros?

—No.

—¿No quiere saber qué significa FPE?

—Imagino que significa que soy capaz de contar y usted no. Ha dicho que la pregunta anterior era la última.

—Lo era. —La vi fruncir el ceño—. ¿Por casualidad tiene alguna pregunta para mí?

—No.

—Muy bien. Con esto concluye la actualización del perfil de Jake C. Weston con Elite Airways. —Detuvo la grabadora y la guardó en una caja blanca con la etiqueta «Pilotos en activo»—. Puede marcharse ya, señor Owens. Gracias por su tiempo.

—De nada —dijo el hombre, levantándose—. Le deseo la mejor suerte del mundo con nuestra línea aérea, señor Weston.

—Gracias. —Hice ademán de levantarme, pero la doctora Cox me indicó que permaneciera sentado.

—Me había parecido que habíamos terminado. —La miré—. No estoy

interesado en hablar con usted ni con cualquier otra persona más tiempo del estrictamente necesario.

—Esto es entre nosotros dos —dijo ella, en un tono mucho más ominoso que al principio—. Tengo una última pregunta, luego podrá marcharse y volver a cubrirse con ese caparazón con el que va por la vida.

Esperó hasta que el señor Owens salió de la estancia y luego cerró de golpe la carpeta roja que ocupaba la parte superior de la mesa. Me miró.

—Necesito que me diga cómo diablos superó la evaluación psiquiátrica hace seis semanas.

—Estudié mucho.

—No me joda, señor Weston. —Tenía la cara roja—. La puntuación media en la prueba PILA de un piloto competente y sensato es un cinco. Usted ha sacado un nueve.

—Quizá la prueba medía algo más de mí.

Ignoró mi comentario.

—Un maldito nueve. Sin él no debería haber pasado las demás pruebas psicológicas. Sin embargo, de alguna forma, el médico le ha dado el apto generosamente.

—¿Cuán generosamente?

—Demasiado generosamente. —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo y me la lanzó—. No voy a negar que su carrera hasta el momento ha sido excepcional, pero..., bueno, voy a ser sincera. Tiene usted los resultados psicológicos más jodidos que he visto en mi vida.

—Un honor, gracias. —Miré el reloj—. Me gustaría recibir los agradecimientos por correo electrónico.

—No creo que entienda la gravedad de todo esto —añadió ella—. De acuerdo con los resultados reales de las pruebas, no las que ha falseado de alguna forma, está muy por debajo de la media en tres de las cuatro áreas emocionales. Es un sociópata, aunque es capaz de arreglárselas para funcionar correctamente en los entornos sociales. —Juntó las manos—. No lo he comprobado todavía, pero creo que utiliza su carrera como una válvula de escape para hacer frente a algún problema interno. No solo eso, además los resultados de las pruebas de sueño muestran altos niveles de...

Desconecté de su voz mientras ella continuaba hablando, solo capté algunas palabras como «psicoterapia» y «umbral», pero mi atención a sus frases disminuyó con cada cosa que salía de sus labios.

Inclinándome hacia delante, estudié las carpetas que había amontonadas en el borde de la mesa, hojeando los documentos. Levanté los archivos y cuadernos, aunque los volví a dejar en su lugar al ver que no había nada debajo.

Sin dejar de ignorar el sonido de su voz, me levanté y me acerqué a los carteles donde estaba grabada la política de la aerolínea. Me detuve frente a la que anunciaba la regla de «No confraternización entre empleados» y agarré los bordes del papel. Lo despegué poco a poco para mirar la pared que había detrás.

«Nada...».

Me moví hasta otro póster, y luego a otro. Estaba revisando la pared del fondo cuando oí el sonido de sus tacones repiqueteando cada vez más cerca de mí.

—Señor Weston. —Esperó a que me diera la vuelta. Por fin había puesto fin a aquella estúpida perorata—. ¿Qué diablos está haciendo?

—Estoy buscando el objetivo de esta conversación, ya que tengo claro que no me lo va a decir de su propia boca.

Me miró boquiabierta.

—¿Puedo marcharme ya? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo tengo que quedarme esperando aquí?

Dio un paso atrás y me miró con los ojos entrecerrados.

—La cuestión es que, ya que tiene un FPE en su perfil, no puedo obligarle a hacer terapia siguiendo el protocolo que ofrecemos a los pilotos en el plan de salud de la empresa. Pero basándonos en los resultados de sus pruebas, creo que sería de gran ayuda que viera a un profesional al menos dos o tres veces al mes. Francamente, lo ideal sería de cinco a diez sesiones.

—¿Ve lo breve y conciso que puede ser todo? —Me dirigí hacia la puerta—. Podría haberse ahorrado diez minutos de mierda.

—Averiguaré cómo ha pasado esa prueba, señor Weston. —Me siguió—. Me niego a tragarme esos resultados, y, se lo prometo, cuando averigüe cómo se las arregló para conseguir que el médico los firmara...

—¿Qué tal si va directa al grano y pregunta lo que quiere saber? —la interrumpí mientras hacía girar el pomo de la puerta—. Pregúnteme.

—Vale. —Cruzó los brazos de forma vacilante—. ¿Le ha hecho un favor sexual a nuestra doctora a cambio de cambiar los resultados?

—En primer lugar —repuse mientras abría la puerta—, nunca he tenido

ninguna propuesta de ese tipo. Nunca. Y en segundo lugar, si por «favor sexual» se refiere a follarla contra la ventana de su despacho hasta que no pudo respirar, o si le pedí que se arrodillara para que me la chupara hasta que me corrí, entonces sí. Pero no a cambio de mejorar los resultados. Ya me había prometido darme el apto después de que le comiera el coño.

Se quedó pálida.

—No... no le creo. Ningún empleado de esta aerolínea, y menos alguien con un puesto tan elevado, sería capaz de hacer eso.

—Si desea que se lo demuestre —añadí, metiéndole una tarjeta de visita en el bolsillo—, hágamelo saber. Sin embargo, contrariamente a lo que dijo con tanta firmeza hace unos segundos, se tragará el resultado...

PUERTA A2

Nueva York (JFK)

JAKE

—Última llamada para el vuelo 1487 a San Francisco.

—La pasajera Alice Tribue, diríjase a la puerta A13 con el pasaporte en cuanto sea posible.

—Próxima salida del vuelo 1781 de American Airlines a Toronto por la puerta 7.

Los familiares sonidos del aeropuerto JFK International me dieron la bienvenida a casa en cuanto me bajé del avión una semana después. A pesar de haber pilotado dos vuelos de dieciséis horas y no haber dormido bien desde la entrevista en Dallas, no sentía el más mínimo indicio de agotamiento.

Cuando atravesé la terminal arrastrando el equipaje, la canción más conocida de la historia de la aviación salía por los altavoces. Una versión instrumental del *Come fly with me* de Frank Sinatra acompañaba los pasos de los pasajeros mientras corrían hacia las puertas.

Me crucé con pilotos de otras compañías aéreas que se acercaban por el otro lado del pasillo con los uniformes impecables, y nos saludamos con ligeros movimientos de cabeza. Una de las asistentes de vuelo se sonrojó y me sonrió, haciéndome un leve gesto y un guiño que no obtuvieron respuesta por mi parte.

En lo único que podía pensar ahora era que este día marcaba oficialmente el punto más bajo de mi carrera. Un nuevo comienzo en la misma mierda de la que creía haber escapado ya.

Cuando empecé a pilotar aeroplanos a los dieciséis años, cualquier cosa con respecto a la aviación era un arte. Todas las facetas, desde la ingeniería del avión al propio vuelo, producían emoción, una intriga que creaba un equilibrio perfecto entre artesanía y encanto.

Entonces, el nuevo diseño de los aviones reclamaba más atención y había más rutas; éramos pioneros de lo impensable. Cada movimiento realizado por

una aerolínea recibía una debida atención en prensa. Los pasajeros se detenían a admirar los nuevos Boeing y Airbus —no como ahora, que parecía como si les importaran un carajo— y los asistentes de vuelo eran algo más que camareros que servían *pretzels* a treinta mil pies. Incluso los pilotos encontraban cierta emoción en volar sin esfuerzo de ciudad en ciudad, aunque luego aterrizaran en un hotel y follaran a una mujer diferente cada noche.

En algún momento, por obra y gracia de la nueva normativa, la codicia e incluso la avanzada tecnología, todo había cambiado. Ahora un piloto no era más que el conductor de un autobús aéreo que transportaba ingratos pasajeros a través del cielo. Y nadie se acordaba ya del perfecto equilibrio entre artesanía y encanto; eso era algo que ya no se veía.

—Perdone, ¿capitán? —Un hombre con una camiseta de «I love NY» se puso de repente delante de mí. Levantó el móvil y lo movió ante mi cara—. ¿Le importaría hacernos una foto? Hemos tratado de hacer un *selfie*, pero siempre corto alguna cabeza. —Se rio, señalando a su familia: dos adolescentes y una mujer con un vestido amarillo. Se reían y posaban delante de un letrero azul que ponía «Bienvenidos a Nueva York».

No cogí el teléfono. Me quedé mirando a la familia; sus risas me resultaban cada vez más insoportables. Uno de sus hijos me saludó, sosteniendo un avión de juguete en la otra mano mientras sonreía, esperando a que le devolviera la sonrisa.

—¿Capitán? —El marido me miró—. ¿Puede hacernos una foto?

—No. —Di un paso atrás—. No puedo. —Ví a una asistente de vuelo andando hacia nosotros y la señalé con la cabeza—. Pero estoy seguro de que a ella le encantaría ayudarlos.

No le di la oportunidad de responder. Me alejé en dirección al aparcamiento.

Necesitaba llegar a casa ya.

MÁS TARDE, AQUELLA NOCHE...

Aparqué el coche delante de mi apartamento, en el edificio Madison, en Park Avenue, y esperé a que uno de los botones se acercara a la ventanilla.

—Buenas noches, señor. —El mozo, vestido con esmoquin gris, me abrió la puerta—. ¿Cuánto tiempo se quedará esta vez en la ciudad?

—Cuatro días. —Me bajé del coche y le lancé las llaves—. Apárcalo cerca de la zona delantera, por favor.

—Como usted quiera, señor.

Subí los escalones de piedra que conducían al interior del edificio al tiempo que alzaba la vista al cielo nocturno. Por primera vez desde que podía recordar, las estrellas no estaban rodeadas por una película de nubes grises. Eran brillantes y resaltaban en la oscuridad, probablemente dando falsas esperanzas a algún soñador optimista, enamorado de esta ciudad.

—Bienvenido a casa, señor Weston. —El portero, la única constante en mi vida, me abrió la puerta—. ¿Qué se cuece en el aire estos días?

—Lo mismo de siempre, Jeff. Lo mismo de siempre.

—¿Regresa de algún lugar interesante esta vez?

—Singapur. —Saqué una pequeña bolsa de satén del bolsillo y se la entregué—. Una moneda. Para tu colección.

—Gracias, señor —respondió sonriente—. Por cierto, la semana pasada me encontré en el buzón cinco pasajes en *business* para Bélgica. No recuerdo haberle mencionado lo que deseaba por mi cumpleaños, pero aun así ¿no sabrá nada de ello? ¿A quién tengo que agradecerse los quizá?

—Ni idea —dije, alejándome de él—. Pero deberían haber sido en primera clase, no en *business*, por lo que cuando averigües quién te los envió, dile que se ocupe de que la compañía aérea corrija ese error.

—Lo haré. —Se rio—. Que pase una buena noche, señor Weston.

—Gracias. —Entré en el vestíbulo y me detuve, dejando que mis ojos se acostumbraran poco a poco a la intensa luz de las nuevas lámparas de araña. Los propietarios siempre estaban renovando el edificio o arreglando algo que no era necesario, y esa era la razón principal por la que nunca llegaba a sentir que este lugar fuera realmente mi hogar. Los hoteles de la popular cadena en los que pasaba las noches durante las escalas siempre me resultaban más familiares y acogedores.

Me dirigí directamente a un ascensor de cristal y acerqué la tarjeta al panel. Cuando me aseguré de que no se acercaba nadie más, apreté la tarjeta contra los botones y presioné el piso 80, la *suite* del ático.

Todos los residentes en el edificio pertenecían a la élite de Nueva York — jueces, políticos, médicos o abogados—, y todos pagaban unos precios exorbitantes por alquilar uno de los cuatro apartamentos que había en cada piso. El ático, sin embargo, era mío y solo mío. Había detrás una larga historia

y siempre había sido una propiedad independiente. A pesar de que casi nunca lo usaba, me negaba a venderlo de nuevo a los propietarios del edificio, no importaba lo grandes y lucrativas que fueran las ofertas, ni que crecieran año tras año.

Me bajé del ascensor en el momento en el que se abrieron las puertas y desconecté las cámaras de seguridad que estaban ocultas en los floreros del pasillo. Me incliné para comprobar los cables y asegurarme de que no habían sido manipulados antes de devolverlos a sus escondites.

Desbloqueé las puertas que conducían al apartamento, me quité la chaqueta y encendí las luces. La mayor parte del lugar estaba como lo había dejado, aunque las malditas asistentas insistían en reordenar mis pertenencias.

Molesto, volví a colocar la colección de latas de Coca-Cola, devolví las botellas de vino a su posición original y cerré las ventanas que recorrían las paredes del salón. Arrojé a la basura algunos folletos de bienvenida al Madison y me acerqué al aparato de aire acondicionado para bajar el tono de la nueva fragancia a fresa que pulverizaban sobre las superficies.

Luego puse de nuevo el sillón lejos de la ventana, donde correspondía.

Atravesé una habitación tras otra, sabiendo lo que estaba fuera de su lugar, ya que seguía esta rutina con frecuencia.

Cuando todo estuvo en su sitio, entré en mi pequeña biblioteca privada y maldije por lo bajo. Mis más de quinientos libros estaban ahora ordenados por color en vez de alfabéticamente. Para empeorarlo todo, mis tres libros favoritos estaban abiertos sobre el escritorio, con algunas páginas dobladas y arrugadas. Una ofensa imperdonable.

Saqué el móvil del bolsillo y envié un correo al director de la empresa de limpieza.

Asunto: Mi puto apartamento

A quien pueda interesar.

Por enésima vez, no me gusta que su incompetente y desafiante personal reorganice mi casa mientras no estoy. Asimismo, no aprecio que continúen utilizando el ático como lugar turístico o piso piloto para los potenciales inquilinos, dejando que finjan que viven aquí cada vez que les apetece.

Respeten mi espacio, y límitense a limpiarlo. (Y dejen de usar el puto aroma a fresa. Me gusta el de limón).

J. Weston

La respuesta del gerente de la empresa fue inmediata.

Asunto: RE: Mi puto apartamento

Señor Weston:

Con el debido respeto y por enésima vez, solo hemos enseñado la suite una vez, con su permiso. No la utilizamos como piso piloto y jamás permitiríamos que ningún potencial inquilino fingiera vivir en ella.

Hemos atendido todas sus demandas y añadido cámaras de seguridad a mayores, y me he asegurado personalmente de que solo yo conozco su nombre. Tampoco hemos utilizado su plaza de aparcamiento privada. De hecho, y solo por usted, hemos instalado recientemente algunas cámaras más encima de la puerta de entrada solo para aliviar su preocupación. El equipo de seguridad afirma que nadie —salvo los ingenieros internos— ha accedido a su espacio mientras usted no está.

Sin embargo, hemos percibido que a lo largo de las últimas semanas tiende a regresar con más frecuencia de lo normal durante horas intempestivas de la noche.

No estoy insinuando que no recuerda esos momentos, pero tal vez ha sido usted mismo quien ha movido sus pertenencias durante esas horas, olvidándose de cómo las ha dejado.

Me disculpo si he dicho algo ofensivo o fuera de lugar.

Realmente agradecemos que resida en el Madison, y si necesita algo más —cualquier cosa—, hágamelos saber. (Me aseguraré de recordar al personal, una vez más, que deje de usar ese «puto aroma a fresa», aunque ya no tenemos el de limón... ¿Prefiere el aroma a lino fresco en su lugar?).

Señor Sullivan

Jefe del servicio de limpieza

Edificio Madison

Park Avenue

No respondí. Necesitaba pensar.

Las últimas veces que había dormido en el ático, realmente no había llegado a dormir. Cuando me había despertado bañado en sudor frío, había salido de la cama y había bajado en un estado condenadamente cercano a ser considerado sonámbulo. Me había tambaleado por el desolado entorno de Times Square, mirando los brillantes carteles parpadeantes y escuchando las últimas conversaciones de los turistas rezagados.

Siempre había encontrado el camino de vuelta a casa, y sí, había movido cosas en el ático, pero no con ánimo de reordenarlas. Más bien destruyendo lo que aparecía en mis manos. Lo que rompía, lo sustituía con rapidez al día siguiente para que no pudieran culpar a ningún miembro del personal, pero no recordaba haber tenido la paciencia para reorganizar nada, ni siquiera para pensar en ello.

Las demás veces que regresaba a horas intempestivas era después de haber

estado con una mujer en un hotel. Esas noches siempre acababa dormido, no dedicándome a redecorar nada.

Al menos, no lo creía.

Me senté en el sofá con vistas a la ventana mientras rebobinaba mentalmente los últimos meses una y otra vez, tratando de recordar con más detalle cada noche de insomnio errante. Empecé a enviar al gerente una disculpa por la falta de comunicación, pero en ese momento vi un crucigrama oculto debajo del cojín del asiento. Estaba resuelto y no era mi maldita letra.

Pasé las páginas del folleto, dándome cuenta de que no solo estaba completada una página, sino que todos los rompecabezas estaban solucionados con tinta azul y negra escrita por otra persona.

«Sabía que estaba mintiendo...».

Empecé a escribir otra respuesta mucho más apropiada, pero apareció otro correo en mi pantalla.

Asunto: FPE

Estimado señor Weston:

Mi nombre es Lance Owens, y soy el jefe de recursos humanos de Elite Airways. El pasado fin de semana fui testigo en la entrevista que le hizo mi compañera para completar su perfil.

A pesar de que le dijo a mi colega que no quería saber lo que era un FPE, he considerado conveniente escribirle un correo electrónico respecto a su significado, porque pienso que es necesario que lo sepa.

Un FPE significa que la junta directiva ha considerado por unanimidad que su anterior récord de servicios lo convierte en un activo invaluable para Elite Airways. Adjunto los detalles de lo que representa en un archivo adjunto, y quizá pueda decirnos —cuando decida hablar— cómo usted, un piloto de transbordos, pueda ser objeto de algo así cuando solo los pilotos con diez años de servicio para Elite son considerados para este honor. Aunque, dados sus registros estelares y los resultados, estoy seguro de que está bien merecido.

Espero que disfrute trabajando con nosotros.

Doctor Owens

Jefe de Recursos Humanos

Elite Airways

[PDF]

Abrí el documento adjunto y solo conseguí leer el primer párrafo.

«Hijo de perra...».

SEIS AÑOS ATRÁS...

ENTRADA DEL BLOG

¡Oh, Nueva York!

¡Nueva York, Nueva York, Nueva York!

Toda mi familia me advirtió sobre ti, sobre esta ciudad. Me dijo que me atraerías con tus deslumbrantes y brillantes luces, con tus vallas publicitarias, con el dulce aroma del éxito que emana de cada ventana abierta en Wall Street, con las esperanzas y sueños que fluyen por las aguas del río Hudson.

—No sobrevivirás ni un mes allí —me dijo mi madre—. Es un lugar para las personas que tienen algo que hacer por sí mismas.

—No tienes lo que se necesita y nunca lo tendrás —añadió mi hermana mayor.

«Luego no te enfades cuando te recordemos que ya te lo habíamos dicho y supliques que quieres volver. —Fue mi padre quien me envió esas palabras por mensaje de texto el día que me fui—. Sin duda volverás, Gillian. Te doy como máximo un mes», añadió después.

Bien, he sobrevivido más de un mes. Llevo aquí ya seis meses, y les he demostrado a los tres (y a todos los demás miembros de mi desalentadora familia) que se equivocaban. ¡Se equivocaban!

Con solo veintitrés años estoy viviendo mis sueños más salvajes. Me he mudado enfrente de Central Park, a un apartamento amueblado en Lexington Avenue, tomo café todas las semanas con chicos maravillosos que creen en el romance y en los príncipes azules y trabajo en uno de los lugares más venerados de Manhattan. (Sí, estoy haciendo muchos cafés a lo largo de duras horas de trabajo, pero he querido trabajar en este lugar desde que tenía trece años, así que no me importa).

Y por si eso no fuera suficiente, esta misma mañana he recibido una maravillosa noticia (es tan maravillosa que no parece que me esté pasando a mí), y aunque no puedo compartirla todavía, tengo la sensación que pronto escribiré sobre ello.

Hasta entonces, me he decidido a empezar un nuevo blog, dado que el anterior murió por negligencia. ¿Qué mejor manera de comenzar que diciendo que mi vida no podría ser mejor en este momento?

Espero que no cambie nunca.

¡Hasta pronto!

~~Gillian Taylor~~

~~Gillian~~

~~G.T.~~

~~T.G.~~

~~TayG~~

~~**Taylor G.**~~

No hay comentarios.

PUERTA A3

Nueva York (JFK)

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

«Creo que odio mi vida...».

—¡Que pasen un buen día en Nueva York! —Sonreí mientras los pasajeros de primera clase pasaban junto a mí y se bajaban del avión—. Muchas gracias por volar con Elite Airways. ¡Disfruten de la Gran Manzana!

—Esperamos que hayan disfrutado volando con nosotros. —Christina, la otra asistente de a bordo, se unió a mí en las despedidas—. Ha sido un placer estar en su compañía.

Algunos días, llegaba a creermelo las alegres palabras que salían de mi boca cuando tomábamos tierra, pero este no era uno de esos días. A pesar de que todos los pasajeros de este vuelo habían sido bastante educados, el viaje no era más que una repetición de todos los realizados durante el último año. Un recordatorio de que no era una verdadera asistente de vuelo, que todavía estaba en la reserva. Aún trataba de averiguar cuándo se harían realidad para mí las promesas que aparecían en la revista mensual de los empleados de la aerolínea.

Cada tercer domingo de mes, puntual como un reloj, la revista *How we fly* llegaba a mi buzón, burlándose de mí con promesas rotas y bonitas fotografías, recordándome todas las razones por las que había solicitado este trabajo. La idea era viajar a lugares como Londres, Milán o Tokio en el mismo mes. Tener la posibilidad de recorrer viñedos y carreteras rurales en mis días libres. Y también el vano deseo de atravesar los aeropuertos luciendo los famosos uniformes azules y los zapatos Louboutin personalizados, como si fuera una de las atractivas mujeres que aparecían en los anuncios publicitarios.

Por desgracia, no leí la letra pequeña. Solo había una posibilidad de volar a esos bellos lugares noche tras noche. Y la única posibilidad de pasear se

reducía a los cinco pasos que había hasta la furgoneta que nos trasladaba del aeropuerto al hotel en cada escala. Hasta que no saliera de la reserva, seguirían asignándome los vuelos en el último minuto y serían viajes cortos; mientras que los asistentes de vuelo más antiguos recibían las mejores rutas.

—¿Soy yo o este es el grupo de pasajeros más lento del mundo? —murmuró Christina en voz baja.

—Sin duda lo es —repuse al darme cuenta de que de la fila quince a la treinta todavía tenían que abrir los compartimentos superiores.

«Sin duda esta noche voy a llegar tarde...».

—¿Los de recursos humanos han atendido tu solicitud de cambio o sigues en la reserva, Gillian? —me preguntó.

—Sigo en la reserva.

—¿En serio? Ha pasado un año desde la última vez que coincidimos y ¿todavía sigues en la reserva? —Parecía que no me creía—. No me digas que siguen toreándote con la excusa de que tienen que resolver los flecos de la fusión.

Le lancé una mirada tan triste que se rio.

—Lo siento. Si te hace sentir mejor, al menos vives en Nueva York. No tienes que compartir almohada con un montón de asistentes de vuelo en reserva que no conoces.

—Supongo... —repuse con sequedad, y ella me sonrió comprensivamente.

Permanecimos en la parte delantera del avión durante lo que me pareció una eternidad, manteniendo un tono alegre y ligero mientras el equipo de hockey que ocupaba la cola continuaba moviéndose tan lentamente como la melaza.

Cuando el último jugador salió finalmente del avión, cogí el bolso, me despedí con rapidez de Christina y del piloto y corrí por el *finger*. Tenía justo veinte minutos para alcanzar el próximo autobús a Manhattan.

Salí de la terminal 7, corrí después de atravesar la puerta, esquivando hordas de viajeros. Mientras corría, las numerosas señales de restaurantes, tiendas de regalos y cafeterías se convirtieron en manchas brillantes. Oía lejanamente las conversaciones entre los turistas, las discusiones entre los agentes del embarque y los anuncios por los altavoces, pero lo único que escuchaba en realidad era el sonido de mis tacones repiqueteando contra el suelo recién encerado.

Me acerqué a la zona donde ya no se podía dar marcha atrás, con el vestido por los muslos, pero no podía perder el tiempo tirando de él hacia abajo.

Seguí corriendo sin parar por los pasillos automáticos hasta llegar a la sala de recogida de equipajes.

Aproveché los minutos que tenía de ventaja para meterme en un cubículo del cuarto de baño. Me deshice del pin de vuelo y de la etiqueta con mi nombre y metí ambos objetos en el bolso. Me quité el vestido por la cabeza, reemplazándolo con rapidez por un vestido de cóctel negro y un collar de perlas falso.

Apoyada contra la puerta, me quité los zapatos grises de tacón y me puse un par de *stilettos* de un rojo brillante.

Frenética, salí del cubículo casi trastabillando y me coloqué delante de los espejos. Parpadeé un par de veces, comprobando que todavía tenía los párpados cubiertos con el tono de sombras rosa claro que estipulaba la compañía aérea y que un lápiz de labios de color rojo dramático manchaba mis labios.

«Bastante aceptable...».

Me solté el pelo y permití que los rizos negros me cayeran más abajo de los hombros. Me los peiné con los dedos unas cuantas veces antes de salir disparada al andén de autobuses.

Empujé a la gente que se interponía en mi camino mientras corría tan rápido como podía hacia la parada de buses. Aunque agité las manos con frenesí, gritando «¡Por favor, espere!», el autobús siguió alejándose de la acera cuando llegué. Se había marchado sin mí.

«Agg...».

Saqué el móvil con una maldición y pedí un coche Uber. Luego di un paso atrás para esperar pegada a la pared. Entonces, vi a un grupo de mujeres que señalaban algo que se movía en la distancia sin perderlo de vista. Estaban ruborizadas como colegialas, y se reían como si acabaran de ver a una celebridad.

Seguí la dirección de sus ojos, pero solo alcancé a ver un piloto. De hecho, solo su espalda. Caminaba hacia un coche negro mientras miraba el móvil. Tecleaba la pantalla con los dedos, con cuatro rayas doradas refulgiendo en su manga. Por su modo de caminar, me di cuenta de que era un engreído, el tipo de hombre que pensaba que el mundo giraba a su alrededor y solo importaba él. Un hombre que, probablemente, jamás tenía que pedirle nada a nadie. Mientras se deslizaba en el interior del vehículo que lo esperaba, me esforcé por echarle un vistazo a su cara, sabiendo que no era posible que fuera tan

atractivo como esas mujeres insinuaban. Los pilotos solían ser mayores, y no demasiado atractivos. Solo engreídos, arrogantes y mujeriegos. Muy mujeriegos.

—¿Gillian? —Me gritó un hombre por la ventanilla abierta de una *pickup* roja—. ¿Está esperando un vehículo Uber?

Asentí con la cabeza. Él salió del coche para abrirme la puerta de atrás.

—Al 233 de Broadway —dijo mientras regresaba al asiento del conductor—. Va al edificio Woolworth, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, póngase el cinturón de seguridad. —Se alejó de la acera y se internó bajo la cálida llovizna que caía sobre Nueva York.

El limpiaparabrisas chirriaba mientras se movía de un lado a otro mientras la caravana de coches avanzaba por la carretera.

Sabiendo que tardaría más de lo normal en llegar a Manhattan, envié un mensaje de texto a mi novio, Ben.

Gillian: Acabo de aterrizar. Estoy en un Uber, pero hay mucho tráfico.

Ben: En un Uber, ¡Dios, Gillian! No sé cómo no usas el coche de mi familia. Ni que nos importara.

Gillian: Quizá la próxima vez. ¿Cómo va la fiesta de tu madre por ahora?

Ben: Genial. Están todos los que son alguien, la gente más importante. La prensa no sabe en quién fijarse.

Gillian: De acuerdo. ¿Me llevarás a Hemingway's después de que termine? Me gustaría hablar contigo esta noche.

Ben: Por supuesto, nena. Lo que tú quieras J

No respondí.

«Por supuesto, nena. Lo que tú quieras» casi siempre significaba «Seguramente no», porque Ben odiaba las discusiones. También odiaba el hecho de que en los últimos meses le hubiera empezado a señalar los numerosos cambios que había sufrido su personalidad. A pesar de que se negaba a admitirlo, el dulce tipo sencillo del que me enamoré hace años se había transformado en un hombre pendiente de las apariencias y obsesionado con la riqueza.

Las citas que teníamos antes ya no eran lo suficientemente buenas para él, y como casi nunca nos veíamos, la ardiente pasión que habíamos compartido una vez era ahora una llama vacilante. Nuestras conversaciones, cortas y redundantes, se habían reducido casi a un «¿Cómo estás?», «¿Qué tal el día?» y «¿Nos veremos pronto?». Éramos dos amantes atrapados en un complaciente matrimonio, tratando de volver a leer la misma página una y otra vez. El problema era que estábamos en dos libros diferentes.

Suspirando, me apoyé en el reposacabezas. Antes de que me durmiera por completo, sentí que el teléfono vibraba entre mis dedos. Una llamada de mi madre.

Debatí conmigo misma si debía responder, dado que las veinte anteriores habían ido directas al buzón de voz, pero cedí antes de que se cortara y respondí.

—¿Sí?

—¿Hola? ¿Gillian? —Parecía muy preocupada—. ¿Dónde has estado? Llevo semanas llamándote.

—Lo siento. He estado muy ocupada en el trabajo últimamente.

—No puedes estar tan ocupada. —Chascó la lengua—. Incluso he llamado al teléfono de tu oficina sin resultado. ¿Han cambiado el número o algo así?

—No que yo sepa. Sin embargo, preguntaré esta semana en el departamento de comunicaciones.

—De acuerdo —repuso—. De todas formas, ahora que sé que estás viva, quería darte una gran noticia que te hará regresar a casa. —Se aclaró la garganta—. Amy y Mia están a punto de ser incluidas en el paseo de la fama del Salón Nacional de Ciencias de la Salud. Son las científicas más jóvenes en recibir tal honor. ¿Sabes lo orgullosa que me siento? ¿Lo bien que me siento cuando mis hijos logran hacer algo tan significativo?

Me mordí la lengua, deseando haber dejado que la llamada acabara en el buzón de voz.

—Claire está a punto de ver publicado un artículo en *Scientific Journal*, y tu hermano Brian ganó su centésimo caso antes del fin de semana. ¿No es increíble?

—Sí, muy increíble...

—¿Verdad? ¿No te gustaría haber aceptado la beca para el MIT como los demás miembros de la familia? ¿Quién sabe en qué podrías haber destacado tú?

—¿Estás insinuando que quizá hubiera resultado ser una traficante de drogas?

—¿Te dedicas a vender drogas?

«¿Qué coño...?».

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué me preguntas eso?

—Nunca estoy segura de nada cuando se trata de ti. —Sonaba mortalmente seria—. Esa forma que tienes de ignorar mis llamadas telefónicas y cómo susurras cuando hablamos me da que pensar, la verdad. No solo eso, además sigues viviendo en Nueva York y jamás llamas a casa para pedir dinero. Es muy...

—¿Sorprendente?

—Decepcionante. —Hizo una pausa—. O eres demasiado orgullosa para pedir dinero, porque sabes que teníamos razón en lo que te dijimos cuando te mudaste a esa ciudad, o estás metida en actividades ilegales para mantenerte a flote hasta que, inevitablemente, te pillen. Cuando eso ocurra, tienes que llamarnos para que paguemos la fianza.

Moví la cabeza sin saber cómo responder a ese comentario.

—Lamento no ir por ahí tan a menudo como debería —me disculpé como hacía siempre—. Todavía sigo trabajando cincuenta horas a la semana porque no han contratado más becarios. —Era la verdad. Bueno, había sido la verdad hace seis años.

—¿Estás segura de que eso es todo? —insistió ella—. Mi instinto materno me dice que te pasa algo.

—Estoy segura. —Puse los ojos en blanco. Si realmente poseyera instinto materno, habría sabido que me pasaba algo hacía mucho, mucho tiempo.

Cambiamos de tema y ella siguió hablando sin cesar sobre los nuevos y emocionantes estudios que estaba llevando a cabo, casi sin detenerse a tomar aliento. Yo solo la escuchaba a medias mientras miraba por la ventanilla cómo la lluvia caía con más fuerza sobre la ciudad.

—¿Puedo contar con que vengas a casa dentro de un par de meses para la gran sorpresa? —preguntó unos momentos después.

—¿Qué gran sorpresa?

—Brian le va a proponer matrimonio a su novia, la hija del alcalde. Planea hacer una fiesta; me dijo que te envió un mensaje sobre el tema hace unos meses.

—Oh, sí. —Lo recordaba, y también recordaba haberle dicho que no contara

conmigo—. Intentaré ir. Esta misma noche miraré los billetes de avión.

—¡Estupendo! Bueno, no puedo esperar a abrazarte... ¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy editando algunos artículos para esta semana.

—Por supuesto. Suena... parece interesante.

—Lo es.

Silencio.

—Bien... —Se aclaró la garganta—. No dudes en llamarme en cualquier momento si recuerdas que tienes familia... O cada vez que quieras hablar conmigo.

—Siempre lo hago. Hasta luego, mamá.

—Adiós, Gillian. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Colgué antes de que pudiera añadir nada más, antes de que mi corazón se rompiera un poco más. Las conversaciones telefónicas con mi madre eran siempre breves y torpes. Duros recordatorios de que no importaba cuántos años pasaran: yo siempre sería la oveja negra de la familia. Literalmente.

Al principio, ser la única morena en una familia llena de rubios parecía una broma, y como tal se había tomado. «¡Ja! La pequeña ha llegado al mundo asegurándose de destacar!». Ese tipo de cosas. Pero con el tiempo, y dado que era la menor de cinco hermanos, todo lo que hacía se medía por los que habían llegado antes que yo.

Mis hermanos eran los empollones en sus respectivas clases de secundaria; sus notas eran siempre matrículas de honor. Ganaban con facilidad todos los certámenes de ciencias siempre que participaban. Yo solo recibía menciones. Y todos ellos, igual que nuestros padres —cirujanos de renombre mundial—, ganaron becas para el MIT. Yo jamás lo consideré una opción. Acepté en su lugar una plaza en la universidad de Boston.

A lo largo de los años, las cenas familiares y reuniones estuvieron marcadas por los elogios sin fin a todos sus logros, limitándose a un «Bueno, Gillian... sigue siendo Gillian» cuando se trataba de mí.

No sabía siquiera por qué seguían invitándome a volver a casa, en especial cuando yo había hecho todo lo posible para no regresar. Si pudiera mantenerme alejada hasta que tuviera ochenta años, lo haría.

«Sin duda no voy a regresar para la petición de mano...»

El coche se detuvo de repente y miré por el parabrisas. Había varios coches

de policía, con las luces azules y blancas parpadeando y una ambulancia pasó a toda velocidad por el carril de emergencia.

Dado que me iba a llevar mucho tiempo llegar a Manhattan, me apoyé en la ventana y me puse a dormir.

Una hora después, me desperté cuando el coche enfilaba Broadway, todavía a algunas manzanas del edificio Woolworth.

Había recibido tres nuevos mensajes de Ben, todos preocupados por las apariencias, no por mí.

Ben: Si el coche Uber en el que estás no es una limusina, indícale al conductor que te deje en la entrada de atrás para que no parezcas una camarera del catering o algo así.

Ben: Acaban de llegar el senador y su esposa, así que está decidido. Mi novia solo puede salir de una limusina.

Ben: Por favor, dime que te has puesto uno de los vestidos que tu compañera de piso te compró. Uno de marca.

Puse los ojos en blanco cuando el coche se detuvo delante del edificio, ignorando aquellas ridículas peticiones. Por lo que pude observar, a mi alrededor solo había botones y porteros, y las limusinas y otros coches de lujo brillaban por su ausencia.

Le entregué al conductor un billete y salí. Abrí el paraguas para protegerme mientras me dirigía hacia las escaleras, donde me esperaban dos porteros.

—Buenas noches —desearon al unísono, abriéndome las puertas para que pudiera acceder a un reluciente vestíbulo dorado. Para mi sorpresa, el enorme espacio estaba completamente vacío.

Antes de que pudiera preguntar adónde se suponía que debía ir, un botones vestido de blanco salió del ascensor y me invitó a entrar en la cabina.

—Es usted la novia de Ben Walsh, ¿verdad? —preguntó.

—Eso creo. Depende de qué día de la semana sea.

Se rio mientras apretaba el botón del último piso.

—Diría que hace algo más que creerlo. Me ha preguntado al menos seis veces si había llegado. La describió perfectamente.

—¿De qué manera?

—Cito textualmente —repitió—. Una mujer hermosa con el pelo negro, largo y ondulado que tiene los ojos verde esmeralda más bonitos que haya visto. Por eso supe que era usted.

Me sonrojé, sintiéndome un poco culpable por estar irritada con Ben.

—Gracias. Le daré las gracias.

Asintió con la cabeza y se volvió hacia delante, mirando las luces que parpadeaban encima de las puertas según subíamos cada piso. Cuando llegó al 57, se abrieron, dando paso al cegador destello de los fotógrafos.

—¿Algún famoso? —gritó alguien mientras las cámaras echaban humo—. ¿Alguien conocido?

—Lo comprobaremos más tarde. ¡He conseguido un buen disparo!

Cubriéndome los ojos con la mano, me aparté de la línea de fuego y accedí al interior de la sala, donde se celebraba el lanzamiento del nuevo número de la revista *Cosmopolitan*.

La habitación estaba decorada en blanco y plata, con hermosos detalles. Las anteriores portadas de la revista estaban encima de unos pequeños escenarios que ocupaban todo el espacio. Los camareros circulaban entre los invitados con bandejas de champán mientras casi toda la élite de Nueva York componía sus mejores sonrisas para la prensa. Embutidos en trajes de mil dólares y vestidos de corte impecable, su asombrosa riqueza podía detectarse a kilómetros de distancia. Eran el tipo de personas que aprovechaban cualquier ocasión para demostrar lo que eran, el tipo de personas capaces de llegar envueltas para regalo si eso significaba que existía la posibilidad de que su cara apareciera en los periódicos.

Sonreí al tiempo que me movía entre los invitados, saludando algunos rostros familiares mientras buscaba a Ben. Varios minutos después le envié un mensaje de texto que no respondió.

Pensando que seguramente estaba posando para un sinfín de fotografías con celebridades locales, cogí una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y me dirigí hacia las ventanas que daban al puente de Brooklyn.

Estaba a mitad de camino cuando sus padres, la señora editora jefa de *Cosmopolitan* y el señor Lobo de Wall Street aparecieron delante de mí. Como de costumbre, el pelo rojo de su madre estaba perfectamente peinado y el vestido poseía un tono de azul que hacía juego con sus ojos. Y parecía que su padre, con el cabello cobrizo y los ojos castaño oscuro, acababa de bajarse del escenario de un drama político. Ben era calcado a él.

—Buenas noches, Gillian. —Su madre me tendió una mano con una manicura perfecta—. Esta noche estás radiante.

—Gracias, señora Walsh.

—Un placer. Ben estaba buscándote por la sala. ¿No lo has visto?

—Todavía no.

—Estoy segura de que acabaréis encontrándoos. —Su padre me estrechó la mano—. Me dijo en secreto que estabas interesada en trabajar en mi empresa. ¿Es verdad, Gillian?

«Por supuesto que no».

—Quizá, señor Walsh. Todavía no lo sé.

—¡Lo sabía! Solo tienes que decírmelo y listo. Te contrataré en cuanto quieras. Sin preguntas. Desde el principio le he dicho a Ben que eras un gran fichaje. Sé que te gusta trabajar en esa organización sin ánimo de lucro y en sus apuestas *startup*, pero si te unes a la empresa familiar, te gustará todavía más.

—¿Qué organización sin ánimo de lucro? —pregunté.

—¿Qué organización sin ánimo de lucro? —repitió riéndose—. Oh, eres tan modesta, Gillian... Es algo que me encanta de ti. A mí también me gusta realizar algunas consultas *pro bono* todos los años. Hace que lo veas todo en perspectiva... Y es beneficioso cuando toca pagar los impuestos.

—Supongo. —Forcé una sonrisa, preguntándome por qué demonios había dicho Ben tantas mentiras a su padre sobre mí y mi trabajo.

—¡Oh, oh, oh! —Su madre cogió una copa de champán de una bandeja—. Esa es la editora de cultura pop de *The Wall Street Journal*. Tengo que hablar con ella. —Me brindó una última sonrisa—. Disfruta de la fiesta, Gillian. Dentro de una hora tienes que unirme a nosotros para el brindis oficial. —Ambos se alejaron, desapareciendo entre la multitud.

Revisé el móvil para comprobar si Ben me había respondido por fin al mensaje, y cuando vi que no lo había hecho, estaba todavía más decidida a encontrarlo e insistir en que nos fuéramos de allí para hablar. De inmediato.

Rodeé la habitación, comprobando todas las mesas de cóctel, cada fuente de champán y cada lugar donde se servía queso y vino. Incluso lo busqué en los cuartos de baño. Me sentía tentada a decirle al *DJ* que preguntara por él a través de los altavoces cuando lo vi por el rabillo del ojo. Estaba parado junto a las ventanas. Con otra mujer.

Me acerqué más con la esperanza de que los ojos me estuvieran jugando una mala pasada, pero con cada paso, sus rasgos se hacían más claros y las mismas manos que me solían tocar a mí acariciaban el culo de una joven morena con un vestido gris demasiado corto. Él le susurraba algo al oído

mientras apoyaba la barbilla en su hombro, y ella lo peinaba con unos dedos largos y huesudos.

—¿Interrumpo algo? —Me detuve justo a su lado—. ¿Ben?

De inmediato se separaron y me miraron con los ojos muy abiertos. La joven era apenas una niña a la que ya había visto varias veces con anterioridad, una compañera de trabajo de Ben en la empresa de su padre.

—Er... hola, Gillian —me saludó ella, con las mejillas sonrojadas. A continuación, se alejó precipitadamente de nosotros, dejándonos solos.

Ben se aclaró la garganta.

—Estaba buscándote.

—¿Y has pensado que me había escondido en el culo de Allyson?

—No es lo que parece —dijo—. ¿Qué tal te ha ido hoy el día, nena?

No respondí.

—Bueno, hablaré yo antes. Hoy me ha ido bien. He conseguido dos nuevas ofertas, muchas gracias por preguntar. Además, se me han ocurrido un par de sitios a los que me gustaría ir contigo el próximo verano. Ahora, ¿qué tal el día?

Parpadeé.

—Bien, entonces. —Parecía completamente indiferente—. ¿Cómo has tardado tanto tiempo en llegar aquí?

—No puedes pensar de verdad que vaya a pasar por alto el hecho de que estabas a punto de tirarte a Allyson en público.

—No estaba tirándomela, Gillian. Si estuviera follando con ella, créeme, lo sabrías.

—Ben...

—Creo que sé lo que no se puede hacer en público, ¿no te parece? —se burló—. Por el amor de Dios, hay un Hilton al otro lado de la calle y me dan habitaciones gratis. Estoy seguro de que me la follaría allí.

Me quedé mirándolo, totalmente desconcertada.

Se rio, acercándose para ponerme las manos en los hombros.

—Relájate, Gill. Aprende a reírte un poco, anda.

—Aprende a contar chistes. —Me aparté de él—. ¿Por qué estabas tocándola así?

Él movió la cabeza como si yo estuviera siendo muy pesada.

—Te he dicho que después de que acabemos aquí, te llevaría al Hemingway's para hablar de eso que tú quieres hablar. ¿De verdad quieres mantener ahora

una conversación innecesaria como esta?

—Ahora mismo.

Gimió y me cogió de la mano para arrastrarme más allá de un grupo de hombres trajeados, hasta un tramo de escaleras. Lo subimos hasta una puerta que conducía a la azotea, medio cubierta.

La lluvia se había convertido en llovizna, y el viento nos envolvió. Al otro lado de la terraza había sentado un hombre con esmoquin blanco, que cantaba mientras arrastraba los dedos por las teclas de un piano de cola como si estuviera solo en el lugar.

—*Lovers in New York...* —canturreaba—. *Trying to find a place in New York...*

—Vale, Gillian —empezó Ben, colocándose delante de mí—. No pienso discutir contigo porque estamos muy por encima de eso. Pero sea lo que sea eso de lo que quieres hablar, aquí o en el Hemingway, soy tuyo.

—¿Estás engañándome? —La pregunta se me escapó por los labios antes de que pudiera pensarlo dos veces. Era una cuestión sobre la que hasta hacía pocos minutos nunca se me hubiera ocurrido indagar.

—¿Si estoy qué?

—Engañándome.

—Gillian...

—Solo es preciso un simple sí o no, Ben. Estás engañándome, ¿sí o no?

Se quedó en silencio durante varios segundos, metiendo y sacando las manos de los bolsillos mientras me miraba como si no supiera qué decir. No me miró finalmente a los ojos hasta que el pianista empezó una nueva canción.

—No estoy engañándote —aseguró—. No técnicamente.

—¿No técnicamente?

—Es decir... —Se acercó y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Es solo sexo, Gillian. Solo sexo.

—Nosotros mantenemos relaciones sexuales, Ben. Muchas veces. ¿Por qué vas a tener que acostarte con Allyson?

—No me he acostado con Allyson... todavía. —Parecía como si eso no fuera nada—. Y tú y yo no tenemos tanto sexo. Por no hablar de que a veces tardo semanas en verte mientras te llaman para hacer de asistente de vuelo o en ese otro ridículo empleo tuyo que ni siquiera voy a mencionar en este momento.

—Asistentita —dije por él—. Y ¿qué quieres decir con que me llaman para

hacer de asistente de vuelo?

—Justo lo que he dicho. He volado más que tú durante el último año y medio, y a lugares que están a más de un par de horas de distancia.

—¿Por eso le has mentido a tu padre sobre mi trabajo?

—No, le mentí para que no se aliara con mi madre y me presionara para que te dejara. Tener una novia que limpia apartamentos y sirve *pretzels* en el aire no es algo que esté bien visto en nuestros círculos sociales. —Me miró a los ojos—. Sin embargo, dejando todo eso a un lado, me gustas mucho... Casi estoy enamorado de ti. No quiero que una mentirijilla y unos polvos sin sentido que no me importan nada se interpongan entre nosotros.

Sentí que una lágrima rodaba por mi mejilla, sentí que mi ingenuo corazón empezaba a romperse.

—¿Con cuántas chicas, Ben?

—Estás enfocando el tema desde un ángulo equivocado. —Se frotó el brazo—. Acabo de decirte que estoy casi enamorado de ti. Ahora tú me dices que también me amas y buscamos un lugar en el que hacer las paces. Preferiblemente un sitio privado y tranquilo.

—¿A cuántas chicas te has tirado, Ben? —pregunté casi a gritos.

—*Lovers in New York*... —La voz del pianista flotaba en el viento—. *Lovers fighting in New York*...

—Diez o así —dijo con firmeza—. Pero siempre vuelvo a ti, ¿no? No he tenido una cita con ninguna de ellas, no he mantenido largas conversaciones por teléfono como hago contigo y, definitivamente, no he permitido que ninguna pase la noche en mi casa como tú. Esto se debe a que solo las utilizo para el sexo. A mí me gustas tú, y me importas de verdad.

Se me cayeron las lágrimas mientras él continuaba explicando su retorcida lógica. Para mis adentros, me maldije por no haber visto las señales. Reuniones nocturnas en el centro, que su teléfono sonara en medio de la noche, aquella repentina y creciente obsesión con la riqueza, y tener buen aspecto a todas horas.

Empecé a preguntarme sobre todas las fiestas a las que había acudido con él, si las sonrisas y saludos a otras mujeres significarían mucho más que un intercambio casual. Si me había paseado ante todas esas novias a tiempo parcial que conocían su vida secreta.

—¿Por qué pareces un ciervo deslumbrado por los faros, Gill? —preguntó en un tono más tierno.

—Porque, sinceramente, me siento como si fuera uno. ¿Ha habido algún momento en el que no estuvieras acostándote con otras mujeres?

—Los primeros meses que estuvimos juntos —admitió—. Entonces solo me acostaba contigo.

—Pero llevamos años juntos...

—Y podemos estar muchos más... si estuvieras conforme en dejar esos puestos de trabajo y, quizá, regresar a tu antiguo trabajo, el impresionante mundo real, o acceder a trabajar en la firma de mi padre. Quizá podríamos hacer coincidir nuestros horarios y no tendría que recurrir a dormir con otras personas. Los dos tenemos la culpa de esto, Gillian. Los dos.

Di un paso atrás y reprimí un grito. Me negaba a que viera cómo caía.

—*Lovers in New York...* —El pianista cantaba diez veces más fuerte que antes—. *Lover crying tears of...*

—¡Por favor, cállese de una vez! —grité, dejando salir mi ira y mi dolor. Respiré hondo antes de empezar a disculparme, pero él ignoró mi arrebató y continuó cantando como si tal cosa.

—¡Oh, nena! —Ben levantó los brazos y dio un paso hacia mí para abrazarme—. No llores, no pasa nada. Ven aquí.

—No me toques. No te atrevas a tocarme.

—Genial. A ver si por lo menos conseguimos zanjar el tema antes de entrar —deseó—. No quiero que hagas una escena delante de los amigos de mis padres. ¿Cómo te gustaría arreglar el asunto? —Se paseaba de un lado para otro—. Estoy dispuesto a escuchar tus ideas, aunque te aseguro que si quieres asegurarte de que solo me acuesto contigo, tendrás que hacer cambios importantes en tu vida y darme tiempo para que me acostumbre a ello.

No dije ni una palabra. No valía la pena añadir nada más. Ni ahora ni nunca. Habíamos terminado.

Me di la vuelta y me alejé, haciendo caso omiso a sus patéticas y débiles llamadas. Me mezclé con los invitados de la fiesta sin mirar atrás, forzando una sonrisa falsa mientras me sonreían y saludaban con la cabeza. Intentando no toparme con la multitud de fotógrafos que había cerca de los ascensores, empecé a bajar las escaleras para coger al ascensor algunos pisos más abajo.

Unas lágrimas ardientes seguían cayendo por mis mejillas y mi pecho subía arriba y abajo a cada paso. Ambas cosas eran un constante recordatorio de que me estaba alejando de una relación que siempre me pareció prometedora de forma unilateral. Las preguntas que había preparado para la tarde eran *peccata*

minuta al lado de los problemas que Ben me había revelado.

Cuando llegué a las puertas del vestíbulo, retrocedí un paso ante la lluvia. Había arreciado, y llovía con más fuerza que cuando había llegado.

—¿Señorita Taylor? —me llamó desde atrás una profunda voz masculina—. ¿Señorita Taylor?

—¿Sí? —Me di la vuelta y me encontré cara a cara con el chófer de la familia Walsh, Francis.

—¿Se va de la fiesta? —preguntó—. ¿Sola?

Asentí.

—¿El señor Walsh se reunirá con usted más tarde?

—No, y no necesito que me lleves de paseo —dije—. No pienso aceptar nada más del señor Walsh.

Ignorándome, cogió un paraguas negro y abrió la puerta. Dejó que el paraguas me protegiera de la lluvia e hizo un gesto para que lo acompañaran.

—Se me ordenó que la llevara a casa, señorita Taylor. —No, no iba a dejar que esto se me fuera de las manos, salvo en mis términos—. Antes de que llegara me dijeron que usted era mi objetivo prioritario.

—Si insiste... —Reprimí un suspiro y me fui con él a un coche negro.

Mientras se acomodaba en el asiento delantero y graduaba el aire acondicionado, miré el móvil y vi que tenía una gran cantidad de mensajes de texto.

Ben: En vez de ir a Hemingway's, será mejor que Francis te lleve a casa. Ya discutiremos sobre esto más adelante.

Ben: Estoy dispuesto a ir a tu apartamento, en Brooklyn, Gillian. ¡En Brooklyn! Si eso no es estar dispuesto a comprometerme y a llegar a un acuerdo contigo, no sé qué lo es.

Ben: ¿Te has marchado de la fiesta? ¿De verdad te has ido antes de que nos sacaran una foto juntos?

Ben: Responde ahora mismo al teléfono, Gillian.

Ben: ¿Gillian...?

Francis condujo el coche por la Avenue of the Americas mientras yo me secaba las lágrimas que no cesaban de brotar. Lo último que quería esta noche era que Ben llamara a la puerta de madrugada para tener una conversación conmigo.

Cuando el coche se detuvo en un semáforo en rojo, se me ocurrió la mejor manera de evitar a Ben esta noche.

—¿Francis? —llamé al conductor.

—¿Sí, señorita Taylor?

—¿Le importaría dejarme en un sitio que no es mi apartamento?

—Depende de qué sitio sea. Tiene que ser un lugar seguro. —Me miró por el espejo retrovisor con el ceño fruncido—. Un bar no es una opción aceptable.

—No, no se trata de un bar, sino del edificio Madison, en Park Avenue.

—Ahhh... —repuso con una sonrisa—. De acuerdo. El lugar donde trabaja me parece lo suficientemente seguro. ¿Debo suponer que no desea que le diga al señor Walsh dónde la he dejado?

—Sí, por favor. No le diga nada.

Él asintió con la cabeza y, cuando el semáforo se puso verde, realizó un giro en U y se dirigió a la otra punta de Manhattan. Pasó por delante de la magnífica entrada principal y aparcó cerca de la parte trasera del edificio. Se bajó una vez más para abrirme la puerta, sosteniendo un paraguas para que no me mojara.

Como si supiera que era muy probable que no volviera a verme otra vez, me entregó el paraguas y me estrechó la mano, deseándome la mejor suerte del mundo.

Sabía que no volvería a meterse en el coche hasta que me viera entrar, así que saqué el carnet de empleada del bolso y lo sostuve ante el telefonillo. Lo miré una última vez antes de entrar, dejando que la puerta se cerrara a mi espalda.

Cogí un folleto publicitario del edificio Madison y me lo puse a la altura de la cara, fingiendo leerlo mientras pasaba ante el despacho del supervisor. Agradecía que fuera el turno de noche, gente con la que nunca trabajaba, que estaba demasiado ocupada con labores de oficina y respondiendo a llamadas para levantar la vista.

Con la cabeza gacha, recorrí el pasillo y atravesé el vestíbulo hacia los ascensores de servicio.

En cuanto se abrieron las puertas, entré y pulsé el botón del piso 80, sabiendo que el ático estaría tan vacío como siempre. Era pura ironía, pero el tipo que vivía allí casi no lo pisaba, aunque insistía en mantener el más alto nivel de privacidad. Todo por un apartamento que apenas utilizaba.

Había cámaras en los pasillos y encima de la puerta y un código de acceso

adicional para poder entrar en el piso. Pero dado que siempre me asignaban ese lugar en particular, sabía cómo burlar cada medida de seguridad.

Al salir del ascensor, mantuve abiertas las puertas el tiempo necesario para que la cámara del pasillo girara hacia la izquierda; así dispondría de diez segundos para pasar sin que me captaran. Desactivé con rapidez las cámaras ocultas en los floreros de los pasillos, deteniéndome a buscar otras a mayores, aunque no las había. Luego pulsé el botón para apagar la cámara que acababan de instalar en la entrada, lo que me proporcionó cinco segundos más para colarme en el interior con rapidez.

Sabía que lo que hacía estaba mal, que si mis superiores supieran cuán a menudo hacía esto, me despedirían en el acto, pero me había hecho adicta a este apartamento. Como los inquilinos que vivían aquí se esforzaban por ser invisibles, a veces me sentía como si fuera mío. Ciertamente era que cada vez que trabajaba hasta tarde o que quería escapar del patético lugar en el que vivía, me trasladaba aquí.

Era el mejor apartamento del edificio con diferencia. La vista panorámica que se apreciaba por el ventanal de suelo a techo que se extendía por la pared del fondo era una impresionante imagen de la ciudad y el río Hudson.

Había cinco habitaciones, tres baños y un dormitorio principal que todavía me dejaba boquiabierto cada vez que lo veía. Los suelos eran de mármol blanco y los muebles que llenaban todas las estancias eran beis, negro o una combinación de ambos. Todos parecían ser el resultado de las fantasías oníricas de un diseñador de vanguardia.

Entré en la ultramoderna cocina, encendí la luz y giré toda la colección de latas de Coca-Cola. Luego abrí una de las alacenas de debajo del fregadero y saqué la bolsa azul que ocultaba detrás de los productos de limpieza.

—Bienvenido a casa. —El sistema de altavoces sonó de repente, haciendo eco—. Tiene cuatro mensajes nuevos. Por favor, diga la contraseña.

—No —respondí.

—Por favor, diga la contraseña.

—No.

—De acuerdo. —Hubo un pitido—. En otro momento.

Saqué una botella de vino de la nevera y la empecé a beber trago tras trago, tratando de disipar el dolor que me atravesaba el pecho. En cuanto me la terminé, me dirigí al dormitorio principal y me desnudé para meterme en la ducha con inmaculadas paredes de piedra.

Mientras el agua caliente se precipitaba sobre mí, cerré los ojos y me permití llorar. Oí que el móvil sonaba en la habitación y supe que era Ben, que me llamaba para soltarme más burradas, así que lo ignoré.

Giré el termostato para poner el agua todavía más caliente y permanecí allí hasta que tuve la piel roja e insensible, hasta que apenas podía sentir mis propios dedos.

Cuando no pude aguantar más, cerré el grifo y llevé la mano a la rejilla donde había puesto mi loción con olor a fresa. Me la extendí por todo el cuerpo antes de ponerme el pijama y cubrir mi rastro.

Luego guardé la loción y el gel en su lugar, empujé la botella de vino vacía al fondo de la papelera y me aseguré de que las cámaras de la cocina seguían emitiendo las imágenes en bucle que había programado en mi última visita.

Después de asegurarme de que todo estaba en el lugar correspondiente, entré en la que consideraba mi habitación favorita del ático: la biblioteca.

Los inquilinos debían de poseer al menos quinientos libros, y actualizaban el lugar cada cuatro meses con éxitos de ventas y una nueva edición de clásicos. Mientras pasaba los dedos por los lomos de los libros, vi algo extraño en el escritorio. Algo que no había percibido el otro día cuando había limpiado la estancia.

Normalmente, al igual que todos los demás espacios de la casa, la mesa estaba completamente vacía. Pero en ese momento había unos ejemplares de *The New Yorker*, *The New York Times* y de *The Wall Street Journal* abiertos. Sin embargo, no eran ediciones actuales. Las páginas estaban amarillentas y ajadas por el tiempo, y unas cuantas frases y titulares estaban resaltados en azul o rodeados con círculos rojos. Había incluso una pequeña libreta escondida debajo de las páginas con algunas notas escritas a mano con todo cuidado: «¿Cómo no se dio cuenta nadie hace años? No pueden ser erratas... No todas pueden ser erratas...».

Al ver la fecha impresa en los periódicos —1993, 1987 y 1975—, me convencí de que la primera suposición que me había hecho sobre los inquilinos era sin duda correcta. Una pareja de ancianos que compartían una gran pasión por la literatura, o tal vez un reputado historiador.

Dejé los periódicos donde estaban y me acerqué a las ventanas de la biblioteca.

Una vez que descorrí las cortinas, vi que una suave lluvia caía sobre la ciudad como un manto. Empujé el sofá cerca del ventanal y me acomodé

contra los cojines antes de cubrir mi cuerpo con una manta.

Para asegurarme de que me marchaba sin que nadie me viera por la mañana, programé la alarma para las seis y media. Luego abrí la nueva revista de crucigramas que había sobre la mesita de café.

Pasé la primera hoja y leí el título del tema que compartían todos los acertijos del interior.

«Prohibido el paso: incluso los criminales más inteligentes son atrapados».

«Interesante...», pensé.

Solucioné un crucigrama tras otro hasta que no pude concentrarme más. Cuando por fin me di la vuelta para dormir, vi la hora en el reloj que había encima de las estanterías.

Pasaban diez minutos de la medianoche.

«Feliz cumpleaños, Gill», dije para mis adentros.

PUERTA A4

Nueva York (JFK)

GILLIAN

Vivía en Brooklyn, en una casa de piedra rojiza bastante vieja situada entre dos calles muy transitadas, en la que había cuatro apartamentos. La puerta principal estaba deformada por la falta de mantenimiento del dueño y señor de aquellos bajos fondos. Los escalones de acceso estaban agrietados y desgastados; las ventanas eran de tan baja calidad que durante los meses de invierno permitían el paso de las brutales ráfagas de aire tan frecuentes en la ciudad. Sin embargo, a pesar de sus muchas desventajas, había una característica sorprendente en esa deteriorada casa de piedra rojiza: mi dormitorio poseía una enorme ventana con fácil acceso a una escalera de incendios de hierro negro.

Subí con cuidado los escalones en mal estado de la entrada, accioné la manilla de la puerta un par de veces hasta que se abrió y luego subí corriendo los cuatro tramos de escaleras, levantando polvo a cada paso.

En cuanto abrí la puerta del apartamento, me recibió la gran variedad de globos blancos y azules que flotaban en el salón acompañada de un letrero que ponía:

«¡Feliz cumpleaños, Gillian!».

Sonriendo, me acerqué a la caja de regalo envuelta en papel de plata que había encima de la mesa de la cocina y levanté la tapa. En el interior había una tarjeta escrita a mano.

«Estimada Gillian:

Necesito que primero veas los regalos que hay dentro de esta caja.

A continuación, lee la nota que hay prendida en los globos, en el fregadero.

¡Te quiero!

¡Feliz cumpleaños!

La mejor (y más fantástica) compañera de piso que tendrás nunca: Mer».

Dejé la tarjeta boca abajo y saqué el primer elemento de la caja. Se trataba de un vestido corto de color rojo, con un solo tirante, de Diane von Furstenberg. Era tan corto que me dio la impresión de que apenas me cubriría los muslos. Debajo había unas resplandecientes sandalias plateadas de Jimmy Choo. Más abajo, vi cuatro botellas de vino blanco, y entre ellas había una pulsera tipo Pandora con un adorno de Nueva York y otro de un taxi.

Me acerqué al fregadero y abrí una nota más grande, pero antes de que pudiera leer la primera frase, me llegó un fuerte sonido de golpes a través de las paredes.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gritó Meredith—. ¡Oh, Dioooooos! ¡Sí! ¡Sí! ¡Síiiii!
¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—Claro que sí, nena —gruñó una voz profunda—. Claro que sí.

El sonido de piel contra piel y de labios húmedos buscándose una y otra vez inundaba el pasillo. La pared que separaba su habitación de la cocina retumbó en varias ocasiones más y las endeble tablas del suelo crujían con cada golpe de la cama.

Dejé la tarjeta de cumpleaños cuando los gemidos y golpes en la pared se hicieron ensordecedores. Tomé asiento ante la barra de separación, me preparé una taza de café y abrí el correo electrónico.

Remitente: Ben

Asunto: ¡Abre este mensaje! Eres la que más tiene que perder...

Remitente: Ben

Asunto: Quiero que leas este mensaje, Gillian. Debemos estar juntos

Remitente: Harry Potter

Asunto: ¡¡Viaje gratis a Orlando en el interior!!

Remitente: Sherlock Holmes

Asunto: ¡¡Urgente!! ¡¡Ábreme!!

Remitente: Kimberly B.

Asunto: El registro

Remitente: Nancy Drew

Asunto: ¡Sorpresa en el interior! ¡Cuento inédito gratis!

Envié los mensajes de Ben al *spam* con un gemido y eliminé los otros cuatro correos. Mis numerosos acreedores se habían vuelto muy creativos en sus esfuerzos por llegar a mí, y sabía que las versiones impresas de sus avisos seguramente estaban esperándome en el buzón.

Antes de que pudiera cerrar la sesión, entraron dos correos electrónicos de Elite Airways. En el asunto se podía leer: «Emocionantes noticias de Elite» y «Se anuncian nuevas rutas y cambios». Así que los borré también. Leerlos hacía crecer mis esperanzas de alcanzar mi objetivo: una actualización de mi estatus como empleada.

Me serví otra taza de café mientras un fuerte y rotundo «¡Ohhh, Diooooos!» final retumbaba en las paredes. Después hubo unos cuantos golpes más en la cama, más sonidos de piel contra piel. Por fin, el repentino sonido de pisadas, de la hebilla del cinturón y llaves confirmó que la cita había terminado.

Unos segundos después, Meredith y su ligue del día salieron del dormitorio.

Se trataba de un tipo con el pelo negro y los ojos castaños, que me guiñó un ojo mientras me miraba. Yo intenté no fijarme demasiado en los hermosos tatuajes que serpenteaban de arriba abajo por sus brazos.

—Hasta pronto —susurró Meredith, abriéndole la puerta.

—Eso espero —repuso él en voz baja. Le dio una última palmada en el culo antes de bajar las escaleras.

—Bueno, ha sido un cuatro estrellas muy satisfactorio. —Meredith se acercó a encender los fogones—. Has llegado temprano. Pensaba que ibas a pasar el día de tu cumpleaños con Ben.

—Eso pensaba yo también. —Se me formó un nudo en la garganta, pero me obligué a tragármelo—. Hasta que decidió confesarme que ha estado engañándome.

—¿Estás de coña?

—Ya me gustaría —repuse—. Pero añadió que solo «utiliza» a las otras chicas para satisfacer sus necesidades sexuales. Afirma que está casi enamorado de mí.

—Aggg... —Puso los ojos en blanco—. Bueno, ya sabes que no soy imparcial porque siempre lo he odiado, pero si decides regresar con él, sigo dispuesta a ser tu paño de lágrimas. Aunque, sin duda, pensaría que te has vuelto loca.

Me reí por primera vez en el día.

—No pienso volver con él, y no voy a llorar más. Esta noche pienso ir a una exposición, donde intentaré conocer a alguien nuevo. Un hombre elegante, ingenioso y divertido. Alguien...

—... con el que follar —me interrumpió, cruzando los brazos—. ¿Es que no ves el problema? ¿No ves el patrón que sigues?

—¿Mi patrón es querer encontrar un buen hombre?

—Sí. Todos tus ex encajan en la misma rutina aburrida. Sesudos amantes de arte, cultuquetas de cafetería, chicos de Wall Street. El típico chico bueno americano, tipos que no te follan hasta la décima cita y aun así tienen que trabajárselo mucho. —Sacó una caja de mezcla para tortitas—. Tienes que cambiar de tercio, e intentar, quizá, mantener relaciones sexuales sin compromiso. Obtener algunas muescas en tu cinturón para saber lo que te gusta y lo que no. Luego podrás empezar a buscar de nuevo el amor.

—Por lo tanto, y en otras palabras, debería ser como tú.

—No, no podrías ser como yo ni intentándolo. Ni siquiera creo que puedas manejar un rollo de una noche, así que no hablemos del sexo sin compromiso que puede venir con ello.

—Te aseguro que puedo manejar un rollo de una noche —afirmé, dando la vuelta en la silla—. Solo que nunca he querido.

—¡Ja! —De repente, Mer soltó una carcajada incontrolada con la mano en el vientre. Tardó varios minutos en detenerse y, cuando por fin tuvo la risa bajo control, sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Gillian... —dijo, soltando un suspiro—. No te lo tomes a mal, pero tener una aventura de una noche significa que no puedes esperar nada después. No creo que sea un estilo de vida que te vaya... No te ofendas.

—No me ofendo. Pero ya que estoy libre de nuevo, y que no pienso regresar con Ben, creo que me gustaría demostrarte que te equivocas.

—¿En serio? —Arqueó una ceja.

—En serio.

—De acuerdo —se acercó a la nevera y sacó una tarjeta de color beis de debajo de un imán—, ¿qué tal esta noche? —dijo, tendiéndomela.

—¿En mi cumpleaños?

—Sí. —Se encogió de hombros—. En tu bullicioso cumpleaños. En el peor de los casos, si decides no seguir adelante, aún seguirás ayudándome. Esta fiesta coincide con el desfile al que tengo que asistir esta noche, y no puedo ir

a los dos sitios.

Al darle la vuelta a la invitación, me di cuenta de que la palabra «fiesta» no aparecía por ningún lado. Solo se podía leer una dirección.

—Es una fiesta secreta —explicó Meredith como si me hubiera leído la mente—. Habrá un montón de gente importante, por lo menos sobre el papel. Lo único que tienes que hacer es buscar al anfitrión, Mark Strauss, y darle esto. —Se quitó del cuello una unidad de USB y la dejó sobre la mesa—. Dile que vas de mi parte, él sabrá de qué se trata. Y, mientras estás allí, intenta buscar compañía, habrá un montón de hombres sexis como demonios, así que seguro que encuentras alguno con el que irte de la fiesta. Con decir, «Hola, me llamo Gillian» y soltar alguna mentirijilla sobre lo que haces para ganarte la vida y sobre todo lo demás (porque nunca importa), conseguirás una buena sesión de sexo.

—Eso es una leyenda urbana.

—Una leyenda urbana increíble. —Ella sonrió—. Tengo un cinco estrellas a punto de recogerme para una cita de dos horas antes del desfile, pero si sales pronto de la fiesta, ve hasta el Waldorf Astoria. Podemos volver juntas a casa.

—Meredith... —Dejé la invitación en la mesa—. Pensaba que habíamos acordado que ibas a dejar de poner nota a los chicos con los que te acuestas.

—Yo no me mostré de acuerdo con eso, y no estoy poniéndoles nota. Los clasifico en categorías, así sé exactamente a quién llamar cuando estoy de humor para un tipo determinado de repetición.

Puse los ojos en blanco.

—Por ejemplo, a veces —explicó, agitando un bol—, estoy de humor para una polla de tres estrellas y media. Algo bueno, pero no demasiado exigente porque no quiero estar despierta hasta tarde.

—¿Sabes qué? Olvídalo. No he dicho nada.

—Otras ocasiones tengo ganas de una polla cuatro estrellas. Que llegará a todos los lugares correctos; sin dejarme una fuerte resaca, hará que piense en ella al menos durante medio día.

—Por favor, déjalo ya. —Le lancé una pajita.

—Y luego, por supuesto, a veces necesito con desesperación una inolvidable polla de cinco estrellas. Hará que mi mundo se estremezca, me dejará sin aliento y completamente desmadejada. Hará que no recuerde ni mi nombre. —Se mordió el labio pensativa—. En mi lista de contactos hay algunas pollas de seis y siete estrellas, pero no puedo recurrir a ellas demasiado a menudo. De

lo contrario, acabaría siendo adicta, y no puedo disfrutar de ellas demasiado a menudo. No es mi estilo.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que podrías ser adicta al sexo?

—No, pero lo tomaré como un cumplido. No puedo conformarme con estar rota sintiéndome miserable. Las dos necesitamos algo que nos haga sentir vivas, ¿sabes?

—Vale... —Le lancé otra pajita.

Entendía por completo la lógica que aplicaba al sexo, pero a pesar de que en nuestro apartamento reinaba la tristeza de vez en cuando, era yo la que se sentía miserable. Meredith Alexis Thatchwood estaba muy lejos de ello.

Poseedora de unos preciosos ojos castaños y ondulado pelo oscuro, Meredith era heredera de una larga lista de Thatchwood —un clan histórico de Nueva York, formado por magnates inmobiliarios que poseían algunas de las propiedades más exclusivas del estado—. Su padre, Leonardo Alex Thatchwood, era considerado con frecuencia uno de los hombres más filantrópicos de la ciudad, pero para Meredith era solo una versión rica de un mal padre. No quería tener nada que ver con él o su dinero.

—Dos cosas más. —Empujó la caja de regalo hacia mí—. Ponte todo eso para ir a la fiesta de esta noche; así llamarás la atención. Empieza a las ocho, pero, si fuera tú, no llegaría antes de las diez. Nadie llega a tiempo a estos eventos, por lo que resultará extraño que lo hagas. Y debo decirte que, de verdad, quiero que ganes esta apuesta. Cien dólares a que te reúnes en el Waldorf conmigo esta noche para contarme la mierda que te has encontrado.

—Bueno, como yo no soy la heredera de una gran fortuna, te apuesto veinte dólares y el desayuno en la cama a que te envió un mensaje de texto con una calificación sexual.

—Después te diré qué quiero de menú. —Se rio y se apoyó en la barra—. Está bien, en serio, voy a ayudarte a arreglarte para que te saques el máximo partido esta noche.

Esa misma noche, me detuve ante un edificio negro abandonado de la Séptima Avenida. Temblaba por culpa del viento frío que impactaba contra mis piernas expuestas. Me pregunté si habría leído mal la dirección donde se celebraría la fiesta. A mi alrededor no había nadie, todas las ventanas estaban tapadas por maderas de contrachapado, e incluso se veía un letrero de «Se alquila» clavado en la puerta principal.

Saqué el móvil del *clutch* para llamar a Meredith, pero ella ya me había

enviado un mensaje de texto.

Meredith: Pasa de la entrada principal del edificio. Ve por el callejón hasta una puerta azul. Llama seis veces con el puño. Mark Strauss irá vestido de gris. (Mañana por la mañana quiero tostadas francesas, huevos Benedict y zumo de naranja recién exprimido. Será lo que tengas que preparar después de regresar sola a casa esta noche. Gracias por adelantado).

Me reí mientras me dirigía al callejón, e hice una mueca cuando mis pies se resintieron por la altura de mis nuevos *stilettos*. Cuando llegué a la puerta azul, llamé seis veces como me había indicado Meredith y me abrió un hombre con un traje de color beis.

—El ascensor está en el pasillo —dijo—. Tiene que subir a la azotea. El anfitrión ha pedido que no se hagan fotos ni se graben vídeos mientras esté aquí. Si se detecta que está haciéndolo, se la acompañará a la puerta. ¿Está claro?

—Sí. —Pasé junto a él y entré en el ascensor, que me llevó directamente a la parte superior del edificio. Cuando se detuvo, me encontré ante un mar de trajes negros y grises, y vestidos de diseño en vivos colores.

Un montón de luces parpadeaban contra la barandilla de la terraza. Había sillones de cuero blanco rodeando mesas de cristal, en las que habían puesto cigarros habanos a disposición de los invitados. Las camareras, con vestidos negros de escote en V, ofrecían bebidas a todos los presentes.

De la nada surgió una joven que se acercó a mí para ofrecerme una copa de oscuro vino tinto.

Tomé un sorbo y tosí cuando un reguero ardiente bajó por mi garganta.

Recordando lo primero que tenía que hacer mientras estuviera allí, anduve por la terraza en busca de Mark Strauss. No pasó demasiado tiempo antes de que lo viera. Vestido de gris con un sombrero negro, se encontraba solo y apoyado en la barandilla, admirando la cautivadora vista nocturna de la ciudad.

—Perdone... —Me aclaré la garganta cuando me acerqué a él—. ¿Es usted el señor Strauss?

—Depende. —Se volvió para mirarme—. ¿Qué estás ofreciéndome?

Saqué el USB de mi bolso y se lo di.

—De parte de Meredith Thatchwood.

—Ah... La chica Thatchwood. —Sonrió—. Así que el rumor de que es la antiheredera es cierto, después de todo. Dile que lamento no poder verla esta

noche. Mientras tanto... —Me miró de arriba abajo—. Soy Mark. ¿Cómo te llamas?

—Gillian.

—Mucho gusto, Gillian. —Dio un sorbo a su bebida mientras clavaba los ojos en mi escote expuesto—. Una completa revelación. Si mi esposa no estuviera por aquí, vigilando todos mis movimientos, te diría que sin duda eres la mujer más sexy que he visto nunca. Y luego te rogaría que me acompañaras a mi casa para que pudiéramos follar hasta el amanecer. —Se dio la vuelta y saludó a alguien en la distancia—. Pero ya que no es posible, hazme un favor y saluda a mi esposa para que no venga a interrumpir mis escasos minutos de libertad.

Confundida, me di la vuelta y saludé en la misma dirección que él, siguiendo su mirada hasta una preciosa mujer con un vestido color marfil. Ella a su vez levantó su copa en nuestra dirección, sin dejar de hablar con las mujeres que la rodeaban. Después, Strauss se volvió de nuevo hacia la ciudad.

—¿Qué tipo de avión crees que es? —preguntó, señalando un avión blanco y negro que sobrevolaba el Hudson.

—Si tuviera que arriesgarme, diría que es un Boeing 737.

—¿Qué? —Me miró.

—Un Boeing 737 —repetí—. ¿Qué le parece?

—Nada... —Se rio—. No me esperaba esa respuesta. Me refería a si es un avión a reacción, una avioneta, pero... ¡guau! Ha sido impresionante.

—¿Qué te resulta tan divertido, querido? —Su esposa apareció de repente a nuestro lado—. ¿Quién es tu amiga?

Él puso los ojos en blanco y nos presentó. Luego le pasó el brazo por la cintura y me examinó una última vez antes de retroceder.

—Impresionante, Gillian —añadió, guiñándome un ojo—. Lo del avión.

Su esposa frunció el ceño, pero sonrió una última vez antes de que se alejaran. Esperé hasta que estuvieron fuera de mi vista y me volví hacia la ciudad, esperando no encontrarme con ninguno de ellos durante el resto de la noche.

—Lo del avión ha sido impresionante, sí. —Otro hombre, con una voz más profunda y dominante, se acercó a la barandilla—. Y lo habría sido todavía más si lo hubieras hecho bien.

—¿Perdón? —Me volví hacia la izquierda, mirándolo de reojo—. ¿Qué has dicho?

—He dicho... —Se volvió hacia mí—. Que tu respuesta sobre el avión habría sido más impresionante si la hubieras dicho bien. ¿No te parece?

No podía pensar. Ni siquiera podía intentarlo.

Ese hombre era la definición absoluta de la perfección, la quinta esencia de la vida, de la respiración, del sexo. Sus ojos azul tormenta, brillantes por el efecto de las tenues luces de la fiesta, estaban clavados en los míos, y sus gruesos y definidos labios se curvaban en una sonrisa tentadora y atractiva. Su pelo era de un tono rubio oscuro y estaba algo despeinado, como si acabara de pasarse los dedos por él.

Su traje, un tres piezas de color negro, se ceñía a su cuerpo; sin duda se lo habían hecho a medida. El reloj que llevaba en la muñeca, un Audermars Piguet plateado, me indicó que podía permitirse el lujo de gastarse todo lo que yo ganaba en un año en algo tan insignificante como un complemento.

—¿Debo considerar tu silencio como una aceptación de que estoy en lo cierto? —sonrió, mostrando una dentadura perfecta, con los dientes blancos como perlas, y negué con la cabeza. Intenté salir del trance.

—Debes considerar que pienso que no sabes qué demonios estás diciendo. —Levanté de nuevo la mirada al avión. Estaba más lejos, pero todavía se distinguía con facilidad—. Es un Boeing 737 y no está bien escuchar a escondidas.

—Lo que no está bien es difundir información incorrecta. —Volvió a sonreír y se acercó un paso más, mirando al cielo—. Eso es un Airbus 320, no un Boeing 737. —Esperó a que siguiera con los ojos la dirección que señalaba con los dedos—. La diferencia está en el morro del avión y en las ventanas de la cabina... La del Airbus es como un bulbo, y la del Boeing afilada. Las ventanas del 737 son diagonales, y las de la cabina del Airbus son...

—Cuadradas —terminé, dándome cuenta al instante de que tenía razón—. Bueno, enhorabuena. Has ganado el trivial de aviones de esta noche. Pero espero que no pienses que hay un premio.

—Debería haberlo.

—¿No te llega la satisfacción de saber que es un espía arrogante?

—O... —añadió—, la satisfacción de saber que realmente no te importa una mierda que yo sea arrogante. Te alegras de que lo haya hecho y ahora no quieres que me marche y te deje sola.

Silencio.

Su sonrisa se hizo más ancha y el embriagador olor de su colonia hizo que

me acercara un paso más. Mantuvo los ojos en los míos durante varios segundos, como si me retara a aproximarme todavía más.

—Jake —se presentó, rompiendo el silencio. Me tendió la mano, y noté que unos gemelos de plata brillaban bajo la noche.

—Gillian. —Sentir su mano contra la mía hizo que una oleada de calor me atravesara de pies a cabeza, y me eché atrás, completamente confusa por lo que podía provocar un simple apretón de manos en mis terminaciones nerviosas. De que un completo desconocido pudiera hacer que me mojara con una sencilla sonrisa y moviendo la muñeca.

De repente, se interpuso entre nosotros una camarera, interrumpiendo el momento para ofrecernos unas copas de champán frío. Me preguntó si lo estaba pasando bien o si necesitaba algo más, y mientras soltaba una corta perorata sobre lo increíbles que estaban los aperitivos, sentí la ardiente mirada de Jake recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, excitándome sin ni siquiera intentarlo.

—¿A qué te dedicas para ganarte la vida, Gillian? —me preguntó en cuanto la camarera se alejó.

—Soy... —Recordé lo que me había dicho Meredith, que debía mentir esta noche—. Soy piloto. En realidad, capitán.

Él arqueó una ceja.

—Pareces demasiado joven para ser capitán.

—Mis largas horas de vuelo dicen otra cosa.

—¿En serio?

—Sí. —Apenas pude quedarme de pie mientras él me quitaba la copa y la dejaba sobre una repisa.

—¿Eres piloto comercial o privado?

—Privado. —Tenía que preguntarle en qué se ganaba la vida, escapar de mi mentira y de este sujeto tan rápido como fuera posible, pero él se apoyó en la barandilla, quedándose más cerca y haciendo que perdiera el hilo del pensamiento.

Cuando presionó las manos contra mis caderas, me quedé quieta entre sus piernas, tan cerca de él que pensé que estaba a punto de apretar su boca contra la mía y besarme. Pero no lo hizo.

—¿Cuánto tiempo llevas volando? —preguntó.

—Tanto que no lo puedo recordar.

—Mmm... —Puso el dedo sobre mi labio inferior, como si estuviera muy

intrigado por algo. Parecía como si estuviera esperando a que lo empujara o le dijera que se detuviera, pero al ver que no lo hacía volvió a sonreír—. Dime, Gillian, ¿en qué compañía aérea pilotas?

—Es una muy pequeña. —La forma jadeante en la que dijo mi nombre me afectó todavía más que su mirada—. No la conoces, créeme.

—Quizá sí la conozca. —Bajó todavía más la voz, con los labios casi rozando los míos—. Ponme a prueba.

—Es... una pequeña empresa... privada.

—Sí —dijo en un tono más ronco todavía—. Ya hemos establecido que es privada, Gillian. Sin embargo, no es eso lo que estoy preguntándote. ¿Cómo se llama esa compañía aérea?

«Mierda... »

—No puedo decírtelo. Es una información demasiado personal. —Me rendí cuando sentí su mano acariciándome la espalda, cuando arrastró juguetonamente los dedos por el broche del sujetador.

—¿A qué te dedicas para vivir?

—Soy un autor de éxito.

—¿Qué? —Por mi mente pasaron miles de preguntas—. ¿En serio?

—No. —Pegó los labios a los míos sin previo aviso y perdí la noción del tiempo cuando deslizó la lengua profundamente en mi boca y clavó los dientes en mi labio inferior, haciendo que me mojara todavía más. Me sujetaba las caderas con las manos al tiempo que hundía los dedos en la piel, gimiendo por lo bajo mientras controlaba mi boca con la suya—. No soy un puto autor... —susurró contra mis labios. Una sonrisa llena de complicidad cruzó por su rostro cuando se apartó de mí—. Pero ya que te estás haciendo pasar por piloto, yo también puedo fingir ser lo que no soy, ¿verdad?

—Sí. —Sentí que me ardían las mejillas—. Supongo que sí.

—¿Has venido sola? —preguntó.

—Creo que deberías haberlo averiguado antes de besarme.

—Si tu jodida boca no fuera tan sexy y no me hubiera distraído, lo habría hecho —dijo—. ¿Has venido sola?

No le respondí. No pude.

Estaba enredando los dedos en mi pelo y volvía a cubrirme los labios. Sentí que tenía la ropa interior empapada y pegada a la piel.

—¿Gillian? —Su sonrisa se volvió más arrogante—. ¿Has venido sola?

—Sí y no.

—Son opciones incompatibles.

—He venido sola —dije. Apenas escuchaba mi propia voz.

—Mmm... —Deslizó los dedos por mi cuello, dejando un rastro ardiente en mi piel en llamas—. ¿Tienes pensado marcharte sola?

—¿Qué pasaría si lo hiciera?

—Entonces, sería necesario hacerte cambiar de opinión. —Dicho eso, me puso la mano en la cintura y me acercó a su cuerpo para besarme profundamente, lo que hizo que me olvidara de la gente que nos rodeaba. Su beso controlaba mi respiración y mis pensamientos; era de esos besos inolvidables. Un beso que ya estaba comenzando a formar parte de mis futuros recuerdos.

Todo lo que nos rodeaba dejó de existir, las lejanas notas del piano y los sonidos de las conversaciones se convirtieron en un zumbido tan suave que solo podía escuchar nuestras respiraciones.

Me apretó con fuerza, y yo le entregué el control total del beso, dejando que me mostrara lo agradable que podría ser una noche con él.

De repente, un fuerte aplauso perturbó nuestro momento, y nos separamos lentamente. La atención del público se había centrado en un hombre que estaba encima de un pequeño escenario, dando un discurso, pero nosotros seguíamos mirándonos a los ojos.

—¿Qué se necesita? —susurró. Parecía molesto de que nos hubieran interrumpido.

—¿Qué se necesita para qué?

—Para que te vengas conmigo.

—Mmm... —Notaba mariposas en el estómago y mi corazón se había acelerado hasta alcanzar un ritmo completamente extraño para mí. Nunca me había sentido atraída de una forma tan instantánea por ningún hombre en mi vida, nunca me había sentido como si las palabras sobraran, pero esta era, sin duda, la excepción.

—¿Ese «mmm» quiere decir sí? —preguntó.

—No, es que... Mira, no suelo tener rollos de una noche.

—Vale, entonces no digamos que es un rollo de una noche.

—¿Mejor una noche de sexo sin sentido?

—Una noche para follar —dijo en voz baja—. Una noche en la que seré el dueño de tu coño en cada parte de mi habitación en el hotel. Eso si conseguimos pasar del callejón.

Tragué, sabiendo que no importaba lo que dijera este hombre, iría a su casa con él.

—Iré contigo —le dije—, pero tienes que responder a algunas preguntas para que me sienta más segura.

—De acuerdo, Gillian. —Parecía divertido—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Me prometes que no eres un psicópata asesino?

—Te prometo que no soy un asesino.

—¿Eres un psicópata?

—Sin comentarios.

Me reí, pero algo me decía que no era una broma por completo.

—¿Eres de Nueva York?

—Sí y no.

—Alguien que se llama Jake me dijo no hace mucho que son opciones incompatibles.

Emitió una risa por lo bajo.

—Mi familia procede de Nueva York, pero yo nací en Misuri, aunque ahora, por desgracia, estoy de vuelta otra vez.

—¿Te gustaría explicar la parte desafortunada?

—No demasiado.

—¿Cuál es tu tipo favorito de mujer?

—¿Qué? —Arqueó una ceja, confuso.

—Ya sabes, rubias, morenas, pelirrojas... ¿Cuál?

—Nunca he tenido un tipo concreto.

—¿Por qué?

—Porque no puedo decir cómo será el coño de una mujer con solo ver el pelo de su cabeza. —Se pasó los dedos por el pelo, dejándome temporalmente sin habla—. Sinceramente, nunca he tenido un tipo, Gillian. ¿Hay más preguntas?

—Tres más.

—Responderé a dos.

—De acuerdo —repuse; el cuerpo me pedía que concluyera ya esta conversación—. ¿Con qué frecuencia te ligas a mujeres en fiestas de este tipo?

—No muy a menudo.

—¿Pero a menudo o no?

—No. —Parecía sincero—. No a menudo.

—De acuerdo. —Realmente no tenía más preguntas—. Podemos marcharnos.

—¿No ibas a hacerme otra pregunta?

—No, cuántas era la pregunta siguiente, y sé qué vas a decir.

—Está claro. —Esbozó la sonrisa más amplia de toda la noche y me puso la mano en la parte baja de la espalda para conducirme entre la multitud, fuera de la fiesta.

Entramos en el ascensor tras dejar paso a una pareja para que saliera, y en cuanto se cerraron las puertas, los labios de Jake estaban de nuevo sobre los míos, y mi espalda apretada contra la pared. Sin querer que este momento terminara, le rodeé la cadera con una pierna, y jadeé cuando sentí la dureza de su polla a través del pantalón, enorme bajo la tela.

Le recorrí el pelo con las manos mientras él deslizaba los dedos por debajo del vestido, más allá de la línea de encaje de mis empapadas bragas.

—Estás jodidamente mojada —susurró tras empujar a un lado el tejido. El ascensor siguió bajando piso tras piso. Justo cuando sumergió profundamente dos dedos en mi interior, resopló contra mi cuello—. ¿Mi casa o la tuya?

—La mía... —Gemí de placer cuando retiró la mano.

—No creo —repuso mientras se abrían las puertas en la planta baja. Deslizó el brazo alrededor de mi cintura y me condujo al exterior—. No voy a ser capaz de esperar tanto tiempo. Vivo muy cerca.

—Lo dudo. Yo sí que vivo cerca —dije, abriendo el *clutch* para asegurarme de que llevaba dentro la tarjeta de acceso al apartamento 80A—. Podemos ir caminando a mi casa desde aquí.

—Incluso aunque fuera cierto, prefiero conducir. —Sacó un llavero del bolsillo y pulsó el botón, haciendo que las brillantes luces de un BMW negro parpadearan al otro lado de la calle—. ¿Cuántas manzanas hay hasta tu casa?

—Cuatro. —Sonreí—. Queda más cerca que la tuya, ¿verdad?

No respondió. Me llevó hasta su coche y me abrió la puerta. Luego se deslizó detrás del volante y encendió el motor, haciendo que el salpicadero se iluminara con una centelleante selección de tonos azules y blancos.

—¿En el semáforo, giro a la derecha o a la izquierda? —preguntó alejándose de la acera.

—A la derecha.

Se detuvo en el semáforo en rojo y me miró, consiguiendo que me sintiera todavía más ansiosa. No dijo ni una palabra, solo clavó los ojos en mí hasta que la luz cambió a verde.

Recorrimos dos manzanas más antes de detenernos en otro semáforo en rojo.

—¿Está en Park Avenue? —preguntó.

—Sí.

—¿A qué altura de la calle?

—Es el edificio Madison. —Señalé el rascacielos en cuanto nos acercamos, dando gracias a cualquier ser superior de que los administradores estuvieran esta noche en una cena de accionistas. Los botones estaban ocupados con los vehículos, así que no tendría que pasar por la puerta y ser interrogada por el portero—. Vas a tener que aparcar en la calle. Solo los inquilinos tienen pases para el aparcamiento, y ya estoy utilizando el mío.

—Mmm... —fue lo único que dijo. Pasó bajo el semáforo y realizó un imprudente giro en U, aparcando junto a un lateral del edificio. Apagó el motor y abrió la puerta.

—Es posible que sea mejor que muevas el coche a otro sitio —advertí mientras me ayudaba a salir—. El portero es muy rígido y no le importa llamar a la grúa cuando utiliza este espacio alguien que no vive en el edificio.

—Correré el riesgo. —Me miró—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—No mucho, solo unos meses. —Me acerqué a la entrada lateral—. Prefiero acceder por aquí.

Me siguió y luego puse la tarjeta de empleada contra el teclado para poder abrir la puerta.

Las luces de mi superior estaban apagadas, y no había empleados del turno de noche por los pasillos. El único ruido que se oía eran las risas y las conversaciones en el salón de baile, al otro lado del edificio.

Según nos acercábamos al ascensor, con la mano de Jake presionada contra la parte baja de mi espalda, mi expectación subió a cada paso que dábamos.

En cuanto apreté el botón de subida, se abrieron las puertas y entramos juntos.

—¡Esperen! —gritó una voz aguda—. ¡Espérenme, por favor!

Jake mantuvo las puertas abiertas y unos segundos después, entró una anciana.

—Muchas gracias —dijo.

—¿A qué piso? —preguntó Jake.

—Al veintiséis. Gracias.

Apretó el botón 26 y, a continuación, como un perfecto caballero, apretó el 50 para que no pareciera que estábamos juntos.

—¿Y tú? —me preguntó, mirándome—. ¿A qué piso vas?

—Al ochenta.

—¿Al ocho? —me miró fijamente—. ¿Es eso lo que has dicho?

—No, al ochenta. —Saqué la llave del bolso y la sostuve contra el panel—. No se puede pulsar ese piso. Tengo que usar esta tarjeta para poder subir.

—¡Oh! Siempre me he preguntado quién vivía en ese piso —dijo la mujer—. Me alegro de poner cara a una vecina. Debería intentar asistir a las reuniones mensuales. Una vez al año no la mataría, ya sabe.

—Lo intentaré.

—Por cierto, ¿cómo son las vistas desde allí? —preguntó.

—Estupendas.

—Ya imagino. —Se despidió brevemente con la mano cuando salió en su piso y, por alguna razón, Jake empezó a tirarme del pelo con suavidad murmurando algo que sonó muy parecido a «fresa», pero no estuve segura.

—¿Cuánto tiempo has dicho que has estado viviendo aquí exactamente?

—Unos meses. ¿Por qué? —La energía que vibraba entre nosotros era ahora totalmente diferente a hacía unos segundos. La expresión de su rostro no estaba llena de lujuria. Era algo completamente distinto.

—Me ha hecho pensar.

—¿Pensamientos potencialmente asesinos?

—Pensamientos potencialmente curiosos. —Se me quedó mirando mientras las puertas se abrían.

—Espera —lo detuve, haciendo un gesto para que no saliera del cubículo—. Antes de que des un paso más, necesito hacer algo.

—¿Qué exactamente?

—Un segundo... —Me acerqué a los floreros del pasillo y apagué las cámaras con rapidez. Luego pulsé el botón para bloquear la que había sobre la puerta y colocar una pegatina sobre el nuevo objetivo—. Ahora ya puedes venir —animé a Jake, sacando la segunda tarjeta de acceso—. Son cuestiones de seguridad para proteger la privacidad.

—Sí, ambos valoramos mucho la privacidad... —Me siguió hasta la puerta.

Pasé la tarjeta de acceso contra la puerta, pero apareció una luz roja en vez de una verde.

«¿Qué coño...? Había funcionado ayer».

La sostuve otra vez contra el teclado, pero apareció otro frustrante destello rojo.

—¿Va algo mal? —preguntó Jake.

—No, la llave no funciona. —De repente, apareció la luz verde, salvándome de la vergüenza, y empujé la puerta para que entrara.

Apreté los botones del panel en la pared y las cortinas que cubrían el ventanal de la sala se abrieron lentamente, exponiendo la vista de Manhattan.

—Es una característica muy agradable —comentó Jake a mi espalda—. ¿Lo has diseñado tú misma?

—No, ya estaba cuando me vine a vivir aquí.

—Interesante... —Entró en el salón y se detuvo junto a la ventana. Parecía como si ese espacio fuera más suyo que mío—. Bonito ático.

—Gracias.

—¿Te importaría hacerme una rápida visita guiada por el apartamento?

—¿Ahora?

—Sí. En ese momento.

—Vale... —Me acerqué a él—. Ahora estamos en el salón, que se extiende hasta esa sala y el comedor, como puedes ver... —Me dirigí hacia la izquierda, por el pasillo—. Hay habitaciones a ambos lados, cada una con su propio cuarto de baño, y... —Entré en el dormitorio principal y encendí las luces—. Esta es la mía.

—Impresionante. —Dio un paso al interior y miró a su alrededor—. ¿Qué te hizo elegir los tonos beis y negro para la decoración?

—Son mis colores favoritos.

Lo vi sonreír.

—Todavía más interesante... ¿También hay cuarto de baño?

—Sí. —Me acerqué a la puerta que conducía a él y se lo enseñé—. La ducha es de piedra, además hay un *jacuzzi* y una sauna. —Me di cuenta de que la botella de champú de fresa estaba a la vista y me acerqué mientras hablaba para empujarla de nuevo detrás de las botellas negras y azules.

—¿Qué hay al otro lado del ático?

—Una biblioteca y un despacho —expliqué—. Ah, y hemos pasado por alto la cocina. ¿Quieres beber algo?

—Sin duda.

Me aseguré de que no había nada fuera de su lugar en el dormitorio principal antes de llevarlo a la cocina. Luego saqué una botella de vino y dos copas, y él me siguió de cerca.

—Te gusta mucho la fotografía aérea urbana, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué?

—Lo digo por las fotos de las paredes. —Se refería a los cuatro marcos blancos que colgaban sobre la chimenea—. Son de vistas aéreas.

—¡Ah, sí! Eso...

Se apoyó en la encimera y me miró con los ojos entrecerrados. Su aspecto era más sexy que nunca, pero había algo extraño.

—Cuéntame, Gillian. ¿En qué ciudades hiciste esas fotografías?

—Lo cierto es que no lo recuerdo muy bien...

—Deberías —afirmó—. Son impresionantes, lo suficientemente impactantes para recordarlas. Al menos, eso creo.

Se me erizaron los pelos de la nuca y el corazón se me aceleró de forma irregular, pero no supe por qué.

—Boston. La de arriba a la izquierda es Boston, donde me licencié. Las otras... —No tenía ni repajolera idea, y jamás les había prestado atención antes de hoy—. La de al lado, a la derecha, es Nueva York. Abajo podemos ver Londres y Tokio.

—Fascinante.

—Lo es... —Algo me impulsaba a huir, pero lo pasé por alto—. No te importa si bebemos vino blanco, ¿verdad?

—Qué bebemos es lo último que me importa en este momento.

No supe qué quería decir con eso, así que abrí el cajón para coger el sacacorchos. Moví los cuchillos y las espátulas, preguntándome dónde lo había metido, rezando para que fuera en otro cajón.

Abrí uno detrás de otro, sin ver nada. El pánico me inundaba con cada silencioso segundo que pasaba.

«Joder, joder, joder...».

—¿Pasa algo? —preguntó Jake.

—No. —Abrí el último cajón con el mismo resultado—. Es solo que...

—¿Qué?

—Nada. —Seguí tirando de las asas—. Me parece que no encuentro el sacacorchos. Recuerdo que lo puse aquí, pero no está.

—Probablemente porque lo cambié de lugar esta mañana. —Dejó el sacacorchos con fuerza sobre la encimera, haciéndome levantar la cabeza. Me encontré con una mirada airada.

Abrí mucho los ojos mientras sentía que cualquier rastro de color abandonaba mi cara, mirándolo boquiabierto. Durante varios segundos, no dijimos una palabra, y noté la ira que irradiaba de él en oleadas. La vergüenza

se apoderó de mí.

Este apartamento era suyo. Lo había llevado allí para acostarme con él una noche, y le había hecho un recorrido por su propio ático...

Di un paso atrás, con el corazón acelerado en el pecho mientras pensaba qué decir. Debatí conmigo misma si debería incluso hablar o limitarme a huir de él, correr hacia la salida de emergencia poniendo fin a esa noche para siempre. Quizá debería disculparme con calma y comportarme como si no hubiera ocurrido nada.

Se me quedó mirando con los ojos entrecerrados, así que lancé un vistazo a la puerta. Sin embargo, él dio un paso hacia la izquierda, bloqueándome la salida, como si me hubiera leído la mente.

—¿Cómo coño has conseguido una llave de mi casa, Gillian? —Me miraba con frialdad.

—Es que... mmm...

—Ahórrate todas las putas mentiras —siseó—. ¿De dónde cojones la has sacado?

—Es que en realidad no he conseguido la llave.

—¿Apareció de forma mágica en tu vida con mi dirección?

—Estoy tratando de explicártelo...

—Pues inténtalo con más fuerza. —Parecía como si estuviera a punto de caer sobre mí.

—Durante la semana, trabajo en el servicio de limpieza —dije, tragando saliva—. Y dado que por lo general me asignan el ático, siempre me dan una llave... Sin embargo, a veces me la guardo.

—Entonces, ¿debo asumir que robarme cuando estoy fuera forma parte de tu trabajo?

—No, nunca he... —tartamudeé—. Nunca he...

—¿Nunca me has robado? —Se acercó al otro lado de la barra, deteniéndose delante de mí.

—Es cierto. Jamás te he robado nada.

—Vamos a ver, debes de tener un concepto distorsionado de lo que significa esa palabra. Estás robando un espacio que no pagas, un espacio muy caro que pertenece a otra persona y que se supone que es privado. ¿Es o no es un robo? ¿No estás disfrutando algo que no te pertenece?

Me quedé completamente inmóvil y en silencio, clavada en el suelo por su dura mirada.

—¿Puedo suponer que la bolsa azul que hay escondida debajo del fregadero es tuya?

Asentí.

—¿Y también el maldito champú con olor a fresa que acabas de esconder detrás de las botellas de la ducha?

—Sí. —Mis mejillas estaban en llamas.

—Ya veo... —dijo, apretando los dientes—. Por lo tanto, de una forma sorprendente y gratificante, dicho sea de paso, por fin me enfrento cara a cara con mi no deseada compañera de piso y ladrona. Agradecería que salieras de mi apartamento y no volvieras a entrar mientras sigas trabajando aquí. —Sacó la tarjeta del bolso y señaló la puerta—. Lárgate ya.

Me quedé allí, mirándolo apretar los dientes con más fuerza.

—¿Es necesario que llame a seguridad? —preguntó—. ¿Es que no entiendes lo que significa «lárgate de mi apartamento ya»?

—Sé exactamente lo que significa —espeté; me sentía tan molesta y enfadada por la forma en la que me hablaba que me dejé llevar—. Y me largaré de una forma definitiva, Jake, después de que me des las gracias.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que me largaré, Jake —dije lentamente sosteniéndole la mirada—, después de que me des las gracias.

—¿Quieres que te dé las gracias por jugar a las casitas en mi piso?

—No es eso...

—¿Quieres que te agradezca que hayas cometido un allanamiento de morada? —Dio un paso hacia mí, empujándome hacia el borde de la otra encimera—. ¿Que te bebieras mi mejor vino y trajeras a extraños a mi casa para follar con ellos? ¿Debo agradecerte que usaras mi ducha y dejaras tu olor en las putas sábanas? —Tenía la cara roja—. Por favor, ilumíname, ¿por qué parte de esta jodida situación debería darte las gracias en este momento?

—Quiero que me agradezcas que haya regado tus malditas plantas todos los días. Todos. Los. Días —repliqué—. Incluso saco tiempo para hacerlo cuando no me asignan el ático, dado que has comprado cincuenta bulbos perennes y no sabes cómo cuidarlos. Si crees que han sobrevivido todo este tiempo gracias a tu encanto, te equivocas.

—Gillian... —Se le hinchó una vena del cuello.

—Todavía no he terminado, Jake —lo interrumpí, demasiado molesta e incapaz de detenerme—. Quiero que me agradezcas que haya cerrado las

ventanas cuando llueve, ya que tienes el terrible hábito de dejarlas abiertas; que haya organizado los libros de la biblioteca por colores, para que la luz del sol no dañe los lomos, y por recoger tu correo y organizarlo por fecha. Que aparezca en tu buzón de esta manera te facilita la vida. No es posible que pienses que se le ocurrió al cartero.

»Además —continué, cruzando los brazos—, quiero que me des las gracias por reponerte las latas de Coca-Cola. Hace meses que no tienes que comprar ninguna. ¡Meses! Y eso que las compras de una especialidad muy difícil de encontrar.

Se me quedó mirando sin decir una sola palabra.

—También podrías darme las gracias por terminar los crucigramas, aunque si quieres pasar de esto último, lo soportaré.

Todavía seguía mirándome con los ojos entrecerrados.

—Y ya que estamos hablando de palabras cruzadas y que tienes problemas para asimilar el concepto con claridad —dije—, «Palabra de siete letras. Dicho popular que expresa gratitud».

Descruzó los brazos y su expresión se suavizó lentamente, mientras una leve sonrisa le curvaba los labios.

—Con el debido respeto, Jake... —Tragué saliva, mirando a la puerta—. Tus «gracias» tienen que ser verbales. De lo contrario me quedaré aquí hasta que lo consiga.

Dejó escapar una risa por lo bajo al tiempo que cogía el sacacorchos. Luego se puso a abrir la botella lentamente. Sirvió una copa y me la ofreció. Mientras se servía otra para sí mismo, no apartó la vista de mí, sonriendo de forma inquebrantable.

Me tomé mi copa con nerviosismo y me sirvió otra. Y otra.

—Para que lo sepas... —empecé, sintiéndome más audaz después de beber la tercera—, unos vinos no equivalen a «gracias».

—Créeme —rozó el vidrio del pie de la copa—, ya llegaremos a eso. —Me quitó el recipiente de los dedos y lo dejó en el fregadero. Luego me cogió la mano y me arrastró con él.

—Para que conste —dijo, señalando las fotografías de la pared—. Se trata de Dubái, Filipinas, Moscú y..., por ironías del destino, la ciudad de abajo a la derecha es Tokio. —Puso los ojos en blanco y me llevó al otro lado del ático, a la biblioteca privada.

Me soltó la mano.

—Gracias por cuidar de mis pertenencias mientras me robabas —dijo, mirando las estanterías y luego a mí. Cogió un libro de crucigramas y lo tiró a la basura—. Y por terminar los putos crucigramas sin que te lo pidiera. No sé cómo he podido sobrevivir tanto tiempo sin ti.

—Los agradecimientos deben ser sinceros, sin veneno.

—Tampoco deben hacerse con un polvo. —Me apretó contra la estantería y me cubrió la boca con la suya, haciendo que me olvidara de lo que había pensado decir.

Deslizó la lengua entre mis labios, exigiéndome un control total del beso, y todo lo que me rodeaba se convirtió en un borrón. Me apresó el labio inferior con los dientes mientras buscaba mi mirada.

—Eres una jodida ladrona y una mentirosa, Gillian... —susurró contra mi boca al tiempo que deslizaba la mano entre mis muslos y me quitaba las bragas empapadas—. Una jodida ladrona y una mentirosa... —repitió.

Intenté responderle, pero no pude. Me empujó de nuevo contra la estantería, tirando al suelo algunos volúmenes de tapa dura y otros de bolsillo, y repitió de nuevo las mismas palabras.

—¿Te has tirado a alguien más en mi casa? —Me bajó el vestido hasta debajo de los pechos e hizo una pausa para soltar el sujetador.

—No... —Me quedé mirándolo mientras me quitaba el vestido por la cabeza y lo lanzaba al otro lado de la habitación.

—¿Por qué será que no te creo?

—Es verdad, no he traído a nadie más. —Gemí cuando nuestras bocas se encontraron de nuevo, mientras me besaba con más fuerza, sin soltarme hasta que estaba casi sin aliento.

Dio un paso atrás, mirándome de arriba abajo, y luego se abrió la cremallera del pantalón.

—Date la vuelta y agárrate al estante.

No me moví. Me sentía demasiado cautivada por la imagen de él desabrochándose los pantalones y liberando su polla. Contuve un jadeo al ver lo grande que la tenía, y miré cómo se ponía el condón que acababa de sacar del bolsillo.

—Gillian... —Sus ojos se encontraron con los míos y se acercó de nuevo a mí, me agarró la cintura y me obligó a girar sobre mí misma—. Agárrate al estante —me susurró con dureza al oído—. Ahora.

Cuando me sujeté a la estantería, él apretó la boca contra mi nuca,

manteniendo las manos en mis caderas mientras me separaba más las piernas.

Me dio una palmada en las nalgas al tiempo que pegaba su polla contra mi sexo empapado y, sin previo aviso, se deslizó hasta el fondo, dilatándome y haciéndome gritar.

Me agarré a los estantes con más fuerza, gimiendo sin control cuando un placer indescriptible recorrió inmediatamente mis venas. Traté de moverme para ajustarme a su longitud, pero él no me lo permitió. Sujetó mis caderas y empezó a penetrarme sin parar.

Jamás me habían follado así. Nunca imaginé que podía ser tan increíblemente bueno.

—¡Oh, Dios! ¡Oh...! —Cerré los ojos y gemí por lo bajo cuando deslizó una mano por mi estómago hasta mis pechos para pellizcarme con fuerza los pezones.

—Eres tan estrecha... —resopló contra mi piel—. Tan jodidamente apretada... —Continuó deslizando su miembro en mi interior, dentro y fuera, estimulando puntos que no sabía que existían, y cuando volví a gemir de nuevo, me cogió con suavidad la mano izquierda.

—Tócate el clítoris —me dijo al oído antes de mordirme la oreja, agarrándome una vez más la muñeca y acercándose la mano a mi sexo.

Apreté un dedo contra el clítoris, y noté lo sensible e hinchado que estaba, pero me quedé paralizada. Como si le molestara que no estuviera siguiendo sus instrucciones, presionó su propio dedo contra mí, y empezó a moverlo de una forma tortuosa y sensual, trazando pequeños círculos.

Contuve la respiración cuando sentí que se me debilitaban las piernas, cuando comenzó a ser demasiado difícil controlar sus embestidas. Empecé a gritar, a punto de correrme y, de repente, se retiró de mi interior y me empujó al suelo.

Sentí que me ardía la espalda contra la moqueta cuando me tendí sobre ella. En el momento que me penetró de nuevo, me subió las piernas para que le rodeara la cintura. En esta posición su presencia en mi interior era demasiado intensa, demasiado poderosa.

—Jake... —le rogué mirándolo a los ojos—. Jake...

—¿Sí?

—Estoy... estoy a punto de...

Una sonrisa arrogante curvó sus labios, pero me clavó los dedos en la piel y aceleró el ritmo. Me cubrió un pezón endurecido con la boca para empezar a

succionarlo mientras me llevaba cada vez más cerca de la liberación.

Le apreté el pelo con los puños y ya no pude resistir más. Mis piernas empezaron a convulsionar y grité, corriéndome con más fuerza que nunca en mi vida.

Jake siguió penetrándome unas cuantas veces más, y soltó una maldición cuando encontró su propio éxtasis.

Me quedé recostada sobre la alfombra, con su polla todavía en mi interior y su boca a unos centímetros de la mía. Intenté recuperar el aliento mientras le frotaba el pecho con las manos.

Susurró algo que no pude comprender, luego poco a poco, se retiró de mi sexo y se levantó para deshacerse del condón.

Intenté levantarme, pero los músculos de mis piernas estaban demasiado débiles.

Cerré los ojos con un suspiro. Unos minutos más tarde, sentí lo que parecía un paño caliente entre las piernas.

—Gracias —murmuré, tratando de levantarme. Él puso una mano en mi estómago impidiendo que lo consiguiera.

Luego hundió la cabeza entre mis piernas y comenzó a chuparme el clítoris. Sin decir ni una palabra, deslizó dos dedos dentro de mí al tiempo que pasaba la lengua de arriba abajo de mi sexo. Jugó con mi placer, llevándome a un segundo orgasmo varias veces con la boca, pero deteniéndose cada vez que estaba cerca mientras empujaba tan profundamente los dedos que empecé a gritar.

Me retorció bajo su dominante contacto, rogándole que fuera más despacio, pero solo conseguí que se acelerara. Mientras me seguía succionando el clítoris con los labios, sacudí las caderas contra el suelo, gritando más fuerte que nunca, hasta que alcancé un orgasmo todavía más intenso.

Me acarició las piernas mientras recuperaba el resuello, pero continuó soplándome húmedos y tortuosos besos entre los muslos. Después perdí la cuenta. Un orgasmo se enlazaba con el siguiente y me quedé afónica. Mis músculos todavía respondían, a pesar de que todo mi cuerpo convulsionaba una y otra vez.

—¿Gillian? —me preguntó, cuando dejé de estremecerme.

—¿Sí? —Ni siquiera traté de levantarme. Solo miré el reloj que había encima de la estantería. Contuve el aliento al ver la hora que era. Las cuatro de la madrugada.

«¿Llevamos tres horas follando?».

—¿Estás bien?

Parpadeé, sin saber qué decir. Todavía estaba recuperándome. En el momento en el que finalmente miré hacia arriba, tenía los ojos clavados en mí.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

—¿Por el polvo?

—No. —Me pasó un brazo por detrás de la espalda y me ayudó a levantarme—. Por las ventanas y el correo. Lo último fue muy conveniente.

—De nada.

Me hizo pasar al salón, donde había dejado mi bolsa de viaje azul y el champú de fresa sobre la mesita de café.

—¿Tienes algo más aquí?

Negué con la cabeza.

—¿Segura? —Me alzó la barbilla con los dedos—. Porque voy a asegurarme de que no vuelves a entrar.

—Segura.

Cuando sus dedos dejaron mi piel, me sentí desconectada.

—¿Dónde vives en realidad? —preguntó.

—No te preocupes por eso —dije, recogiendo mis pertenencias—. Le diré a mi compañera de piso que me recoja.

—No te lo preguntaba por esa razón. —Me bloqueó el paso hacia la puerta principal y me llevó hacia un pasillo, a lo que parecía un armario.

Cuando sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, me di cuenta de que era un pequeño ascensor.

—Lo instalé antes de que la empresa de limpieza para la que trabajas fuera contratada —me explicó, introduciéndome en el interior.

—Entonces, ¿por qué no usas este en vez del ascensor público?

—Solo se puede usar desde el interior. —Presionó el único botón del teclado—. Y puesto que el ático no está alquilado como los demás apartamentos, no quería que ningún extraño pudiera acceder desde abajo. Aunque, por lo que parece, sufrí el mismo problema.

Me sonrojé y las puertas se cerraron. Me miró con intensidad mientras la cabina descendía, haciendo que volviera a anhelar su contacto.

—Tengo una pregunta —dije—. ¿Cómo has sabido que no era piloto?

—Muy simple. —Sonrió—. Cualquier piloto de verdad hubiera aprovechado la oportunidad para hablar sobre volar. No habría tenido que

preguntarte si trabajabas para una compañía comercial o privada. Me lo habrías dicho en menos de cinco minutos.

«Cierto...».

—Entiendo que has conocido a algún piloto a lo largo de tu vida.

—Exacto.

El ascensor se detuvo a nivel del suelo y me acompañó a la acera, donde esperaba un SUV negro con conductor. En la puerta había un letrero: «Primer servicio de conductor privado de Nueva York».

—Te llevarán a casa y me cobrarán a mí el viaje —informó.

—Gracias. —Me subí en el asiento de atrás y dejé mis pertenencias a un lado.

Me miró como si quisiera decir algo más, como si quisiera saborearme una última vez. Pero se limitó a colocarme el tirante del vestido, dejando que sus dedos me rozaran la piel durante unos segundos antes de cerrar la puerta.

—¿A dónde vamos, señorita? —El conductor me miró por el espejo retrovisor.

—A Brooklyn —respondí—. 16 Hampton Street.

Me lanzó una mirada confusa, pero se puso en marcha con rapidez.

Cuando volví la cabeza hacia la ventanilla, vi que Jake ya no estaba allí.

Cada vez que el vehículo pillaba uno de los numerosos baches de las calles, mis nalgas desnudas se deslizaban por el asiento, recordándome que no me había puesto la ropa interior. Apoyé la espalda en el respaldo y cerré los ojos, notando que mis pezones se endurecían al pensar en la forma dura y tierna en la que me había follado. Sabía que pasaría mucho tiempo hasta que conociera a otro hombre que pudiera tener tal impacto en mí, mucho tiempo hasta dar con alguien con quien pudiera llegar a ese nivel en el sexo.

Mientras miraba el salpicadero, me di cuenta de que no le había dicho a Meredith que dejaba la fiesta. Saqué el móvil y vi que me había llamado cuatro veces y enviado dos mensajes preguntando «¿Dónde diablos estás?». También tenía un mensaje de voz, así que le respondí.

Gillian: Me debes cien dólares.

Gillian: 7 estrellas.

PUERTA A5

Nueva York (JFK) —> Dubái (DXB)

JAKE

—¿Está seguro de que desea cancelar los servicios de limpieza, señor Weston? —El gerente parecía confuso—. ¿Incluso después de que hayamos llegado a la conclusión de que no está ocurriendo nada extraño?

—Exacto. —Colgué y me serví un trago de bourbon, el cuarto que me tomaba desde que había escoltado a Gillian fuera del edificio. Me lo bebí de golpe y apreté los dientes cuando el licor me quemó la garganta al bajar.

Todavía trataba de averiguar qué coño había pasado esta noche. ¿Cómo un simple rollo de una noche se había convertido en una adaptación moderna del cuento de *Ricitos de Oro y los tres osos*? En el momento en el que se fue, había atravesado todas las habitaciones del apartamento, tratando de entender cómo era posible que no hubiera visto las señales. ¿Por qué había culpado de todo a un equipo en vez de a una sola persona?

La primera vez que vi las latas de Coca-Cola giradas hace unos meses, asumí que había sido yo quien lo había hecho, jugando sin darme cuenta. Pero cuando regresé de un vuelo internacional una semana después, me di cuenta de que las latas estaban dispuestas formando pequeñas pirámides, algo que yo nunca tendría paciencia de hacer.

Incluso instalé un pequeño sistema de seguridad interior después de eso, una serie de sensores de movimiento que se suponía que enviarían avisos a mi móvil si entraba alguien cuando yo no estaba, pero solo había percibido un espacio tranquilo y vacío. Sin embargo, hacía unas horas me había dado cuenta de que mi «intruso» había *hackeado* mi sistema para que se ejecutara en bucle.

Esta misma mañana me había encontrado unas zapatillas blancas de algodón debajo del fregadero, un tanga de encaje negro enredado en el tambor de la lavadora y una taza de café rosa escondida en el fondo de una alacena. En el momento en el que vi una botella de champú escondida en la repisa de la

ducha, me dije a mí mismo que hablaría con el responsable la semana próxima para que viera todo lo que ocurría por sí mismo.

Es decir, hasta esta noche.

Después de ver a Gillian sujetándose a la estantería mientras la follaba desde atrás, agarrándola por el pelo con el puño, esa esencia a fresa que frecuentemente inundaba mi espacio tenía por fin sentido.

Era lo único que permanecía aquí de ella, no importaba lo mucho que intentara eliminar ese olor. A pesar de airear para que se disipara, se había adherido a todas las almohadas y sábanas. Estaba tan profundamente arraigado en la tela que había oído indicios de él durante semanas.

No estaba seguro de sentirme aliviado de que el intruso no fuera un vecino que prefería las vistas de mi apartamento a las del suyo, o molesto porque se tratara de una seductora asistente que consideraba que lo que hacía era digno de mi agradecimiento.

No podía dejar de recordar sus perfectos y rosados labios apretados en una línea mientras repetía la palabra «gracias» con irritación, no podía dejar de ver la forma en la que sus profundos ojos verdes me miraban cuando bajábamos en el ascensor desde la fiesta en la terraza.

«Ni la forma en la que gritó cuando la tenía inmovilizada contra el suelo...».

Antes de que pudiera llamar al encargado de la empresa de limpieza para decirle que había cambiado de opinión sobre prescindir de sus servicios, el contestador automático lanzó un sonoro pitido.

—Bienvenido a casa —dijo—. Tiene tres mensajes nuevos. Por favor, diga la contraseña.

—No.

—Por favor, repita la contraseña.

—He dicho no.

—Lo siento. Esa no es la contraseña. Por favor, repita la contraseña.

«Dios...».

—Uno. Ocho. Siete. Cuatro.

—Contraseña correcta. Mensaje número uno. —Hubo un largo pitido y un silencio.

—Buenas tardes, señor Weston. —Era una voz femenina—. Soy Alyssa Hart, del departamento de recursos humanos de Elite. Le he llamado para discutir la propuesta de salario que ha enviado. No estoy segura de que conozca cuál es el máximo salario real de un capitán, pero va a tener que volver a redactar sus

pretensiones pidiendo algo mucho más razonable si quiere continuar...

—Siguiente —dije, y el mensaje se interrumpió bruscamente.

—Mensaje número dos.

—Jake... —Una profunda voz masculina—. Jake, ¿por qué tengo que contratar un investigador privado para conseguir el número de tu casa? Y ¿por qué sigues cambiándolo cada mes haciendo caso omiso a las llamadas que te hago al móvil? Llevamos años tratando de hablar contigo. ¡Años! Jake, por favor, permite que...

—Siguiente. —Apreté los dientes.

—Mensaje número tres.

—Hola, soy Charlotte. —Una gutural voz femenina—. No estoy segura de si estoy llamando al número correcto o no, pero solo quería comprobar si es la fábrica de mantas. Si es así, ¿podría llamarme alguien para hacer un pedido?

Suspiré y tomé nota mental de que debía cambiar el número una vez más a final de mes.

—No hay más mensajes nuevos —anunció el contestador automático con orgullo—. ¿Quiere escucharlos de nuevo?

—No.

—Bien. Mensaje número uno.

—Buenas tardes, señor Weston. —Era una voz femenina—. Soy Alyssa Hart, del departamento de recursos humanos de Elite...

Solté un gemido al tiempo que entraba en la biblioteca y cerraba la puerta. Recogí los libros que se habían caído mientras estaba allí con Gillian guardándome las bragas rotas en el bolsillo.

Aparté la mesa de la pared para abrir un panel oculto y esperé a que las paredes se deslizaran por completo.

Como siempre, fueron necesarios varios minutos para que se completara el movimiento, lo que no era más que una medida de seguridad adicional para convencer a cualquier extraño de que era solo una pared y nada más. Cuando por fin sonó un pitido, di un paso para abrir otro panel, revelando todo aquello a lo que casi nunca me quería enfrentar.

En el estante superior estaban todas las maquetas de aviones que había construido cuando era un niño. Desde las que eran cinco trozos sencillos de madera hasta las construcciones metálicas más intrincadas, con más de trescientas piezas. Había también postales fechadas en incontables países que se apilaban en una gran cantidad de cuadernos, y baratijas procedentes de las

tiendas de regalos de casi todos los aeropuertos, colocadas en el orden en que las había recibido.

Cogí el álbum de fotos azul marino de la estantería inferior y lo abrí para hojear las primeras páginas. Quería creer que había pasado el tiempo suficiente para no sentir nada, pero el dolor y la traición todavía producían un corte profundo, no importaba lo felices que fueran los recuerdos. Allí estaba yo con cuatro años, jugando en el campo con una buena colección de aviones de papel. Mi hermano y yo con quince años, discutiendo en broma sobre a quién le tocaba conducir el Cadillac de nuestro padre. Mi madre sonriendo ante la puesta de sol, sin razón alguna. Y mi padre...

Cerré el volumen.

No quería recordar ni considerar lo que estaba haciendo. Estaba seguro de todas formas de que no era lo que yo pensaba. Arrojé el álbum de fotos al fondo de la caja para ocultarlo mientras una voz familiar resonaba en mi cabeza.

«Mintió, Jake... Él nos mintió a todos...».

Tenía que concentrarme en otra cosa.

Regresé a la cocina y revisé el correo. Todos los periódicos de las semanas previas estaban cuidadosamente apilados, esperando a que los leyera. Estaban *The Wall Street Journal*, *The Washington Post*, *USA Today* y el peor de todos, *The New York Times*.

Todos habían publicado diferentes variaciones de la misma historia en sus portadas, insistiendo en elogiar y reconocer los méritos de Elite Airways. Las imágenes que acompañaban la noticia eran todas en blanco y azul cielo, y las palabras estaban escritas en un negro brillante. Frases como «Elite asciende a nuevas alturas», «Elite Airways vuela alto» o «Elite hace recordar los días más gloriosos en el aire».

No había crítica alguna ni análisis periodístico, ni siquiera el más mínimo atisbo de rechazo. Todo era una farsa infalible, y después de leer toda aquella mierda, supe que no había manera de que volara un mes con ellos sin sentirme jodido.

Una semana después, estaba sentado frente al director de contratación de Emirates Air en Dubái, mirándolo jugar con el bolígrafo de forma molesta mientras él examinaba por encima mi currículum.

—Es impresionante, señor Weston... —Pasó una página—. Todavía más impresionante... —Había repetido esas palabras tantas veces en la última hora que yo estaba considerando la posibilidad de levantarme y salir de la habitación.

—Bien, señor Weston..., er... Jake. —Por fin alzó la vista—. ¿Puedo llamarlo Jake?

—Señor Weston está bien.

—De acuerdo. —Puso los papeles boca abajo—. Estoy sinceramente sorprendido por su trabajo, señor, pero tengo muchas reservas con respecto a contratarlo.

—Soy todo oídos.

—Bien, para empezar, tendríamos que pagarle el sueldo de capitán, que es mucho menor de lo que gana ahora.

—¿Cuánto es «mucho menor»?

—La mitad —confesó, reclinándose en la silla—. Y Emirates es la línea más generosa entre las aerolíneas comerciales en este momento. Bien, lo éramos hasta la aparición de Elite, pero, sinceramente, usted no me parece muy del tipo de «hacer lo que sea cuando sea para conseguir que los pasajeros sean felices».

—Eso es porque soy piloto, no un asistente de vuelo.

—Y, por último —deslizó los papeles hacia mí—, por mucho que desprecie a Elite por ser lo que son, respeto lo que hacen.

—¿Qué es exactamente lo que están haciendo?

—Han conseguido que a la gente le guste de nuevo volar —dijo, encendiendo una pantalla gigante al otro lado de la habitación—. La industria de la aviación nunca ha estado mejor. —Señaló el aparato—. ¿Ha visto el nuevo anuncio publicitario? Es absolutamente *vintage* y muy original.

Miré la pantalla y observé el desarrollo del anuncio. En una escala de grises, varias asistentes de vuelo vestidas con los uniformes y las chaquetas azul marino avanzaban enlazadas del brazo con un capitán en el centro. Todos sonreían y reían mientras sonaba de fondo el *Come fly with me* de Frank Sinatra.

La gente los saludaba mientras caminaban por las terminales, por el *finger* y sobre una terraza. En el anuncio, los asistentes servían una comida de cinco platos en primera clase y el piloto sobrevolaba un brillante mar azul.

Unos segundos después, el director de la compañía, un hombre con el pelo

gris y una amable sonrisa, aparecía en el aeropuerto internacional de La Guardia con un Boeing 737 blanco al fondo.

—¡Vuele con la mejor flota! —Hacía un gesto con la mano hacia el cielo—. ¡Vuele con Elite!

A continuación, se podía leer: «Vuelven los viejos días de los mejores vuelos».

La pantalla se quedaba en negro.

El director de contratación se levantó y aplaudió como si no acabara de ver la publicidad de un competidor.

—¿No le parece realmente brillante? —preguntó—. Es un lanzamiento perfecto.

—Mire —ya había tenido suficiente—, no me parece usted un tipo estúpido ni crédulo, y sé muy bien que es tan consciente como yo de que lo que está haciendo Elite es una retorcida imitación de la antigua Pan Am.

Permaneció en silencio, pero sonriendo.

—Dicho esto, ya que estamos sincerándonos, espero que yo tampoco le parezca estúpido y crédulo, así que dígame la verdadera razón por la que no me contrata en el acto, ya que sé que me está mintiendo con respecto al sueldo, y estoy más cualificado que la mayoría de los pilotos que trabajan actualmente para ustedes.

—De acuerdo... —parecía un poco incómodo—, es porque está demasiado cualificado.

—¿Por qué no prueba de nuevo?

—¿No cree que le haya dado la verdadera razón?

Me levanté y recogí los papeles.

—Gracias por hacerme perder el tiempo.

—Espere, espere. —Se acercó a mí—. Mire, por mucho que quiera devolvérsela a Elite y robarle la mitad del personal como me hicieron a mí hace diez años, las reglas son diferentes ahora. —Abrió la puerta—. Además, en el momento en el que le pedí a mi asistente que obtuviera sus registros, ellos me enviaron su contrato.

—No lo sigo.

—Tiene una no competencia de cinco años y una cláusula de no transferencia. Todos los pilotos que contratan las tienen. —Se encogió de hombros—. No solo eso, sino que he recibido un correo electrónico no demasiado agradable del propio presidente unos minutos antes de que usted

apareciera. Me decía que reunirme con usted sería desperdiciar el tiempo. Algo sobre un FPE. Signifique lo que signifique. No puedo hacer nada por usted, señor Weston. Lo siento.

—No tanto como yo. —Le estreché la mano—. Gracias. —Me alejé antes de añadir nada más. Me dirigí al aparcamiento y me metí en el coche que había alquilado.

Emirates era la última aerolínea en mi lista de opciones. El último lugar en mi agenda, la última escala que tenía planeada. No me quedaba ninguna puerta a la que llamar.

Me negaba a pensar en ello durante el resto del día, así que saqué el móvil y vi que tenía cuatro nuevos mensajes de texto de mujeres de mis próximas escalas. Mensajes que prometían sexo, aunque para mi sorpresa no tenía ganas de ese tipo de entretenimiento.

Sinceramente, a la única mujer que quería follarme era a Gillian, y eso era un problema.

Jamás había pensado en una mujer durante más de unos minutos después de tener sexo con ella. Incluso si regresaba con ellas a su habitación o las veía a la noche siguiente debido a que se trataba de una parada prolongada, no volvía a pensar en el sexo que había disfrutado con ellas después de haber acabado.

Por lo tanto, no tenía ni idea de por qué mi indeseada ladrona compañera de apartamento seguía presente en mi mente días después. Independientemente del hecho de que era impresionante y preciosa con aquel pelo negro azabache, esos ojos almendrados y la sonrisa sensual con la que había sellado nuestro acuerdo, pensar en ella en este momento no era agradable.

Por otra parte, quizá tuviera algo que ver con su lengua aguda y su lógica retorcida. La forma en que había defendido que me había hecho un favor al colarse en mi apartamento.

Incapaz de dejar de pensar en ella, recorrí mi agenda y llamé al director de la empresa de limpieza.

—¿Sí, señor Weston? —respondió al primer timbrazo—. ¿Me llama para decirme que hay que buscar fantasmas en su apartamento?

Puse los ojos en blanco.

—Estoy buscando a alguien.

—¿Ha probado en Facebook?

—Se trata de una de sus empleadas.

—Ah... —Su tono se suavizó de inmediato—. Bien, ya sabe que no estoy

autorizado para revelar el nombre de mis empleados, ¿sabe quién es?

Algo me hizo no decir su nombre.

—La chica de los ojos verdes.

—Señor, tenemos un gran número de empleadas con los ojos verdes.

—Esta tiene una lengua muy aguda y cierta tendencia al robo.

—¿Le ha robado algo una de mis empleadas? —jadeó—. Dígame el día y la hora en la que se dio cuenta de que le faltaba algo. Puedo comprobar quién estaba de turno y asegurarme de que, sea quien sea, se ve castigada severamente. ¿Me puede decir qué le ha robado?

—No... —Fui consciente de que esto no llevaba a ninguna parte—. Gracias por su tiempo.

—Señor Weston, ¿qué es lo que...?

Colgué y puse en marcha el coche. Necesitaba controlarme. Yo no perseguía a las mujeres. Nunca lo hacía. Nunca había tenido la necesidad de hacerlo, y no pensaba empezar ahora.

Había sido un polvo memorable, pero me olvidaría de ella con el tiempo.

Como siempre.

GILLIAN

HACE DOS AÑOS...

ENTRADA DEL BLOG

Hoy me han despedido.

DESPEDIDO.

D.E.S.P.E.D.I.D.O.

En el momento en el que atravesé las puertas giratorias de cristal, mi jefe me esperaba de pie ante el mostrador principal con los brazos cruzados, mordisqueando la patilla de las gafas. Algunos de mis compañeros de trabajo me miraban con disgusto mientras cruzaba las puertas, y un guardia de seguridad sostenía una caja con todas mis pertenencias.

—Bien, francamente nunca pensé que le diría a usted estas palabras, señorita Taylor —pronunció mi jefe lentamente, como si decir aquello le causara dolor físico—, pero tengo que despedirla.

—¿Por qué?

—Ya sabe por qué. —Negó con la cabeza—. Lo sabe exactamente. Tendrá que entregarme su identificación, y debe saber que, a fecha de hoy, ya no es bienvenida en esta propiedad.

Di un paso atrás y puse la mano sobre la tarjeta plastificada, poco dispuesta a renunciar a ella.

—¿No cree que tengo derecho a sentirme irritada por lo que pasó? —pregunté—. ¿Derecho a estar enfadada?

—Tiene derecho a sentir lo que le apetezca, Gillian. Pero no tiene derecho a reaccionar como lo hizo. ¿Se hace una idea del daño que ha provocado?

—La verdad nunca es mala...

—Lo es cuando la mentira es más conveniente. —Apretó los dientes—. Y nadie le ha pedido que explique sus sentimientos, independientemente de cómo piense que le afecta esta situación.

—Me afecta mucho. —Tenía un nudo en la garganta mientras reprimía el llanto, sin conseguirlo.

Cálidas lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Le pedí que lo reconsiderara. Que lo sentía. Que no tenía intención de hacer lo que hice. Prometí hacer lo mismo que todos. Incluso me ofrecí para que me degradara al último puesto, pero no fue suficiente.

Él, su jefe y el jefe de su jefe habían tomado ya una decisión.

—Hemos tenido que informar a otras instituciones —dijo en voz baja—. Así que, si fuera usted, no perdería el tiempo intentando conseguir trabajo con la competencia. Al menos en los próximos diez años, ¿vale? Lleva un tiempo que la gente olvide este tipo de cosas.

—¿Al menos ha informado sobre la otra persona? ¿Sobre el verdadero culpable? —Sollozaba, aunque mi intención era no provocar una escena.

—No, Gillian. —Me abrazó brevemente—. La única persona que hizo algo mal fue usted. —Me deseó lo mejor y luego ordenó al guardia de seguridad que me despojara de mi identificación y me escoltara fuera del edificio...

En este momento estoy escribiendo este post sentada en el Starbucks de Park Avenue, estremeciéndome después de haberme visto empapada por una repentina lluvia veraniega. Estoy esforzándome lo mejor posible para saber qué demonios voy a hacer a continuación. A dónde voy a ir.

Me han enviado el último cheque del sueldo, y se supone que llegará mañana a mi buzón. Mi nombre será retirado de la página web de la compañía y todas mis contribuciones serán borradas y reutilizadas.

Por lo tanto, a los veinticinco años, mi sueño ha terminado.

Voy a tener que buscar otro nuevo con el que obsesionarme, que llevar a cabo y, quizá un día, pueda recuperar mis viejos sueños.

Lo único que sé con certeza es que el tiempo de vivir en un apartamento de Lexington Avenue ha quedado atrás, que los expresos de todos los días y los lattes son inaccesibles para mí, absurdos, y que voy a tener que encontrar un nuevo trabajo (o dos) lo antes posible si quiero permanecer en Nueva York.

Seguiré más tarde...

En realidad no. No lo haré. Este es el último mensaje que voy a escribir durante mucho tiempo.

~~Gillian~~

~~GF~~

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: Lo que has hecho no solo fue perjudicial, también fue egoísta, inmaduro y muy estúpido. ¿De verdad pensabas que no te iban a despedir por hacer algo así? Vi lo que estabas tramando antes de que lo borraras el martes, y pensé que te lo habías pensado mejor. Por suerte tienes solo veinticinco años, todavía tienes un montón de tiempo para madurar de una puta vez y dejar de comportarte como una zorra. ¡Crece, joder! ¡Madura!

PUERTA A6

Nueva York (JFK)

GILLIAN

Las dominantes palabras de Jake resonaban en mi mente por enésima vez mientras hacía vibrar mi hinchado clítoris con los dedos, buscando un orgasmo por tercera vez desde la noche que follamos. Los pezones se me endurecieron cuando una corriente de frío aire nocturno los acarició, así que subí la manta para cubrirme y me di la vuelta. Apreté la almohada con fuerza mientras volvía a recordar cómo me había poseído Jake, pero justo cuando estaba a punto de revivir mentalmente esa noche, mi móvil se puso a sonar en la mesilla de noche.

No me molesté en mirar quién era. Lo busqué a tientas con la mano y apreté el botón lateral para silenciarlo.

Unos minutos después volvió a pitar, rompiendo el silencio una vez más. Gemí y lo silencié una vez más. Volvió a sonar, todavía más fuerte, y me obligué a echar un vistazo a la pantalla. Era un número desconocido.

—¿Diga? —Ni siquiera intenté ocultar la irritación.

—¿Por qué no está ya en el aeropuerto, señorita Taylor?

—¿Qué? —Me senté de golpe—. ¿Con quién estoy hablando?

—Soy la programadora de vuelos de Elite Air —susurró ella—. Y a menos que este no sea el número de Gillian Taylor, y estoy segura de que lo es, debe responderme. Ahora. ¿Por qué no está ya en el aeropuerto?

—No estoy porque... —Encendí la luz de la lámpara y miré el despertador. Ni siquiera eran las cinco de la mañana—. No tengo un vuelo hasta el jueves. Un turno a Filadelfia y luego al Reagan International.

—No, ha sido convocada antes —me interrumpió—. Para una reunión muy importante. Le hemos enviado dos mensajes de correo electrónico este fin de semana, le hemos mandado un aviso a través de su perfil de empleada de Elite y le hemos dejado un mensaje de voz en el contestador con el cambio.

Tragué saliva. Había considerado que los correos electrónicos eran solo actualizaciones y los eliminé en cuanto aparecieron en la bandeja de entrada. Empecé a barajar posibles excusas para explicar por qué no los había leído, escuchado o comprobado durante todo el fin de semana, pero se me adelantó la mujer que había al otro lado de la línea.

—Tiene una hora para llegar al JFK —dijo—. Preséntese uniformada en la sala de conferencias de la terminal seis. —Colgó sin añadir nada más.

Cincuenta minutos después, me abrí paso hacia la parte delantera del autobús y casi choqué con una familia de cuatro miembros para intentar entrar en el aeropuerto. Me dirigí directamente al filtro de seguridad y mostré mi placa a los agentes de la TSA, que me dejaron pasar.

«Por favor, que no sea demasiado tarde. Por favor, que no sea demasiado tarde...».

Corrí a través de la terminal, ajustándome el pañuelo al cuello cada dos por tres, contando frenéticamente los segundos en mi mente. Cuando llegué a la sala de conferencias, faltaba un minuto para la hora.

Había al menos veinte asistentes de vuelo más en el interior, todas vestidas con el uniforme de Elite Airways, con chaquetas y faldas azul marino. Todas tenían los labios pintados en el mismo tono rojo Chanel, y los moños perfectamente peinados, un poco ladeados a la derecha. En las muñecas de cada una brillaba la pulsera oficial con el anagrama de la empresa: una paloma blanca y un globo.

Vi un asiento vacío cerca del fondo de la habitación y me dirigí hacia él. Antes de que pudiera preguntarle a la chica sentada a mi lado si la habían llamado esta mañana, se abrió la puerta y entró una preciosa mujer afroamericana.

Vestida con un ajustado vestido azul marino y unos *stilettos* gris oscuro, se pasó el largo pelo ondulado por encima del hombro mientras echaba un vistazo a su reloj. Sus ojos color avellana recorrieron la habitación mientras ocupaba su lugar en el centro del podio. Sus labios eran rosados bajo la luz indirecta, y junto con la forma en la que su sonrisa mostraba unos dientes muy blancos, me hicieron recordar a las modelos perfectas que aparecían en los anuncios publicitarios de Elite Airways.

Sacó una carpeta del bolso y nos miró directamente.

—Buenos días, bienvenidas a la reunión, presten atención.

La sala quedó en silencio.

—Soy Alicia Connors y soy sobrecargo en Elite Airways, donde presto servicio desde hace más de quince años —se presentó—. Comencé a trabajar en esta aerolínea cuando salí de la universidad, y aunque me gusta mucho mi tarea, esta es una parte de mi trabajo que no me importa nada. Dicho esto, y ya que soy la única asistente de vuelo que... —De repente, dejó de hablar y se quedó mirando fijamente algo que había enfrente de ella.

Con una respiración profunda y exagerada, se acercó a una mujer en la primera fila y le dio un toquecito en la cabeza.

—Disculpe. Usted. Sí, usted. ¿Qué diablos cree que está haciendo?

—Estoy... —La cara de la joven adquirió un vivo color rojo mientras miraba a la supervisora—. Estaba enviándole un mensaje de texto a mi novio.

—¿Mientras yo hablo?

—Es que...

—¿Es su novio quien firma el cheque con el sueldo que recibe de esta aerolínea? —preguntó la señorita Connors—. ¿Es él quien ha convocado esta reunión?

—Es que... —repitió—. Lo siento...

—Sí, debería sentirlo. —La señorita Connors le arrebató el móvil de la mano a la joven y, llevandoselo hasta la altura de los ojos, se puso a leerlo en voz alta—: «¿Qué tal, nena? En cuanto salgas de esa reunión, prepárate para mí. Quiero que estés bien mojadita...». —La supervisora movió la cabeza—. Sí, ya veo que, definitivamente, responder a este mensaje era mucho más importante que lo que yo estaba diciendo.

Lanzó el aparato a la papelería y puso los ojos en blanco.

—Durante el resto de la reunión, estará en mi lista negra —dijo—. Y puesto que sus intercambios eran tan importantes, acaban de convertirse en el profundo e interesante tema de fondo de mi discurso, así le sacaremos provecho. Al menos temporalmente.

—Lo siento de verdad.

—Basta. —Puso los ojos en blanco—. Las repeticiones sin sentido no me impresionan. —Volvió a ocupar su lugar en el centro de la habitación y escribió unas palabras en su cuaderno en medio de un ensordecedor silencio—. ¿Alguien sabe por qué les hemos pedido que vengan hoy?

Miró alrededor de la habitación, pero nadie levantó la mano.

—Interesante. Están aquí porque de los empleados que tenemos en nómina actualmente son los menos importantes. Solo los inferiores, la chusma. Pero ya hemos completado con éxito la adquisición de tres aerolíneas de buen tamaño y por fin estamos actualizándonos. Así que vamos a pasar a los asistentes en reserva al estatus de a tiempo completo.

Hubo un breve zumbido de emoción en la habitación, un par de síes susurrados y algunos «¡Por fin!» murmurados.

—Durante los próximos diez días —continuó hablando—, si están interesadas en quedarse con nosotros, recibirán una programación actualizada que les dirá en qué vuelos irán y a dónde durante las próximas semanas. Y, antes de que pregunten, sí, soy más que consciente de cómo se realiza la programación en otras compañías aéreas. Sin embargo, esta no es una aerolínea más, por lo que esos pensamientos y opiniones sobran. Si tienen otro trabajo, les sugiero que avisen lo antes posible para que no sigan contando con ustedes. No tendrán tiempo. ¿Alguna pregunta?

Unas cuantas manos se movieron en el aire.

—Bien, veo que no hay preguntas. —Se encogió de hombros—. Por desgracia, debido a algunos acontecimientos recientes e incidentes que no es necesario discutir, todos los asistentes de vuelo están recibiendo una nueva formación en todos los aviones de nuestra flota. En resumen y simplificando el proceso, cada uno de ustedes va a ser emparejado con otro asistente superior durante los próximos meses, compartiendo la misma ruta. Estos meses serán un período de prueba a tiempo completo. ¿Alguna duda?

Más manos se movieron en el aire.

—Me alegro de ver que no. —Apagó las luces y accionó los botones para que una pantalla cayera lentamente desde el techo. El logotipo de la aerolínea, un globo blanco, apareció en la superficie, y luego las palabras, los eslóganes oficiales, aparecieron en negro.

Sin previo aviso, comenzó a pasar las diapositivas mientras hablaba tan rápido que casi no se podía entender lo que estaba diciendo.

—Adelante, adelante, adelante —decía, pasando una imagen tras otra—. Esta regla es de sentido común, esta también, y esta no lo es, pero si alguien es tan tonto para saltársela, merece ser despedido. Adelante, adelante, adelante...

Murmullos de incomodidad inundaron la sala.

—¿Esto va en serio? —susurró la chica que estaba sentada a mi lado.

—Y, por último —dijo la señorita Connors, haciendo una pausa mientras se

salta al menos otras veinte diapositivas—, donde tengas la olla, no metas la olla. Esto va por los rollos con los chicos del equipaje, agentes de embarque y, en especial, con los pilotos. Hemos tenido ya suficientes líos de cabinas de mando en las películas de serie b de Hallmark Channel para toda una vida. Y, además... —encendió las luces y la pantalla se replegó lentamente—, como ya saben, va en contra de la política de la compañía desde hace ocho años. No están permitidas las relaciones entre los empleados, y, si no les gusta, vayan a volar con Southwest Airlines. Para concluir, pueden leer el archivo que recibirán por correo electrónico con toda la letra pequeña. Por última vez, ¿alguna pregunta?

Todo el mundo levantó la mano, incluso yo.

—Guau... —Miró a su alrededor al tiempo que arqueaba una ceja—. Después de toda esta presentación, ¿de verdad que nadie tiene una pregunta? ¿Ninguna?

Las manos seguían en el aire.

—Bien, es todo lo que tengo que decir por hoy —concluyó, mirando su reloj—. Por favor, revisen sus perfiles en la web de la empresa más tarde: encontrarán un archivo con un breve resumen de todo lo comentado hoy. Además, firmen el documento a la salida. Se les pagará cuatro horas por la reunión de hoy, a pesar de que salimos pronto.

Nadie se movió, y ella se cruzó de brazos.

—Dense prisa y firmen el maldito papel para que pueda regresar a mi casa y disfrutar del resto del día.

Nos hizo levantarnos con rapidez y formar una fila.

Oí que algunas personas le formulaban preguntas al tiempo que firmaban el documento, y parecía que ella les respondía. Cuando llegó mi turno, carraspeé al tiempo que cogía el bolígrafo, tratando de hacer contacto visual.

—¿Señorita Connors? —pregunté.

—Por favor, firme el documento.

—Tengo una pregunta importante. —Esperé hasta que me miró—. En mi otro trabajo han sido muy flexibles conmigo, y creo que les debo la deferencia de avisarles con dos semanas de antelación. Sé que ha dicho que comenzaríamos dentro de diez días, pero ¿hay alguna forma de que pueda disponer de cuatro días más para hacerlo de la forma que considero más correcta?

—Por supuesto. —La vi asentir con la cabeza—. Haré todo lo que esté en mi mano para que una aerolínea de mil millones de dólares espere antes de

concluir el proceso final de una fusión que dura años para que una empleada totalmente reemplazable se despidiera de su otro trabajo de la forma que considera más correcta.

—No he querido decir eso. Solo que creo que les debo notificar la situación con más tiempo.

—Firme el papel y salga de la sala. Ya.

—Señorita Connors, yo solo...

—Tiene medio segundo para firmar o de lo contrario la avisaré con mucha antelación de que va a perder este trabajo.

Firmé y salí con rapidez de la sala de reuniones.

—Bueno, sinceramente, voy a echar de menos contar con usted, Gillian. —El señor Sullivan me estrechó la mano unas horas más tarde—. Sin embargo, si la aerolínea vuelve a dejarle horas libres los fines de semana, siempre serán bien recibidos sus servicios.

—Muchas gracias.

—Hoy aún trabajará, ¿verdad? —Se le deslizaron las gafas por la nariz—. Jacqueline y Maria siguen de baja por enfermedad.

—Por supuesto.

—Bien. —Abrió el cajón y me entregó una caja envuelta en papel de regalo marrón—. Esto es para usted. El residente del 80A nos indicó que quería expresar su agradecimiento a aquel de nuestros empleados que acostumbraba a limpiar su apartamento.

—¿En serio?

—En serio. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, justo después de entregarme esto, dejó de contar con nuestros servicios.

—Lo siento. —Tiré del elegante lazo rosa que rodeaba la caja—. Espero que no fuera por algo que hice.

—Lo dudo mucho, Gillian —dijo—. De todas formas, se han redactado nuevas listas con las asignaciones para el fin de semana, así que échelos un vistazo. La necesito en la sala de correo durante un par de horas, a continuación en los pisos 65 y 72 y... —Se interrumpió cuando sonó el teléfono en su despacho—. No se olvide de comunicar en recursos humanos cuál será su último día oficialmente antes de marcharse.

Le hice un gesto para que respondiera al teléfono, y se alejó. Me encerré en

el vestuario del personal y me cambié con rapidez el uniforme de Elite por los pantalones caqui y el polo blanco de manga corta que debía usar en el Madison.

Revisé los suministros del carrito de la limpieza y eché un vistazo a la nueva lista de asignaciones, dándome cuenta de que había una gran X roja sobre la unidad 80A. Al lado había una nota manuscrita:

«El residente contratará un servicio privado. Se mostró inflexible sobre la cancelación de nuestros servicios. NO LIMPIAR».

Negué con la cabeza y dejé la caja de regalo de color marrón encima del carrito. Debaté conmigo misma si debía esperar hasta estar fuera para abrir, pero no me pude resistir.

Arranqué el papel y vi una caja con mis cosas, pequeñas posesiones que había dejado en el ático: una taza de café color rosa, unas zapatillas blancas, un cepillo para el pelo y una novela romántica. Las únicas cosas nuevas que había allí dentro eran un crucigrama nuevo con el tema «Gratitud» y un pequeño sobre blanco.

Tras abrir el sobre, saqué la pequeña tarjeta y leí la nota:

«De nada.
Jake».

Puse los ojos en blanco y empujé el carrito hacia el vestíbulo. Saludé al personal en la recepción cuando pasé por delante y me dirigí hacia la sala de correo.

A pesar de que me entristecía dejar este trabajo, estaba muy feliz de tener por fin un empleo al que poder dedicar las cuarenta horas semanales de rigor. Y aún me alegraba más de que por fin fuera a tener la oportunidad de operar en vuelos que eran de más de una hora y alojarme en hoteles mucho más agradables.

Después de apretar el botón para subir en el interior del ascensor, me apoyé en el carrito. Vi que los números de llamada estaban iluminados hacia abajo.

«¿Se va a detener en cada piso?».

Saqué el móvil del bolsillo con un gemido y vi que tenía una notificación nueva. Un comentario en el blog que llevaba años sin actualizar. Lo abrí y vi que era el mismo idiota que comentaba siempre, KayTROLL.

KayTROLL: ¿Ya no escribes en el blog? ¿Ya no hay más entradas ilustrativas sobre los infortunios de tu vida? Tenía la esperanza de leer un post que dijera «por fin he crecido»... O una gran disculpa. A menos que hayas muerto... ¿Has muerto?

«Uf».

Aparté el teléfono; no quería recordar esa parte de mi vida anterior. A pesar de que no había recibido ni un solo comentario positivo de esa persona — fuera quien fuera—, lo consideraba ya un amigo lejano. Un amigo al que le complacía tratarme como a una mierda, pero que al menos se molestaba en leer todo lo que yo escribía.

Las puertas del ascensor se abrieron de repente justo delante de mí y salieron todos los residentes que había en el interior. Esperé hasta que se abriera paso también el último ocupante, hasta que me di cuenta de que no lo iba a hacer.

Me estaba mirando, observando fijamente exactamente igual que aquella noche, haciéndome señas con los ojos.

Sentí que cada una de mis terminaciones nerviosas revivía al instante, pero no permití que se notara.

—¿Estás esperando a que salga del ascensor? —me preguntó en voz baja.

—Sí, estoy esperando a que salga.

—No voy a salir. —Mantuvo la puerta abierta, esperando que me uniera a él, pero no lo hice.

—No, gracias —dije—. No es el ascensor que estaba esperando. —Me di la vuelta con rapidez y empujé el carrito hacia el ascensor opuesto. Supe que me seguía, pero no miré atrás.

Presioné el botón de llegada y mantuve la mirada al frente. Cuando las puertas se abrieron, empujé el carrito para entrar. Él dio un paso adelante para ponerse a mi lado. Fingí echar un vistazo al portapapeles antes de apretar el 5, que era donde estaba la sala de correo.

Jake no apretó el 80, y las puertas se cerraron.

Tuve que recurrir a todo mi control para no mirarlo, para que mi cara no transmitiera nada, sobre todo cuando sentí que me estudiaba. Sobre todo porque podía sentir aquella energía innegable y palpable que vibraba entre nosotros.

Las puertas se abrieron en el piso 5 y me bajé con el carrito.

—Que tenga un buen día. —Pero no se quedó dentro del ascensor; dio un

paso y me siguió por el pasillo hasta la sala de correo.

Al llegar, cogí un montón de folletos publicitarios y los lancé a uno de los contenedores, con la sensación de que Jake me pisaba los talones.

—¿Qué está haciendo? —inquirí finalmente, dándome la vuelta para enfrentarme a él—. ¿Nos conocemos de algo?

La sonrisa que esbozaba se extendió de oreja a oreja.

—Pues yo creo que sí, que nos hemos encontrado recientemente.

—No estoy segura de eso —tartamudeé—. Si lo hemos hecho, no debe de haber sido un encuentro memorable, porque me parece que no puedo recordarlo.

—¿Quieres que te lo recuerde? —Bajó la voz y su mirada se desvió a mis labios—. Hoy me encuentro en un estado de ánimo muy apropiado, la verdad.

—No —repuse, aspirando el aroma de su colonia mientras él se acercaba—. No es necesario que me recuerde nada.

—¿Y qué te parece una repetición? —Hizo desaparecer el espacio entre nosotros—. Sin duda, la respuesta será diferente.

—En realidad, no será...

—¿Por qué?

—Sencillamente no lo será. —Me alejé de él al instante, acercándome a la parte donde estaban los buzones individuales. Empecé a comprobar las cajas que contenían pegatinas, sintiendo que lo tenía un paso detrás de mí. Entonces empezó a tirarme del pelo con suavidad, imitando el mismo ritmo con el que había hecho eso aquella noche.

—Date la vuelta —susurró, y me hizo girar sin titubear.

Me miró con esos ardientes ojos azules para apretar una mano contra mi mejilla.

—¿Has recibido mi regalo?

—Eso no ha sido un regalo.

—El regalo ha sido no presentar cargos. La caja era un recordatorio de lo generoso que estoy siendo al no informar al respecto.

—Bueno..., pues muchas gracias por devolverme lo que originalmente era mío... Aunque, ahora que lo pienso, en la caja no estaba mi ropa interior.

—Me la he quedado.

—¿Como recuerdo?

—Como recompensa. ¿A qué hora sales hoy?

—Lo siento, señor. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. No tengo

autorización para darle información sobre los empleados, y dado que me pagan por hora, tengo que irme a trabajar.

—Dime, ¿en qué habitación estás robando hoy?

—En ninguna. Soy solo una empleada.

—Lo dudo mucho. —Sonrió, haciendo caso omiso de mi pobre intento de liberarme. Sus labios rozaron los míos y, poco a poco, se inclinó hacia delante, usando las caderas para inmovilizarme contra los buzones.

Me puso un dedo sobre los labios.

—¿No has pensado en el polvo que echamos?

—No.

Se me quedó mirando fijamente a los ojos.

—Dime a la cara que no has soñado con la forma en que mi polla te llenó durante horas y te dejaré en paz al instante.

Tragué saliva, incapaz de decir una palabra.

—Eso imaginaba. —Se inclinó de nuevo hacia delante para apretar la boca contra la mía, para dejarme otra vez indefensa por completo... Aunque en el último momento volví la cabeza, dejando los labios fuera de su alcance.

—Hoy es uno de los últimos días que trabajo aquí, por lo que, independientemente del hecho de si he pensado en volver a mantener relaciones sexuales contigo o no, me gustaría no tener que verte durante las horas que me quedan. Y puesto que el residente de la 80A ha cancelado nuestros servicios, estoy segura de que mi deseo se hará realidad.

—No será así. —Se puso otra vez delante de mí, tapando la luz—. ¿Dónde están las cámaras de esta sala?

—¿Qué?

Parecía totalmente dispuesto a empezar a follarme.

—¿Dónde están las cámaras de esta puta sala?

Ladeé la cabeza.

—En la esquina superior, encima de la puerta.

—¿No hay nada en el lado derecho?

Negué con la cabeza y me cogió de la mano, arrastrándome más allá de los buzones de correo y de la esquina.

De repente, mi espalda chocó contra la pared, y Jake tiró de la banda elástica que me sujetaba el pelo, haciendo que este me cayera sobre los hombros. Nuestras bocas se encontraron en un frenesí de labios húmedos mientras luchábamos por tener el control.

En el momento en el que empezó a mordisquearme el labio inferior, me cogió la mano y la puso sobre su cinturón, ordenándome sin palabras que se lo desabrochara. Me soltó con rapidez los pantalones color caqui del uniforme y me soltó durante unos segundos, el tiempo suficiente para que susurrara que me bajara el pantalón.

Me las arreglé para sacar una pernera y ver cómo se ponía un condón antes de que sus labios chocaran de nuevo contra los míos.

Cerré los ojos y me rendí a él, le entregué el control, permitiendo que su boca domesticara la mía.

Me cogió la pierna derecha y la subió hasta su cintura al tiempo que me mordía el cuello. Estaba a punto de penetrarme cuando el sonido de la apertura de las puertas metálicas llenó la estancia.

—Jake... —Intenté bajar la pierna, pero no me lo permitió.

—¿Qué?

—Está a punto de entrar alguien.

—¿Y?

—Es posible que nos pille.

—Bueno. —Se impulsó hacia mí con un profundo golpe, haciéndome gemir con una mezcla de dolor y placer.

—Ahhh... —sollocé, arañándole la piel del cuello—. Joder...

Él hizo caso omiso de mis gemidos, me apretó las nalgas y subió mi otra pierna hasta su cintura. Luego me cogió los muslos para empezar a moverme arriba y abajo de su polla.

—Como pueden ver... —Una voz femenina llenó repentinamente el espacio, así como el repique de unos zapatos de tacón contra el suelo de mármol, no demasiado lejos de nosotros—. Si deciden quedarse aquí, tendrían acceso a innumerables servicios.

Apreté el hombro de Jake, tratando de que fuera consciente de la situación, pero siguió embistiendo en mi interior, apretándome las nalgas con más fuerza.

—Los estoy oyendo... —susurró contra mi boca—. Y no me importa.

Se apoderó de mis labios en un beso abrasador, haciendo que le clavara las uñas.

—Spring Clean Associates es la empresa responsable de la limpieza de todos los apartamentos del edificio, y si deciden vivir aquí, dispondrán de línea directa con ellos cada vez que necesiten algo. También tendrán acceso a esta sala de correo privada.

Notaba que mi sexo latía alrededor de la polla de Jake, y sabía que estaba a solo unos segundos de perder el control, a punto de gritar.

—¿Ha oído algo? —preguntó una voz masculina desde el otro lado del mostrador.

—Lo cierto es que no —respondió la otra voz con rotundidad—. ¿A qué se refiere?

—No estoy seguro.

—Mmm... —gemí por lo bajo, y Jake apretó su boca sobre la mía mientras mi cuerpo convulsionaba contra el suyo. Amortiguó con los labios cada uno de mis sonidos mientras me corría.

Luego oí que los pasos se alejaban en dirección opuesta y, un poco más tarde, el sonido de las puertas al cerrarse. Jake siguió penetrándome unas cuantas veces más y encontró su propia liberación.

—Joder, Gillian... —resopló—. Joder...

Aún entrelazados, nos miramos el uno al otro, yo empapada, todavía con su polla dura y palpitante en mi interior.

Lo vi sacudir la cabeza mientras, sosteniéndome por las caderas, se retiraba suavemente de mi cuerpo para dejarme en el suelo.

Jadeando, busqué en sus ojos una reacción, la realidad que podía estar pasando por su mente, pero solo vi tormentas en sus iris, manchas de color gris oscuro que destacaban en la brillante superficie azul. Vi muchos momentos como este, palabras dichas que no significaban nada, y lo más importante, vi dolor. Para los dos.

Sin decir una palabra, me puso la banda elástica en la mano y retrocedió.

Evité su mirada mientras deslizaba la pierna en los pantalones y recogía el pendiente que se me había caído. Me apoyé en el rincón, esperando a que se alejara, pero él se limitó a subir la cremallera y a observarme.

—Esto no puede suceder de nuevo —sentencié finalmente.

—Sin duda.

—Lo digo en serio. No voy a darte mi número de teléfono.

—No recuerdo habértelo pedido. —Me subió la barbilla con los dedos—. Si he dicho «sin duda» es porque estoy totalmente de acuerdo contigo. Esto no puede ocurrir nunca más. —Dio un paso atrás y se ajustó el cinturón, manteniendo los ojos clavados en los míos.

Lo estudié mientras se alisaba la camisa, mientras se movía hasta entrar en el ángulo de visión de las cámaras.

—Adiós, Gillian —pronunció después como si no acabara de follarme contra la pared. Y salió de la sala hacia los ascensores.

De repente, se me ocurrió algo y lo seguí por el pasillo.

—Espera —lo llamé. Él se detuvo de inmediato y me miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—Tengo una muy buena razón para decir que esto no puede suceder de nuevo, pero...

—Pero ¿qué?

Se abrieron las puertas del ascensor.

—¿Cuál es la tuya? —pregunté.

—Razones, en realidad. —Se cruzó de brazos—. Son tres.

—¿Te importaría compartirlas?

—Primera, ningún coño es tan bueno que quiera follarlo más de un par de veces, incluyendo el tuyo. Segundo, me da la impresión de que eres de las que quiere un novio, y la tercera, otra vez la primera.

—Que te den, Jake. —Di un paso hacia él cuando ya entraba en el ascensor, odiando que sus argumentos me dolieran tanto—. Para que conste, el sexo contigo no está mal. Pero he tenido polvos mejores, mucho mejores.

—No es cierto.

—Lo es, y ¿sabes qué? Ahora que no tengo que volver a verte en persona, creo que debería llevar a alguien a tu casa esta noche para que tú y tus numerosas cámaras de seguridad podáis tener muchas imágenes de cómo se hace de verdad.

—Inténtalo, Gillian. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Lleva a alguien a mi apartamento e inténtalo.

—Lo haré, Jake. Si quiero, lo haré.

—Cállate. —Sus labios tocaron los míos—. Cállate ya.

—Tú primero. —Di un paso atrás cuando las puertas del ascensor empezaron a cerrarse—. Espero no volver a verte, Jake.

—No lo harás, Gillian.

TERMINAL B:
CHICO CONQUISTA CHICA

PUERTA B7

Nueva York (JFK) —> Montreal (YUL) —> Dallas (DAL)

JAKE

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

De todas las ciudades a las que había volado a lo largo de mi vida, Nueva York era la única que lograba tener un aspecto diferente cada vez. No importaba la época del año ni la hora del día: su imponente *skyline* emergía entre la niebla, la lluvia y la nieve, siempre cambiante. Y al mirar los brillantes edificios de Manhattan desde mi ventana esta misma noche, me pregunté qué más iba a cambiar.

Me sentía muy nervioso, y no era capaz de permanecer tendido en la cama, donde solo parecía poder pensar en Gillian. Durante casi un mes, había logrado quedarse grabada en mi mente con aquella aguda lengua suya y todos esos argumentos que se sacaba de la manga. Por no hablar de esas adictivas sesiones de sexo.

Cada noche, mi mente quedaba invadida por pensamientos sobre ella, que me asaltaban también en los momentos más inesperados. La cuestión se me estaba yendo tanto de las manos que hubiera jurado que la semana pasada la vi en la terminal A de Atlanta-Hartsfield International, pero me alejé, sabiendo que solo se trataba de mi imaginación, que me jugaba malas pasadas.

En lugar de tirarme a las diversas mujeres con las que solía quedar en las ciudades a las que volaba, cambiaba de opinión en el último minuto, cancelaba las reservas en los hoteles y evitaba acudir a las citas programadas. Pasaba las noches recluido en los hoteles de escala, rellenando crucigramas en lugar de coños y buscando conceptos en Google en lugar de orgasmos. Y todo porque la mujer a la que necesitaba follar estaba en algún lugar que no lograba localizar, porque quería tener ese tipo de sexo otra vez.

Con las mujeres que tenía archivadas en la agenda de mi teléfono, sabía exactamente cómo comenzaría y terminaría todo, pero las dos veces que me

había acostado con Gillian habían sido impredecibles. Además de memorables.

Me levanté de la cama gimiendo y anduve por el pasillo, deteniéndome una vez más en la sala. La pantalla de televisión estaba en el suelo tirada; el metal del marco completamente retorcido y destrozado. Sobre la alfombra gris brillaban fragmentos de cristal de la mesita de café rota, y también había más en el sofá.

Suspiré y di la espalda a aquella sangrienta escena, para marcar de inmediato el número de Jeff.

—¿Sí, señor Weston? —respondió al primer timbrazo.

—Necesito que sustituyas el televisor y una mesita de café por la mañana.

—¿Las ha vuelto a romper?

—No, cuando me desperté ya estaban rotas. Es posible que tenga que presentar un informe a la policía...

—Muy gracioso, señor. Es la sexta vez este mes, la duodécima en lo que va de año.

—¿Las cuentas?

—Alguien tiene que hacerlo —dijo con un suspiro—. Considero que sus problemas de sueño no están mejorando, como declaró la semana pasada.

—Esta llamada es para que te ocupes de reponer la televisión y la mesita de café, Jeff, no para hablar de mis problemas de sueño.

—Me ocuparé de las cosas materiales como siempre, señor Weston. Pero debe saber que, como portero y confidente personal, le envié algunos folletos de terapia por correo. Me gustaría que los tuviera en consideración.

—De acuerdo. —Puse los ojos en blanco y entré en la cocina, donde empecé a ojear un montón de sobres—. ¿Cuándo los enviaste exactamente? Lo único que he recibido es propaganda y facturas atrasadas.

—Hace tres semanas. —Parecía confuso—. Debería de haberlos recibido ya. ¿No estaban en su buzón?

Dejé de mover los sobres y suspiré. No había vuelto a la sala de correo desde que había estado allí con Gillian.

«No es posible que pienses que se le ocurrió al cartero...».

—Echaré un vistazo por la mañana, Jeff. Gracias. —Y colgué.

Sabía que los sudores fríos y la necesidad que sentía de romper cosas al despertar eran cada vez más intensos, pero no necesitaba que un terapeuta me explicara la razón por la que estaba empeorando, era algo obvio. El

diagnóstico estaba claro: falta de sexo.

Abrí una lata de Coca-Cola y la vertí en un vaso. Esperé a que desapareciera la espuma, pero antes de que pudiera dar un solo sorbo, vi la muerte por el rabillo del ojo.

Mis plantas...

«¡Dios...!».

Con otra de las largas peroratas de Gillian en la mente, llené una tetera y las regué, tomando nota mental para contratar a alguien que se ocupara de hacerlo cuando estuviera en el aire. Pasé el dedo por la pantalla y vi que en dos o tres días se habían acumulado una gran cantidad de mensajes de texto sin leer.

Atlanta-Nina: ¿No vas a venir por aquí este mes?

Memphis-Penelope: No apareciste el viernes, ¿estás bien?

Los Ángeles-Sarah: ¿Estás evitándome? Pensaba que habíamos acordado reunirnos hace seis semanas...

Dallas-Nicole: Hola, ha pasado mucho tiempo. ¿Sigues volando?

Empecé a responder a todos sus mensajes con nuevas fechas y lugares, estimando cuándo estaría en sus respectivas ciudades, pero lo dejé a medias. En este momento al menos, no podía hacerlo.

Cedí y volví a marcar el número de Jeff.

—Hola de nuevo, señor Weston. ¿Qué necesita ahora?

—Tu ayuda.

—Eso es un hecho, señor. Tiene el alma triste, muy triste. Debo entender que ha encontrado alguno de los folletos.

—A la mierda los folletos. —Lo oí reír—. Necesito que me ayudes a encontrar a alguien que trabajaba aquí como asistente, pero no quiero que se entere el administrador. Necesito saber dónde está ahora.

—¿Debo imaginar que esa persona es una chica?

—Dado que he dicho «asistente», esa es una suposición muy acertada.

—¿Debo dar por hecho que el nombre de esa mujer es Gillian?

—¡No!

—Ya imaginaba... —Se rio—. Le voy a decir dónde está trabajando ahora exactamente. Es algo que está en mi mano.

—Este momento es tan bueno como otro.

Soltó una carcajada más fuerte todavía.
—Hay una condición.
—Tú dirás.
—Va a tener que acceder a ir al menos a una consulta con un psicólogo, luego le diré lo que está deseando saber.
Colgué.
«Ya lo solucionaré yo solo...».

GILLIAN

HACE UN AÑO...

ENTRADA DEL BLOG

Si alguna vez quieres saber cómo aplastar el espíritu de alguien, la receta es muy sencilla: Una parte de paro, otra parte de puesto de trabajo del que no te llaman antes de treinta días y una tercera parte de apartamento minúsculo en Brooklyn con una compañera desconocida que has conocido por Craigslist.

Revuélvase bien y servir frío.

Nunca pensé que diría esto, pero Nueva York ha perdido su brillo de forma oficial para mí. Aquel brillo cegador que una vez admiré ahora está contaminado por ese oscuro tono de desesperanza del que todos trataron de advertirme.

No puedo caminar por la Quinta Avenida sin sentir que he fracasado, y esos sueños deslumbrantes que tenía carecen ahora de posibilidad. Todos son delirios de grandeza de enormes proporciones.

Durante una fracción de segundo, pensé en regresar a casa, a Boston, y decirle a mi familia que tenían razón. Pensé que podía sentarme en mi antiguo dormitorio e imprimir otro rumbo a mi vida sin tener en cuenta sus incesantes reproches y repetidos «te lo dije», pero ayer, cuando me llamó mi hermana mayor y me dijo que se había apostado otros mil dólares con nuestro padre a que volvía antes de Navidad, decidí que prefería lidiar con la nueva mano que me había tocado en la vida que rendirme.

Dicho esto, hoy desactivaré este blog. No tiene sentido escribir un blog para trolls, ni publicar cosas que se ven por todas las esquinas sin necesidad de visitar internet.

De todas formas, seguramente tampoco tendría tiempo para un blog. Entre ser «ingeniera interna» (un nombre rimbombante para «asistenta») y auxiliar de vuelo a tiempo parcial (un nombre amable para «camarera en un avión»), me reiría de la ironía de la vida.

Y ya que mi título universitario carece ahora prácticamente de valor y estoy en la lista negra de la mayoría de lugares en los que quiero trabajar, abandono este blog con esto:

¡JODEOS!

A la mierda, Nueva York.

A la mierda, New York Times.

A la mierda, ya sabes quién
A la mierda, Kimberly.
A la mierda, tú.

~~*Hasta luego.*~~
Hasta nunca.

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *¿De qué putos trolls hablas (en plural)? Sigo siendo todavía la única persona que te sigue...*

PUERTA B8

Portland (PDX) —> Dallas (DAL) —> Londres (HTW)

GILLIAN

La alarma sonó exactamente a las seis de la mañana en la habitación del hotel, y tuve que reprimirme para no llorar y desear que todo fuera una broma. Todavía tenía los músculos doloridos y los pies tan entumecidos que no podía sentirlos. Habría matado por un par de horas más de descanso. O por que me hubieran asignado otra ruta...

Ser destinada a trabajar en la primera clase con Elite era como una sentencia a muerte, y a menos que hubiera algún tipo de intervención divina, estaba segura de que no iba a durar mucho más tiempo.

Durante cuatro semanas, había recitado la carta de vinos y quesos en cada uno de los servicios —así como las cinco comidas y las reglas de seguridad— a los pasajeros de primera clase en las rutas que cubrían los trayectos entre Portland y Fort Lauderdale, entre Seattle y Los Ángeles, entre Atlanta y Beijing, entre Beijing y Nueva York. Por no hablar de las numerosas ciudades que había de escala en el medio.

Me había apresurado a través de las terminales sobre mis nuevos zapatos de tacón —casi tres centímetros más altos que los de antes—, me había obligado a sonreír a los pasajeros más maleducados, me había adaptado a los constantes cambios de zona horaria, sorprendida de haber logrado mantener en secreto mi frustración. Sobre todo porque me habían emparejado para trabajar con la peor supervisora, según decía todo el mundo.

«El halcón», es decir, la señorita Connors.

Esa mujer estaba tan obsesionada con la perfección que vigilaba todos mis movimientos, todas mis respiraciones. Según ella, las pinzas que me ponía en el pelo estaban demasiado inclinadas hacia la izquierda, mis habilidades para servir bebidas parecían las de una camarera ciega y me consideraba indigna de compartir su ruta, que contaba con tantos destinos lujosos.

Siempre revoloteaba a mi alrededor. Siempre. No importaba lo mucho que tratara de hacer las cosas al modo de Elite, ella seguía insistiendo en que las hacía de la forma equivocada.

Solo tenía un respiro cuando me recluía en mi habitación. Mientras la mayoría de la tripulación se reunía en el bar del hotel o quedaba para explorar la ciudad, yo me quedaba en cama, disfrutando del mayor número de horas de sueño posible. No importaba cuántas veces intentara no soñar con Jake, mi mente siempre se rebelaba contra esas intenciones.

Imágenes de sus besos y su forma de follar inundaban mis pensamientos más inocentes, y seguía recordando la manera en que sus labios se apoderaban de los míos. Traté de seguir adelante, de llevar a cabo el consejo de Meredith y quedar con otra persona, pero todos los hombres salían perdiendo cuando los comparaba con él. La atracción era menos intensa y las conversaciones no me llenaban.

Después de que la alarma sonara durante cinco minutos, giré de medio lado y la apagué. Luego cogí el teléfono de la habitación y marqué el cero.

—Recepción del Dallas Airport Marriott —respondió una mujer ante el primer timbrado—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Podría enviarme un café?

—Por supuesto. —Me pareció demasiado alegre para este momento del día—. ¿Normal o descafeinado?

—Normal.

—Enseguida se lo envío.

Me envolví en uno de los albornoces del hotel y me senté en la silla que había en la esquina, intentando despertarme poco a poco y pasar las horas que quedaban antes de mi próximo vuelo viendo algo sin sentido en la televisión, pero de repente me encontré el nombre de mi hermano mayor en la pantalla del teléfono.

Dudé si responder, sin saber si debía hablar con él tan temprano o no.

Brian no era tan malo como mis hermanas o mis padres, pero tampoco estaba de mi parte. Se reía con sus humillaciones, pero después me ofrecía una sonrisa de simpatía. Me incluía en su vida, no con arrogancia, sino que intentaba actuar como si yo estuviera consiguiendo hacer algo bueno con mi vida.

Respiré hondo y respondí antes de que su llamada fuera desviada al buzón de voz.

—Hola, Brian, ¿qué tal?

—¿Qué tal? ¿¡Qué tal!?

«Uff...».

No se trataba de Brian, era mi hermana mayor, Claire.

—Gillian, durante las dos últimas semanas te he llamado dos veces todos los días. No solo no me has devuelto las llamadas o considerado la idea de enviarme un mensaje de texto, sino que respondes sin más a Brian. Me pregunto por qué...

—Seguramente porque Brian no es una zorra...

—¿Qué acabas de decir?

—Nada. —Me aclaré la garganta—. ¿Ha pasado algo?

—Brian ha cambiado de opinión sobre la petición de mano. En lugar de hacerla aquí, en casa, se lo va a proponer en Nueva York, que es donde se conocieron, y quiere que asistas. Por lo tanto, asegúrate de pedir el día libre en ese miserable trabajo tuyo si estás ocupada, y si no podemos encontrar un hotel adecuado, tendremos que quedarnos en el apartamento de Lexington Avenue del que tanto presumes. ¿He dicho ya que tienes que pedir el día libre?

—El mío no es un trabajo miserable, Claire —espeté—. Es algo importante.

—¿Lo es? —se rio—. Porque si es tan importante, ¿por qué no aparece tu nombre en la página web? ¿Por qué cuando te busqué la semana pasada no estabas incluida en la lista?

Apreté los dientes, casi a punto de creermelo yo misma la mentira que había urdido.

—Como he dicho antes, soy... —Tosí—. Soy una de las más prometedoras editoras de mi departamento. La quinta en orden de importancia, y en la página web solo aparecen las tres primeras. Por enésima vez, ser la editora más joven en la historia de *The New York Times* no es moco de pavo.

—Tienes razón —asintió, pareciendo sincera—. Amy y yo estamos estudiando y buscando curas para todos los virus conocidos, Mia está batiendo hitos en medicina, Ben gana todos los casos en los tribunales, y tú... —Suspiró—. Tú recibes recortes de papel y marcas líneas rojas sobre artículos que nadie lee. Por lo tanto, supongo que tienes razón, Gillian. Tu trabajo no es miserable, después de todo; es peor. Es nada.

—Suficiente, Claire. —La voz de mi madre resonó en la línea mientras yo contenía las lágrimas de rabia que amenazaban con caer.

—Gillian, lo siento —me dijo mi madre—. Llevamos días llamándote sin

parar una vez más y se nos ocurrió que usar el teléfono de Brian era la mejor manera de comunicarnos contigo. ¿Te importa si tenemos que pasar un par de noches en tu apartamento el fin de semana de la proposición?

—Depende. —El horrible dolor que sentía al hablar con mi familia inundó mi pecho—. Depende de si vais a dejar de actuar como si fuera una especie de decepción.

—Oh, Gillian... —Su voz era suave—. Es que eres una decepción. Pero no pasa nada. No todos podemos ser importantes, y te quiero de todas formas. No es el fin del mundo si...

Colgué y bloqueé todos sus números. Sabía que tendría que desbloquearlos con el tiempo, así como encontrar una manera de decirles que ya no tenía el apartamento de Lexington Avenue, pero no quería que me arruinaran el día antes de que comenzara.

Subí el volumen de la televisión justo antes de que llamaran a la puerta.

—¡Un segundo! —Me levanté y cogí las tazas usadas de café antes de ir hacia la puerta. Pero cuando abrí, vi que no era el servicio de habitaciones con cápsulas para la cafetera. Era la señorita Connors.

Ya vestida con el uniforme y tan impecable como siempre, me miraba como si estuviera cometiendo algún tipo de delito.

—Mmm... Buenos días. —Me anudé con más fuerza el cinturón de la bata—. ¿Ocurre algo?

—Ocurre algo malo, señorita Taylor. —Miró el reloj—. Son casi las siete.

—¿Le molesta que en este hotel el desayuno no empiece hasta las siete y media?

—Son casi las siete y todavía no está abajo, conmigo, preparada y esperando para ir al aeropuerto —explicó, haciendo caso omiso de mi comentario—. Son casi las siete y está envuelta en un albornoz y sin maquillar.

Me sentía muy confusa.

—Hoy no tenemos que estar en el aeropuerto hasta las diez, ¿verdad?

—¿Lo pregunta o lo afirma?

—Lo afirmo... —Traté de mantenerme tranquila—. El vuelo no es hasta las once cuarenta y cinco. Y el aeropuerto está, literalmente, al final de la calle; si vamos ahora, llegaremos con cuatro horas de adelanto. Tres horas antes que el resto de la tripulación.

Se me quedó mirando.

No supe que más decir. Si un «De acuerdo, nos veremos abajo cuando llegue

el momento» o seguir mostrándome realmente confusa.

—Señorita Taylor —dijo antes de que pudiera tomar una decisión—. No sé por qué tengo que seguir haciendo hincapié en esto con usted, pero se lo voy a decir una vez más. Yo no soy como todo el mundo, y dado que los responsables de la aerolínea han decidido que trabaje conmigo durante los próximos meses, significa que usted tampoco es como los demás. Llegar antes es llegar a tiempo, y sus llegadas deben ser perfectas. —Se cruzó de brazos—. Como las mías. Y ahora, que ya he perdido cinco minutos con usted, tiene un cuarto de hora para reunirse conmigo en la planta baja. De lo contrario presentaré un informe y será degradada a trabajar con otro supervisor que solo vuela a lugares como Detroit, Chicago o Virginia.

Me mordí la lengua, reprimiendo lo que de verdad sentía por ella y sus malditos principios de sincronización y perfección.

—¿Algo que añadir, señorita Taylor? —Ladeó la cabeza—. ¿Algo diferente a «Me encanta trabajar para Elite»?

—No. —Forcé una sonrisa—. Me encanta trabajar para Elite.

—Me lo imaginaba. —Miró su reloj—. ¡Oh, guau! Ahora solo le quedan trece minutos. Nos vemos abajo.

Se alejó sin decir nada. Una vez que cerré la puerta, ahagué toda mi frustración gritando contra la almohada.

Esa misma mañana, el olor a café y panecillos recién hechos se colaba por los pasillos de la terminal de Dallas, Fort Worth International. Los pasajeros formaban largas colas esperando para el desayuno, y las señales azules que colgaban por encima de cada puerta brillaban bajo los fluorescentes blancos.

Hice rodar mi maleta por el suelo por segunda hora consecutiva, buscando la manera de matar el tiempo dado que el salón de tripulaciones estaba lleno. Con tiempo de sobra, entré y salí de varias tiendas, examinando cosas que no tenía intención de comprar, cosas que ojalá hubiera podido permitirme comprar.

Observé a algunos pasajeros que posaban delante de la tienda de los Dallas Cowboys antes de subir a la lanzadera que conectaba las seis terminales del aeropuerto. Cuando por fin no podía aguantar más, decidí comprar algo para leer.

Entré en librería Hudson Booksellers que había en la terminal B y me dirigí

directamente a los libros del estante del fondo, los éxitos de ventas. Durante las últimas semanas, había leído muchos de esos libros, incluso había intercambiado algunos con pasajeros de vuelos de larga distancia.

Cogí el último éxito de Grisham, una bolsa de patatas fritas y me puse a la cola para pagar. Cuando estaba sacando la cartera, me sonó el móvil. Era Meredith.

—¿Hola? —respondí, entregando a la cajera un billete de veinte dólares.

—¡Hola, desconocida! —Tenía la voz inusualmente aguda—. ¿Cómo va la vida por los aires esta semana?

—Es agotadora, pero te he comprado algo en Beijing la semana pasada. Creo que te puede gustar.

—Estoy segura. ¿Te trata mejor el Halcón?

—No. —Puse los ojos en blanco ante la idea—. Se las arregla para ser todavía peor. ¿Cómo va el mundo de la moda?

—Despiadado y feroz como siempre —dijo—. Ya te contaré. Te llamo porque ayer vino Ben a buscarte. Te ha dejado un ramo de rosas y una tarjeta. ¿Quieres que abra el sobre y te lea la carta?

—No especialmente.

—Demasiado tarde. Ya la he abierto. —Se aclaró la garganta—. «Estimada Gillian: hace un mes desde que hablamos por última vez y sé que estás enfadada conmigo por haberte engañado, pero que no trates siquiera de entender mi postura es un poco injusto. Dicho esto, estoy dispuesto y preparado para un compromiso. Puedes acostarte con otras personas de vez en cuando (dos como mucho), y no es necesario que hablemos sobre ello. Nos centraremos en nosotros cuando estemos juntos y dejaremos fuera a los demás cuando estemos separados. Te amo (sí, estás leyendo bien, TE AMO). Ben. Postdata: ¿A qué hora puedo recogerte el fin de semana para tener sexo?».

—Qué romántico... —Como para no creerle—. ¿Eso es todo?

—Por desgracia. —Oí el sonido de agua corriendo al fondo—. Las rosas son preciosas. Voy a dejarlas en mi habitación. A propósito, ¿has tenido por fin sexo salvaje con algún tipo de primera clase?

—No, no lo he tenido. —Salí de la librería y bajé las escaleras para esperar la lanzadera Sky-Link—. Todavía no estoy acostumbrada a viajar tan a menudo, así que no he tenido tiempo.

—Gillian..., todavía sigues colgada de ese tipo que conociste en la fiesta de la terraza, ¿verdad?

—¿Qué? No, no, no es eso. De verdad. —Ni siquiera intenté sonar convincente—. Andar variando de zona horaria y el servicio en primera clase me está pasando factura. Eso es todo.

—Oh, claro... —Se rio—. Te daré una semana más para que fantasees con ese hombre, pero cuando estés de vuelta en Nueva York la semana próxima, vamos a buscar a otro tipo. Lo antes posible.

—¿Sabes? Estoy muy agradecida de tener una amiga como tú, que se preocupa tanto por los visitantes que pueda tener mi vagina. Muchas gracias.

—Así es..., de nada —repuso—. Oh, y una última cosa. Tu buzón está empezando a llenarse de nuevo. Winnie the Pooh, Ana de las Tejas Verdes, Kimberly B. y Katniss Everdeen te han enviado diez cartas cada uno esta semana. Me he tomado la libertad de devolver los sobres sin abrir, pero en serio, Gillian... Tiene que haber al menos un centenar de cartas en casa. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

—Depende. ¿Cuándo vas a dejar de traer chicos a casa y de despertar a todos los vecinos con tus gritos de éxtasis?

Colgó de inmediato, y su carcajada resonó en mis oídos justo antes del pitido.

—Próxima parada, terminal A. Puertas de embarque de la uno a la veintiuno —decía una voz suave por los altavoces cuando subí a la lanzadera—. Por favor, se van a cerrar las puertas, manténganse alejados de ellas.

Las puertas se cerraron y el vehículo se impulsó hacia delante sobre las vías, lo que obligó a los pasajeros a agarrarse al pasamanos con más fuerza. Miré el plano que había sobre la puerta y conté el número de paradas que quedaban para que me bajara.

Al otro lado de las ventanillas, se podía ver a varios aviones preparándose para volar, dando la vuelta a la pista, mientras los controladores de tierra agitaban palos brillantes en el aire para ayudar a los pilotos a maniobrar. Frente a mí, una pareja se cogía de las manos y reía mientras se quejaban de la seguridad del aeropuerto; a mi lado una mujer gritaba por el móvil que los agentes del filtro de seguridad eran unos completos groseros.

—Próxima parada, terminal C. Puertas de embarque de la veintiuno a la treinta y nueve. —La lanzadera se detuvo, y solté la barandilla para dejar hueco a la gente que entraba. Pero cuando las puertas se abrieron, me quedé paralizada.

El hombre que estaba entrando era el tipo que había protagonizado todos mis

sueños húmedos durante las últimas semanas, y hacía girar la cabeza de todas las mujeres con las que se cruzaba. Estaba mirando algo en el móvil, completamente ajeno a las mejillas ruborizadas y a los susurros que provocaba. Yo di varios pasos hacia atrás, regresando al lugar que había ocupado antes.

Confusa, mantuve los ojos en él, dándome cuenta de que era todavía más atractivo de lo que recordaba. Tenía los labios apretados con irritación mientras escribía un mensaje en su móvil, y yo no podía dejar de pensar que esos mismos dedos me habían acariciado y se habían deslizado en mi interior.

Su aspecto en ese momento solo representaba un problema. Era un piloto. Un piloto de verdad.

Estaba vestido con el uniforme azul marino correspondiente, con los cuatro galones de capitán dorados en las mangas. La chaqueta se adaptaba perfectamente a su constitución, sin ocultar por completo los cincelados abdominales que había debajo. Y mientras se agarraba con la mano libre a la barandilla, la gorra cayó hacia delante, ocultando sus preciosos ojos azules.

Parpadeé un par de veces, tratando de darle sentido a la situación, negándome a aceptar que no era un espejismo de mi mente. Cuanto más lo pensaba, sin embargo, mejor encajaba todo. Él no estaba nunca en el ático, no invertía demasiado tiempo en que aquel espacio fuera realmente personal, salvo por aquellas fotografías aéreas, y la primera conversación que mantuvimos, en la fiesta, adquiriría más sentido. Aunque, sencillamente, no quería aceptar la innegable realidad.

La lanzadera se detuvo cuando llegamos a otra parada, pero él mantuvo los ojos pegados a la pantalla del móvil.

Traté de apartar la mirada de él, de volver la vista a lo que se veía más allá de las ventanillas, pero mientras él apretaba los dientes, moviendo un dedo sobre la pantalla, no pude evitar estudiarlo durante un poco más de tiempo.

Algunos pasajeros se subieron a la lanzadera, y justo cuando robaba una última mirada, él levantó los ojos y movió la cabeza hacia mí.

Arqueó una ceja y me miró de arriba abajo con una expresión que pasó de estoica a confusa. Luego, aquella familiar sonrisa arrogante curvó sus labios.

Soltó la barandilla y se acercó, agarrándose al pasamanos que estaba a mi lado, haciendo que su mano rozara la mía.

—Hola, Gillian.

—¿Gillian? —Fingí sorpresa—. No, creo que me ha confundido con otra

persona.

—La tarjeta identificativa pone «Gillian», Gillian. —La sonrisa se hizo más amplia mientras me miraba—. Y mi polla estaba enterrada en tu coño hace cuatro semanas, así que estoy seguro de que no me he confundido de persona.

La mujer que estaba a nuestro lado contuvo el aliento y se alejó.

—¿Tú... tú...? —Me sonrojé sin poder creermelo que hubiera dicho eso en voz alta—. ¿De verdad tenías que decir eso, Jake?

—¿De verdad tienes que actuar como si no me conocieras? —Arqueó una ceja—. Por cierto, he rebobinado las cintas de seguridad desde la última vez que hablamos. No te has tirado a otro tipo como mencionaste, ese que, supuestamente, es mejor amante que yo.

—De supuestamente nada.

—Sin duda sí, supuestamente. —Todavía seguía susurrando—. Y una parte de mí está empezando a pensar que te lo inventaste. Sin embargo, si no ha sido así... —Me miró un poco celoso—, si era tan buen amante, por qué ibas a venir a casa conmigo.

El hombre que tenía al otro lado se acercó más.

—No me he inventado nada, decidimos ir a un hotel —expliqué, bajando la voz—. Decidí que no quería mirones, decidí que no necesitabas ver nada.

—¡Qué lástima! Tenía ganas de aprender lo que no hay que hacer. —Me miró, entrecerrando los ojos según pasaban los segundos—. Realmente tienes que trabajar eso de mentir, Gillian. No se te da demasiado bien.

—¿Puedo suponer que es tu especialidad?

—¿Mentir?

—Negar —repuse—. Eres demasiado arrogante para creer que cualquier otra persona podría hacerlo mejor que tú.

—Solo en un tema en particular. —Se aproximó un paso más, ya que los pasajeros nos empujaron para bajarse en la terminal C—. Nunca hubiera supuesto que eras asistente de vuelo.

—¿Es un insulto?

—Un cumplido. —Hizo una pausa mientras el vehículo se ponía en marcha una vez más—. Ahora tiene mucho más sentido que te hicieras pasar por piloto —me susurró al oído.

—Podría decir lo mismo de ti. No me dijiste que eras piloto.

—¿Y en qué momento, entre comerte el coño y follarte contra la pared, iba a mencionar tal cosa?

Noté las mejillas calientes mientras él cerraba el espacio entre nosotros, mientras pasaba los dedos sobre el pin de vuelo plateado.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a esto? —preguntó.

—Casi dos años. ¿Y tú?

—Veinte.

—¿Qué? —Tragué saliva, haciendo los cálculos en silencio en mi mente. No parecía tener más de treinta, y eso tirando por lo alto—. Por tanto, ¿estás a punto de cumplir cincuenta? ¿Cuarenta y tantos?

Otra sonrisa.

—Treinta y tantos. ¿A dónde vas?

No respondí. Él había dejado de toquetear el pin y me miraba con la misma intensidad que me estudiaba cuando nos conocimos.

—¿Es necesario que busques tu programación, Gillian? —Se inclinó hacia delante—. Te he preguntado que a dónde te diriges —me susurró al oído.

—Más allá del mar.

—Seguro que puedes ser más específica. ¿A qué ciudad?

—A Londres. ¿Y tú?

—A Londres.

La lanzadera tomó la curva que la llevaba a mi parada y lancé una mirada a su chaqueta, buscando el anagrama de Elite, sin saber si desear que trabajáramos para la misma compañía aérea. No lo encontré y solté un suspiro de alivio.

—Bien —dije, tras aclararme la garganta—. Mi parada es la siguiente. Ha sido interesante verte de nuevo, Jake.

—¿Solo interesante?

—Sí, solo interesante —repuse.

No añadió nada, solo me miró, haciendo que se humedecieran mis bragas sin necesidad de ningún esfuerzo.

—Próxima parada, terminal D. Puertas de embarque de la uno a la veintidós.

—Anunció el sistema de altavoces—. Por favor, dejen paso.

Jake pasó junto a mí y se detuvo de repente para mirarme por encima del hombro.

—Solo hay un vuelo de Elite con destino a Londres esta mañana. Es aquí donde tenemos que bajarnos, ¿verdad?

Lo miré boquiabierto. No podía pensar ni decir nada. Me quedé mirándolo mientras aquella preciosa y sexy sonrisa cruzaba su cara, como una firma.

Mientras me miraba de la misma forma que cuando me empujó contra su estantería.

—Puesto que no vas a bajarte en este momento —dijo, dando un paso para salir mientras me observaba con diversión—, nos vemos a bordo.

PUERTA B9

En el aire> Londres (HTW)

GILLIAN

—Mimosa *on the rocks* para el pasajero del 3B, agua mineral para el del 4B y un zumo de naranja para el del 4A... —murmuré en voz baja para mí misma mientras abría un cajón de hielo.

Estaba en el *office* más cercano a la cabina del piloto, preparando las bebidas previas al despegue de los pasajeros de primera clase. Intentaba fingir que Jake no era el piloto de este vuelo, que no me había pasado la mano deliberadamente por la cintura cuando embarcamos y que no me había guiñado un ojo, lo que había hecho que todas mis terminaciones nerviosas se erizaran de nuevo.

«No está ocurriendo... No está ocurriendo...».

Para empeorarlo todo, cuando fui a la cabina para preguntarle a él y al copiloto qué querían para almorzar, estoy segura de que le oí decir «¿Hay sexo en el menú?» antes de toser y pedir un filete y una Coca-Cola.

—¿Señorita Taylor? —La voz del Halcón hizo que se me cayeran un montón de servilletas. Cuando me di la vuelta para mirarla, frunció el ceño, haciendo un gesto con la mano para que me arreglara el pelo.

—¿Señorita Connors? —pregunté.

—¿Podría explicarme por qué el pasajero del 12C tiene un vaso de Sprite antes de despegar?

«Lo pregunta como si hubiera otra opción...».

—Tiene tiempo para responder en cualquier momento entre ahora y... este momento, señorita Taylor.

—El pasajero me comunicó que tenía dolor de estómago porque había ingerido algo picante —expliqué—. Solo estaba aplicando las reglas básicas de Elite Way.

—No, no lo ha hecho. —Miró por el pasillo y luego me miró con los ojos

entrecerrados—. Porque no hay ninguna parte en las reglas básicas de Elite Way que indique que hay que servir una bebida en un vaso de cristal a un pasajero de clase turista antes de despegar.

Puse los ojos en blanco.

—Los vasos de cristal están reservados para primera clase, y no se servirán hasta que estemos en el aire. Siempre. Los pasajeros de turista solo tienen derecho a un botellín de agua, una sonrisa y una bolsita por si tienen ganas de vomitar antes de despegar. Durante los vuelos, cuando les ofrecemos bebidas, se les sirven en vasos de plástico. Tiene que haberlo aprendido en el curso de formación como asistente de vuelo, y, para mi sorpresa, es un error que no ha cometido antes. Así que no necesito recordarle las numerosas razones de seguridad que hay detrás de los vasos de vidrio y de plástico durante los momentos previos al despegue, ¿verdad?

—No, señorita Connors.

—Bien. —Chasqueó los dedos y señaló la cabina—. Vaya a buscar ese vaso. Ya.

Puse los ojos en blanco mientras recorría el pasillo. Con ella en este vuelo quizá, solo quizá, no me quedaría tiempo para pensar en Jake.

Le pedí amablemente al pasajero del 12C el vaso de cristal lleno de Sprite, lo sustituí por otro de plástico y terminé de servir el resto de bebidas en primera clase.

Comprobé las solicitudes para la cena de los pasajeros, me aseguré de que los compartimentos superiores estaban bloqueados y vi que las demás asistentes de vuelo se tomaban su tiempo para hacer su trabajo.

Se suponía que tenían que ocuparse de los últimos pasajeros en embarcar en clase *business* y turista, pero seguían encontrando razones surrealistas para dirigirse a la parte delantera del avión y entrar en la cabina de mando, donde le hacían a Jake preguntas sin sentido, como asegurarse de que era una Coca-Cola la bebida que quería con el almuerzo.

—¿Has volado antes con él? —susurró la rubia, una mujer que se me había presentado antes como Elizabeth.

—Ojalá —repuso Janet, la pelirroja, mirando al frente—. Sin duda lo recordaría, créeme.

—¿Lleva alianza?

—No. Ha sido lo primero que he mirado.

—¿Y tampoco hay una línea más blanca donde debería haber una?

Antes de que pudiera haber una respuesta, apareció la señorita Connors y carraspeó de forma ruidosa.

—Cuando ustedes dos se cansen de hablar de la cabina, ¿serían tan amables de ponerse a hacer el trabajo por el que se les paga?

Se sonrojaron y se alejaron con rapidez.

Miré hacia la cabina de los pilotos, donde Jake y el copiloto echaban una ojeada a los informes meteorológicos, y me prometí a mí misma que era el último vistazo que le lanzaba antes de que se cerrara la puerta.

En el segundo en el que terminó el embarque, completé la lista de comprobaciones y me senté. Agradecí que fuera un avión de los más modernos y lujosos. No era necesario que los asistentes de vuelo estuvieran en el pasillo enseñando los procedimientos de seguridad, ya que cada pasajero tenía una pequeña televisión en el respaldo del asiento delantero donde se emitía un video con esa rutina.

—Damas y caballeros, les habla el capitán... —La profunda y sexy voz de Jake llegó a través de los altavoces mientras el aparato se alejaba del *finger* y rodaba hacia la pista—. En nombre de la tripulación, permítanme darles la bienvenida a bordo del vuelo 1505 de Elite Airways con destino a Londres, Heathrow. El tiempo estimado de vuelo son ocho horas y cincuenta y cinco minutos, y esperamos que sea un vuelo muy tranquilo —añadió—. Si necesitan algo durante el viaje, nuestras asistentes de vuelo están a su disposición para que el trayecto sea lo más cómodo posible. Por favor, permanezcan sentados, relájense y disfruten del vuelo.

Esperaba que dijera el resto del rollo que soltaban en los vuelos de Elite Airways, en especial la coletilla «Me encanta volar para Elite y espero que les guste tanto como a mí», pero no añadió nada más. Los únicos sonidos que llegaron desde ese lado fueron un pitido y un repentino silencio que siempre reinaba en la cabina antes de que las aeronaves ascendieran al cielo.

Cerré los ojos y puse las manos sobre el regazo mientras el avión subía cada vez más, haciendo que el sonido de la presión del aire que golpeaba la carcasa metálica se precipitara contra mis oídos. No importaba cuántos vuelos realizara: el despegue siempre me resultaba estresante.

Cuando por fin estuvo nivelado el avión y se apagó la señal del cinturón de seguridad, abrí los ojos y me desabroché el mío. Conociendo a la señorita Connors, pronto se pondría a criticar todos mis movimientos, y se me ocurrió que podía preparar el servicio de vinos y quesos antes de tiempo.

Al entrar en el *office*, saqué una bandeja de quesos *gourmet* envuelta en plástico, aunque casi la dejé caer al suelo al ver a Jake justo delante de mí. Me miraba fijamente, con aquellos iris azules y brillantes, además de penetrantes.

—¿En qué puedo ayudarlo, capitán?

—No es necesario que me trates de usted —dijo, quitándome la bandeja de las manos y dejándola sobre el mostrador.

—¿Ha venido a buscar la Coca-Cola, capitán? —Necesitaba mantener las distancias con profesionalidad—. Se la llevaré después de que termine el servicio de vino y queso, o la supervisora la tomará conmigo.

—Solo necesito cinco minutos.

—Solo puedo ofrecerte cinco segundos.

—Vale. —Me miró—. Tengo que follarte de nuevo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Se acercó y me puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Necesito follar contigo otra vez. Preferiblemente en cuanto aterricemos en Londres, pero tampoco me parece mal hacerlo aquí, cuando acabes el servicio.

Tuve que contenerme para no responder «después del servicio estará bien».

—Pensaba que estábamos de acuerdo en que eso no podía volver a ocurrir. Además, ahora que estamos en esta situación, es realmente imposible que vuelva a ocurrir. Va contra la política de la empresa.

—Eres la última persona a la que pensaba oír hablar sobre la política de la empresa.

—Bueno, solo voy a decirte una cosa: No, gracias. Incluso aunque estuviera interesada, que no lo estoy, ahora que sé que eres piloto, no me convencerás para que me acueste contigo otra vez. Estoy segura de que tienes un montón de asistentes de vuelo a tu disposición. Ve con una que ya te hayas tirado antes.

—Solo me he acostado con una asistente de vuelo —dijo, mirando con intención mis ojos—. Aunque no sé si cuenta, ya que cuando nos conocimos me mintió y me dijo que era piloto.

—Quizá solo trataba de ser misteriosa. —Casi no podía oírme—. De todas formas, eso no cambia el hecho de que tú sí seas piloto.

—No, no lo cambia. —Entrecerró los ojos—. ¿Tienes algo contra los pilotos? ¿Alguna mala experiencia?

—Algo que he oído.

El avión se sacudió de repente y apoyé la mano contra la pared, percibiendo que se encendía la señal del cinturón de seguridad. Probé a inclinarme para coger la bandeja de quesos, pero Jake me detuvo con la misma tranquilidad de siempre.

—¿No crees que deberías regresar a la cabina? —pregunté—. ¿O es que no has sentido cómo se mueve el avión?

—Solo es una ligera turbulencia. Pasará en cuanto dejemos atrás las nubes.

En ese instante, llegó la voz del primer oficial a través de los altavoces.

—Damas y caballeros, les pedimos disculpas por las suaves turbulencias que estamos experimentando actualmente. Estamos cruzando un cúmulo de nubes, y solo las sufriremos unos segundos más a lo sumo, por lo que en breve apagaré la señal del cinturón de seguridad. Esperamos que estén disfrutando del vuelo.

Sonó un pitido mientras Jake volvía a mirarme a los ojos.

—Entonces, y retomando la conversación sobre los pilotos... —Me pasó los dedos por los labios—. ¿Qué es lo que has oído?

—Muchas cosas...

—Cuéntamelas —me instó—. Dime qué has oído exactamente.

—He oído que no se puede confiar en los pilotos, que su trabajo lo es todo para ellos y que son unos mentirosos. —Hice una pausa al notar su mano en la cintura—. Los que no están casados tienen una mujer en cada ciudad y se la follan siempre que desean. Incluso se acuestan con algunas pasajeras de vez en cuando.

—¿Eso es todo? —Apretó la frente contra la mía.

—No, no es todo.

—Vale. —Parecía como si estuviera conteniendo la risa—. Continúa.

—También he oído que todos vosotros...

—Que algunos... —me interrumpió—. La palabra «todos» es un poco categórica.

—De acuerdo. La mayoría de los pilotos sois fríos y distantes, no tenéis emociones. Algo que, por lo que veo, es cierto. Y eso es todo. Incluso los pilotos raros, los buenos chicos que casi parecen capaces de ser fieles son...

—¿Qué? —preguntó apremiándome—. ¿Qué has oído sobre ellos?

—Que casi siempre tienen una asistente de vuelo por amante. —Moví la cabeza hacia atrás antes de que pudiera avanzar más—. ¿Es eso cierto?

—Si lo fuera —repuso. Parecía que estaba divirtiéndose—, tendría que estar

en desacuerdo contigo. Contrariamente a esos argumentos falsos e injustos que esgrimes, la profesión de un hombre no tiene nada que ver con su fidelidad.

Abrí la boca para protestar, pero él me apretó los labios con un dedo.

—Esa es solo mi primera refutación —dijo—. En segundo lugar, si un piloto está soltero y tiene una mujer en cada ciudad, ¿a quién le importa? No le tiene que dar cuentas a nadie. Estoy de acuerdo en tu último punto, sin embargo. Podría ser verdad, sin duda, pero yo no tengo ningún interés en tener como amante a una asistente de vuelo.

—¿Te da miedo que se entere tu novia?

—Ya hemos hablado de esto. —Se acercó más—. No tengo novias. —Sus labios capturaron los míos de repente, persuasivos y cálidos, volviéndose más exigentes y calientes con el tiempo. Me mordisqueó el labio inferior, castigándome con algo de dolor, pero no podía dejar de devolverle los besos.

Me deslizó una mano por debajo del uniforme.

—¿No quieres disfrutar otra vez de esto? —susurró contra mi boca—. ¿No quieres esto de nuevo? —Apartó mis bragas empapadas y apretó el pulgar contra mi clítoris hinchado, frotándolo en círculos de forma sensual mientras deslizaba la lengua por mi cuello.

—No... —mentí, reprimiendo un gemido.

Todo lo que me rodeaba se convirtió en una mancha borrosa cuando siguió moviendo los dedos de forma juguetona, sin piedad, al tiempo que trazaba sinuosas figuras con la lengua sobre mi piel expuesta. Quería ceder a él, admitir que me podía dar más placer que nadie, pero sabía que acostarme de nuevo con él solo afectaría a uno de los dos.

—Gillian. —Volvió a tomar mi boca—. Dime que follaremos en cuanto aterricemos.

—No. —Me mordí el labio y di un paso atrás—. No puedo.

Parecía confuso.

—¿Por qué?

—Porque si volviera a acostarme contigo, tendrías que estar solo conmigo.

—¿Solo contigo?

—Sería la única mujer con la que tendrías relaciones sexuales.

—¿Estamos de nuevo con eso? —Me soltó la cintura.

—Como ya te he dicho antes, normalmente no tengo rollos... La primera vez que nos acostamos estuvo bien, porque era una aventura de una noche, pero la segunda fue un error.

—Tener orgasmos múltiples no es un error.

—Quizá, pero no soy de las que son capaces de acostarse contigo una noche, sabiendo que puedes tirarte a Sally mañana.

—No conozco a ninguna Sally.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sinceramente, no lo sé.

—No me importa cuánto afirmes que necesitas follar otra vez conmigo, y no importa cuántas veces pueda haber pensado yo en ello...

—Has pensado en ello, no lo niegues.

—A pesar de que lo último que quiero ahora es mantener otra vez una relación...

—Acostarse con una sola persona es, definitivamente, mantener una relación.

—No lo es, pero la próxima vez que tenga sexo, cuando sea, será con alguien que solo esté acostándose conmigo. Por lo tanto, si no puedes aceptar eso o no estás de acuerdo, debes dejarme en paz.

Dio un paso atrás y se alejó sin añadir nada más.

PUERTA B10

En el aire> Londres (HTW)

JAKE

Había oído un montón de gilipollices en mi vida, pero «solo te acostarías conmigo» podía ser la mayor de todas.

Me quedé mirando por el cristal de la cabina, preguntándome por qué demonios esta mujer, a la que apenas conocía, tenía aquel tipo de efecto en mí. En dos ocasiones, después de alejarme de ella, cuando me había aventurado en la cabina del pasaje para ir al cuarto de baño, la sorprendí sonriendo y entreteniendo a un pasajero. Parecía un ejecutivo de Wall Street.

El idiota del asiento 3A bromeó con ella sobre «El club de la milla». Ella se rio con él, pero me di cuenta de que no era una risa sincera, que no estaba mintiendo cuando le dijo que nunca había mantenido relaciones sexuales en un avión. El color en sus mejillas la delataba.

El memo del 4C le besó la mano después de que le llevara una copa de vino. Luego volvió a tocarla mientras coqueteaba con ella por lo menos tres minutos. (Sí, joder, los conté).

Estuve a punto de acercarme a él y decirle algo, pero recuperé el sentido en el último minuto y regresé a la cabina de mando, prometiéndome a mí mismo que me quedaría allí durante el resto del vuelo.

Que me pidiera que fuéramos monógamos me parecía injusto y completamente irreal, pero mientras cruzábamos otro cúmulo de nubes, tuve la certeza, por un instante, de que una disposición así podría funcionar. Al menos de forma temporal.

Sí, me había resultado imposible quedar con las mujeres de mi lista de contactos durante semanas, pero no esperaba que esa situación durara para siempre. Antes de toparme con Gillian en el Sky-Link, una mujer me estaba enviando mensajes de texto desde Londres contándome lo desesperadamente que necesitaba tener sexo conmigo, pero insistía en que antes debía tener una

cita de verdad. Llevarla a cenar y eso.

Todavía no le había respondido, porque sabía que si accedía, ella querría otra. Entonces no habría escapatoria: «Estoy pensando en ti». «¿Qué estás haciendo?». Recibiría mensajes de texto a altas horas de la noche y, en última instancia, una conversación sobre todo lo demás. Siempre que terminaba con una mujer era porque ella quería algo más. Por eso estaba bien el sexo casual; no había necesidad de ser coherente con nadie. No era necesario que pareciera una relación.

No podía seguir pensando en la condición que me había puesto Gillian.

«Tienes que quitarte a esa chica de la cabeza...».

PUERTA B11

Londres (HTW)

GILLIAN

—Asistentes de vuelo, preparen el pasaje para el aterrizaje. —La profunda voz de Jake salió por los altavoces unos minutos antes de comenzar la maniobra para tomar tierra, por lo que recorrí la cabina una vez más para asegurarme de que todos los pasajeros se habían abrochado el cinturón de seguridad.

Afortunadamente, los dos hombres que habían coqueteado conmigo unas horas antes estaban mirando por las ventanillas, por lo que no iba a tener que rechazar sus ofertas para vernos después de tomar tierra.

El aterrizaje fue suave y fluido unos minutos después, y mientras se llevaba a cabo la maniobra para conectar el avión al *finger*, esperé con el resto del equipo a que se abriera la puerta. Después ocupé el lugar que me correspondía cerca de la puerta de salida, al lado de la señorita Connors.

—Aquí disponemos de dos días de descanso —me dijo—. Así que le sugiero que pase todo el tiempo que le sea posible con un albornoz en el hotel, que dé descanso a su cerebro para que pueda usarlo a fondo en el próximo vuelo.

No estaba segura de qué debía responder a eso, así que me limité a asentir, alejándome de ella.

—¡Que pasen una buena estancia en Londres! —Su voz fue toda cortesía y alegría para los pasajeros que salían—. ¡Gracias por volar con Elite! ¡Vuelvan a elegirnos para sus viajes!

Empecé a despedirme yo también, pero sentí que Jake se interponía entre las dos.

—Buen discurso, capitán Weston —dijo ella, mirándolo—. Dígame una cosa, ¿no ha dicho los lemas obligatorios de Elite porque se le ha olvidado cómo mostrarse amigable o a propósito con la esperanza de que lo grabe y

escriba a los superiores?

—Esperaba que hiciera un escrito.

—Tiene suerte de que hoy esté de buen humor. —Ella lo miró fijamente—. La próxima vez que coincidamos en un vuelo, le garantizo que no lo estaré.

—No esperaba otra cosa. —Jake le sostuvo la mirada hasta que ella se dio la vuelta y reanudó la retahíla de despedidas.

A diferencia de los demás pilotos con los que había trabajado, no se quedó a nuestro lado para despedirse de los pasajeros con las consignas establecidas por Elite. Permaneció en silencio, casi melancólico, como si el pasaje no estuviera saliendo del avión todo lo deprisa que él quería.

Cuando por fin cruzó el umbral el último pasajero, esperé que dijera algo, al menos que me echara un vistazo, pero miró al primer oficial.

—Hasta la próxima —dijo para todos.

Luego agarró el asa de su *trolley* y dirigió unas palabras en voz baja al copiloto antes de pisar el *finger*.

Agarré mi propio equipaje y lo hice rodar lejos de él mientras oía fragmentos de los lujuriosos piropos que las otras asistentes de vuelo estaban soltando sobre él.

Cuando entramos en la terminal, nos estaba esperando una furgoneta blanca. El primer oficial y la señorita Connors compartieron la primera fila, yo me puse en el medio y Jake se sentó detrás de mí con Janet y Elizabeth.

—Entonces, capitán Weston... —ronroneó Elizabeth en voz baja para que sus palabras no llegaran hasta la señorita Connors—. ¿Durante cuánto tiempo se quedará en Londres?

—Solo esta noche.

—¡Oh! —Janet se aclaró la garganta—. Dado que solo tiene una noche, ¿le gustaría reunirse con nosotras esta noche en el bar del hotel?

—Lo pensaré.

—¿Qué tiene que pensar? ¿Ya ha hecho planes?

—Los he hecho, sí —aseguró, y yo pude sentir que me miraba—. Sin embargo, las condiciones son un tanto difíciles, así que es posible que los cancele.

—Entiendo. Bien, eso sería bueno para nosotras.

Sentí una punzada de celos mientras hablaba con ellas, algo que nunca me había pasado con mis amantes o novios anteriores, cuando los veía interactuar con otras mujeres. ¡Dios!, Ben había quedado con una antigua novia dos veces

al año para ir a las reuniones de su club de polo, y ni siquiera le había dedicado un segundo pensamiento al tema. Nunca había tenido sensación de inquietud o celos.

Pero ahora, este hombre con el que solo me había acostado dos veces me estaba haciendo sentir el impulso de darme la vuelta y decir algo.

Durante diez minutos y cinco salidas de la autopista, permanecí allí sentada, escuchando con impotencia cómo mis compañeras de trabajo ponían todo su encanto a funcionar. Él correspondía con un carisma casi similar.

Cuando por fin se detuvo la furgoneta frente al hotel, abrí la puerta y casi salté a la acera.

—Voy a registrarme —me despedí, corriendo mientras la señorita Connors me seguía a toda velocidad para alcanzarme.

—¿Le ha pasado algo, señorita Taylor? —Parecía realmente preocupada—. ¿Se encuentra bien?

—No, solo estoy cansada. Eso es todo.

Frunció el ceño, pero no añadió nada más.

La chica de recepción localizó con rapidez la reserva de la tripulación y comprobó nuestros documentos de identidad antes de darnos las llaves de las habitaciones.

—Nos vemos el domingo a las diez, señorita Taylor —se despidió la supervisora—. Como llegue con una sola milésima de retraso, me aseguraré de que se arrepiente.

—Entendido. —Me alejé de ella, de Jake y del resto de la tripulación, que atravesaban en ese momento las puertas del hotel. Fui directa hacia los ascensores, pero como no quería tener que lidiar con miraditas o escuchar insinuaciones sexuales, crucé el vestíbulo del hotel y me dirigí hacia la escalera de emergencia.

Atravesé un pasillo con ventanas arrastrando el equipaje hasta el primer tramo de escaleras y, de repente, alguien me agarró la cintura desde atrás y me hizo girar sobre mí misma.

—Yo también tengo algunas reglas y condiciones para esta mierda. —Jake clavaba en mí sus ojos azules con deseo y afán de posesión.

Sentí la ventana contra la espalda y el equipaje se me cayó al suelo.

—Si estoy de acuerdo con esto —continuó con los dientes apretados—, no quiero conversaciones sentimentaloides por las noches, ni oír mencionar las palabras «más», «nosotros» o «relación», y no tendremos citas.

—No te he pedido que tengamos citas.

—No quiero saber absolutamente nada sobre tu vida fuera del dormitorio.

—Ya somos dos.

—No seré el hombre al que puedas llamar por la noche cuando necesites hablar con alguien. —Se interrumpió—. A no ser que sea para decirme lo mojada que estás, no quiero ver tu nombre en mi registro de llamadas, y no quiero que pienses que podemos llegar a ser amigos.

Iba a responderle con la misma intensidad, pero me besó, impidiendo que dijera una sola palabra.

—Solo me harás preguntas sobre si puedo follarte más fuerte, más tiempo o más profundamente, y no me pedirás otra cosa que satisfacer tu coño.

Se me endurecieron los pezones contra el sujetador y sentí las bragas pegadas a la piel. Como si él también lo supiera, deslizó la mano por debajo de mi vestido y tiró de la prenda de seda para meter debajo los dedos.

—Vamos a compartir nuestros cuerpos, no nuestras vidas. —Bajó la voz mientras me acariciaba el clítoris con suavidad—. Eso es todo lo que puedo ofrecer. Eso es todo lo que puedo darte.

Deslizó la otra mano por mi cintura y me pellizcó el culo.

—¿Tienes alguna condición más?

—Sí... —Logré decir mientras me arrancaba las bragas.

—¿Cuál?

—Son tres cosas... —Mi mirada se posó en sus manos mientras se desabrochaba los pantalones y se bajaba la cremallera, pero el comienzo de la frase quedó interrumpida cuando liberó su polla.

—¿Qué decías? —Me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Ser la única —dije—. No has mencionado nada sobre las mujeres que tienes en otras ciudades. Es necesario que me prometas que no vas a estar con ellas.

—Eso estaba implícito —repuso, poniendo los ojos en blanco—. Estoy de acuerdo, solo follaré contigo durante el tiempo que dure esto, sea lo que sea. ¿Contenta?

—Mucho.

—¿Cuál es la segunda cosa?

—Quiero que me... —Contuve la respiración cuando sentí su mano deslizándose por mi espalda para desabrocharme el sujetador en un movimiento muy suave—. Quiero que me prometas que no me quemarás.

—¿Que no te quemaré? —repitió.

—Ni me harás daño —dije casi tartamudeando—. Quiero que me prometas que no me harás daño, Jake.

Me miró en silencio. Parecía un poco confundido, pero luego me rodeó el pezón con la punta del pulgar mientras hablaba muy despacio.

—Gillian, no pienso quemarte ni hacerte daño, a menos que en algún momento te apetezca probar ese tipo de juegos. —Me subió el vestido hasta la cintura—. Dicho eso, ya que hemos acordado que no será una relación sentimental, tendrías que enamorarte de mí para que te hiciera daño. —Me pasó las manos de arriba abajo por los costados—. Quiero estar seguro de que no lo haces, y te garantizo que yo tampoco lo haré. ¿Cuál es la tercera cosa?

—Es que tenemos que hablar cordialmente.

—Te acabo de decir que no necesitamos hablar. Nunca.

—No tiene que ser nada serio, solo palabras amables y amistosas. Tienes que dejar que...

—¿Por qué?

—Todo esto es nuevo para mí, no había tenido nunca sexo sin ataduras. Nunca he hecho esto.

Parecía totalmente desconcertado, y parpadeó un par de veces, pero al final asintió.

—De acuerdo, Gillian. Trataré de hacerlo.

—Gracias.

—Por lo tanto, ¿estás de acuerdo con todos mis términos?

Asentí.

—Sí.

—De acuerdo. —Me empujó contra la barandilla—. Yo también estoy de acuerdo con los tuyos.

Sin añadir una palabra más, su boca cayó sobre la mía, caliente y pesada, recordándome todas las veces que había fantaseado con él por las noches. Salvo que esto era mejor. Mucho mejor.

Noté la presión de su polla contra el muslo, y me froté contra ella, murmurando por lo bajo cuando me mordió el labio. De repente, apartó la boca de la mía, sacó un condón del bolsillo y me lo pasó.

Traté de rasgar el envoltorio con las yemas de los dedos, pero él se rio por lo bajo y me lo quitó.

—No. —Lo sostuvo delante de mí—. Con la boca.

Vacilé, mirándolo insegura, pero luego mordí la esquina del papel metalizado con los dientes y lo abrí. Saqué con los dedos la goma húmeda fuera del paquete y la deslicé por su erección. Notaba cómo palpitaba mi coño alrededor de cada centímetro que cubría.

Buscó de nuevo mi boca con la suya, exigiendo una vez más de una forma ardiente y salvaje. Luego me rodeó la cintura con un brazo y me sentó en el pasamanos.

—Abre las piernas —ordenó.

Me sujeté a la barandilla y obedecí. Sentí que ahuecaba las manos sobre mis nalgas y tiraba de mí hacia delante.

Sin decir una palabra, me penetró con un profundo envite hasta llenar por completo las paredes de mi sexo. Grité por lo bajo.

—Como vuelvas a gritar —me susurró al oído antes de mordirme el cuello —, nos encontrarán. —Me clavó los dedos en la piel, casi castigándome—. Y no pienso parar, Gillian. Tengamos público o no.

Me mordí la lengua cuando comenzó a penetrarme con frenesí una y otra vez, privándome de la oportunidad de responder. Me folló sin descanso y sin ternura, haciendo que los nudillos se me pusieran blancos. Sucumbí por completo a su control.

Me encontré arqueándome a contrapunto para poder frotar mis doloridos pezones con su áspera chaqueta, buscando su polla con mi sexo anegado. Cada vez que se me escapaba un gemido, me golpeaba el trasero y me mordía con fuerza la castigada piel del cuello.

Varios pisos por encima, se oía a los huéspedes del hotel entrando y saliendo a través de las pesadas puertas, pero los sonidos acababan disolviéndose. Lo único que podía escuchar al final eran nuestras jadeantes respiraciones y el sonido que hacía mi piel contra su piel.

—¡Oh... Oh..., Dioooooos! —Intenté contenerme al sentir palpar su polla en mi interior cuando me penetró más profundamente.

Me golpeó el trasero con fuerza e incrementó la presión.

Le mordí el hombro, tratando de evitar los gritos, pero no sirvió de nada. Aullé cuando mi cuerpo empezó a convulsionar contra el suyo, y cerré los ojos mientras una oleada infinita de placer atravesaba mi cuerpo.

—Joder, Gillian... —Me embistió unas cuantas veces más, buscando su propia liberación y, cuando se corrió, me inmovilizó contra su polla.

Resbaladizos por el sudor y jadeantes, nos miramos el uno al otro sin

desenredar nuestros cuerpos.

«Esto, sin duda, acabará siendo un problema...».

Después de unos minutos, se retiró lentamente de mi interior y me ayudó a bajarme de la barandilla, dejándome en el suelo. Luego se dio la vuelta y empezó a colocarse la ropa, indicándome por lo bajo que hiciera lo mismo.

Estaba abrochándome el sujetador cuando se escuchó en lo alto una voz masculina.

—¿Hola? Mi hijo ha oído un grito —dijo alguien—. ¿Está todo bien ahí abajo? ¿Hola?

Jake me lanzó una mirada significativa.

—Va todo bien —respondí en voz alta—. Yo también he venido a comprobarlo. No ha pasado nada.

—Perfecto. ¡Gracias!

Terminé de colocarme el vestido, pero no me molesté en arreglarme el pelo, empapado en sudor.

—Tienes que darme tu número de teléfono —dijo él, sacando el móvil del bolsillo—. Y la dirección de correo que más utilices.

—Pensaba que habías dicho que no íbamos a llamarnos por teléfono en mitad de la noche.

—Y no lo haremos. Es para que me puedas decir las rutas que vas a seguir cuando las recibas. No creo que sea justo para ninguno esperar a que los dos estemos en Nueva York para follar, por lo que tendremos que quedar en las ciudades de escala cada vez que nos crucemos. Encontraremos lugares comunes, estoy seguro.

Recité con rapidez mi número y lo grabó en la agenda. Luego cogió mi móvil del bolsillo de la chaqueta y escribió el suyo.

—Este acuerdo finaliza en el momento en que alguno de los dos quiera, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—¿Tenemos que dar alguna razón?

—Cualquier razón lógica. —Dio un paso atrás y puso la mano en el pomo de la puerta—. Y de la misma forma, espero que haya quedado claro, Gillian...

—La manera en la que dijo mi nombre hizo que me mojara de nuevo—. Cuando me comprometo a algo, incluso a una cosa tan ridícula y absurda como esta, espero que la otra persona mantenga el mismo grado de compromiso.

—Ya he dicho que lo haría. ¿O es que no me has oído cuando te he dicho que

estaba de acuerdo?

—No —dijo—. Has estado de acuerdo en los términos que he puesto, pero voy a insistir en algo más serio y definitivo. Hasta que pongamos fin a esto, mi polla es la única que tienes permitido chupar, tu boca me pertenece, y si alguna vez estás excitada, mojada y necesitas correrte, tendrás que esperar hasta que pueda satisfacerte.

PUERTA B12

Londres (HTW) —> Charlotte (CLT) —> Phoenix (PHX)

JAKE

«Esto, sin duda, acabará siendo un problema...».

—Deja las manos en la cama. —Retiré el pelo de la espalda de Gillian unas horas después de habérmela tirado en el hueco de la escalera—. Deja el culo así, como me gusta.

Intenté sujetarla mientras me deslizaba en su interior, pero ella no me escuchaba. Se le resbalaron las manos, haciendo que mi polla quedara en el aire cuando cayó hacia delante, gritando y convulsionando por el orgasmo que la recorría de pies a cabeza.

Gruñí cuando me corrí justo después de ella. La cogí por las caderas para evitar que se cayera al suelo. Cuando estuve seguro de que no iba a rodar de la cama, la giré sobre su espalda sobre las sábanas y la observé mientras trataba de recuperar el aliento.

Me deshice del cuarto preservativo de la noche y lo lancé al cubo de la basura, con la esperanza de que este mano a mano sexual fuera un síntoma de la abstinencia. Que la única razón por la que le había enviado un mensaje preguntándole cuál era el número de su habitación fuera porque estaba tratando de compensar cuatro semanas sin sexo.

La observé mientras ella continuaba tendida en la cama con los ojos cerrados y le pasé los dedos por los labios voluptuosos.

Ruborizada, se sentó de repente y se cubrió con las sábanas.

—Pensaba que te habías marchado.

—Estoy a punto de hacerlo. —Me puse la camiseta por la cabeza y comprobé que tenía la llave de la habitación en el bolsillo.

Al coger el móvil del escritorio, miré la hora. Eran las cuatro de la madrugada.

«¿Hemos estado follando durante cuatro horas?».

—¿Qué rutas tienes durante el resto del mes? —le pregunté.

—No estoy segura. ¿Piensas que me las sé de memoria?

—Yo me sé las mías.

La vi fruncir el ceño, pero no discutió más. Todavía envuelta en las sábanas, se inclinó y cogió su móvil. Presionó la pantalla un par de veces y unos segundos más tarde sentí que vibraba el mío al recibir una serie de mensajes de texto.

Gillian: HNL-JFK. JFK-MIA. MIA-PHX. PHX-ATL. ATL-SFO. SFO-LGA.

Gillian: [Imagen]

Gillian: [Imagen]

Miré las fechas que correspondían a cada trayecto y me di cuenta de que coincidiríamos en Nueva York durante los cuatro últimos días del mes próximo, pero no lo mencioné. Esto era sexo puro y duro aderezado con la pizca de conversación cordial que ella requería, eso era todo.

—Nos vemos en Phoenix el día quince —expuse—. Ya te diré en qué parte del aeropuerto nos reunimos.

—Faltan cinco días.

—Lo sé. ¿Supone un problema?

—No. —La vi encogerse de hombros—. Es solo que... No me pareces el tipo de hombre capaz de estar sin mantener relaciones sexuales durante tanto tiempo. Lo cierto es que alguien con quien salí hace un tiempo me dijo que era un período muy largo para que un hombre estuviera sin sexo.

—Sin duda tienes que salir con tipos mejores. —Puse los ojos en blanco—. Sin contar lo que hemos hecho hoy, no he follado con nadie desde el día que estuve contigo en el Madison.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Vi que la sábana resbalaba poco a poco, dejando al descubierto sus endurecidos pezones.

—Por lo tanto, has estado pensando en mí todo ese tiempo, ¿no?

—Durante estas semanas he estado pensando en follarte, punto —especifiqué—. No sé y no quiero saber nada de ti, ¿recuerdas?

—Lo tomaré como un sí. —Sonrió—. No he mencionado esto antes, pero el último sábado del mes que viene no podré quedar contigo en ningún sitio.

Obligaciones familiares.

—De acuerdo. Jamás podremos quedar el tercer fin de semana de cada mes.

Razones personales.

—¿Quieres hablar sobre ello? Puedo hacer café.

Parpadeé.

«Desde luego es de las que quieren tener novio».

—¿Eso significa que quieres el café? —preguntó, levantándose de la cama sin otra cosa encima que el sudor que hacía brillar su piel después del sexo—. ¿Normal o descafeinado?

No respondí. Le lancé una última mirada y me largué antes de que la visión de su cuerpo me hiciera desearla de nuevo.

Utilicé el ascensor para ir a mi habitación, donde me di una ducha fría y me tumbé en la cama. Incapaz de dormir, revisé la bandeja de entrada de mi correo electrónico, y vi que acababa de entrar uno nuevo de Elite.

Asunto: Gala anual Elite Airways. Último aviso para confirmar su asistencia

Estimado señor Weston:

Sabemos que ha recibido varias versiones de este mensaje a lo largo del mes, pero nos vemos obligados a enviárselo de nuevo. Adjunto a él encontrará una invitación formal para la gala anual de la aerolínea. Este año, además, presentaremos una nueva imagen corporativa y celebraremos nuestra nueva hazaña. También honraremos las vidas perdidas en la única tragedia que hemos tenido, las víctimas del vuelo 1872. Tanto si puede asistir al evento como si no le resulta posible, agradeceríamos una respuesta.

Departamento de Recursos Humanos

Elite Air

Me quedé mirando la frase con respecto al vuelo 1872, conmocionado y sorprendido de que la verdad fuera a ver finalmente la luz. Pensé que tal vez, solo tal vez, sería el primer paso para no odiar a esta criminal aerolínea, y quizá la manera de poder dormir bien durante más de un par de noches al mes.

Sin hacer caso de mi buen juicio, presioné el enlace para abrir la invitación y seleccioné «Sí». Luego rodé sobre la espalda y traté de dormir a poca distancia de Gillian y de ese sexo maravilloso.

Y así lo hice durante cinco minutos, momento en el que recibí un mensaje de texto.

Gillian: ¿Cuál es el número de tu habitación?

PUERTA B13

Phoenix (PHX)

GILLIAN

Noté que me temblaban los dedos mientras enviaba a Jake un mensaje de texto indicándole que ya estaba allí, en unos cuartos de baño a medio construir en el aeropuerto de Phoenix, esperándolo. Había logrado esquivar a la señorita Connors componiendo una expresión seria cuando aterrizamos y diciéndole que me registraría más tarde en el hotel, ya que un amigo de la universidad se había puesto en contacto conmigo y había quedado con él.

No supe a ciencia cierta si la mueca que apareció en su cara era de irritación o de alivio, pero había sacado su bloc de notas y escrito en mi ficha «no cumple el protocolo» antes de marcharse sola al hotel.

Mientras oía los pasos de los pasajeros y las ruedas del equipaje al otro lado de las puertas, consideré decirle a Jake que, después de todo, no estaba hecha para esto. Había empezado a escribirle un mensaje de texto cuando él entró de repente en el baño.

—Hola... —lo saludé—. ¿Vamos ahora a tu hotel? No estás en el Marriott, ¿verdad?

Me miró confuso y dejó el equipaje de mano apoyado contra la pared antes de andar hacia mí.

—¿Quién ha dicho nada de un hotel?

—Tú... Me pareció entenderte que nos reuniríamos en cualquier ciudad donde coincidiéramos al hacer una escala, y que allí decidiríamos a dónde íbamos.

Se me quedó mirando... y caí de repente en la cuenta.

—¿Quieres que follemos aquí? ¿En serio?

—¿Por qué crees si no que te pediría que nos encontráramos en un cuarto de baño a medio construir, Gillian?

—¿Quizá para poder darme la dirección para el siguiente destino?

—Esto no es una puta misión secreta. —Me miró a los ojos—. No siempre será en el aeropuerto, pero tengo que pilotar dentro de tres horas y no puedo perder el tiempo.

—¿Eres así de insaciable?

—Sí. —Sonrió al tiempo que me deslizaba una mano por debajo de la falda del uniforme hasta tocarme las bragas—. Y por lo que parece, no soy el único.

No dije nada. Me apoyé en la puerta de un cubículo, tratando de asimilar la situación. Ya era bastante malo pasar por alto a propósito las reglas de no confraternización al acostarme con él, pero no había imaginado que las posibilidades de que nos pillaran fueran tantas.

Sin dejar de sonreír, Jake se acercó a mí, abrió la puerta de la cabina y me empujó al interior. Me alzó en el aire para ponerme en el tercer escalón de una escalera de pintor.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —preguntó.

—No estoy nerviosa. —Me estremecí—. Solo es que... pensaba que esto iba a ser más civilizado y que no había posibilidades de que nos pillaran.

—¿Gillian, cuántos años tienes? ¿Veintiséis?

—Veintinueve.

—De acuerdo, tienes veintinueve años —repitió, pareciendo más contento con esa respuesta—. Creo que puedes asimilar que se mantienen relaciones sexuales privadas en sitios públicos. —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Nunca quedaría contigo para follar en un lugar en el que pudieran atraparnos.

—Pero...

Me puso un dedo en los labios.

—El horario de construcción termina a las cinco. Son las siete. Estamos en la terminal 4, la de vuelos internacionales. El último vuelo que sale de esta terminal está embarcando ahora mismo por la puerta más alejada, y los empleados del aeropuerto no pueden acceder a las zonas en obras por miedo a las lesiones.

—Así que ya has hecho esto antes.

—No. —Me separó las piernas y me bajó las bragas hasta los tobillos—. Pero conozco bien el funcionamiento de los aeropuertos y creo que necesitas relajarte un poco antes de empezar este arreglo.

—No voy a poder relajarme...

—Te aseguro que sí. —Me quitó las bragas, guardándoselas en el bolsillo—.

Mientras tanto, vamos a hacer un trato, empezaremos de nuevo después de hoy. ¿Te parece?

Sin embargo, no esperó a que me mostrara de acuerdo con él. Me subió el vestido hasta el estómago y me abrió todavía más las piernas. Sin añadir una palabra más, me levantó la pierna izquierda para apoyarla en su hombro y hundió la cabeza entre mis muslos. Me devoró el sexo durante tanto tiempo que se me debilitaron las rodillas y tuve que taparme la boca para ahogar los gritos.

Le arañé la espalda mientras me llevaba dos veces seguidas al orgasmo con la lengua, dejando mi placer grabado en su piel.

Cuando por fin terminó, le quedaba solo una hora para embarcar, así que me ayudó a vestirme antes de alejarse de nuevo.

—Te enviaré un correo electrónico para decirte en qué parte de Charlotte nos reuniremos la semana que viene. Y para que conste en acta, el sabor de tu coño cuando te corres es increíble.

PUERTA B14

Charlotte (CLT) —> Atlanta (ATL) —> Montreal (YUL)

GILLIAN

*Asunto: **Charlotte***

*¿Cómo te va la semana hasta ahora?
Para mí ha sido muy estresante y agitada.*

Gillian

*Asunto: **RE: Charlotte***

*En este correo no hablas de follar.
Se supone que los correos son solo para hablar de polvos.*

Jake

*Asunto: **Charlotte (este es el correo correcto)***

*Reúnete conmigo en la terminal C en cuanto tome tierra.
Puerta 15.*

Jake

*Asunto: **RE: Charlotte (este es el correo correcto)***

*Independientemente de si los correos electrónicos son solo para cuestiones relacionadas con «polvos», ¿te pasaría algo si me dijeras «Hola, Gillian», o «Espero que todo vaya bien, Gillian» antes de decirme dónde nos vamos a reunir para tener sexo?
Pensaba que estabas de acuerdo en que ibas a mostrarte amable...*

Gillian

*Asunto: **RE: RE: Charlotte (este es el correo correcto)***

*También hemos acordado que no íbamos a tener conversaciones sin sentido.
Terminal C.
Puerta 15.*

Jake

Asunto: RE: RE: RE: Charlotte (este es el correo correcto)

Como no empieces a ser amable conmigo después de hoy, te puedo prometer que no vamos a reunirnos más.

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: Charlotte (este es el correo correcto)

Y yo te puedo prometer que no sabes con quién estás follando...

Jake

Asunto: Atlanta

Se suponía que tenías que reunirme conmigo en la E3 hace treinta minutos.

Jake

Asunto: RE: Atlanta

Todavía estoy esperando que me preguntes qué tal me ha ido el día o que me saludes...

Gillian

Asunto: RE: RE: Atlanta

Puedes seguir esperando.

Vé a la E3.

Ahora.

Jake

Asunto: RE: RE: RE: Atlanta

«Hola. ¿Cómo estás? Por favor, nos vemos en la E3 para poder mantener relaciones sexuales contigo porque me he vuelto adicto a ti».

¿Ves lo fácil que es?

Inténtalo J

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: Atlanta

Deja de joderme, Gillian...

Tienes treinta segundos para llegar a la E3.

Jake

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: Atlanta

¿EN SERIO, JAKE? ¿De verdad acaban de decir por los altavoces lo que acabo de oír?

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: Atlanta

Si no estás aquí dentro de diez segundos, me aseguraré de que la próxima vez digan claramente «coño de Gillian».

Ponme a prueba.

Jake

Asunto: Montreal

Hola, cómo estás.

Tim Hortons.

Llegadas.

Jake

Asunto: RE: Montreal

Que te jodan, Jake.

Gillian

Asunto: RE: RE: Montreal

Eso espero, dentro de tres horas.

Jake

Me apoyé en una silla mientras desplazaba el dedo por los mensajes más recientes; estaba segura de que no iba a poder esperar otra semana un nuevo mensaje de Jake. Por primera vez en mi vida, sentía que necesitaba sexo. En el pasado, cuando mantenía relaciones sexuales con mis novios, había sido algo bueno, tierno incluso, pero esto era diferente. Era salvaje, crudo, sin rodeos y primario, y estaba empezando a creerle cuando afirmaba que yo era tan insaciable como él.

—¿Por qué tiene esa sonrisa tan tonta, señorita Taylor? —El Halcón se sentó frente a mí en la puerta.

—Por nada. —Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Solo estaba comprobando los acontecimientos del día.

—Oh, ¿en serio? Porque se me había ocurrido que había alguna razón para

que tuviera esa expresión de idiota desde que fue al cuarto de baño hace un par de horas y salió de ahí con el vestido al revés.

«¿Qué?». Bajé la vista y, en efecto, se venían las costuras blancas del vestido, algo que no me había molestado en comprobar cuando me lo puse.

—Vaya a solucionarlo, señorita Taylor. —Me despidió con un gesto—. Ahora. No me pagan lo suficiente para esto —la oí murmurar cuando pasé junto a ella—. Cada año son más tontas...

Me metí en el cuarto de baño más cercano y me puse el vestido al derecho con rapidez. Me aseguré de que seguía peinada de forma elegante y luego, todavía flotando en una nube tras el sexo que había disfrutado, llamé a Meredith.

No respondió, pero al instante recibí un mensaje de texto de ella.

Meredith: Hola, Gill. ¡Hace semanas que no nos ponemos al día! ¿Estás bien? Estoy en medio de una reunión crucial, así que no puedo hablar. ¿Te parece que te llame esta noche?

Gillian: ¡Por supuesto! Y estoy mejor que bien J

No se me ocurrió nadie más a quien llamar en este momento, pero necesitaba desahogarme, así que inicié sesión en el blog que había abandonado hacía años y escribí una nueva entrada.

ENTRADA DEL BLOG

Oh, Nueva York, Nueva York, Nueva York...

Por fin he encontrado la cura para superar tus obstáculos: volar y...

Hasta pronto.

Gillian.

No, espera...

Taylor G.

Oí que la señorita Connors me llamaba y publiqué la entrada sin terminar. Pero cuando salía del cuarto de baño, me di cuenta de que no habían sido necesarios más de cinco segundos para que mi único seguidor hiciera un comentario, como si no hubiera pasado nada.

KayTROLL: Bienvenida de nuevo. Esto será interesante... o no. Tu manera de escribir parece

haber empeorado. Ahora, después de tantos años, ¿sigues sin poder completar frases simples?
O_o #muytriste.

PUERTA B15

Seattle (SEA) —> Minneapolis (MSP) —> Nueva York (JFK)

JAKE

Empezaba a pensar que el sexo con Gillian era el remedio ideal para disfrutar de una buena noche, la distracción perfecta para las noches de mierda que tenía de vez en cuando, en las que me daba por romper lo que me rodeaba. Y a pesar de que ella me crispaba un poco con su necesidad de hablar, con sus demandas de innecesarios «Hola» y «¿Qué tal estás?», no lograba saciarme de ella. Cada vez que follábamos era más explosiva que la anterior, y no importaba lo mucho que ella gritara y lo profundamente que me clavara las uñas en la espalda mientras se corría: siempre esperaba con ansiedad la próxima vez.

La única desventaja en nuestra disposición eran las pequeñas cosas que surgían aquí y allí, sutilezas que parecían filtrarse en mi vida para romper cada una de nuestras reglas. Cada vez que nos encontrábamos en ciertos aeropuertos, Gillian insistía en que nos detuviéramos en el interior de una librería y habláramos. Ella compraba un nuevo libro, insistiendo en mantener una breve conversación sobre lo que fuera; «¿Será bueno este libro?», «Quizá lo termine en mi próximo vuelo» o «Vi que lo leían un montón de pasajeros, pero es un poco caro». Por lo que yo no tardaba ni tres minutos en coger el libro, pagarlo y llevarla al apartado lugar en el que se suponía que debíamos estar.

Cuando terminábamos de follar (si no repetíamos tres o cuatro veces), me miraba con sus grandes ojos verdes durante varios minutos. A veces se me quedaba contemplando durante tanto tiempo que me veía obligado a ayudarla a vestirse para que no nos pillaran. En esos momentos, ella me preguntaba por mis vuelos, se interesaba por lo que me había ocurrido ese día y luego añadía: «Solo quiero hacerte preguntas, no es que me interese la respuesta». Siempre le respondía, aunque tenía la esperanza de que estuviera diciéndome la

verdad.

Sonreí al recordar la forma en la que había cabalgado sobre mi polla en el aparcamiento del aeropuerto de Charlotte hacía unos días, y terminé de leer las últimas y pomposas noticias sobre la próxima gala de Elite y la «increíble era y los ambiciosos directivos de Elite» en el móvil.

En cuanto terminé, me entró un correo electrónico de Gillian.

Asunto: Varios

Tengo que hacerte una pregunta...

Gillian

Asunto: RE: Varios

¿Es una pregunta sobre nuestros polvos? (Y detrás de esa frase no son necesarios puntos suspensivos).

Jake

Asunto: RE: RE: Varios

No, se trata de algo personal.

(Gracias, profesor Weston... <—con respecto a estos puntos suspensivos, ¿están bien usados?).

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: Varios

Entonces no es necesaria ninguna pregunta.

(Y no, los putos puntos suspensivos no están bien usados).

Nos vemos el sábado en Atlanta.

Jake

Su respuesta fue inmediata.

Asunto: Voy a hacerla de todas formas

Me he dado cuenta de que posees al menos seis relojes diferentes de Audermars Piguet.

Si a eso le sumamos que posees un ático valorado en varios millones de dólares en el centro de Manhattan, me come la curiosidad.

¿Tienes un fondo fiduciario? ¿Cómo eres capaz de permitirte esos lujos con el sueldo de un piloto?

Gillian

Asunto: RE: Voy a hacerla de todas formas

He notado que has ignorado lo que he escrito en mi correo anterior.

Ninguna de tus preguntas es sobre nuestros polvos, así que no tengo obligación de responderlas.

Jake

Gillian me envió una respuesta larga y llena de palabras malsonantes, pero alguien me tocó el hombro antes de que pudiera terminar de leerlo.

—¿Capitán? —Me volvieron a tocar el hombro con más presión—. ¿Señor?

—¿Sí? —Levanté la mirada del móvil y gemí, dándome cuenta de que en realidad no estaba en el aire en este momento. Estaba asistiendo como instructor a una jodida sesión de simulacro de aviación—. ¿Qué quieres, Ryan? Te llamas Ryan, ¿verdad?

—Sí, señor. Es que... er... necesito un consejo.

—Soy todo oídos.

—¿Debo anunciar que va a haber una turbulencia o encender la señal del cinturón de seguridad será suficiente para los pasajeros?

—¿Te has enterado de que estamos en un simulador? —Lo miré, percibiendo las gotas de sudor que le caían por la cara—. No llevamos pasaje. De hecho, ni siquiera nos encontramos en una cabina. Solo estamos tú, yo y una caja de metal.

—Entonces... —Se secó la frente—. ¿Eso es un sí o un no?

—Solo tienes que hacer volar este maldito tubo. —Eché un vistazo a la pantalla de control para asegurarme de que no estaba pifiándola, y luego me eché hacia atrás, para leer el resto del correo electrónico de Gillian.

El tubo empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás con la primera turbulencia, más moderada, y luego con otra más fuerte. Y, de repente, los temblores se hicieron más severos al tiempo que la sesión en el simulador terminaba con un sonido chirriante y un golpe sordo.

Los resultados finales destellaron en la pantalla: «No se ha completado el vuelo de prueba 2102. Desenlace fatal».

—Enhorabuena —dije—. Acabas de matar a ciento cuarenta y dos pasajeros, cuatro asistentes de vuelo, a mí y a ti mismo. Además has logrado que el avión se hunda tan profundamente en el Pacífico que la NTSB no encontrará los restos en al menos tres años.

—No. —Negó con la cabeza—. Esto es culpa suya, señor. Le he pedido ayuda.

—Me has preguntado si podías advertir sobre unas turbulencias. —Me desabroché el cinturón de seguridad y miré los controles. Me di cuenta de que Ryan había prescindido del piloto automático y se había desviado del plan de vuelo—. Lo que deberías haberme preguntado era si podías cambiar la configuración. Y yo te habría dicho que no.

Él negó con la cabeza. Parecía a punto de llorar.

—Lo había estabilizado. No sabía que el sistema haría que bajara tanto, sobre todo sin intervenir.

—¿Sin intervenir?

—¿Acaso la versión real de este avión no tiene un sistema de vuelo que estabiliza el aparato cuando desciende a menos de quince mil pies?

—Sí, claro. —Me levanté—. También hay un paracaídas escondido que aparece automáticamente y salva a todos los pasajeros en situaciones como esta. Me sorprende que no apretaras ese botón.

—Espere... Espere... —dijo él cuando yo ya estaba abriendo la puerta—. Sinceramente, señor, no sabía qué hacer.

—¿No se te ha ocurrido ponerte en contacto con la torre de control? ¿Preguntar si podías subir?

—¿Podía haberlo hecho?

—Descansa en paz, Ryan. —Abrí la escotilla y bajé las escaleras del simulador.

—¿Capitán Weston? —De repente se puso ante mí un supervisor que parecía diez años más joven que yo—. Capitán Weston, ¿se marcha?

—En cuanto se aparte de mi camino.

—Pero ¿por qué? Su pupilo acaba de hundir el avión en el océano Atlántico.

—No, lo ha hundido en el Pacífico, que es mucho más profundo.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y va a tardar mucho en llegar a ella?

—¿No cree que debería estar ahí dentro explicándole alentadoramente cómo podía haberlo evitado? ¿Dándole pistas para que no le ocurra lo mismo la próxima vez?

—Creo que el miedo a morir será suficiente.

—¿Sabe...? —El joven suspiró al tiempo que cruzaba los brazos—. Si no fuera por cierta mención de honor en su perfil, habría tenido que despedirlo hace semanas, cuando supuestamente le dijo a un grupo de pasajeros «Salid del avión de una puta vez» porque pensaba que estaban tardando demasiado en

desembarcar.

—Eso no fue «supuestamente». Subieron la grabación a YouTube.

Puso los ojos en blanco.

—Estamos invirtiendo un montón de dinero en la programación teniendo en cuenta las nuevas fusiones, y a mí, personalmente, me encantaría que todos los pilotos trataran de mostrarse agradables. ¿No es esa la razón por la que vuela, señor Weston? ¿No es eso por lo que está aquí?

—Estoy aquí porque me pagan.

—Me rindo. Me-rin-do —gimió, levantando las manos en una falsa señal de rendición—. Sin embargo, y hablando de su sueldo, antes de que se marche, necesito que firme esto. La nómina se ingresa dentro de dos semanas, y supongo que quiere seguir recibéndola. —Sacó un documento doblado del bolsillo y me tendió un bolígrafo.

Desdoblé el papel, leí con rapidez las palabras impresas y se lo devolví.

—No es el salario que he solicitado. Ni siquiera es la mitad de lo que he pedido.

—No me diga —se burló—. El sueldo para un capitán nuevo es de setenta a noventa mil dólares. El máximo es de ciento veinte a ciento cuarenta mil dólares, y solo después de llevar años en el nivel más alto.

—Me parece que es un desafortunado problema para el resto de los pilotos. Pero eso no es lo que he puesto en la solicitud. Solo ha asumido lo que dirían los de recursos humanos.

—No había necesidad de preguntar, sé exactamente lo que van a decir. —Dio un paso atrás—. Y sé que se van a reír mientras lo hacen. ¿Cuatrocientos cincuenta mil dólares al año por pilotar aviones comerciales?

—Asegúrese de recordarles cuáles son mis condiciones mínimas.

—Ya no trabaja para Signature, Weston. No pilota aviones para equipos deportivos, celebridades o pequeños líderes mundiales. Sin duda, puede entenderlo y darse cuenta de que su demanda es ridícula.

No cedí. No había trabajado por menos dinero en los últimos seis años, y me importaba una mierda la fusión, no iba a empezar ahora. Ni siquiera se me pasó por la cabeza considerar la idea.

—Y también he pedido libre el tercer fin de semana de cada mes. Me lo prometieron antes de que firmara el contrato.

—Ya, claro. ¿Se droga o qué, Weston? Estoy a punto de exigirle que haga un análisis de orina.

—Cuatrocientos cincuenta mil dólares al año. El tercer fin de semana de cada mes libre. No me drogo, solo devoro coños.

—Lo comunicaré —claudicó finalmente, dándose cuenta de que no estaba bromeando—. Y ¿cómo quiere que le comunique que se vaya a la mierda cuando me digan que se lo diga?

—No va a ocurrir eso. —Me alejé—. Créame.

—Si fuera usted, no contaría con ello.

—Y si yo fuera usted, no lo dudaría.

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Escribo este post mientras hago una escala lluviosa en Dallas, camino de París.

Mi vida es ahora una sucesión de ciudades y países que se funden en una jornada sin fin. Me quedo dormida en San Francisco y me despierto horas después en Hawái. Desayuno una taza de café en Madrid y almuerzo crêpes en París. Miro llover una tarde gris en Seattle y veo la puesta de sol radiante en Phoenix.

Y, en algún lugar intermedio de todo eso, me desplazo por cuartos de baño a medio construir, aparcamientos y habitaciones de hotel a última hora rompiendo la regla número uno de la aerolínea: ~~Mantengo relaciones sexuales~~ Follo con un piloto.

Le entrego cada parte de mí mientras graba con llamas en mi piel su manera de follar, mientras me susurra al oído palabras que hacen que mi sexo se licue mientras me posee desde atrás. Y luego lo dejo marchar.

O al menos trato de hacerlo...

Creo que empieza a gustarme, y lo digo con poco entusiasmo. No sé muy bien quién demonios es porque se trata de un hombre condenadamente controlado, y de cada dos preguntas, solo me responde una.

También desaparece el tercer fin de semana de cada mes, nunca contesta al teléfono delante de mí y, por alguna extraña razón, no puedo evitar pensar que me oculta algo.

(Echaba de menos escribir en este blog abandonado. Lo echaba de menos).

Hasta pronto...

Taylor G.

2 comentarios:

KayTROLL: *Bienvenida de nuevo. Otra vez.*

KayTROLL: *Ahora, ve en busca de algo de inspiración para contar algo diferente a tu vida sexual. A nadie le importa cómo follas (y menos si eres tan tonta como para romper las reglas).*

*Dado que soy la única persona que te lee, me merezco algo más que pornografía. #gracias
#hazlomejor.*

PUERTA B16

Atlanta (ATL) —> Denver (DEN) —> Nueva York (JFK)

GILLIAN

—Última llamada para los pasajeros del vuelo 1297 de Elite Airways con destino a San Francisco. —Una voz flotó por los altavoces del cuarto de baño de Hartsfield-Atlanta—. Por favor, diríjense a la puerta E13. Pasajeros con...

El resto de las palabras desaparecieron cuando Jake me agarró por los muslos y me movió arriba y abajo por su polla. Le clavé los dedos en la piel mientras cubría mis labios con los suyos, como había hecho ya tantas veces antes, luchando por mantener el control hasta que nuestros cuerpos colapsaran.

Cerré los ojos brevemente y me derrumbé en sus brazos, sintiendo que él me besaba los labios con suavidad mientras intentaba recuperar el aliento. No quería admitirlo, pero nos ponían mucho estas situaciones imprudentes. De hecho, éramos más que imprudentes.

Nos encontrábamos para follar cuando estábamos en la misma ciudad, cuando estábamos en el mismo hotel. Y, Dios no lo quiera, cuando coincidíamos en el mismo aeropuerto durante más de treinta minutos.

Mi cuerpo ansiaba su contacto, mi boca anhelaba su lengua y mi sexo palpitaba cada noche, necesitando su polla. Estaba volviéndome salvajemente adicta a las relaciones sexuales con él, pero tampoco quería curarme.

E incluso ahora mismo, sabiendo que no nos veríamos de nuevo hasta el domingo, cuando nos cruzaríamos en Dallas, me inundaba algo que no sentía desde hacía mucho tiempo: deseo. Anhelos genuinos.

—¿Gillian? —Me miró, todavía con los dedos clavados en mis muslos y su polla profundamente enterrada en mi interior—. ¿Puedo retirarme?

Asentí con la cabeza y se deslizó fuera poco a poco antes de dejarme en el suelo.

Me entregó la falda y le devolví la corbata. Me puse la chaqueta y noté que un nuevo reloj Audemars Piguet plata y negro adornaba su muñeca. Era el

octavo que le veía.

Sabiendo que probablemente se iría en cuestión de segundos, me acerqué al espejo para volver a aplicarme el maquillaje con rapidez y me puse la chaqueta. Saqué unas toallitas húmedas para tratar de absorber el olor a sexo y sudor de mi piel, me eché perfume y luego, al darme cuenta de que seguía mirándome, me di la vuelta para mirarlo.

—¿Sabes que un reloj de Audemars Piguet vale una media de diez mil dólares? —pregunté.

—Gillian... —Me miró con los ojos entrecerrados.

—Solo he mencionado un hecho al azar que he pensado que deberías saber. —Di un paso atrás cuando se acercó a mí—. ¿Quieres que exponga otro hecho al azar?

—¿Exponerlo iría de nuevo contra nuestras reglas? ¿Las de no hablar de nada que no sea sexo?

—De vez en cuando tienes que hablar conmigo, Jake —le recordé—. Es lo que acordamos, así que estaría bien que empezaras a responder a mis preguntas.

—No tengo ningún problema en hablar contigo. —Me apretó contra el lavabo—. Y responderé a tus preguntas siempre y cuando estén dentro de lo razonable.

—Y... —Odiaba que tenerlo tan cerca me excitara al instante, que casi me hiciera olvidarme de lo que quería decir—. Y no te morirías si trataras de ser civilizado, de hacerme una pregunta de vez en cuando. Parece que no quieres saber nada de mí.

—Te hago un montón de preguntas. —Me miró a los ojos con una ardiente y oscura intensidad—. Te pregunto si quieres que te folle encima del lavabo o contra la pared. Te pido que dejes de gritar cuando te llevo al orgasmo y te pregunto si estás bien después de que terminemos, si puedo mover la polla... Es de lo más civilizado.

Dio un paso atrás y agarró el asa de su equipaje antes de dirigirse a la puerta.

—Nos vemos en Dallas el domingo. C5.

UNA SEMANA Y MEDIA DESPUÉS...

Le di plantón en Dallas. Y se lo volví a dar en Atlanta. No respondí a sus mensajes de correo electrónico cuando me preguntó por qué no había aparecido en el lugar convenido, y ahora, mientras estaba sentada en la habitación del hotel de Denver, lamentaba no haber aprovechado para aliviar mi tensión.

Mi madre y mis hermanas volvían a la carga, llamándome cada hora con molestos recordatorios sobre esa estúpida proposición que me importaba una mierda, y la señorita Connors acababa de anotar algo en mi ficha por segunda vez. ¿Mi delito? Mi barra de labios no era lo suficientemente roja y parecía, literalmente, que alguien acababa de besarme.

Al ignorar la décima llamada de mi madre, me di cuenta de que tanto ella como Brian me habían escrito mensajes de texto.

Mi madre: Ben me llamó hace unas semanas para decirme que lo habéis dejado...

Mi madre: Gillian, tenemos que hablar al respecto. ¿No nos has comentado que su padre es una persona influyente en Wall Street? Las dos sabemos que alguien como tú tiene que casarse bien...

Brian: Hola, hermanita. Una pregunta rápida... Voy a llevar a los padres de Samantha para la petición, así que necesito que seas muy sincera: ¿el apartamento es lo suficientemente bueno para que se aloje en él la familia? No puedo permitir que el alcalde piense que no podemos disponer de algo mejor.

Brian: Ah..., y mamá me ha dicho que lo has dejado con Ben. Mal hecho, Gillian. Muy mal hecho.

Dolida e irritada, llamé a Meredith de inmediato para desahogarme con ella, pero no me respondió. Insistí dos veces más, solo para asegurarme, pero en ambas ocasiones saltó el buzón de voz.

Me desplazé por la agenda de contactos del móvil... No me apetecía compartir aquello con ninguna de mis compañeras en los vuelos, pero detuve el dedo al llegar al nombre de Jake.

Sin pensármelo dos veces, presioné la tecla de llamada. Sonó la señal una vez, otra... y antes de que recuperara el sentido y colgara, él respondió.

—Hola, Gillian. —El sonido profundo y atractivo de su voz me tomó por sorpresa—. ¿Hola? ¿Gillian?

—¿Sí?

—Creo que me has llamado. —Su tono era risueño—. ¿En qué puedo

ayudarte?

—He tenido un día de mierda y necesito hablar con alguien.

Silencio.

—No te preocupes, eres mi último recurso y, en serio, no tienes que responder ni nada —me apresuré a añadir—. Solo necesito desahogarme un poco y luego puedes colgar. ¿Sigues ahí?

—No debería.

Lo tomé como un sí.

—Bien, antes de nada... —coloqué las almohadas y me apoyé en ellas—, lamento haberte dado plantón en Dallas el otro día.

Se rio.

—Sin duda esa no es una de las cosas que necesitas decir, Gillian. —Parecía como si también estuviera en la cama—. Y me siento más inclinado a creer que lo que lamentas de verdad es no haberme enviado un mensaje que pusiera «Jódete y baila» cada dos días desde entonces.

Sonreí, conteniendo la risa.

—Tengo un vuelo dentro de seis horas —añadió—, así que date prisa y escupe todas esas palabras innecesarias para que pueda colgar y dormir.

—De acuerdo... Espera, ¿puedo preguntarte antes una cosa?

—No.

—¿Qué persona de tu familia...? —pregunté.

—Estoy seguro de que la palabra «no» solo tiene una definición.

—¿Qué miembro de tu familia, o qué persona cercana a ti, era profesor o profesora de gramática?

Permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por tu manera de hablar, por tu obsesión con la gramática tanto en los correos electrónicos como en los mensajes. Por no mencionar el hecho de que tienes una fijación con las definiciones. Quería habértelo preguntado el miércoles, pero...

—... me diste plantón —me interrumpió, pareciendo un poco irritado, aunque luego cambió de tono—. Fue mi madre.

—¿Mantenéis una buena relación?

—Gillian, dentro de diez minutos pienso colgar. Di lo que quieras decirme sobre lo mal que te ha ido el día.

—Vale... —Solté un suspiro—. Odio a mi familia. A toda mi familia. A mis

padres y hermanos. Cuando me llaman, literalmente, me pongo a temblar, y deseo haber nacido en cualquier otra familia, en una cuyos miembros tengan alma. —Escuché de fondo el suave sonido de la televisión y continué hablando—. Solo me llaman cuando quieren sentirse mejor consigo mismos, cuando quieren recordarme que podría haber orientado mi vida para hacer algo más importante. Y no me gusta que me echen a la cara los primeros años que pasé en Nueva York, tratando de lograr algo a pesar de ellos, todo para seguir siendo la misma decepción que al principio... —Me interrumpí, recordando cómo hacía algunos años había volcado todas mis esperanzas en las entradas del blog, aunque luego dejé de escribir.

—¿Has terminado ya? —preguntó Jake.

—Sí. Ahora ya puedes colgar. De hecho, me siento un poco mejor. Gracias por escucharme.

—De nada —repuso—. Sin embargo, no iba a colgar.

—¿Quieres darme algún consejo?

—Tú no necesitas consejos —afirmó—. Creo que eres consciente de que algunas familias son veneno, y no se puede hacer nada al respecto. Aunque creo que estás siendo un poco dramática y que en realidad no los odias. No creo que sepas lo que es odiar a alguien de verdad.

—¿De verdad piensas eso? ¿Quieres que profundice al respecto?

—No... —Su voz se convirtió en un exigente susurro—. Prefiero oírte profundizar sobre por qué no te has presentado para follar conmigo, de por qué piensas que voy a seguir adelante con nuestros encuentros.

—Estaba enfadada contigo... y trataba de darte una lección.

—¿Una lección de cómo cabrearme? ¿De cómo dejarme empalmado deseando un coño que nunca llegó?

—No... —Sentí que me ponía roja—. Estaba enfadada contigo.

—Entonces deberías haber venido —dijo bajito—. Te esperé durante una hora porque pensaba que estabas jugando. Esperé porque quería enterrar la cara en tu sexo y saborear a fondo tu clítoris.

Permanecí en silencio, pero me llevé los dedos al borde de mis bragas empapadas.

—No puedes decidir romper anárquicamente las reglas que hemos establecido cuando te deseo, en especial cuando eso impide que te posea.

—Cuando dices eso parece que te gusto de verdad.

—Me gusta mucho tu coño —dijo—. Sin embargo, como todavía no he

sentido tus labios alrededor de mi polla, quizá en el futuro eso me guste todavía más.

Me mordí el labio cuando noté que su respiración era más pesada en la línea, cuando noté que parecía más enfadado.

—¿No vas a decir nada por haberme jodido el fin de semana por segunda semana consecutiva? —preguntó—. ¿Al hacer que tenga que esperar otra semana completa para tenerte?

—No te dejaré plantado de nuevo...

—Eso espero —dijo él—. Porque cuando te vea me aseguraré de que ese pensamiento no vuelve a cruzar por tu mente. No me importa lo mojado que tengas el coño ni lo fuerte que grites que te deje que te corras, porque no pienso mostrar piedad alguna, y no voy a contenerme como hago normalmente.

—Jake, ya te he dicho que...

—Me importa un carajo lo que has dicho. —Hablabas muy despacio—. No me importa que vuelvas a enfadarte conmigo de nuevo. Puedes cabalgar mi polla hasta que se te pase el cabreo, y puedo enterrar la lengua en tu coño hasta que ya no seas capaz de pensar.

—Jake...

—Nos veremos en Atlanta el próximo martes, ¿verdad?

—Exacto... —El clítoris me palpitó, hinchado bajo mis dedos.

—Bien. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación.

Asentí con la cabeza como si pudiera verme.

—Ah... ¿Y Gillian?

—¿Sí?

—Esta es una llamada nocturna.

—Bien. ¿Y?

—No quiero que vuelva a ocurrir.

PUERTA B17

Nueva York (JFK)

JAKE

«No es capaz de seguir las putas reglas...».

—¿Estás ahí, Jake? —me preguntó Gillian por teléfono, semana y media después—. ¿Sigues ahí?

—Desafortunadamente.

—Entonces, ¿qué acabo de decir?

«¿Por qué sigo hablando con esta mujer?».

—Has dicho que tu hermano está actuando como un calzonazos y que su novia ni siquiera se huele que le va a hacer una proposición. —Hice una pausa—. Y luego, te has dado cuenta de que son las nueve de la noche y que llevas una hora hablando conmigo, y que tienes que dejar que vuelva a recuperar mi vida, en la que no existen llamadas nocturnas.

Se rio con esa risa contagiosa.

—Creo que te gustan mis llamadas nocturnas.

—No.

—Entonces, no me cojas el teléfono.

—Deja de llamarme cinco veces seguidas.

Volvió a reírse y luego continuó hablando como si no me hubiera oído decir que llevábamos hablando más de una hora. Gillian había decidido por décima noche consecutiva que «no más llamadas nocturnas» significaba «llámame cuando quieras», y por mucho que quisiera colgarle y decirle que no quería saber nada de su vida fuera de la cama, no podía hacerlo. Por un lado, el sonido ligero y sensual de su voz, a pesar de las divagaciones y de sus muchas preguntas, resultaba tranquilizador para mis nervios. Por otro, era la única mujer capaz de intrigarme y cabrearme a la vez, la única que podía molestarme en un momento y hacerme reír en el siguiente.

—Y eso es todo —dijo, por fin, terminando de hablar—. Gracias por haber

vuelto a escucharme.

—No es que haya tenido mucha elección.

—Podrías hacer todavía más cosas conmigo, si eso te hace sentir mejor.

—¿Más cosas? ¿Cuáles?

—Bueno, llevo unos días bombardeándote con mi drama familiar...

—Diez días —puntualicé.

—Vale, vale... —Volvió a reírse—. Llevo diez días. ¿Podrías contarme algo de tu familia?

—No tengo familia.

—Todo el mundo tiene familia, Jake. Pero ¿sabes?, te apuesto lo que quieras a que puedo rellenar algunos espacios en blanco de la tuya ahora mismo.

Puse los ojos en blanco, pero en lugar de poner fin a la llamada como debería, dejé que mi curiosidad tomara el mando.

—Demuéstramelo.

—Bien, la primera noche que nos vimos, me dijiste que eras de Misuri, pero que por desgracia estabas de vuelta en Nueva York, así que... Apuesto lo que quieras que ese «por desgracia» significa: a) Tu familia también vive en Nueva York. b) Tu familia vive en Misuri y Nueva York es el único lugar en el que no te molestarán. O c) Tratas de reparar una relación que lleva tiempo distanciada con tu familia de Nueva York, pero es más difícil de lo que esperabas. ¿Cuál de esas opciones es la correcta?

—d) Ninguna de las anteriores.

—Bueno, valía la pena intentarlo. —Había una sonrisa en su voz—. ¿Puedo probar otra vez?

—Puedes hacer lo que quieras. Estoy a punto de colgar.

—Espera... —me detuvo—. Solo una pregunta más.

—Por qué será que lo dudo...

—¿Vas a ir a la gala de Elite esta noche? Como me han cancelado el vuelo, estaba pensando ir con mi compañera de piso.

—Gillian... —suspiré—. ¿Es esta la última llamada nocturna que vamos a tener? En serio, no puedes llamarme más.

—Sí. —Parecía un poco ofendida—. No te volveré a llamar a menos que sea para hablar de sexo.

—Muchas gracias.

—Al menos podrías responder a mi pregunta, aunque...

—No sé si iré a la gala —confesé finalmente—. No lo tengo nada claro, la

verdad.

—Bueno, si no vas, ¿te gustaría que te cuente qué tal fue?

—Esa es otra pregunta. Nos vemos el lunes en Atlanta. —Colgué poniendo punto final a la llamada y me recliné hacia atrás, medio irritado medio excitado. No sabía si me gustaba o no aquella incesante desobediencia a las reglas.

No quise pensar en eso durante más tiempo, así que miré por el retrovisor. Al contrario de lo que le había dicho a Gillian, ya estaba llegando a la gala, observando cómo llegaban los asistentes protegiendo de la lluvia su ropa de diseño.

Consideré pasar de largo y actuar como si este evento no existiera, porque podía pasar sin ver el prometido homenaje a las víctimas del vuelo 1872 o ser testigo de la inauguración de un nuevo avión, pero no pude girar la llave en el contacto.

Vi cómo seguían entrando los asistentes durante una hora más mientras la lluvia golpeaba las ventanillas, y cuando un trueno rugía en la distancia, salí del coche. Avancé hacia la parte delantera de la cola y entregué mi entrada al guardia de seguridad sin disculparme ni nada.

En el interior del hangar, grandes y relucientes lámparas de araña colgaban de las tuberías expuestas del techo del lugar, de un blanco cegador. Algunas mesas vestidas con manteles color marfil rodeaban el escenario en el centro de la estancia, y varias esculturas de hielo que representaban aeronaves en miniatura se alineaban contra la pared del fondo.

A lo largo y ancho de la sala se podían ver enormes fotografías en blanco y negro en las pantallas colgantes. Las imágenes representaban diversos momentos del pasado del director de la corporación: delante de un pequeño planeador blanco, a los veintiún años, jugando con diversos motores de avión y elaborando modelos con su único hijo cuando tenía unos treinta años, o sentado en la sala de juntas cuando puso en marcha su propia línea aérea a los cincuenta años.

Para incrementar el efecto nostálgico, las pantallas mostraban también algunos de los mejores titulares de Elite, y la sangre me hirvió en las venas como si fuera la primera vez que los leía. Todavía recordaba vívidamente dónde estaba cuando apareció cada uno de ellos en los periódicos. Así era como me había sentido con mi jodida familia a lo largo de los años, como si la tinta negra de la imprenta fuera dejando migajas de pan durante todo el

camino.

Cuando apareció el titular final «Nathaniel C. Pearson, presidente de Elite Airways, acredita el impresionante éxito de los valores familiares en la creación de su línea aérea», me sentí igual que cuando tenía solo diecisiete años. Cuando finalmente me di cuenta de que el adorado líder de la aerolínea, mi padre, era un puto fraude.

La multitud se levantó y aplaudió de forma enfervorizada mientras algunos brindaban con champán. Cuando el aplauso llegó a niveles ensordecedores, mi padre se subió al escenario y sonrió a aquel rebaño de ovejas.

No di ni una palmada.

—Damas y caballeros. —Su voz profunda y áspera acalló a la gente—. Me gustaría agradecer a cada uno de ustedes su presencia aquí esta noche. Antes de revelar el diseño de nuestro nuevo avión, quiero hacerles saber lo honrado que me siento al saber que nuestra familia ha crecido hasta treinta y ocho mil empleados que enlazan más de trescientos destinos.

Más aplausos.

—Lo único que lamento es que mi primera esposa, la mujer que vertió su corazón y su alma en ayudarme a alcanzar todo esto, no pueda estar aquí para verlo esta noche. Las últimas palabras que me dijo estaban llenas de esperanza y lealtad, los dos valores que son los cimientos de esta línea aérea. Me dijo que quería que mantuviera mi sueño, que siguiera creyendo en él y que construyera la mayor línea aérea que pudiera imaginar. Ella y nuestro único hijo, Evan, me han inspirado para que siguiera adelante, innovando para la aviación. Y hace varios años, nosotros tres...

Las mentiras salían de su boca de una forma tan convincente que casi me creí que solo tenía un hijo, que en realidad yo no estaba en este lugar. Y si no hubiera sido por las retocadas fotografías de él y de Evan que colgaban alrededor de la habitación, podía haberme cuestionado si mis recuerdos eran reales o no.

Mantuve los ojos clavados en él y su traje de tres mil dólares, preguntándome cuántas veces había tenido que ensayar ese discurso para conseguir que sonara tan convincente. Si alguna vez tropezaba en los giros y mentiras repugnantes, si alguna vez se despertaba repentinamente en mitad de la noche, como yo.

Mientras hablaba de su pasado inventado, verdaderos recuerdos de él poniéndome el cinturón en el interior de un pequeño avión de carga

parpadearon ante mis ojos. No eran Evan y él los que volaban sobre ese campo ni los que arreglaban los aviones. Era yo. Solo yo. Evan siempre estaba muy lejos, en la parte trasera de la camioneta o en casa, enfrascado en un nuevo libro de matemáticas.

—Ahora, disfrutemos del evento principal —gritó mi padre ante el micrófono, señalando el otro extremo de la habitación—. Si son tan amables de dirigir su atención a la izquierda, podremos inaugurar nuestro nuevo... ¡747-Dreamliner!

Me quedé quieto y seguí mirándolo mientras todos los demás apartaban la vista.

Oí el redoble de tambores, el jadeo colectivo y luego los gritos y aplausos cuando descubrieron el avión.

—Aquellos de ustedes que estén sentados, siéntanse invitados a abandonar sus asientos y echar un vistazo de cerca —añadió en medio de más aplausos—. Me aseguraré de terminar el resto de mi discurso antes de marcharnos, no se preocupen.

Me di la vuelta y me encontré cara a cara con mi exmujer, la persona a la que odiaba solo un poco menos que a mi padre y mi hermano.

—Hola, Jake —me saludó, acercándose un poco más—. Cuánto tiempo sin verte... ¿Por qué me miras así? ¿No te acuerdas de mí?

—He tratado de olvidarte. —Miré su tarjeta identificativa—. ¿Has cogido una identificación equivocada o todavía sigues jodiendo a la gente con tus jueguecitos?

—No. —Forzó una sonrisa y bajó la voz—. Ahora soy Samantha, Jake. Samantha.

—Gilipolleces. —Su nombre real era Riley, Riley Cartwright, y su aspecto era tan parecido al que tenía cuando nos vimos por última vez que parecía que se hubiera congelado en el tiempo. Todavía llevaba el pelo rubio con un corte que favorecía sus ojos castaños; era el epítome de lo que significaba deslealtad. No importaba cuántas veces hubiera intentado racionalizar lo que había hecho, o que hubiera intentado suavizar el pasado con recuerdos del instituto; estaba seguro de que jamás podría borrar el odio que sentía.

—¿Qué tal te han tratado los años? —preguntó.

—¿Te refieres a los años anteriores a que le dijeras a todo el mundo en Misuri que abusé de ti o a los de después? ¿O quizá te refieres a cuando te pillé chupándosela a...?

—No te atrevas a terminar esa frase. —Apretó los dientes—. No te atrevas. Y abusaste de mí, Jake. Abusaste emocionalmente por la falta de atención, por tus constantes viajes y porque no me diste lo que necesitaba.

—Te cabreaste conmigo porque te pedí el divorcio y luego le dijiste a la policía que te había golpeado con un gato. Eso se llama malos tratos físicos, y era mentira.

—Correcto... —Esbozó una sonrisa falsa, como de costumbre—. Creo que ha pasado suficiente tiempo para que puedas mostrarte agradable conmigo y dejar atrás todo ese distanciamiento.

—Casi me cuesta mi carrera, Riley —esgrimí—. Eso no es distanciamiento.

—Jake...

—Que mi hermano se creyera tus mentiras... Sé cómo llegó mi padre a creerlas, pero ¿cómo convenciste a Evan? ¿Consiguió el mismo presente, cortesía de tu garganta?

—Jake, te juro por Dios...

—¿Jake? —Mi padre se unió a nosotros de repente—. Jake, ¿eres realmente tú?

—Sabes perfectamente quién coño soy.

Abrió mucho los ojos y forzó una sonrisa para un extraño con una cámara que hizo una fotografía. En cuanto el fotógrafo se alejó, me miró y se aclaró la garganta.

—Tienes buen aspecto, hijo.

—Pensaba que solo tenías un hijo. Un tal Evan que sale en todas esas imágenes.

—Sí, ya... —Una mirada de tristeza cruzó por su rostro, pero cambió de tema—. No me lo podía creer cuando los de recursos humanos me dijeron que realmente habías firmado los papeles. Me siento muy honrado y sorprendido de que hayas accedido a trabajar en mis aviones.

—No deberías. Compras o inviertes en cada línea aérea a la que me cambio. No tenía demasiada elección.

—Siempre hay una opción, Jake.

—Estoy seguro de que tu primera esposa no estaría de acuerdo.

Se movió inquieto, y su sonrisa se amplió un poco cuando los destellos de las cámaras siguieron apareciendo por toda la habitación. Traté de mirarlo directamente a los ojos, de verlo por fin como un ser humano, pero lo único que veía era un monstruo sin corazón dispuesto a sacrificar cualquier cosa

para conseguir su sueño, daba igual lo que costara.

—¿Qué ha pasado con el homenaje al vuelo 1872? —pregunté—. En los periódicos decía que por fin ibas a decir la verdad.

—Decían que iba a enfrentarme a la tragedia. No mencionaron nada sobre la verdad.

—Vamos, que sigues pagándoles para que impriman mentiras, ¿verdad?

—No, se referían a eso. —Señaló un lugar al otro extremo del hangar—. Allí está el nuevo avión, por si quieres echarle un vistazo. No obstante, sabía que solo debía mencionar ese hecho en los periódicos para que hicieras acto de presencia aquí. Tengo que hablar contigo. Lo antes posible, Jake. Lo antes posible.

Me di la vuelta para alejarme, pero me agarró por el codo.

—Has conseguido evitarnos durante todos estos años —dijo—. He comprado Signature para tratar de poner fin a ello. Incluso me he mostrado de acuerdo con tu petición de un salario más alto. Más que de acuerdo, en realidad. Doblé la cifra solo para que vieras lo en serio que me tomo lo de comenzar de nuevo. ¿Por qué no intentarlo? ¿Sabes de qué cantidad de dinero estamos hablando?

—¿Qué es un millón para un millonario?

—¿Quieres más?

—No quiero nada de ti. Pronto dejaré de volar.

—Eso no es cierto. —Me miró a los ojos—. Volar significa mucho para ti, y has firmado el contrato. Incluso si encontraras la manera de librarte de ello, solo conseguirías que comprara o invirtiera en la próxima compañía en la que trabajarás. Te quiero, Jake. Llevo muchos años echándote de menos.

—¿Ves? —sonrió Riley—. Todos, incluida yo, seguimos queriéndote, Jake.

—Que te jodan, Riley.

Ella abrió la boca como si estuviera realmente conmovida.

—Jake —suspiró mi padre—. Cuando hablé de hacer un homenaje al vuelo 1872 para que vinieras aquí, no quería que lo tomaras por el lado equivocado.

—Y cuando te dije «cuida a mi esposa mientras estoy haciendo nuevas rutas», no quería decir que te la tiraras.

Riley se puso roja, pero ensayó una sonrisa para otro fotógrafo.

—Jake, escucha. —Mi padre trató de reorientar la conversación, pero me negué a permitirlo.

—Todavía tienes que intentar pedirme perdón por eso.

—Por enésima vez... —Se detuvo, haciendo una señal a alguien en el otro extremo de la habitación—. Fue cosa de una sola vez, en términos absolutos. No significó nada, ambos estamos ahora con otras personas. Fue solo un accidente.

—¿Acaso su coño cayó sobre tu polla?

—No, pero si me dejaras explicártelo...

—No hay explicación posible. —Odiaba ver mis ojos azules en los de él, odiaba que cualquiera que se acercara lo suficiente pudiera darse cuenta—. Si estuvieras interesado en explicar a alguien dispuesto a escuchar, me gustaría que escribieras a los del diccionario Webster e hicieras una reclamación antes de que fuera demasiado tarde. Ya hay un significado para «hijo de puta», pero creo que el mundo tiene todavía una desesperada necesidad de saber que existe algo llamado «padre de mierda».

Los dos me miraron.

—¿Nada más que añadir? —pregunté.

—No conoces toda la historia, Jake. —Riley siseó por lo bajo.

—Conozco el único capítulo que necesito. La escena en la que llegué a mi casa demasiado pronto y te vi chupándosela en el cuarto de baño. A menos que estuvieras haciendo mamadas como forma de agradecimiento a todos los demás, no sé cómo podría haber interpretado mal lo que vi durante todos estos años.

—Nunca estabas allí, Jake. —Riley estaba a punto de perder el control—. Nunca estabas en casa.

—Estaba allí ese día. —Di un paso atrás.

—Jake, por favor, no te marches. —Mi padre parecía sincero, pero no pude evitar sentir que estaba poniendo en práctica otro de sus mágicos trucos mentales—. Por tu madre...

Me dirigí furioso hacia la salida, dispuesto a beber. Algo me decía que siguiera adelante, que no me molestara en mirar atrás, pero no pude evitarlo. Miré el elegante marco blanco, la luz azul del emblema y la cola color crema. Y justo cuando estaba a punto de alejarme y continuar hacia la salida, mis ojos captaron algo. Una cosa inquietante y totalmente impactante.

En el lado derecho de la cola, lo suficientemente alto para que todos pudieran verla, había una imagen difuminada de la cara de mi madre en un suave color sepia. La fecha de su nacimiento y su muerte y algunas palabras escritas debajo.

Siempre te recuerdo, Irene.

Te amo.

Nate

Descansa en paz, Sarah Irene Pearson

1949-1999

—Qué pena, ¿verdad? —susurró por lo bajo una mujer madura—. Perder a su esposa en el primer avión que construyó... Estoy segura de que todavía sigue devastado.

—Sí, estoy seguro de eso. —Me di la vuelta y examiné la habitación en busca de mi padre, captándolo en mitad de una carcajada. Lo miré con la furia corriendo por mis venas, esperando a que sus ojos se encontraran con los míos.

Posaba para algunas fotos con su nueva esposa, mucho más joven que él, y, cuando se dio la vuelta, nuestras miradas chocaron. Arqueó las cejas como si todavía le sorprendiera que siguiera allí. Entonces me guiñó un ojo.

«¿Es suficiente?», deletreó con la boca, antes de concentrar su atención en otra persona.

Apreté los puños, conteniéndome para no ir hacia él y romperle la cara.

Antes de que eso ocurriera, vi a Gillian en el otro lado de la habitación.

Se reía. Llevaba un vestido corto de color verde esmeralda que dejaba poco a la imaginación. La prenda se detenía en la mitad de los muslos y se ceñía a sus caderas, haciendo destacar sus pechos perfectos.

Empecé a andar hacia ella, pero me detuve al darme cuenta de que bailaba con alguien vestido con un traje azul marino. Alguien que le pasaba las manos por la espalda y le susurraba algo al oído.

Confuso, la observé durante varios minutos más, suponiendo que se trataba de un amigo suyo, o un baile casual con un desconocido. Pero cuando ella dejó caer la cabeza hacia atrás, riéndose, vi exactamente con quién estaba bailando y me quedé lívido.

PUERTA B18

Nueva York (JFK)

GILLIAN

—Me hace daño... —Sonreí con inquietud cuando Evan Pearson, el hijo del dueño de la aerolínea, se inclinó y me dijo algo subido de tono al oído mientras me aferraba con demasiada fuerza. Esperaba que Meredith viera pronto mi mensaje: «Por favor, sálvame de este idiota ya».

Había pensado que si me limitaba a reírme de algunas de sus bromas, se alejaría, pero mi reacción solo lo había animado más. Para empeorarlo todo, estaba borracho. Sin embargo, cada vez que se detenía un fotógrafo junto a él y le pedía una foto, se las arreglaba de alguna manera para parecer sobrio durante los tres segundos que se tardaba en disparar. Después volvía a acosarme.

—Gillian, dime que has quedado conmigo antes —exigió finalmente, soltándome y leyendo mi nombre en la etiqueta identificativa.

—No —repuse—. No habíamos quedado nunca.

—¿Estás segura? Nunca olvido una cara, y... —bajó la vista hacia mis pechos con una sonrisa— me resultas muy familiar.

—Los entrevisté a usted, a su padre y a su esposa hace mucho tiempo, cuando yo era periodista.

—¡Oh! —Se encogió de hombros—. Quizá sea por eso.

—Seguro que sí. Y hablando de eso, ¿qué tal está su esposa? —Disimuladamente, puse la muñeca fuera de su alcance—. Se llama Sharon, ¿verdad?

—Sí. —Se rio—. Me ha dejado, pero... shhhhh... No lo publiques. Todavía no se sabe.

—Mi compañera de piso está esperándome allí. —Di un paso atrás—. Tengo que...

—Espera... —Volvió a agarrarme por la muñeca, hundiéndome los dedos en

la piel con mucha más fuerza—. Cuando has dicho que eras periodista, ¿estabas tomándome el pelo?

Negué con la cabeza. Recordaba aquel encuentro demasiado bien. La entrevista había durado un día entero, y su padre y él, como era de esperar, me ofrecieron unas respuestas ensayadas sobre Elite. Después de que hubieran pospuesto la entrevista tres veces, respondieron con frases hechas que podría haber encontrado en la Wikipedia, lo que había convertido aquel artículo, en principio sencillo, en una auténtica pesadilla.

—¿Nos preguntaste cómo surgió realmente esta aerolínea tan sorprendente? —Cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y la vació de golpe—. ¿Por casualidad nos preguntaste cómo empezó todo?

—Con el debido respeto, todo el mundo conoce esa respuesta. —Aparecía ya en los libros de historia como el último cuento de la Cenicienta.

—No. —Lo vi sacudir la cabeza—. Todo el mundo piensa que lo sabe —dijo arrastrando las palabras—, pero si vienes conmigo a casa, te daré la exclusiva. Sin embargo, tendrás que tragar; estoy sano, así que nada de condones. —Cuando me miró a los ojos, me resultaron familiares, como si me recordaran a otra persona—. Cada año odio más confirmar todas las mentiras, todas estas fiestas... Es muy cansado. Me siento viejo y cansado...

Sentí bastante curiosidad con respecto a lo que él entendía por «confirmar todas las mentiras», pero unos minutos antes había afirmado que había sido él quien había inventado las máquinas de café de Starbucks, así que estaba segura de que era el licor quien hablaba y no él.

Empecé a pensar otra excusa para alejarme lo máximo posible de él, pero una rubia se interpuso entre nosotros y le cogió la mano mientras se inclinaba para hablarle al oído.

—¿Está aquí? —preguntó Evan con los ojos muy abiertos—. ¿Ha venido de verdad?

La mujer asintió.

—¿Dónde está?

La joven no respondió. Se limitó a alejarse.

Sin decir una palabra más, él se dio la vuelta y la siguió entre la multitud.

Aliviada, me dirigí hacia el otro lado del hangar; necesitaba desesperadamente un poco más de espacio. Me abrí paso entre los invitados hasta más allá de los baños. Al ver el letrero «Subasta silenciosa» encima de una puerta, entré en esa habitación, llena de cajas de cristal y paredes de

espejo.

La subastadora me dio de inmediato una hoja de licitación de color azul y sonrió. Entonces, como si supiera que yo no pensaba pujar, puso los ojos en blanco.

—No has venido a retocarte el maquillaje, ¿verdad? —susurró.

Negué con la cabeza.

—No, solo intentaba encontrar un poco de paz.

—Claro. —Frunció los labios y me quitó el papel azul de los dedos—. Puedes conseguir un poco de paz en el otro lado de la habitación durante veinte minutos, luego tienes que salir.

—Gracias. —Me alejé mientras miraba mi reflejo.

A pesar de que tenía unas pronunciadas ojeras, Meredith había hecho maravillas con mi maquillaje. En el momento en el que le dije que habían desviado mi vuelo y que había una gala esta noche, insistió en ocuparse de mi aspecto de pies a cabeza.

Aunque no había sabido lo revelador que resultaba aquel vestido verde que ella había elegido, la sombra de ojos color bronce y el brillante lápiz de labios rosa conseguían que tuviera un aspecto increíble.

Mientras buscaba en el *clutch* mi propio labial, oí el sonido de cristales rotos contra el suelo.

—¿¡Qué hace!?! ¡Señor, no puede irrumpir aquí de esta manera! —jadeó la subastadora—. Señor, tiene que salir. Ahora mismo.

Alcé la cabeza y vi reflejado en el espejo a Jake, con la cara muy roja. Nuestros ojos se encontraron en el cristal.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —gritó.

Lo miré de nuevo, vacilante. Los pocos clientes que había en la habitación se dirigieron hacia la puerta, murmurando por lo bajo su malestar.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo, Gillian? —repitió, ahora más fuerte.

—¿Perdón? —Me di la vuelta.

—No tartamudees. —Apretó los dientes y se acercó a mí—. ¿Por qué coño estabas hablando con Evan Pearson?

Sacudiendo la cabeza, la subastadora recogió los folletos y abandonó la habitación, dejándonos solos.

Sin saber por qué Jake me estaba mirando así, noté que la sangre me comenzaba a hervir en las venas ante su grosera intromisión.

—Hablaré contigo cuando te calmes —le advertí—. Cuando sepas con quién estás hablando.

—Estoy hablando contigo —siseó—. Y estoy hablándote de Evan Pearson, una persona con la que no quiero que vuelvas a hablar nunca más. —Se acercó y me apretó contra la pared—. Sin embargo, puesto que ya lo has hecho, tienes que decirme por qué cojones has estado con él, y quiero que me lo expliques en este mismo momento.

—No he estado hablando con él. Se acercó a mí cuando llegué, insistió en bailar conmigo y se puso a contarme chistes estúpidos.

—¿Esperas que me crea esa mierda? —Me miró con los ojos entrecerrados.

—Me importa muy poco lo que tú creas. —Sentí que se me calentaban las mejillas—. Y no tengo que darte ninguna explicación. ¿De verdad piensas que me puedes decir con quién puedo o no hablar?

—Cuando se trata de ciertas personas, sí.

—Bueno, no me gusta tener que decírtelo, Jake —advertí, más enfadada que nunca—, pero no te pertenezco.

—Estoy al tanto. —Me rozó la frente con la suya al tiempo que deslizaba una mano por debajo de mi vestido, entre mis muslos, para rozar mi sexo desnudo con los dedos—. Pero estoy seguro de que, durante el tiempo que dure nuestra disposición, esto es mío.

Contuve la respiración cuando apretó el pulgar directamente contra el clítoris, pero eso no me hizo retroceder.

—Nuestro acuerdo solo implica no tener sexo con otras personas, no con quién debemos hablar.

—¿Eso crees? —Apartó la mano, dejando mi sexo palpitando—. ¿Es necesario añadir una cláusula de sentido común sobre no permitir que otras personas te pongan las manos encima mientras te cuentan chistecitos verdes?

—Es el hijo del dueño de la compañía, Jake. La prensa seguía todos sus movimientos. ¿Qué querías que hiciera?

—¿¿Antes o después de intentar follarte?! —gritó—. Haber hecho lo que haces conmigo tan fácilmente, alejarte.

—Esa es tu especialidad, no la mía. —Sentí una repentina urgencia de abofetearlo—. Estaba borracho y yo he tratado de ser amable con él, de distraerlo.

—Puedes ser amable con cualquiera menos con él. A partir de este momento, no existe para ti, así que no vuelvas a cruzar una palabra con él.

—Cuando lo vea en mi camino, puedes estar seguro de que me pienso despedir. Incluso puede que le diga lo encantada que estoy de verlo de nuevo.

—Entonces, considera que nuestro arreglo queda finalizado.

—¿Porque he hablado con Evan Pearson? —Estaba a punto de perderlo—. ¿Porque lo consideras una especie de amenaza?

—Porque es mi hermano.

Lo dijo con tanta fuerza que la mujer que acababa de entrar en la galería se detuvo en seco.

—Exactamente. —Yo seguía siendo el centro de su atención—. Entonces, dime, Gillian, ¿mantenerte lo más alejada posible de mi hermano mientras estés follando conmigo va a ser un problema para ti?

—No. —Lo miré directamente a los ojos—. Porque no vas a volver a follar conmigo. No tengo por qué soportar esto. —Pasé ante él y me marché, sin importarme que la mujer que acababa de entrar fuera la señorita Connors.

PUERTA B19

Nueva York (JFK) —> Los Ángeles (LAX)

JAKE

Los intermitentes fuegos artificiales blancos de la gala iluminaban el cielo mientras aceleraba para salir del aparcamiento. Sentía que me subía la presión arterial cada minuto que pasaba, y estaba seguro de que si no llegaba a casa pronto, acabaría haciendo algo que podría lamentar más tarde.

Estaba acostumbrado a ver la cara de mi padre en las portadas de las revistas y anuncios publicitarios, de poner los ojos en blanco al leer sus palabras y mentiras, pero verlo frente a frente esta noche me había hecho darme cuenta de lo mucho que seguía despreciándolo. De cuánto rechazaba Elite y todo lo que representaba.

Encendí la radio para poder concentrarme en otra cosa, pero cuando los pensamientos sobre mi padre desaparecieron, fueron sustituidos por otros sobre Gillian. La recordé con aquel vestidito, coqueteando con Evan. Y cómo me había hecho reaccionar eso.

«Nuestro acuerdo solo implica no tener sexo con otras personas, no con quién debemos hablar».

«¡Dios...!».

Pasé del aparcacoches del Madison y no me molesté en esperar a que se acercara a mi coche. Salí del vehículo dejando las llaves en el contacto, y subí rápidamente los escalones de entrada del edificio.

—Buenas noches, señor Weston. —Jeff me abrió la puerta—. ¿Qué tal van las cosas por el aire últimamente?

—Turbulentas. —Me dirigí al ascensor, que tenía la puerta abierta, y subí al ático, apreciando todavía más no tener que volver a hacer comprobaciones de seguridad cada vez que llegaba a casa. Abrí las ventanas de la sala, dejando que el aire fresco de la noche inundara el interior. Luego fui a la cocina y puse en fila todos los vasos de chupito que tenía para llenarlos de bourbon.

Me tomé un par de ellos y activé el contestador automático.

—Bienvenido a casa. Tiene dos mensajes nuevos. ¿Le gustaría oírlos?

—Sí.

—Por favor, diga la contraseña.

Me bebí el tercer chupito.

—Uno. Ocho. Siete. Dos.

—Mensaje número uno... —Se escuchó un sonido y una voz ronca—.

¿Hola? ¿Estoy llamando a Deluxe Catering? Este es el número que...

—Siguiente.

—Mensaje número dos.

—Jake, soy yo. —La quejumbrosa voz de Riley resonó en la sala—. Jake, ya sé que estás en casa, así que coge... De acuerdo, mira. Independientemente de lo que sientas por mí, Evan o tu padre, tienes que hablar con nosotros. Es muy importante, y llevamos años tratando de utilizar todos los medios posibles para que nos prestes atención. ¿No lo ves? ¿No puedes verlo? —Parecía como si estuviera llorando de verdad—. Si todavía estás oyéndome...

—Siguiente.

—No hay más mensajes. ¿Le gustaría borrar los últimos mensajes?

—Sí.

—Hay treinta y seis mensajes archivados.

Cogí el cuarto chupito, dispuesto a bebérmelo, pero en ese momento sonó un fuerte y repentino golpe en la puerta. El tipo de golpe grosero y desconsiderado que solo podía provenir de Riley.

Con las palabras «mantente lo más alejada de mí que puedas» en la punta de la lengua, me acerqué a la puerta. Pero al abrirla, fue Gillian la que apareció ante mí.

Estaba empapada, todavía con el vestidito verde esmeralda que llevaba en la gala. Tenía la cara roja y sus pechos subían y bajaban siguiendo el ritmo de su jadeante respiración.

—¿Y bien? —Arqueeé una ceja.

—Tenemos que aclarar algunas cosas —dijo, pasando por delante de mí para entrar en el apartamento—. Vamos a hablar ahora mismo, te voy a dejar claras algunas cosas y tú me vas a escuchar.

Cerré la puerta y me bebí el chupito.

Ella se cruzó de brazos, esperando a que mirara cómo su vestido goteaba agua sobre el suelo.

—No me puedes hablar como me has hablado en la gala. No puedes volver a dirigirte a mí de esa manera otra vez. No soy tu maldito felpudo ni una cría de ojos saltones tan desesperada por tu polla a la que no le importa cómo la trates.

—Gillian...

—Todavía estoy hablando —me interrumpió, en plena ebullición—. Sigo hablando yo, Jake. No tú. Tú ya me has dicho todo lo que tenías que decirme de la forma más grosera posible, y ahora es mi turno.

Parpadeé.

—Ya sé que no me conoces, que ni siquiera quieres conocerme fuera de esta habitación, pero tienes que saber esto. Tienes que respetarme. Siempre. Me vas a respetar durante el tiempo que sigamos adelante con este arreglo, y si tienes un problema con algo, o piensas que he hecho algo que traicione nuestro acuerdo, habla conmigo como si fuera un ser humano y no una maldita posesión.

La vi pasearse mientras hablaba, con los ojos clavados en los míos.

—Yo soy la que más se está arriesgando al acostarse contigo. Si nos pillan, a mí me despiden *ipso facto*, pero como tú eres piloto, solo te ganarías un tirón de orejas y un parte. Por lo tanto, lo mínimo que puedes hacer es tratar de mostrar un poco de respeto por mí. Creo que una disculpa por la forma en la que me has tratado en la fiesta es un buen comienzo. —De repente se detuvo y soltó un suspiro—. Ha sido cruel e innecesario, Jake. Además de humillante.

Guardé silencio.

—¿Eso es todo? —pregunté cuando pensé que no tenía nada más que decir.

—Sí. Sí, creo que es todo.

—Bien —añadí—. Ahora puedes marcharte.

—¿Qué?

—¿Tengo que decirte las palabras más despacio? —La miré fijamente—. He dicho que ahora puedes marcharte. Diles a los del servicio de taxis que hay en la entrada trasera que te lleven a casa y que me lo carguen a mi cuenta, y no vuelvas. Nunca.

—No. —Se acercó a mí tanto que casi nos tocábamos—. No me marcharé hasta que me pidas perdón.

—Es que no lamento lo que he hecho.

Abrió la boca para decir algo más, pero me adelanté.

—No lo siento, Gillian —dije con perfecta claridad—. No lamento ni una

sola de las palabras que he dicho en la gala. Y repetiría cada una de ellas, y si mi reacción ha sido un poco intensa para ti...

—Si ha sido un poco intensa, entonces, ¿qué?

—Acéptala.

—¿Que la acepte?

—¿Estás sorda o solo disfrutas repitiendo cada puta palabra que digo? —Me crucé de brazos—. No tartamudees.

—Jake... —Se le cayó el tirante por el hombro, haciéndome saber que no llevaba sujetador, aunque no hizo ningún movimiento para solucionarlo—. Independientemente de que lo lamente o no, me debes pedir perdón por educación.

—Tienes la puerta detrás. Asegúrate de que la cierras cuando te canses de hablar contigo misma. —Me di la vuelta y me dirigí hacia el pasillo, de vuelta a la cocina para beber más alcohol.

Me terminé el último chupito, le envié un mensaje a Jeff asegurándome de que se ocupaba de que Gillian salía del edificio y luego me quité el traje para meterme en la ducha.

Cerré los ojos, dejando que el agua caliente me cayera sobre la cara mientras me preguntaba cuánto más licor necesitaría para olvidarme de todo lo ocurrido esta noche.

Alargué la mano en busca del jabón, pero me sorprendió el sonido de apertura y cierre de la puerta de la ducha. De repente, Gillian me agarró el brazo desde atrás y me apretó el bíceps, obligándome a darme la vuelta para enfrentarme de nuevo a ella.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? —Extendió los brazos como si estuviera a punto de empujarme el pecho, pero le sujeté las manos.

«¡Dios...!».

—¿Te gusta, Jake? —Tenía el rostro enrojecido—. ¿Te parece bien que aparezca alguien por detrás y se ponga a gritarte sin ninguna razón?

—Gillian... —Entrecerré los ojos mientras el agua caía sobre los dos.

—¿Y si lo hiciera delante de un montón de gente? —Parecía al borde de las lágrimas—. ¿Tengo que despertar a todos tus vecinos e invitarlos para recrear el mismo efecto? —Trató de zafarse de mí, pero la mantuve inmóvil, empujándola contra los azulejos con los brazos por encima de su cabeza.

—Creo que tienes que calmartte. —Le cogí con fuerza las muñecas.

—Bueno, y yo creo que tenemos que llamar a mi compañera de piso y

decirle que intente ligar contigo. Así podrás ver mi reacción, compararla con la tuya y aprender cómo se conduciría una persona madura.

—¿Tengo que tener en cuenta lo que estás haciendo ahora como rasgo de madurez?

—Considero que es necesario. —El escote del vestido se deslizó un poco más hacia abajo por el peso de la tela empapada, exponiendo la parte superior de sus pechos—. Esto es necesario para que me ofrezcas la disculpa que me merezco, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —No estaba seguro de qué era lo que tenía esta mujer, pero se colaba debajo de mi piel y me ponía a cien sin esfuerzo. Aunque si no terminaba con ella esta noche, estaba bastante seguro de que pronto me habría vuelto adicto—. ¿Seguirás hablándome hasta la muerte?

De repente se quedó callada, una cosa extraña pero impactante. Sus ojos verdes seguían clavados en los míos, y apretaba aquellos labios exuberantes hasta que formaron una línea perfecta.

—¿Te has quedado sin palabras? —pregunté—. ¿Significa eso que por fin te vas a largar?

—Significa que eres una jodida contradicción —dijo—. Significa que eres todavía más idiota de lo que imaginaba. Y, a pesar de todo ese sexo adictivo, no pienso volver a hablar contigo.

—Lo dudo mucho.

—No lo haré. —Tomó aire—. Y creo que te gusto mucho más de lo que estás dispuesto a admitir.

—Por lo tanto, no has terminado de hablar.

—Da igual lo que digas, te gusta que te llame por la noche.

—¿Por eso te ignoro con tanta frecuencia?

—Te gusta hablar conmigo porque no tienes a nadie más, sé que no tienes más amigos. —Intentó moverse de nuevo, pero no la dejé—. Creo que incluso te gusto cuando intento conocerte mejor, cuando te hago preguntas.

—No me gustan tus malditas preguntas.

—Lo único que quiero es una disculpa. —Su voz era firme—. Pero si no me la ofrezcas, solo será porque eres idiota. Como te he dicho, me da igual lo bueno que sea el sexo, te prometo que no volveré a hablarte.

—Bien, bien. —Le solté una mano y, de inmediato, dio un paso atrás—. Quítate ese vestido y te demostraré cuánto lo siento.

—¿Qué?

—Que te quites ese vestido, perdón, ese trozo de vestido, y te demostraré con mucho gusto cuánto lo siento, Gillian. ¿Es necesario que lo repita de nuevo?

Silencio.

—No puedes pensar en serio que quiero tener sexo contigo ahora...

—Creo que no sabes lo que quieres. —Me di cuenta de que sus pezones se endurecían por debajo de la seda—. Y estoy empezando a pensar que vamos a tener algunos problemas si no haces lo que te digo.

—Jake... —Sus mejillas se ruborizaron cuando deslicé el dedo por la cremallera lateral del vestido—. Jake, solo quiero que te disculpes.

—Quítate el vestido y lo haré.

Se me quedó mirando fijamente durante varios segundos, en un duelo final. No apartó la vista ni la aparté yo, y después de lo que me pareció una eternidad, se bajó la cremallera.

Cuando la prenda cayó al suelo de azulejos para formar un charco de empapada seda verde, confirmé que no llevaba absolutamente nada debajo, lo que hizo que me sintiera todavía más irritado al recordar que Evan la había manoseado. Cuando la vi inclinarse para desabrocharse las correas de las sandalias plateadas, le cogí la mano y la detuve.

La atraje hacia mí, sosteniéndola debajo del agua. Sin añadir una palabra, la hice arquearse sobre el asiento de la ducha.

Nuestros labios se unieron, enfadados y húmedos, y me mordió la lengua cada vez que trataba de explorar su boca. Luchó por el control de la situación, tratando de empujarme contra el respaldo del banco para poder estar arriba, pero finalmente la agarré por la cintura y la dominé con facilidad.

—Ponte de rodillas —le dije por lo bajo, tirándole del pelo.

Se inclinó poco a poco hacia delante, sujetándose en la madera mientras me mostraba aquel trasero perfecto y los tacones.

Le agarré las caderas y me deslicé dentro de su empapado sexo.

—Ahhh... —gimió ella cuando me hundí hasta el fondo al tiempo que le daba una palmada en el culo.

—Lo siento... —le susurré al oído—. Lo siento mucho, Gillian...

—Que te jodan —exhaló con suavidad, y le di otra palmada.

Gritó cuando la penetré una y otra vez, cuando la sostuve y la obligué a aceptar cada centímetro de mi polla.

—Te he dicho que lo siento... —Le mordí el hombro—. ¿Es suficiente para

ti?

Ella no respondió. Solo gimió, arqueándose contra mí.

La cogí por el pelo y tiré hasta que inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos clavados en los míos.

—¿Aceptas mis disculpas o no?

Deslicé la mano entre sus muslos para frotarle el clítoris, haciendo que gimiera con más fuerza.

—¿Eso es que no?

Noté que su clítoris se hinchaba bajo mis dedos, que su sexo goteaba.

—¿Se puede exigir una disculpa y luego no aceptarla?

—Sí...

—¿Estás aceptando mi disculpa sí o no?

—Oh... ¡Oh, Dios!

—Respóndeme. —Le tiré del pelo y, de repente, sentí que su sexo se cerraba alrededor de mi polla—. ¿Es que no lo siento lo suficiente, Gillian?

—Es que... —Cerró los ojos cuando su cuerpo comenzó a sacudirse contra el mío—. ¡Sí...! ¡Sí! —gritó una última vez antes de caer hacia delante.

Me corrí justo después de ella, pero la sostuve por los costados para que no se golpeará la cara contra el banco. Nuestras respiraciones eran pesadas y estaban en sintonía, así que esperé hasta que se normalizó para retirarme de su interior.

La coloqué de forma que quedó sentada y apoyada contra la pared, y luego nos quedamos quietos los dos mientras el agua caliente seguía cayendo sobre nuestra piel.

Después de varios minutos, se volvió para mirarme, buscando mis ojos con sus atractivos ojos verdes.

—Había echado de menos usar esta ducha.

Sonreí, conteniendo la risa, y me levanté. Cerré el agua antes de tenderle la mano, ayudándola a levantarse. La conduje al dormitorio.

—Ten. —Le tendí una toalla y me rodeé la cintura con otra.

Entré en el vestidor y abrí el último cajón de la cómoda, donde había guardado algunas prendas suyas que había encontrado escondidas por el apartamento. Elegí unos pantalones negros, una camiseta *oversize* de Boston U y unas bragas. Por alguna razón, me quedé el resto de artículos y cerré el cajón.

Regresé a la habitación y me senté a su lado, tendiéndole la ropa.

—Gracias —me dijo en voz baja. Parecía sorprendida—. ¿Dónde has encontrado esto?

—Donde no debía estar. —Me puse unos pantalones de chándal negros—. De nada.

Me miró mientras se vestía, y me lanzó esa extraña mirada que me dirigía a menudo cuando acabábamos de mantener relaciones sexuales.

—¿Te he hecho daño? —pregunté.

—No —repuso—. Te lo hubiera dicho en la ducha.

—Me refería a la gala. ¿Te agarré el brazo por detrás de la misma forma que lo has hecho tú aquí?

—No. —Sacudió la cabeza.

Suspiré, vacilante.

—Lo siento, de verdad.

—¿Por hablarme de aquella manera?

—Por hacerlo en público.

—Jake...

—Sí —reafirmé, cogiéndole las manos y ayudándola a levantarse—. Lamento haberte hablado de esa forma.

—Entonces, ¿no lo harás de nuevo?

—No, a menos que te vea hablando con mi hermano.

—No volveré a hablar con él... —Se mordió el labio—. ¿Fuiste adoptado? ¿Evan es tu hermanastro?

—No vamos a hablar de eso —la corté—. Déjalo ya.

—Evan no mencionó que tuviera un hermano cuando lo entrevisté hace años para el periódico. Solo estoy preguntándote.

—Gillian, si lo nuestro va a seguir... —Traté de mantener la voz controlada—. Es decir, si este asunto nuestro va a funcionar, es necesario que te olvides de ese tema y no lo vuelvas a tocar de nuevo. No tiene nada que ver con nosotros.

Esbozó una sonrisa llena de sarcasmo.

—¿Estás diciéndome que ahora estás abierto a algo más ya que disfrutas hablando conmigo? ¿Que podrías estar enamorándote de mí?

—Esto no es amor.

—Tampoco es lujuria.

—Entonces, tendremos que llamarlo solo lo nuestro, nosotros. —Puse los ojos en blanco y la llevé hasta la habitación de invitados, donde le entregué su

clutch. Encendí la luz, me acerqué y abrí la cama—. Puedes dormir aquí esta noche. Te llevaré a casa por la mañana.

—Gracias. —Se deslizó entre las sábanas con un aspecto más sexy que nunca.

—¿Cómo has venido? —pregunté.

—Me ha traído mi compañera de piso.

—Estás mintiendo. —Lo leí en sus ojos—. Repito, ¿cómo has venido hasta aquí?

—En bus.

—¿No había taxis o Ubers disponibles?

—Sí, pero algunos no hemos nacido ricos, así que tenemos que esperar a cobrar para tener dinero efectivo.

—No he nacido rico —dije, ahuecándole la almohada detrás de la cabeza—. La próxima vez que te enfades conmigo, ven en taxi. Te lo pagaré.

Pareció aturdida.

—¿Es una invitación para venir a tu casa siempre que lo necesite?

—Creo que has estado en mi casa más que suficiente. —Le deslicé las manos por debajo de los muslos y la atraje más cerca—. Pero hayamos echado un polvo o no, no es una invitación. Te aseguro que después de esta noche, no volverás a dormir aquí.

—¿Te preocupa desarrollar ciertos sentimientos por mí?

—Me preocupa que pienses que estoy desarrollando sentimientos por ti. —Le rocé los labios con un dedo—. No lo estoy haciendo, Gillian, pero a veces disfruto hablando contigo.

Dejó escapar un suave suspiro y empezó a soltar uno de esos largos monólogos, excitándose poco a poco con cada una de las palabras que salían por sus labios rosados e hinchados.

Esta vez, cuando terminó, me limité a mirarla. Luego me di cuenta de que era necesario poner fin a esta conversación ahora, antes de follarla otra vez, antes de que no pudiera dormir lo suficiente para volar mañana por la noche.

No le dije nada. Solo la miré una última vez, apagué las luces y me alejé. Entré en la cocina, guardé la botella de bourbon y me retiré a mi habitación, donde su aroma a fresa estaba empezando a desvanecerse.

Rodé sobre la cama y miré fijamente al techo mientras me preguntaba cómo demonios habíamos pasado de estar discutiendo a una conversación cordial otra vez.

Todas las demás mujeres con las que había discutido en el pasado, daba igual sobre qué, habían pasado a formar parte de la lista de mujeres con las que no hablar nunca más. Cortaba cualquier lazo de inmediato, y nuestra comunicación quedaba congelada en ese momento. Sin embargo, a pesar de haber discutido varias veces, no sentía ninguna necesidad de bloquear el número de Gillian o de reemplazarla por otra persona.

Cuando por fin cerré los ojos unas horas más tarde, me dormí con facilidad por primera vez en meses. Pero cuando me desperté, me di cuenta de que no estaba en mi dormitorio. Estaba acostado con Gillian y la rodeaba con mis brazos.

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

No quiero hacerme ilusiones, y no quiero perder de vista lo rápido que es capaz de cambiar de frío a calor; pero él me gusta de verdad. Me gusta más de lo que debería... Y da igual el tono de indiferencia que usa a veces conmigo: la forma en la que me besa ahora y la manera en que se toma su tiempo para follarme me indican que yo también le gusto.

Dicho esto, creo que este hombre acabará haciendo que me despidan... El criterio que compartíamos antes estaba perfectamente ponderado. Pero de «Encuéstrate conmigo aquí» hemos pasado a «En cuanto te veo, follamos».

Me coge la mano en público sin tener en cuenta que nos puede ver alguno de nuestros muchos compañeros de trabajo o cualquier otra persona, y cada vez que lo hace intento aparentar que solo es un juego entre nosotros, pero siempre pierdo porque al final solo me folla con más fuerza. El día que lo hizo en un almacén de comidas preparadas en el aeropuerto de Minneapolis, el St. Paul International, me puse a buscar un nuevo empleo.

Es solo cuestión de tiempo.

Hasta pronto.

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *Conseguirás que te despidan. Como antes. Pero al menos esta vez solo podrás echarte la culpa de ello a ti misma...*

ENTRADA DEL BLOG

Ahora hablamos por teléfono muchas veces por la noche, intercambiamos un sinfín de mensajes de correo electrónico cuando nos toca volar al extranjero y mensajes de texto que me hacen mojar las bragas. Y, sin embargo, a pesar de que hablamos más que nunca, de que solo de vez en cuando me dice que tenemos que hablar únicamente de sexo, nuestras conversaciones son superficiales.

Corta bruscamente las preguntas sobre su pasado o su familia, cualquier mención a «nosotros» queda rápidamente interrumpida por otros temas más seguros, y cuando no puede encontrar otra distracción, pone fin a nuestras discusiones con sexo.

Y anoche, después de que me llevara hasta la puerta de mi habitación en el hotel, cuando me dio un beso largo y profundo, hubiera jurado que le oí decir: «No eres buena para mí, pero me gustas igual...».

Al menos, creo que lo dijo...

Hasta pronto.

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *La única razón por la que no he dejado de seguir tu blog es porque compadezco tu vida. Y tus mensajes de mierda me hacen sentir diez veces mejor al estar en mi propia piel.*

PUERTA B20

Orlando (MCO) —> Hawái (HNL) —> Nueva York (JFK)

JAKE

Todavía tenía el sabor del coño de Gillian en los labios tres horas después de haber salido de Orlando, y debía ser distracción suficiente durante una semana más. También era lo que impedía que centrara toda mi mente en la reunión de pilotos que tenía esta mañana.

—Entonces... —Un hombre con un traje azul que no le sentaba bien se detuvo en el estrado de la sala de conferencias para dirigirse a mí y a los otros veinte pilotos—. Como todos ustedes saben, en Elite tenemos mejores paquetes de beneficios que en las demás compañías comerciales, además de los mejores aviones y del mejor historial de seguridad.

—¿De verdad nos han convocado para leernos el folleto publicitario de la compañía? —pregunté. La reunión se había prolongado ya durante media hora, lo que suponía demasiado tiempo—. Tengo cosas mejores que hacer en Hawái.

—Por supuesto, capitán Weston. —Puso los ojos en blanco y apagó las luces al tiempo que hacía bajar una pantalla por la pared—. He convocado la reunión para recordarles la política de no confraternización de la compañía.

De repente, una imagen granulada apareció en la pantalla. Se trataba de un piloto uniformado que llevaba de la mano a una asistente de vuelo por una zona en la que había un letrero anunciando que se trataba de una zona en construcción.

—Normalmente los aeropuertos no suelen instalar cámaras de seguridad en las zonas en construcción porque..., bueno, ¿cuál sería su propósito de grabar fuera de los límites? Sin embargo, un pasajero captó esto hace algunas semanas y lo publicó en las redes sociales con la leyenda: «Apuesto lo que sea a que este piloto está a punto de hacer aterrizar su polla en una buena pista de aterrizaje».

Los demás pilotos soltaron algunas risitas.

—También encontramos este vídeo. —Presionó un mando a distancia y apareció una imagen mucho más nítida. Un piloto de uniforme besando a una mujer contra una pared en un almacén de comida vacío en el Seattle International—. Bien —añadió—, esto es solo una formalidad, ya que estamos dirigiéndonos a los pilotos de Elite que han cubierto rutas en estos aeropuertos en particular en las fechas en las que se captaron estas imágenes. Huelga decir que, a pesar de que lo que ocurre en sus habitaciones es asunto suyo, la idea de que dos empleados rompan descaradamente la regla de no confraternización cuando mantenemos una política publicitaria tan abierta de nuestras normas ante nuestros clientes es un poco... —se acarició la barbilla— un poco vergonzosa. No, no es esa palabra... ¿Impactante? ¿Sorprendente? ¿Escandalosa?

Por fin, el vídeo llegó a su fin y el hombre encendió las luces.

—Si saben de quién se trata, les sugiero que nos lo digan. Y si es alguno de ustedes, recomiendo que nos lo digan de inmediato para que podamos despedir *ipso facto* a la asistente de vuelo. Les recuerdo que han firmado la política de vuelos y que pueden ser sometidos a una acción disciplinaria. Sin embargo, conservarán su trabajo siempre y cuando cooperen.

Continuó hablando mientras movía unos papeles, pero yo mantuve los ojos clavados en la pantalla, a su espalda. El vídeo estaba reproduciéndose en bucle, pero dado que ni Gillian ni yo mirábamos hacia arriba o hacia los lados, no había forma de saber que éramos nosotros. Solo eran dos empleados que trabajaban para la misma compañía aérea, dos personas que se besaban de tal forma que parecía que les importaba muy poco si los atrapaban o no.

—¿Está escuchándome, capitán Weston? —El tono de su voz me arrancó de mis pensamientos—. ¿Capitán Weston?

—¿Qué?

—Le he dicho que puede salir del aeropuerto tan pronto como vuelva a firmar de nuevo la política de no confraternización. —Señaló la estancia vacía—. Es el único que sigue aquí sentado.

Bajé la mirada al papel, percibiendo que la línea roja había cambiado: «Yo, Jake Weston, no tengo y nunca tendré una relación con ningún empleado de Elite Airways, de cualquier departamento o subcontrata de Elite Air. Además, estoy de acuerdo con la política de no confraternización original que se enumera a continuación...».

Cogí un bolígrafo, firmé y entregué el papel. Me levanté para dirigirme a la puerta, pero me llamó de nuevo.

—¿Sí? —Lo miré por encima del hombro.

—Mmm... Se ha dejado algo en la silla. —Señalaba una prenda arrugada de ropa interior de encaje negro.

—Gracias. —La recogí y me la metí en el bolsillo, sin permitir que me hiciera la pregunta que sin duda estaba tentado a hacer. Salí de la estancia y atravesé la terminal del Honolulu International, aunque no tenía prisa; pasaría los próximos cuatro días descansando en la isla.

Años atrás, disfrutaba de la idea de pasar incontables horas en las playas, follándome a tantas mujeres como me era posible, pero por alguna razón, esa idea no me resultaba atractiva en este momento.

Saqué el móvil del bolsillo y miré el plan de vuelos de Gillian. Actualmente estaba operando un vuelo nocturno desde Orlando a Seattle. Luego iría a Los Ángeles, donde tenía tres días de escala.

Hice algunos cálculos mentales: Los Ángeles estaba a solo cinco horas de vuelo desde Hawái, con una diferencia horaria de tres horas. Seattle estaba a seis horas de Orlando, por lo que aterrizaría allí dentro de dos horas y subiría a un vuelo corto a Los Ángeles...

«¿Qué coño estoy haciendo?», me dije de repente, interrumpiendo aquel pensamiento.

Sacudí la cabeza y me dirigí hacia la parada de taxis, dispuesto a subirme al primero que estuviera disponible. Tenía que llegar al hotel lo antes posible, antes de que aquel imprudente pensamiento cobrara vida propia.

PUERTA B21

Orlando (MCO) —> Seattle (SEA) —> Los Ángeles (LAX)

GILLIAN

Hice una mueca mientras preparaba otra jarra de café para los pasajeros de primera clase. Sentía una gran debilidad en los músculos de los brazos después de haberme sostenido en el marco de la puerta del armario mientras Jake, arrodillado en el suelo, me devoraba el coño con fruición.

Todavía esperaba que llegara el momento en el que el sexo no sería tan espectacular, cuando solo fuera «bueno» o quizá mediocre, pero sin embargo cada vez resultaba más intenso.

Tras asegurarme de que el café estaba suficientemente caliente, lo dejé en el carrito, preparada para dar inicio al servicio de desayuno. Abrí el compartimento en el que guardábamos los manteles individuales, pero la señorita Connors se interpuso delante de mí y lo cerré de golpe.

—¿Qué tal se encuentra en este hermoso día, señorita Taylor? —me preguntó, sonriente.

—Bien. ¿Qué tal está usted?

—Increíble. —Su sonrisa no se alteró—. No la he visto con el resto de la tripulación esta mañana, en el traslado al aeropuerto, así que he supuesto que había solicitado un cambio. Imagine mi sorpresa cuando he llegado esta mañana y la he visto esperando pacientemente junto a la puerta de embarque.

—Sí, ya sabe... —No sabía a dónde quería llegar con esto—. Llegar antes es llegar a tiempo, y mis llegadas deben ser perfectas. He cogido el autobús anterior.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera—. ¿Sabe?, eso es muy interesante, porque no había ningún bus anterior. Incluso si lo hubiera habido, la habría visto, porque estaba en el vestíbulo tomando un café y leyendo un libro a las cinco de la mañana. Tendría que haberla visto cuando ha bajado.

No dije nada.

—Por otra parte —añadió ella, mirándome con los ojos entrecerrados—, confieso que he ido a su habitación a las siete, para asegurarme de que llegaba a tiempo, así que imagine lo sorprendida que me he quedado cuando una de las camareras de planta del hotel me ha informado de que ayer no se había instalado siquiera en la habitación.

Sentí que se me ponía roja la cara, pero no dije una palabra.

—Luego, he empezado a pensar para mis adentros. «Bueno, la señorita Taylor a veces es muy incompetente, pero no es posible que arriesgue su carrera por retozar con un piloto». —Sacudió la cabeza—. «No es posible que fuera cierto que la recepcionista había visto a la chica que tengo en la cabeza cómo entregaba la llave en recepción poco después de registrarnos y que era recogida por un piloto “guapísimo”». No es posible, ¿verdad, señorita Taylor?

Tragué saliva, incapaz de sostener su mirada un segundo más.

—Ponga fin a eso. —Me estudió con los ojos entrecerrados—. Hoy mismo. No me importa qué alocada lujuria se haya apoderado de ustedes, pero como continúe con ello, me encargaré de que la despidan.

—Señorita Connors, yo...

La vi levantar la mano.

—Esperaba más de usted. Puede aspirar a mucho más que a un maldito piloto. —Puso los ojos en blanco y se alejó sin decir nada más, dejándome completamente avergonzada.

Unos segundos después de registrarme en el hotel de Los Ángeles, me alejé todo lo posible de la señorita Connors y me encerré en mi habitación. Conecté mi portátil a la red eléctrica antes de sentarme ante el escritorio, obligándome a olvidarme temporalmente de sus amenazas.

Busqué en Google «asistentes de vuelo despedidas por romper la política de no confraternización», y aparecieron varias páginas de resultados. Clicqué en cada uno de los enlaces, y mi corazón se contrajo cada vez más. De los veinte que leí, dieciocho de los incidentes eran de Elite Airways, pero algunos tenían ya varios años. Los más actuales contenían frases políticamente correctas, variaciones todas ellas de «Por eso tenemos el récord de seguridad. Nuestros empleados son profesionales. Ninguna otra línea aérea en el mundo tiene una política como la nuestra, pero los resultados están a la vista».

«Joder...».

Cerré todas las ventanas del navegador y me recosté en la silla. Iba a tener que encontrar la forma de poner fin a esto; no valía la pena perder el trabajo por sexo, no importaba lo increíble que fuera.

Me levanté con un suspiro y me di una larga ducha, pensando en los últimos meses y contando todos los encuentros que habíamos tenido. No importaba lo mucho que deseara creer que esto podía convertirse en algo más: lo único que mejoraba entre nosotros era el sexo. Las conversaciones seguían en sus términos, y si se desequilibraban eran porque yo contaba algo de mí y él ocultaba lo suyo. Cuanto más tiempo continuara negando el hecho de que quería algo más en realidad, más tiempo continuaría alargando esta relación que no llevaba a ningún lado y que podía acabar haciéndome daño.

Salí de la ducha y de inmediato busqué el nombre de Jake en el teléfono. Le escribí un mensaje y pulsé enviar, sin darme la oportunidad de cambiar de opinión.

Gillian: Tenemos que terminar lo nuestro. Ahora mismo. Lo siento...

Él no respondió.

Me pasé una hora mirando fijamente la pantalla hasta que me di cuenta de que no iba a hacerlo. Pensé que su silencio era una manera fácil de aceptar las cosas, así que encendí el portátil una vez más y escribí algunas fichas nuevas.

Dado que había logrado dejar pasar varias semanas sin ceder a la curiosidad que me provocaba la familia de Jake y que prácticamente habíamos terminado, tenía que saber lo que quería decir con que Evan era su hermano. Lo había dicho de una forma que indicaba que odiaba admitir tal hecho.

Escribí «Evan Pearson» en una pestaña y «Elite Airways presidente Nathaniel Pearson» en otra.

Hice clic en la mejor imagen de Nathaniel y la amplié. Arqueeé una ceja al darme cuenta del increíble parecido que había entre él y su hijo, Evan. Luego busqué una foto de Jake.

A primera vista no había muchos rasgos en común; los de Nathaniel eran más suaves, y, en sus años de juventud, tenía el pelo castaño oscuro y llevaba bigote. Pero poseía unos ojos azules brillantes e impactantes, exactamente iguales a los de Jake.

«Por lo que no es posible que sea adoptado...».

Estuve estudiando las fotos de los dos durante al menos cinco minutos, preguntándome cómo demonios no había salido a la luz esto durante tanto tiempo, cómo era posible que ningún periodista oportunista hubiera filtrado a la prensa la historia sobre «un hijo secreto». Sin duda habría alcanzado un precio elevado.

Me hice una taza del café barato del hotel antes de ponerme a leer la breve biografía del padre de Jake en la página web de la compañía. Todo lo que ponía allí era justo lo que recordaba haber escrito años antes, una historia digna del sueño americano.

«A los seis años, Nathaniel Pearson era una muchachito que solo soñaba con ser piloto. Creció en la pobreza, y sus padres no eran capaces de pagar las clases en la escuela de aviación local, por lo que en su lugar se centró en aprender a construir aviones. Después de abandonar el instituto con catorce años, tuvo dos trabajos para ayudar a mantener a su familia y, por fin, se alistó en la aviación, donde se convirtió en uno de los pilotos más laureados del país.

Tras décadas de servicio activo, fundó Elite Airways. El vuelo inaugural se realizó en un avión que él mismo ayudó a diseñar. Sin embargo, ese vuelo terminó en una tragedia en la que murió su propia esposa, Sarah Irene, y resultó herido su único hijo, Evan.

Aunque Evan se recuperó por completo, Sarah sucumbió a las heridas, lo que hizo que Nathaniel sufriera años de depresión. Presa de su angustia, Nathaniel se comprometió a que su aerolínea fuera la más segura del mundo, y Elite no ha sufrido accidentes fatales desde entonces.

Esperamos que ese registro continúe...».

Luego entré en el perfil de Evan, pero su biografía era mucho más corta y daba menos datos. Solo era una vaga repetición de sus años en la universidad y su amor por volar. La foto era una imagen antigua con el uniforme azul de piloto.

Frustrada, me recliné en la silla y puse en marcha un vídeo de YouTube en el que era entrevistado, hacía algunos años. Mientras respondía a las preguntas, empecé a pensar que quizá los lazos que había tenido Jake se habían perdido con los años, o quizá fuera producto de una infidelidad que la familia quería mantener oculta. Leí algunos artículos más y me incliné para detener la entrevista cuando Evan dijo algo que me cogió por sorpresa.

—Sí —afirmaba—, solo pasé un par de años en la academia de vuelo. Me gradué con honores. Aún tengo el uniforme. —A continuación, apareció en la pantalla una imagen borrosa en la que vestía el uniforme de color gris de la

academia.

Detuve el vídeo y rebobiné para volver a reproducir esa parte otra vez, estudiando que el entrevistador le hacía la pregunta con naturalidad.

Busqué en mi correo electrónico las notas que había escrito años atrás, buscando una cita que no llegué a incluir en el artículo, pero que sí había encontrado: «Fui a la academia de vuelo, pero me esforcé para conseguirlo. Aunque no terminé con honores, la experiencia valió la pena. Todavía conservo el uniforme».

Poseída por mi viejo hábito de investigación, rebobiné el clip de YouTube para estudiar a fondo la fotografía en la academia, haciendo zoom en los tenues números grises que aparecían grabados en un lateral de la foto, que suponían su identificación como estudiante. Luego busqué el número de teléfono de la academia de vuelo, marcando la extensión correspondiente.

—Departamento de admisión—respondió una voz masculina después de dos timbrazos—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy... —me aclaré la garganta— estoy haciendo una investigación para *The Times*. Estamos buscando un perfil de una persona que se graduó en la academia.

—¡Oh, genial! —Parecía realmente encantado—. Nos encanta ayudar. ¿Qué necesita?

—Estoy comprobando los hechos, quiero estar segura de que se trata de la misma persona.

—Estoy entrando en la base de datos. —Se oía de fondo el sonido de las teclas—. Nunca se comprueban las cosas lo suficiente, ¿eh? Un segundo... —Más tecleos—. De acuerdo con nuestra política, solo puedo confirmar o negar el nombre asociado a un número de identificación dado. ¿Lo tiene?

—Sí. Cinco, cuatro, nueve, siete... —Forcé la vista en la foto—. Uno, cero, cero, nueve.

—Hecho. ¿Qué necesita saber?

—¿Este estudiante se graduó con honores?

—Las más altas distinciones. Ganó todos los premios posibles. —Se rio—. Parece que incluso se hizo uno para él el último curso.

—¿Puede confirmarme el nombre?

—Solo después de que me lo diga usted.

—Esto... Mmm... Pearson. Evan Pearson.

—No, señorita. Ese no es el nombre que consta en nuestros registros. Quizá

me haya dicho algún núme...

—No, lo siento —lo interrumpí—. He mirado mal el nombre. Weston. Jake Weston.

—Exacto. Jake C. Weston. —Se detuvo—. ¿Se mostró de acuerdo en que lo investigara?

—Me costó mucho convencerlo. —Iba a colgar ya, pero se me ocurrió una última cosa—. ¿Por casualidad tendrá una copia digital del anuario?

—Le puedo enviar un código de acceso que caducará dentro de una hora. Sin embargo, no tiene permiso para usar las imágenes para su artículo.

—No lo haré. —Recité la dirección de correo electrónico, le di las gracias y puse fin a la llamada. Esperé a recibir el enlace en mi bandeja de entrada. Cuando lo hice, diez minutos después, pinché en la dirección y estudié página tras página del anuario, deteniéndome al llegar a la W.

Allí, en la parte superior, estaba el rostro juvenil de Jake, sonriendo con orgullo. Comparé la imagen con la que aparecía de Evan en la entrevista, y comprendí que alguien había retocado la foto de Jake, cambiando la cara.

Busqué más fotografías de Evan en la prensa, imágenes en las que aparecía jugando en el césped de la academia o de pie ante algunos aviones pequeños. Y según seguía desplazándome por las páginas de los anuarios de la academia, me di cuenta de que cada una de esas instantáneas había sido también retocada.

«¿Qué es esto...?».

Busqué «Sarah Irene Pearson»; aparecieron fotos de una joven muy guapa, que sonreía con Nathaniel, y también de su funeral. No había ninguna biografía de ella, solo enlaces que conducían al vuelo 1872 e imágenes de Nathaniel llorando, con Evan a su lado, el día que la enterraron.

Jake no aparecía en ninguna de las fotografías o archivos. Ni siquiera lo mencionaban brevemente en el obituario público. Era como si hubieran borrado su existencia.

Cerré el portátil de inmediato, decidiendo que tenía que olvidarme de ese tema para siempre. No tenía necesidad de investigar más, no quería saber más.

Me recosté en la cama, intentando dejar de preguntarme por qué alguien le haría eso a Jake, y por qué él permitía que aquella farsa continuara durante tantos años. Rodé sobre la cama para configurar una alarma en el móvil, pero sonó un golpe en la puerta.

Confusa, me levanté para abrirla, y me encontré cara a cara con Jake.

—Pero ¿qué...? —Di un paso atrás—. ¿No estabas en Hawái?

—¿Qué cojones significa este mensaje de texto? —preguntó, sosteniendo su teléfono ante mi cara.

Parpadeé, todavía incapaz de procesar que lo tenía delante de mí en este momento. Estaba lívido. Vestía una camiseta gris que ceñía sus músculos de todas las formas posibles y unos vaqueros del mismo azul que los brillantes que lucía su último reloj.

—¿Gillian? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué cojones significa este mensaje?

El sonido de las puertas del ascensor resonó en el pasillo y tiré de él hacia el interior del dormitorio.

—Es mi forma de intentar terminar lo nuestro.

—¿No me merezco al menos una despedida en persona? —Me puso los dedos en la barbilla para alzármela, de forma que mis ojos se encontraron con los suyos—. Podrías haber esperado y habérmelo dicho en Nueva York la semana que viene.

—¿Antes o después de follar?

—Hubiera preferido que después. —Sonrió—. ¿Es una broma?

—No. —Negué moviendo la cabeza—. Lo cierto es que quería decirte adiós y poner punto final a todo esto, por mí.

—De acuerdo —dijo—. Dame una razón.

—Te acabo de dar una.

—Querer decir adiós no es una razón.

—De acuerdo. —Tragué saliva cuando me pasó el dedo por la clavícula—. Va contra las reglas.

—Ya sabías que iba contra las reglas cuando empezamos. Inténtalo de nuevo.

—Mi supervisora me ha pillado y ha amenazado con hacer que me despidan. No estoy dispuesta a echar por tierra mi carrera por acostarme contigo.

—No va a despedirte. —Parecía divertido—. Si lo fuera a hacer, habría actuado después de la gala, después de que te oyera decir que no ibas a volver a follar conmigo. —Movié la mano hasta mi cintura—. Pero ahora que lo has mencionado, tenemos que ser más cuidadosos. Han convocado una reunión de pilotos porque han subido a las redes sociales un video en el que aparecemos nosotros dos besándonos.

Abrí los ojos como platos.

—¿Es que no te estás escuchando, Jake? ¿Necesitas más razones para poner

fin a esto?

—Sí, estoy esperando a que me des una aceptable. ¿Has terminado ya?

Permanecí en silencio durante unos segundos.

—Ya no me siento atraída por ti.

—Por favor, una razón que no insulte mi inteligencia. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Dime la verdad.

—Me gustas.

Parpadeó.

—Y creo que yo no te gusto a ti y que nunca sentirás lo mismo que yo, así que teniendo en cuenta las amenazas de mi supervisora, prefiero cortar ya por lo sano. —Di un paso atrás—. De esta manera, ya no sentiré la tentación de decir palabras como «nosotros», «más» o...

—«Relaciones» —Fue él quien terminó la frase mientras me agarraba de la muñeca, tirando de mí hacia él—. Lo recuerdo.

—Por lo tanto —añadí, mirándolo a los ojos—, creo que esto es el final. — Esperaba que se fuera, pero no lo hizo. Se quedó mirándome, con los ojos clavados en mí.

—¿Estás segura de que no estás confundiendo enamoramiento con sexo porque te gusto? —Me rodeó la cintura con un brazo, rozándome las caderas con los dedos—. Porque eso sí podría ser un problema.

—No se trata de eso. —Mi voz era un susurro—. Creo que, independientemente de lo que acordamos, terminará influyendo en mis sentimientos en el futuro.

—No eres adivina, Gillian —esgrimió—. No tienes ni idea de lo que va a pasar, y ya tendrías que saber que me gustas, creo que se trata de una obcecación temporal. —Chascó la lengua antes de que pudiera añadir algo—. Una obcecación temporal mutua.

Sin añadir nada más, me estrechó la mano y me llevó hasta la cama. Comenzó a pasarme la otra mano por el pelo, como si fuera a besarme, pero negué con la cabeza.

—Yo no tengo una obcecación temporal contigo, Jake —dije—. Me gustas. Y me gusta follar contigo, y no quiero que intentes convencerme de que no es así. Pero por muy bueno que sea el sexo contigo, no pienso arriesgar mi trabajo por ello, ni permitir que alguien que no siente nada por mí lastime mis sentimientos. Por lo tanto, creo que debes marcharte. Ahora mismo.

Él no dijo nada, pero en su rostro apareció una mirada confusa. No apartó la

vista.

—¿Por qué estás aquí? —Liberé mi mano—. ¿No tenías que estar en Hawái?

—Quería verte. —Negó con la cabeza—. Pero ahora que has decidido unilateralmente una vez más que puedes hacer que incluso las conversaciones más insustanciales tengan incluso menos sentido, he recuperado la razón. Nos vemos el viernes en Nueva York. E4. —Se dirigió hacia la puerta.

—¿Es que no has escuchado lo que te he dicho? —me burlé—. No vamos a vernos más. No pienso estar allí.

—¡Dios, Gillian! —gimió, sin detenerse—. He recibido el puto mensaje. ¿Puedo abandonar ya la habitación o vas a decir algo más?

—Algún día te arrepentirás de esto... —murmuré por lo bajo. Él se limitó a darse la vuelta.

—Lo único que lamento es no haber tenido la oportunidad de ver esa boca tuya tan aguda haciendo algo más que escupir palabras.

Lo miré boquiabierto.

—Sí. —Me miró de arriba abajo antes de abrir la puerta—. Sí, lo he dicho de verdad.

Me quedé con los ojos clavados en la madera durante unos segundos después de que se cerrara.

Molesta por no haber dicho la última palabra, corrí a abrir para lanzarle una última pulla mientras se alejaba, pero cuando abrí la puerta, no estaba dirigiéndose hacia los ascensores, sino que estaba delante de mí.

Sus labios se apoderaron al instante de los míos y me cogió en brazos, obligándome a rodearle la cintura con las piernas. La puerta se cerró a nuestra espalda mientras luchábamos por ser el que tuviera el control.

—Hablas demasiado, Gillian... —gruñó contra mi boca—. Demasiado. —Apartó los labios y me arrojó sobre la cama.

Se me cayó la toalla, dejándome desnuda, mientras él se quitaba la camiseta por la cabeza, revelando esos abdominales que me hacían mordisquearme el labio cada vez que los veía.

Todavía mirándome, empezó a desabrocharse los pantalones, pero cuando se acercó al borde de la cama, le cogí la muñeca.

—Déjame a mí —pedí en un tono más exigente de lo normal.

Él arqueó una ceja ante mi voz, pero apartó la mano.

Le quité el cinturón y lo dejé caer al suelo y le bajé la cremallera. Empujé la tela a un lado, liberando su dura erección, y, sin dudar ni un segundo, incliné la

cabeza y me la metí en la boca.

Él gimió al tiempo que apresaba mi pelo con el puño mientras yo introducía su polla poco a poco entre los labios, hasta el fondo de la garganta. Moví la boca de arriba abajo por la longitud, pasando la lengua por la punta cada vez que la sacaba por completo.

—Joder, Gillian... —Me miraba con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos.

Saboreando el control que tenía sobre él, sujeté su miembro por la base y empecé a jugar con él, recreándome en la forma en la que tensaba los músculos.

Continué moviendo la boca por su polla, cubriendo de saliva cada centímetro. Enredó los dedos en mi pelo para intentar controlar el ritmo con suavidad.

Dijo mi nombre una vez más, con la voz áspera y gutural, y yo le deslicé la mano libre entre las piernas mientras él cerraba los ojos. Después de apretarle los testículos con los dedos y de masajearlos otro poco, le arranqué otro gemido.

Empecé a introducirlo de nuevo profundamente en mi boca, pero de repente se retiró, dejando de deslizar la polla entre mis labios.

—Estoy a punto de correrme... —confesó, con una mirada ardiente y oscura —, por lo tanto, si no quieres...

No lo dejé terminar. Volví a rodear su miembro con los labios, permitiendo que me sujetara el pelo, y dejé que me guiara adelante y atrás.

Susurró una maldición cuando creció el espesor contra mis mejillas. Se le tensaron los músculos de las piernas una última vez justo antes de derramarse contra el fondo de mi garganta. Me agarré a sus muslos mientras seguía corriéndose, tragando hasta la última gota.

Cuando estuve segura de que eso era todo, lo miré y vi que también me miraba. Abrí la boca para decir algo, pero presionó un dedo contra mis labios antes de que pronunciara una sola palabra.

—Ahora no —dijo. Me atrajo hacia arriba, sobre la cama, y me encerró entre sus brazos mientras me besaba en los labios. Me recorrió la espalda desnuda con las manos—. Si me gustaras... —susurró.

—Creo que te gusto.

—Cállate, Gillian. —Me mordió—. Incluso si me gustaras, que no me gustas, vas a tener que darme una razón mucho mejor que esa para que deje de

follarte... —Me pasó los dedos por el pelo mientras sentía que su polla se endurecía contra mi muslo—. Puedo lidiar con una regla rota —dijo, incorporándose y llevándose consigo—, siempre y cuando me asegures que será la única que rompemos. —Me agarró por las caderas, sin esperar respuesta, y me folló con más intensidad que nunca durante el resto de la noche.

PUERTA B22

Los Ángeles (LAX)

GILLIAN

—Es un CR-9 —dije, horas después—. Ese es fácil.

—Casi. —Jake me acercó todavía más—. Es un MD-88.

—Cuatro de cinco no está mal.

—Solo has acertado cuatro de veinte, Gillian. —Sonrió—. Es terrible.

Eran las cuatro de la madrugada y estábamos sentados en la terraza de un aeropuerto privado de vuelos chárter que había en la ciudad. Ante su insistencia, después de mostrarnos los dos de acuerdo en que estábamos inquietos después de tres rondas de sexo, dijo que tenía una idea y llamó una limusina de lujo para ir allí.

Me había encerrado la cara entre las manos y me había besado durante todo el trayecto, haciendo que notara mariposas en el estómago y obligando al conductor a cerrar la ventanilla de separación.

—Si esto hubiera pasado hace un par de años... —me puse de lado y lo miré a los ojos—, habría acertado todo.

—¿Por qué hace un par de años sí?

—Porque acostumbraba a escribir sobre aviones y aerolíneas para el periódico. No siempre, pero sí un par de veces al mes.

Se quedó callado sin dejar de pasarme los dedos por el pelo.

—¿Por qué lo dejaste?

—No lo dejé. Me despidieron.

Pareció sorprendido.

—¿Por difamación?

—Por contar la verdad.

—Mmmm... —Me pasó un dedo por los labios—. ¿Tuvo algo que ver con Elite o con el que nunca debe ser mencionado?

—No —repuse—. Se trató de algo personal. Alguien que me hizo daño, por lo que yo hice lo mismo.

—Qué maduro...

Cambié de tema.

—¿Qué estabas haciendo tú hace dos años?

—Volando.

—¿Es lo único que has hecho?

—Sí.

—Jake... —Suspiré—. Como puedes ver, cuando me preguntas algo, colaboro, pero cuando yo te pregunto a ti, evades el tema.

—Quizá deberías hacer preguntas mejores.

—Genial. ¿Por qué no hablaste con mi jefe la primera noche que pasé en tu apartamento?

—Básicamente porque no tenía ningún propósito hacer eso. —Me miró—. Además, te encontré muy divertida y quería volver a verte.

—Vale. ¿Por qué cambias el televisor y la mesita del café cada poco tiempo? Recuerdo todas las órdenes de trabajo, incluso las anteriores a conocernos... ¿Por qué se rompe todo tan a menudo?

—Salen defectuosos.

Parpadeé, y él sonrió al tiempo que tiraba de mí para que me pusiera encima de él.

—Solía tener problemas para dormir. Eso es todo.

—¿Solías? No hace tanto tiempo, Jake. No. ¿Todavía los tienes?

—Para mi sorpresa, no. —Me besó la piel de forma ardiente—. Desde que estoy contigo. —No me dio la oportunidad de hacerle ninguna pregunta—. ¿Qué más hacías en mi casa?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a por qué sentías la necesidad de burlar las cámaras de seguridad y poner una grabación en bucle. ¿Qué hacías allí?

—Nada. —Me apretó la cabeza contra su pecho, justo encima de su palpitante corazón—. Sin embargo, te he robado algunos libros de tu biblioteca.

—Soy consciente de ello. Me daba cuenta. ¿Qué más?

—Además, dormía desnuda en el sofá.

Se rio.

—¿También en mi habitación?

Asentí moviendo la cabeza, y me dio una juguetona palmada en el trasero.

—Jake, sé que Nathaniel Pearson es tu padre —dije en voz baja, soltando

las palabras a toda velocidad.

—Ya somos dos.

—Estuve buscando viejas fotos de familia y no sales en ninguna... ¿Por qué te han borrado? Es decir, ¿por qué no has dicho nada? Eres hijo de un millonario... ¿Es de ahí de donde procede tu dinero?

—No. —No me dio más detalles. Solo me acarició la espalda de arriba abajo de forma rotunda, masajeándome los músculos—. Déjalo ya.

—Solo dime que me lo contarás algún día —murmuré—. Si seguimos juntos.

—Voy a pensar si te lo diré algún día.

—Bien, cuando llegue ese día, me gustaría que fuera el mismo día queuviéramos una cita.

Su mano se detuvo al instante.

—¿Qué?

—Una cita de verdad, con flores, cena y...

—Todo lo que estuvimos de acuerdo en no hacer.

—Sí —dije.

—Gillian... —Suspiró—. Preferiría que no nos saltáramos ninguna regla más.

—Y yo preferiría que me hablaras de verdad, pero es evidente que no voy a conseguirlo, por lo que estamos haciendo un trato.

No dijo nada durante un buen rato, pero al cabo de un momento volvió a poner las manos en mi espalda y no añadió nada más hasta que empezó a amanecer.

Cuando regresábamos, me cargó al hombro y me llevó escaleras abajo para dejarme en el asiento trasero. Me colocó la cabeza en su regazo y dormí mientras la limusina atravesaba Los Ángeles lentamente.

Pensé que se quedaría un día más, ya que disponía de dos noches antes de tener que regresar a Hawái, pero cuando me desperté, se había marchado.

El único vestigio de su presencia era la caja de su reloj en la mesilla de noche. Al abrirla, me encontré con otro Audemars Piguet. Pasé los dedos por el brillante cristal y suspiré. Intenté coger el teléfono para enviarle un mensaje y decirle que se lo había dejado, pero se me cayó al suelo. Al levantar la mirada, me encontré con un enorme ramo de flores blancas y rojas junto a la puerta.

Conmocionada, me acerqué y abrí el pequeño sobre plateado que había con ellas y leí la nota.

«Esto nunca ha ocurrido.
Y el reloj es tuyo.
Jake».

PUERTA B23

Hawái (HNL) —> Dallas (DAL) —> Nueva York (JFK)

JAKE

«Necesito beber algo...».

Me palpitaba la cabeza por el dolor después de pilotar dos vuelos llenos de turbulencias. Además, Gillian había empezado a llamarme y a enviarme mensajes de texto de vez en cuando, como le daba la gana; me encontraba a punto de dejar a medias la sesión en el simulador. Para empeorarlo todo, el circo de Elite Airways estaba en su apogeo, llenando de historias las portadas de los principales periódicos y de entrevistas promocionales cada cadena de noticias.

Mi padre, siempre ansioso de atención, era ahora el dueño de la primera compañía aérea que ofrecía una gira para los medios de comunicación. Permitía que reporteros de todos los periódicos subieran a bordo del nuevo Dreamliner para que escribieran entusiastas reseñas sobre el avión. Así que no le importaba volar con ellos y contarles más mentiras. Había dicho cosas como: «Sí, este es el avión del que estoy más orgulloso», «Mi familia todavía no ha volado en él» o «Sí, creo que a Sarah le hubiera encantado».

No fue hasta que leí la última frase que me di cuenta de que lanzaba este tipo de mierda a los medios exactamente en el mismo momento todos los años. Probablemente era su manera de enfrentarse con la culpa ante sus numerosas mentiras, cómo se resistía al destino que lo esperaba en el infierno.

No seguí leyendo el resto de los artículos y me guardé el móvil en el bolsillo. Recurrí a un nuevo crucigrama, pero antes de que pudiera empezar, la sesión del simulador terminó con una sacudida que casi me tiró de la silla, por lo que estuve condenadamente cerca de golpearme contra el parabrisas.

Molesto, miré la pantalla con los resultados.

—Ryan, felicidades una vez más —dije—. Has matado de nuevo a todos los ocupantes del avión, pero al menos esta vez lo has estrellado en el suelo, por

lo que en cada ataúd habrá alguna parte de los cuerpos.

—No me ayuda nada, señor —me acusó, con los ojos llenos de lágrimas como la última vez—. ¿Tanto le costaría darme algún consejo?

Me desabroché el cinturón de seguridad.

—La próxima vez hazlo mejor.

—Con el debido respeto, ¿no podría decirme algo que realmente me sirva de ayuda?

—¿Tengo que enseñarte a leer? —Me levanté y le lancé el manual de instrucciones del Airbus 321—. Cometes siempre errores en el protocolo de emergencia porque lo tratas como si fuera un puto CR-9. Trata de aprender los capítulos del siete al treinta. ¿Es esto lo suficientemente útil para ti?

Asintió, y puse los ojos en blanco mientras salía del simulador. Atravesé el hangar y pasé por delante de los demás simuladores ignorando al supervisor, que se acercaba a mí sacudiendo la cabeza.

Llegué al aparcamiento y abrí la puerta del coche, pero antes de meterme, oí una voz desagradablemente familiar gritando mi nombre.

—¡Jake! ¡Jake! —Evan se detuvo a unos pasos, lo que me obligó a darme la vuelta—. Jake..., no pude hablar contigo en la gala. Por favor, ¿puedo hacerlo ahora?

No respondí.

—Solo necesito cinco minutos, solo...

—Aléjate de mi coche.

—Jake. —Parecía desenchajado—. Jake, no lo hagas...

—¿No tienes alguna foto que retocar por ahí? —Lo miré—. ¿Más imágenes de la infancia de las que recortarme?

—Jake, por favor.

—Me gusta Pearson como apellido. Habéis hecho una buena elección. ¿A cuántos amiguetes habéis tenido que untar para cubrirlo todo?

—No estamos cubriendo nada.

—¿No? —Me crucé de brazos—. ¿Has dicho las partes más jugosas y escandalosas en alguna parte? Si es así, me encantaría leerlo.

—Seguimos siendo tu familia, Jake. —Cambió de tema—. No importa lo que piensas que hicimos, no importa lo que hemos hecho de verdad, seguimos existiendo, somos de carne y hueso, y necesitamos hablar contigo.

—Pues déjame un mensaje en el contestador. —Abrí la puerta del coche, pero se interpuso en mi camino.

—Te hemos dejado cientos de mensajes de voz, Jake. Cientos. Sigues cambiando el número de teléfono, tratándonos como si no existiéramos.

—Es irónico, ¿verdad? —Lo empujé—. ¡Fuera de mi camino!

—Hoy habría sido el cumpleaños de mamá, ya sabes. Ella habría querido que...

—¿Cómo puedes dormir por las noches? —Sentí que se me hinchaban las venas del cuello—. ¿Cómo demonios puede pegar ojo cualquiera de vosotros? Hundió las manos en los bolsillos y me miró con pesar.

—No..., francamente, no duermo.

—Bien. —Apreté los puños—. No te lo mereces.

—Lo sé, y creo que es hora de que nos escuches, Jake. Si lo haces, verás que ha llegado el momento de que nos perdones.

—Las personas que infligen dolor no pueden elegir cuándo es el momento de que desaparezca. —Me deslicé en el asiento del conductor, reprimiendo la tentación de poner la marcha atrás y pasar por encima de él—. Ahora vete a joder por ahí, y mantente lejos de mí. Tanto tú como Nathaniel...

—Papá, Jake. Para ti es papá.

—Qué divertido. —Me encogí de hombros—. No es eso lo que he leído en los periódicos durante todos estos años.

Me miró con tristeza, levantó las manos en señal de rendición y se alejó del coche. Puse el motor en marcha para lanzarme a la carretera a toda velocidad. Ahora ya sabía que no duraría en Elite más que unos meses —y si lo hacía era solo por el sueldo—; tenía que encontrar la forma de salir de allí.

Encendí la radio en busca de una emisora decente, una que me pudiera distraer, pero no había nada. Todo eran conversaciones o canciones que no tenía ganas de escuchar.

Con un gemido, detuve el vehículo a un lado de la carretera y puse los intermitentes. El hecho de que mi padre y mi hermano pudieran actuar con esa normalidad, como si todo pudiera ser perdonado, se me metía debajo de la piel y me ponía de los nervios.

Mientras comenzaba a caer aguanieve al otro lado de la ventanilla, me recosté en el asiento y cerré los ojos, tratando de calmarme para poder volver a conducir.

En el momento en el que abrí los ojos había pasado una hora y tenía dos llamadas perdidas de Evan y otra de un número desconocido, así como un montón de correos de Gillian.

Asunto: No puedo dormir.

¿Estás despierto?

Gillian

Asunto: Sí, ya sé que este correo electrónico no es sobre polvos...

Sé que estás despierto, Jake...

Gillian

Asunto: Tengo el coño mojado

Muy... mojado...

Gillian

Hice clic en su nombre e inicié una conversación por FaceTime.

—¿En serio? —Respondió al primer timbrado y su hermosa cara apareció de inmediato en mi pantalla—. ¿Solo es necesario eso?

—Solo es necesario eso. —Vi que llevaba una camiseta sin mangas y que tenía el pelo mojado y le goteaba sobre los hombros desnudos.

Me miró con los ojos entrecerrados y tomó aliento, pero fui yo quien habló antes de que ella pudiera largarme otra larga perorata.

—Acabo de salir de una sesión en el simulador de vuelo —expliqué—. He visto todos los mensajes a la vez.

—Entonces, ¿si hubieras visto el primero, habrías respondido?

—Seguramente no. —Sonreí—. Estás en Newark en este momento, ¿verdad?

—Sí.

—¿En qué hotel?

—En el Doubletree. —La vi entrecerrar los ojos—. ¿Estás en el coche?

—Sí. —Puse en marcha el limpiaparabrisas; seguía nevando—. Necesitaba un minuto para pensar.

La expresión de su cara decía que esperaba una explicación, pero no se la di.

—¿Por qué no puedes dormir? —pregunté—. Es un hotel relajante.

—Porque estoy muy mojada. —Sacudió la cabeza con el pelo empapado—. Ya ves, chorreante. Oh, Dios, ahora mismo siento una insoportable palpitación en el coño.

Puse los ojos en blanco.

—En serio, Gillian...

—Bien, para empezar, en la habitación de al lado hay dos personas follando.

—Ponte auriculares.

—Además, mi supervisora ha informado de que sirvo el vino y el queso demasiado despacio. —Frunció el ceño—. Me ha avergonzado delante de todo el equipo, así que sigo intentando digerirlo. Y para rematarlo...

—¿Sí?

—Quería hablar contigo.

—Tengo la sensación de que en este momento hablarías con cualquiera. —Negué con la cabeza, pero pensé que no me vendría mal un poco de conversación—. ¿Cuántos novios has tenido?

—¿Qué?

—¿Cuántos novios has tenido? —repetí.

—Te he oído la primera vez —dijo—. Me sorprende que me estés haciendo una pregunta sobre algo que no está relacionado con el sexo.

—Esto es temporal. Más tarde te voy a pedir que me enseñes ese coño mojado.

Se rio.

—He tenido un noviazgo serio y tres casuales. ¿Me vas a preguntar si todavía pienso en ellos?

—Estás follando conmigo, así que no tengo ninguna razón para hacerlo. ¿Por qué lo dejaste con el que ibas en serio?

—Me engañó. —Se tumbó en la cama, sosteniendo el teléfono por encima de la cara—. Con al menos otras diez mujeres.

—¿Entiendo que es por eso por lo que exiges ser la única?

Asintió con la cabeza, ruborizada.

—Dado que no tienes novias, ¿con cuántas mujeres te has acostado?

—Nunca las he contado —admití—. Ninguna significaba nada.

—Bien. —La vi forzar una sonrisa—. Tiene sentido. ¿Has salido en serio con alguien?

—No desde que me divorcié —confesé—. Pilotar no me permite mantener relaciones serias.

Asintió de nuevo, esbozando esa sonrisa falsa.

—Y en tus relaciones no serias, incluida la mía, ¿siempre has mantenido relaciones sexuales en los aeropuertos y en los aviones?

—Gillian, la única razón por la que vamos follando por los aeropuertos es

porque eres la única mujer con la que no he sido capaz de esperar para tener sexo. Nunca había follado con nadie en un aeropuerto, y dudo que lo vuelva a hacer, y todavía no lo he hecho en un avión, pero lo tendré en cuenta porque, definitivamente, es algo que me gustaría hacer contigo. Por lo tanto, la respuesta sería no. ¿Contenta?

—No. —Me mostró una sonrisa de verdad.

Desconecté los intermitentes.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

—Yo también. Ay, Jake... —Tenía las mejillas rojas, como si estuviera a punto de reír—. Esta noche me has llamado tú.

—Soy consciente de ello.

—Bueno, esto cuenta como una llamada nocturna.

—¿Y? —No se atrevería a colgarme...

—No me importaría que volvieras a hacerlo.

—No lo haré. —Desconecté el chat de vídeo y pasé la llamada a los altavoces del coche—. No tienes que estar en el aeropuerto hasta dentro de doce horas, ¿verdad?

—No, nueve horas.

—¿Ha cambiado la hora del vuelo?

—No. —Dejó escapar un suspiro—. Es que mi supervisora me dice que me presente tres horas antes siempre que sea posible.

—Menuda idiotez. —Cambié de carril para tomar el que llevaba a Nueva York. ¿Qué haces durante todo ese tiempo?

—Asalto libros. Me pongo a leer en una librería y luego voy a la siguiente librería para leer un poco más... Así hasta que es la hora. Y si estás en la misma ciudad... Bueno, me reúno contigo.

—Interesante. —Subí el volumen de su voz, dulce y atractiva, incapaz de poner fin a la llamada por alguna razón—. ¿Cuál es el último libro que has leído?

Su tono cambió, se volvió completamente animado. Durante dos horas, hablamos de nuestras novelas favoritas mientras conducía atravesando el tráfico, y antes de darme cuenta, cruzaba el puente de Newark, no el de Brooklyn.

«Dios...».

Apagué el coche después de aparcar delante del Doubletree, sin que ella dejara de hablarme al oído.

—¿Ya estás en casa? —preguntó, bostezando.

—No, estoy delante de tu hotel... ¿Cuál es el número de tu habitación?

PUERTA B24

Nueva Orleans (MSY) —> San Francisco (SFO) —> Nueva York (JFK)

GILLIAN

Subí la entrada número treinta de la semana al blog y cerré la sesión antes de encontrarme un comentario de mi *troll* personal. Estaba sentada en la escalera de incendios que había junto a la ventana, dejando que la familiar llovizna de Nueva York cayera sobre mi piel.

Con dos días de descanso por delante, había hecho planes para enfrentarme finalmente al correo, para abrir todos los sobres que guardaba en el apartamento, pero no era capaz. Por un lado, seguía pensando que, si los evitaba, con el tiempo desaparecerían, y, por otro, estaba empezando a volverme paranoica por el hecho de que Jake no había respondido a mi último correo electrónico, aunque sabía que estaba aquí, en Nueva York.

Revisé dos veces de nuevo los mensajes enviados para asegurarme de que mi «Hola, ¿tienes un minuto?» había salido hacia su cuenta. Rocé la pantalla cuando lo comprobé y luego hice tamborilear los dedos contra el alféizar de la ventana.

No quería pensar en ello, pero la situación seguía, sin duda, un patrón. Cada tercer fin de semana del mes, como me había dicho desde el principio, estaba incomunicado. No había mensajes, correos electrónicos ni llamadas. Pero cuando pasaban esos días, retomaba todo donde lo habíamos dejado, como si no le hubiera enviado ningún mensaje en ese período.

No solo eso, sino que en las pocas ocasiones que pasaba la noche con él, lo pillaba murmurando en sueños. Siempre repetía las mismas frases una y otra vez: «Nos mintió, Jake, nos mintió a todos», «¿Cómo puedes dormir por las noches?» o «¿Quién eres tú?».

Cada vez que trataba de preguntarle al respecto, me miraba como si no supiera de qué estaba hablando. Luego, como siempre, me distraía con aquella incomparable manera que tenía de follar, lo que impedía que pensara en nada

durante horas.

Con un suspiro, pasé la pierna a través de la cornisa y, una vez dentro, cerré la ventana. Me acerqué a la esquina del escritorio y cogí unos cuantos sobres, preparada para obligarme a abrir al menos cinco, pero de repente un sonido familiar flotó en el aire a través de las paredes.

—¡Ohhh, Dios! ¡Ohhhh, Dios! ¡Síiiii! —La voz de Meredith resonaba alta y clara—. ¡Síiiii!

Las paredes temblaban con fuerza, pero antes de que pudiera ponerme los auriculares, me vibró el teléfono en el bolsillo. Era un mensaje de texto de Jake.

Jake: Ven. (Usa una limusina, la pago yo).

Lancé los sobres al suelo y cogí la cazadora.

PUERTA B25

Nueva York (JFK)

JAKE

Mientras las nubes de la tarde daban paso a un ceniciento cielo gris, me encontraba en la terraza, observando el sueño tranquilo de Gillian en el dormitorio.

Cada vez que pasaba la noche conmigo, yo seguía un patrón: no había noches de insomnio ni estrés si ella estaba cerca. Incluso hoy en día, cuando mis recuerdos parecían empeñados en envolverme, su sola presencia parecía ser capaz de mantenerlos a raya. No solo eso, sino que en cualquier momento que estuviera cerca algunos restos de sentimientos volvían a la vida cuando Gillian me lanzaba una mirada.

Cuando nos besábamos, sentía reminiscencias de emociones que había tenido en algún momento. Y después de tantos encuentros por ciudades de todo el país, no podía negar que mi atracción por ella era más que física. Tampoco podía negar que aunque era del tipo de mujeres del que debería mantenerme alejado, no era capaz de hacerlo. Se había metido debajo de mi piel, hasta la misma médula, y eso era un problema.

Cogí el móvil y comprobé las llamadas que había recibido en el apartamento, deteniéndome cuando vi un nuevo mensaje de voz de un número desconocido. Sin poder evitarlo, y esperando que fuera la llamada que llevaba años esperando, tecleé la contraseña para escucharlo.

—Tiene un mensaje nuevo... —dijo el sistema antes de emitir el suave pitido familiar.

—Jake, soy yo... —Era la última persona que quería volver a escuchar, Evan—. Jake, de verdad que odio con todas mis fuerzas que insistas en bloquear los números de teléfono. Es doloroso y...

—Alto —solté con los dientes apretados antes de que el mensaje llegara a su fin. Luego añadí la nueva serie de cifras a la lista de contactos bloqueados.

Todos pertenecían a Evan, Riley y a mi padre. Este mes llevaban diez.

Mientras lo hacía, me bajó un escalofrío por la espalda. Un repentino recordatorio de que había estado fuera de mí durante las últimas semanas, que me había descentrado de mi objetivo y empezaba a confiar en alguien de nuevo.

Todas las personas de mi vida, salvo una, me habían traicionado en algún momento, o habían decidido dar un oportunista giro en vez de permanecer leales. Sabía que solo era cuestión de tiempo que Gillian hiciera lo mismo.

Regresé al lugar donde ella dormía y la cubrí con las sábanas. Deslicé un dedo por sus labios, consiguiendo arrancarle una sonrisa saciada, y luego cogí una almohada y una manta para dormir en el sofá.

Tenía que detener esto, fuera lo que fuera en lo que se estuviera convirtiendo, y volver a lo que habíamos convenido al principio. Era necesario por nuestro bien.

PUERTA B26

Madrid (MAD)

JAKE

*Asunto: **Hola...***

Mis padres (y resto de familiares) llegarán a la ciudad dentro de unas semanas para la propuesta de matrimonio de la que te he hablado.

Dado que ambos estaremos en Nueva York ese fin de semana, me preguntaba si te gustaría ser mi pareja (informal..., solo informal) durante la cena.

Gillian

*Asunto: **RE: Hola...***

En ese correo no hablas de follar.

Jake

*Asunto: **RE: RE: Hola...***

Lo sé (risas), soy consciente de ello.

(Tampoco he recibido uno sobre eso de ti, así que gracias por las risas J).

¿Te apetece venir o no?

Si estuvieras allí, podrías ayudarme a relajarme...>

Gillian

*Asunto: **RE: RE: RE: Hola...***

¿Por qué iba a querer conocer a tus padres?

¿Piensas presentarme como el tipo al que te tiras?

Jake

*Asunto: **RE: RE: RE: RE: Hola...***

Me gustaría presentarte como un amigo.

Gillian

*Asunto: **RE: RE: RE: RE: RE: Hola...***

No somos amigos.

Jake

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Hola...

Vale... ¿Tienes un mal día o algo así? ¿Te ha pasado algo?

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Hola...

¿Jake? ¿Estás ahí?

Gillian

No le respondí; comencé otro hilo de mensajes.

Asunto: Dallas

Nos vemos en la A21 el jueves.

Jake

Asunto: RE: Dallas

*No pienso reunirme contigo en ninguna parte hasta que me digas qué demonios te pasa.
¿Qué ocurre, Jake?*

Gillian

Asunto: RE: RE: Dallas

No me pasa nada, Gillian.

A21.

El jueves.

Jake

Asunto: RE: RE: RE: Dallas

No pienso estar.

Córrete en la basura.

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: Dallas

Estarás.

Ven con la boca preparada.

Jake

No me respondió.

Pasaron los días sin noticias de ella. Y, el jueves, estuve en las cercanías de los baños, en la A21, pero sabía que no iba a aparecer.

Nervioso, me fui a la terminal, donde la localicé en un restaurante. Estaba en una mesa sola, con los brazos cruzados, mirando al infinito.

Una parte de mí quería acercarse y decirle que me siguiera al cuarto de baño y otra parte quería pedirle perdón, pero no me atreví a hacerlo.

Era una mujer fuerte. Lo superaría.

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Tonta, soy tonta...

Por no decir que me dejo tratar como un felpudo.

Me siento como la protagonista de una vieja novela romántica, una MarySue dispuesta a soportar cualquier cosa, hasta un protagonista idiota, a cambio de su polla increíble. Pero, sinceramente, no puedo seguir así, no puedo permitir que alguien me destroce el corazón una y otra vez por unos cuantos polvos y risas.

Lo rechacé en Dallas, me reuní con él en Charlotte y dejé que hiciera lo que quisiera conmigo en Nueva York.

Y las únicas palabras que intercambiamos fueron gemidos. Eso y un «hasta la próxima semana».

Me merezco algo mejor...

Hasta pronto.

MarySue

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *Las desventuras del sensible coño de Taylor G. continúan...*

PUERTA B27

Memphis (MEM) —>Nueva York (JFK)

GILLIAN

Me quedé mirando a Jake mientras arrojaba un condón a la basura, esperando a que hiciera contacto visual conmigo, pero parecía demasiado preocupado por algo.

—Jake, ¿te pasa algo? —pregunté.

—No. —Se colocó los gemelos—. Como todas las demás veces que me lo has preguntado durante las últimas dos semanas.

—Bueno, ¿y por qué no respondes a mis llamadas telefónicas?

—No tengo nada que decirte. —Se puso la chaqueta y se acercó al espejo. Sus ojos se encontraron con los míos en el cristal y arqueó una ceja—. ¿Por qué?

—Pensaba que estábamos llegando a alguna parte... —Me encogí de hombros—. Por eso he preguntado. Lamento que volvamos a...

—¿Que volvamos a ser solo compañeros de polvos?

Asentí moviendo la cabeza.

—Pensaba que éramos más íntimos, y tú... tú retrocedes. Y eso que me has prometido que no me harías daño.

—¿Cómo demonios voy a hacerte daño? —Se dio la vuelta—. No estoy haciendo nada distinto.

—Me estás dejando fuera. Solo me hablas de polvos y de follar, y te pones nervioso si te pregunto qué te pasa. —No quería gritar, pero mi voz resonó con fuerza en las paredes—. No puedes negar que hay diferencia entre ahora y hace unas semanas. Eras casi un príncipe azul, dejando que salieran a la superficie todo lo que tenemos en común, pero ahora estás comportándote como un gilipollas insoportable. Eres más frío, más malo... Ahora no me gustas.

—No tengo que gustarte —dijo—, solo tiene que gustarte follar conmigo. —

Se acercó más, hasta apoyar su frente en la mía—. Y por la manera en que te corres cuando estamos juntos, es evidente que sí.

—Mira cómo me hablas.

—¿Y lo dice la persona que acaba de llamarme gilipollas insoportable?

—Estoy segura de que tus sentimientos no se han visto afectados.

—Supongo que, para que así fuera, tendría que tener sentimientos. —Me miró—. No hago nada diferente. Seguimos follando como se supone que debemos follar, sigues corriéndote cada vez, y no creo que debas esperar nada más. Sí, nos gustan los crucigramas, viajar y el diseño de aviones, pero las cosas van a seguir así. Si quieres algo más, dímelo y me largo para siempre. O, ya que siempre quieres tener la última palabra, puedes largarte primero. ¿Quieres algo más?

—No. —Mentí, manteniendo una expresión estoica mientras bajaba la vista al reloj que me había regalado—. No, no quiero nada más de ti.

—Bien. —Cogió su equipaje y se alejó. Luego me miró por encima del hombro—. Nos vemos en Chicago el jueves que viene.

Me negué a admitir que las lágrimas que me resbalaban por las mejillas fueran reales.

—¡Cielo, ya estoy en casa! —Meredith entró bailando en nuestro apartamento varios días después—. ¡Oh, Dios! ¿A qué huele? ¿Estás intentando cocinar de nuevo?

No respondí.

Movió las ollas y las sartenes, apartándolas de los fogones donde estaba quemándose la comida. Luego dejó las bolsas con las compras encima del mostrador.

—He tenido entrevistas en Dior, Michael Kors, Furstenberg y Coach. ¡Ah! Y no vas a creer la nueva línea que tiene Hermès para este otoño. Es más atrevida que nada que hayas visto a la venta.

Me quedé mirando al frente.

—¿Gillian? ¿Estás escuchándome? —Se puso delante de mí—. Gillian, ¿por qué no te...? Guau... ¿Qué te pasa?

No contesté.

—¿Te han despedido otra vez?

—No... —Negué moviendo la cabeza.

—¿Te has encontrado con Ben?

—No.

—De acuerdo, espera... ¿Tu familia se ha enterado por fin de que vives en una pocilga y no tienen ni idea de lo que eres de verdad?

—No. —Se me escapó una risita, pero luego solté un gemido—. Tú tenías razón. Mucha razón...

—¿Sobre qué?

Suspiré.

—¿Sabes el hombre con el que te conté que me acostaba?

—¿El piloto? ¿El que juraste que dejarías después de que te avergonzara en la gala?

—Sí, ese, pero... —Suspiré—. No lo dejé. Volví con él y todavía sigo...

—¿Tirándotelo? —Se cruzó de brazos—. ¿Estás de coña?

—Ojalá.

—Entiendo. Bueno, ¿no te habrá hecho daño físicamente? ¿Estás llorando por eso?

—No... —Negué con la cabeza y luego dejé de intentar embellecer mis palabras. Le dije todo, cada detalle de lo que había ocurrido hasta la última cita, en el baño. Que los polvos eran perfectos, pero su mente estaba en otra parte. Que el ardor que emitían sus ojos no coincidía con la frialdad que salía de sus labios.

—¿Has intentado razonar con él alguna vez? —Me miraba en estado de shock.

—Alguna vez, sí.

—¿Más de dos? ¿Más de cinco?

No respondí.

—Vale —dijo—. Tienes que salir de ese círculo. El sexo casual es solo sexo casual. Se supone que tiene que ser informal y divertido, y que él debe ser capaz de, al menos, mantener una conversación básica contigo. Si vuelve a tratarte así, déjalo. De lo contrario, solo lucharás para que te preste más atención y será una pérdida de tiempo. —Debió de notar la expresión de mi cara, porque levantó las manos en señal de rendición y suspiró—. ¿Cómo se llama?

—Jake.

—¿De verdad es tan guapo?

Asentí moviendo la cabeza.

—¿Y tan bueno en la cama?

—Sí. —Odiaba que solo imaginar que me besaba me hiciera morder el labio.

—De todas formas, Gillian, existe la posibilidad de que se disculpe. Y después de eso, solo dale una oportunidad. Prométemelo. Eres demasiado buena para atarte a otro idiota.

—Bien. Te lo prometo.

—Vale. —Se levantó y cogió un montón de sobres de la mesita de café—. Ah, y por cierto, el correo ha cambiado algo desde que has estado fuera. Veamos lo que hay por aquí. —Echó un vistazo a las cartas—. James Patterson, Stephen King, Janet Evanovich y, como siempre, Kimberly B. ¿Significa esto que tus acreedores tienen la esperanza de que seas fan de autores de renombre?

—Sí.

—¿Sabes?, estaba acostumbrándome a los personajes de ficción. —Se encogió de hombros, lanzando los sobres a la esquina—. Un día tienes que decirme cómo demonios consigues que te den este tratamiento. —Se dirigió hacia la cocina—. Y a menos que hayas quedado con «Jake» antes, necesito una cita para cenar, y te elijo a ti. ¿Tortitas?

—No, gracias.

—¿*Crêpes*?

—Es lo mismo, Mer.

—Vale, vale, entonces, ¿qué te parece *crêpes* de arándanos y tortitas? ¿Con caramelo?

Me reí, cediendo.

—Vale.

—Ahora, por favor, cuéntame algo más sobre ese sexo que está fuera de la escala Ritcher sexual. ¿Qué tienes para atraer siempre a este tipo de hombres?

PUERTA B28

Denver (DEN)

GILLIAN

*Asunto: **Nosotros...***

Jake, no sé qué te ha pasado ni por qué estás actuando de esa forma últimamente, pero no me gusta, y quiero que hablemos.

Quiero que «nosotros» volvamos a estar como antes.

Gillian

*Asunto: **RE: Nosotros...***

Estoy tratando de averiguar si este correo va sobre polvos o no.

¿Tu «nosotros» se refiere a nuestro acuerdo original?

¿El que hicimos en el hueco de las escaleras de aquel hotel?

Jake

*Asunto: **RE: RE: Nosotros...***

Se refiere al «nosotros» que tenemos cuando me hablas, cuando te puedo considerar mi amigo.

Te echo de menos...

Gillian

*Asunto: **RE: RE: RE: Nosotros...***

Martes en Charlotte.

E28.

Jake

PUERTA B29

Charlotte (CLT) —> San Francisco (SFO) —> París (CDG)

GILLIAN

«No llores... No te atrevas a llorar...».

Estaba dentro de la librería en el Charlotte International, pasando las páginas de otra novela de Grisham, odiando que el vuelo de hoy tuviera un retraso de dos horas. Mientras marcaba la separación entre los capítulos veinticinco y veintiséis con el pulgar, noté que se acercaba alguien por detrás.

—¿Gillian? —La profunda voz de Jake me excitó al instante, pero no me molesté en darme la vuelta—. Gillian, esta no es la E28.

—Ya lo sé. Es Charlotte Daily News, la librería.

—¿Estabas esperando que me pusiera a buscarte por todo el aeropuerto? —preguntó—. ¿Estabas esperándome para que te comprara el libro?

—No, Jake. —Sentí una punzada en el pecho—. Creo que sabes de sobra lo que estoy esperando que hagas.

—No voy a follarte aquí.

—¿Qué? —Me di la vuelta a punto de llorar—. ¿Lo estás diciendo en serio?

—Mi vuelo es dentro de dos horas. Me gustaría que folláramos de una vez.

—Eres... —Me resbaló una lágrima por la cara—. Jake, no eres tú. ¿Qué te ha pasado? Estábamos tan bien y de repente... es como si hubieras apagado el interruptor. No he tenido noticias tuyas esta semana.

—Te he enviado un mensaje hace una hora, Gillian. —Mantuvo un tono bajo—. Sin embargo, una vez más, has elegido, y sin ninguna razón aparente, ignorar nuestra cita.

Una mujer se precipitó entre nosotros de repente y cogió rápidamente un libro de la estantería superior antes de alejarse.

—Te gusto, Jake —aseguré—. Por mucho que quieras negarlo, te gusto, y con independencia de lo que te haya ocurrido, merezco que me trates mejor.

—¿Esta es la parte en la que me exiges que me disculpe? —Parecía estar

tratando de ocultar su ira—. ¿Es eso lo que tengo que hacer para follar contigo hoy?

—No —repuse, dejando el libro en la estantería—. Esta es la parte en la que, por fin, me largo. Por mi bien. —Pasé junto a él deprisa, internándome en la terminal. Mientras me mezclaba con los viajeros, dejé que las lágrimas salieran libremente.

Sentí que me vibraba el móvil en el bolsillo y vi su nombre parpadeando en mi pantalla cuando lo saqué, pero me limité a apagarlo.

Si él podía actuar como si yo no significara nada, yo también podía.

Varios días después, estaba mirando mi reflejo en el espejo del cuarto de baño, en San Francisco, sin poder pintarme las pestañas. Cada vez que me acercaba el rímel a la cara, comenzaba a llorar o tenía un nudo en la garganta.

Gimiendo, cerré el tubo después del quinto intento. Saqué el maquillaje; necesitaba dar un poco de color a mi cara, pero las lágrimas manchaban cada capa.

«Uf...».

Miré el reloj, una pieza barata con «I love New York», ya que me negaba a usar el que me había regalado Jake, y me di cuenta de que todavía me faltaban tres horas para embarcar en el vuelo a París. Tres horas para conseguir estar presentable.

Cogí una toalla de papel, pero me quedé paralizada cuando vi que la señorita Connors entraba en el baño.

Sin decir nada, examinó los cubículos, abriendo cada puerta para comprobar si estaban vacíos. Luego, se puso a mi lado, frente al espejo, sacó un paquete de pañuelos de papel del bolso y me lo ofreció.

—Gracias —articulé, y me sequé los ojos.

—En una ocasión, me enamoré de un piloto —comentó ella, sacando un maquillaje compacto—. Cuando tenía más o menos su edad.

No dije nada.

—Entonces, las cosas eran un poco diferentes... No eran tan ilegales como ahora, pero sí estaban mal vistas. —Guardó el maquillaje y sacó un cepillo. Se volvió hacia mí para arreglarme el moño—. Mi piloto y yo compartíamos ruta el cincuenta por ciento de las veces. Nos habíamos esforzado para que lo programaran de esa manera. Él insistía en estar cada tres semanas en Detroit,

pero, como lo odiaba, no me hizo coincidir en ese destino demasiadas veces.

Vio que se me caían las lágrimas y se detuvo para secarme los ojos durante unos segundos antes de volver a colocarme el pelo.

—De todas formas —continuó—, no podía decir que no estaba enamorada de ese hombre. Éramos estúpidos y atrevidos, sin duda idiotas, igual que usted y el capitán Weston. —Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo, pero no estaban llenos de prejuicios como de costumbre—. Les dije a todos mis amigos que iba a casarme con él, que estábamos muy enamorados.

Hice una mueca cuando me puso una horquilla con demasiada fuerza y me pinchó el cuero cabelludo.

—¿Y qué pasó?

—Nada. —Dio un paso atrás y se puso el bolso al hombro—. Solo que su prometida, que vivía en Detroit, se sentía igual que yo.

No sabía ni qué decir.

—Me llevó un tiempo darme cuenta de que el sexo salvaje, la falta de comunicación y estar llorando cada pocas semanas por viajes secretos tenían un claro resultado. —Se encogió de hombros—. Espero que a usted no le cueste tanto.

No dije una palabra. Solo la miré mientras iba hacia la puerta.

—Ah... Y otra cosa, señorita Taylor —dijo antes de salir.

—¿Qué?

—Aunque su vida amorosa sea un completo desastre... —me miró de arriba abajo—, cuando se reúna conmigo dentro de tres horas, quiero que esté bien maquillada. Y cuando digo «bien», me refiero a que su imagen sea perfecta. —Se pasó el pelo por encima del hombro y se alejó.

PUERTA B30

Dallas (DAL)

JAKE

Al salir del avión, en Dallas, me di cuenta de que Gillian todavía no había respondido a mi último correo electrónico. No solo eso: además no me había enviado ni un solo mensaje esta semana. No sabía por qué me importaba, ni siquiera sabía por qué lo había notado, pero me hacía sentir irritado.

Jake: En el baño más cercano a la librería en Hudson. Terminal B.

Jake: En información dicen que tu vuelo ha aterrizado hace media hora.

Jake: Este arreglo funciona mejor cuando respondes.

Pasaron diez minutos.

Jake: ¿Te has perdido en el aeropuerto?

Ví cómo transcurrían veinte minutos más sin ninguna respuesta. Frustrado, se me ocurrió que seguía molesta por la última conversación, así que le envié un correo.

*Asunto: **Nuestro acuerdo...***

Gillian, estás haciendo que esto sea más difícil de lo que debería.

Jake

*Asunto: **RE: Nuestro acuerdo...***

No estoy haciendo nada más difícil de lo que debería.

Hemos terminado.

No puedo seguir soportando la forma en la que me tratas.

(Además, estoy segura de que no son necesarios puntos suspensivos en el título del correo).

Gillian

Asunto: RE: RE: Nuestro acuerdo...

No creo que te trate tan mal, así que necesito una razón mejor que esa.

No dudes en decírmela en el cuarto de baño más cercano a la librería del Hudson, en la terminal B.

(Y yo estoy seguro de que jamás deberías desafiarme en un tema de gramática).

Jake

Asunto: RE: RE: RE: Nuestro acuerdo...

Me tratas como un juguete sexual o como un recipiente en el que correrte.

Ni siquiera quieres hablar conmigo de algo tan simple como el clima y mucho menos de lo que sientes.

Hemos acabado.

Gillian

P. D.: Por eso, exactamente, era por lo que no quería follar con un piloto.

Asunto: RE: RE: RE: RE: Nuestro acuerdo...

Sabes palabras de diecisiete letras y adjetivos de veintiuna ¿y eliges «juguete sexual» y «recipiente en el que correrte»?

No he hablado contigo porque en nuestro acuerdo convinimos que no íbamos a hablar y, a diferencia de ti, me gusta seguir las reglas originales.

No sabes lo que has hecho, solo quieres jugar, pero no pienso perseguirte de nuevo.

Jake

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: Nuestro acuerdo...

Contaba con ello.

Gillian

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Nuestro acuerdo...

Tienes cinco minutos para llegar al baño.

Jake

Asunto: Mensaje de error. Respuesta automática.

El receptor ha bloqueado toda comunicación con esta dirección de correo electrónico.

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Que se joda.

Comentarios desactivados.

ENTRADA DEL BLOG

Tengo diez mensajes de texto de él en el móvil que no he respondido, muchos más de los que me ha enviado nunca. En ellos actúa como si con el tiempo todo fuera a volver a la normalidad, como si fuera a volver a quedar con él para follar.

Tenía la esperanza de que no me cruzaría con él por lo menos durante un mes, pero la suerte no está de mi parte: hemos compartido vuelo el lunes por la noche de Nueva York a Milán. Sin embargo, he pasado de él durante todo el trayecto, sin mirarlo ni una vez. No importan las dos ocasiones en las que quiso enfrentarse a mí en el office ni la mirada que me lanzó —que hizo que quisiera abalanzarme sobre él allí mismo—, me mantuve firme. Llamé a una compañera para que no se acercara más.

El trayecto en el transporte al hotel estuvo cargado de tensión. Me pregunto si alguien más lo notó. Y cuando se acercó a la puerta de mi habitación, esa misma noche, y llamó, lo único que hice fue mirar por la mirilla y esperar a que se fuera.

Por mucho que me muriera por sentir de nuevo sus manos sobre mí, por mucho que necesitara sentirlo dentro de mí otra vez, no podía dejar que mis sentimientos me dominaran. Incluso llamé para decir que estaba enferma, y me siento tentada de ponerme en contacto con el departamento de programación e incluirlo en mi lista de «con quién no volar». Muy tentada...

Hasta pronto.

****Taylor G.****

1 comentario:

KayTROLL: ¡¿Treinta y seis entradas en tres días?! Tu vida no es tan interesante...

PUERTA B31

Nueva York (JFK)

JAKE

Una larga fila de coches recorría lentamente Hampton Avenue, en Brooklyn, haciendo sonar sus bocinas, mientras yo me desviaba hacia el carril derecho. Sobre la ciudad caía una fuerte lluvia, empapando a todos los rezagados que iban por las aceras e inundando todos los malditos desagües de la ciudad.

Miré por la ventanilla la dirección que Jeff me había dado. Gillian vivía en un edificio de ladrillo que parecía más un experimento de casa encantada que un bloque de apartamentos. Sacudí la cabeza.

No habíamos hablado desde que bloqueó mi dirección de correo electrónico, y las pocas veces que la había visto de pasada había hecho todo lo posible por evitarme. La última vez, cuando la vi subir a la lanzadera en Atlanta, me miró como si fuera a salir corriendo. Si no hubiera sido por el hecho de que tenía que pilotar un vuelo, habría ido tras ella.

Salí del coche desafiando a la lluvia y cerré la puerta. Subí las escaleras delanteras del edificio y pulsé el botón de su apartamento. El panel emitió un fuerte y chirriante sonido y luego cayó al suelo.

«Dios...».

Golpeé la retorcida puerta de madera, pero hubo una fuerte ráfaga de aire y cedió al instante. Subí las escaleras hasta el cuarto piso y me encontré con dos puertas, pero cuando vi las palabras «Dos chicas rotas» con las letras artísticamente enlazadas con pintura rosa, llamé un par de veces y esperé.

Pasaron dos minutos.

Volví a llamar, esta vez más fuerte.

—¡Ya voy! —gritó alguien—. ¡Ya voy!

La puerta se abrió, pero no fue Gillian quien apareció ante mí. Era una joven morena cubierta con un albornoz y unos enormes rulos rojos en el pelo.

—¿Qué? —Se cruzó de brazos—. Son las dos de la madrugada, idiota. ¿Qué

cojones quieres?

—Estoy buscando a... —Hice una pausa—. Soy Jake.

—Ya sé quién eres. —Me miró—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿No está Gillian?

—No conozco a ninguna Gillian. —Se apoyó contra el marco—. Creo que te han dado la dirección equivocada.

—Y yo creo que es la correcta. ¿Está aquí o no?

La vi encogerse de hombros.

—Creo que en estos momentos está volando desde Los Ángeles.

—Su horario dice que llegó ayer de Los Ángeles.

—Oh, vaya... Imagino que puede ser —dijo—. Bien, supongo que ha tenido una cita. Ya sabes, eso que nunca tuvo contigo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo va a volver?

—Dile que nunca —susurró Gillian con firmeza desde el interior del apartamento—. Nunca.

Me asomé por la rendija de la puerta y vi a Gillian en la cocina, con los brazos cruzados. Sacudió la cabeza y se secó los ojos con un pañuelo de papel.

—Nunca —repitió su compañera de piso—. No va a volver nunca, Jake. Le diré que has pasado por aquí. Puedes largarte.

—¿Has recibido las flores? —La ignoré porque sabía que Gillian podía oírme.

—No ha recibido las flores. —Su compañera dio un paso atrás—. Buena suerte, Jake. —Me cerró la puerta en las narices antes de que pudiera añadir nada más.

Empecé a llamar de nuevo, pero las paredes eran tan finas que oí a Gillian perfectamente.

—Lo odio... —decía—. Lo odio con todas mis fuerzas.

—No, no lo haces —repuso su compañera—, pero no tienes que soportarlo más.

—No lo haré. Es que él... —Estaba llorando—. No puedo mantener relaciones sexuales en esas condiciones. Debería haberte escuchado, Mer. Pensaba que él estaba empezando a sentir lo mismo que yo.

—¿Te vas a pasar los dos días de descanso llorando por él?

—No. —Su tono era agudo—. Tengo que hacer lo mismo que hice para

olvidarme de Ben. Salir y encontrar a alguien. Quizá no me acueste con él, pero... tengo que buscar a alguien.

La sangre comenzó a hervirme en las venas al imaginarla con otro, y empecé a golpear la puerta de nuevo. No tenía ganas de perder el tiempo, así que giré el pomo y empujé para entrar.

—¿Qué coño estás haciendo? —Su compañera de piso se levantó del sofá—. Jake, no me obligues a llamar a la policía. Esto es allanamiento de morada.

La ignoré y me dirigí directo hacia Gillian, aunque me detuve en seco cuando la vi retroceder. Ella no levantó la mirada hacia mí: se quedó con los ojos clavados en el suelo, los brazos cruzados y la cara roja como una remolacha mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—Gillian...

—No —me detuvo sin mirarme—. Di lo que pienses que tienes que decir y luego lárgate.

Suspiré mientras miraba por encima del hombro a su compañera de piso, que ahora nos observaba desde el sofá. Recorrí la habitación con la vista, notando que, a pesar del desastrado exterior, habían logrado que el interior fuera completamente diferente. En dos de las esquinas había un montón de sobres apilados, así como los ocho ramos de flores que le había enviado el día anterior.

—Di lo que pienses que tienes que decir —repitió en voz baja— y luego déjame en paz, Jake.

—Está bien. —Me ajusté el reloj—. Sinceramente, creo que eres la mujer más loca y exasperante que he conocido. Supe desde el momento en el que me hiciste un recorrido por mi propio apartamento que estabas loca de atar.

—Muy bien, ¿sabes qué? —Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos—. No digas nada. Vete de una vez.

—Echo de menos follar contigo.

—Oh, que se me acelera el corazón... —susurró con sarcasmo—. ¿Cómo volveré a recuperarme después de oír eso?

—Pensaba que tenía que ser sincero.

—¿Qué te parece que si en vez de sinceridad empezamos con un poco de transparencia? —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿A dónde vas el tercer fin de semana de cada mes? ¿Por qué nunca podemos encontrarnos en esas fechas? ¿Por qué siempre respondes al teléfono en otra habitación y

cambias de tema cuando te pregunto al respecto?

—Gillian...

—¿Por qué cada vez que estamos a punto de intimar más, cada puta vez, me apartas y actúas como si yo pudiera ignorar mis sentimientos con tanta facilidad como tú?

Di un paso atrás. La había visto enfadada antes, la había visto al borde de la lividez, pero la expresión que tenía ahora en su cara era diferente. Era dolor.

—Que me envíes flores no hace que dejes de ser gilipollas, Jake. —Se le quebró la voz—. No importa lo bonitas que sean. Y tampoco esto... —Abrió un cajón y sacó el reloj que le había regalado para lanzármelo.

—No quiero que me lo devuelvas.

—Pero yo sí quiero hacerlo —dijo con firmeza—. Quiero que se lo entregues a una mujer que pueda soportar que trates su corazón como un yoyó. Así que, como ya te he pedido, di lo que sea y lárgate.

—No me voy a ir.

—Bueno, lo haré yo. Date prisa.

Su compañera de piso abrió una bolsa de patatas fritas haciendo mucho ruido y se sentó en el sofá para observarnos fijamente como si fuéramos una buena fuente de entretenimiento. Aparté la vista de ella y me enfrenté de nuevo a Gillian.

—¿Puedo hablar contigo en privado, por favor?

—Aquí estamos muy bien. —Señaló el reloj que había en la pared—. Tienes cinco minutos.

—Vale. —Reprimí un gemido—. Echo de menos follar contigo —di un paso más cerca, cruzando la cocina—, y si no estuvieras llorando en este momento, quizá podría creer que quieres que te deje en paz. —Hice desaparecer la distancia entre nosotros y le limpié las lágrimas con los dedos antes de dejar el reloj en el cajón.

—No me toques... —protestó, pero no se apartó cuando le sequé otra nueva corriente de lágrimas.

—No quiero hacerte daño, Gillian —dije en voz baja cuando se alejó—. Y creo que ya debes saber que siento algo por ti.

—Tienes una manera muy rara de demostrarlo.

—Gillian... —Le cogí las manos y entrelacé nuestros dedos hasta que me miró de nuevo—. No suelo dejar que la gente se acerque a mí porque siempre acaban decepcionándome. Siempre.

—¿No eres tú el que me decía a mí que no era adivina?

—No he terminado de hablar todavía. —Le apreté los labios con un dedo—. Que desaparezca cada tres semanas es por una cuestión personal. Es algo que no le he contado a nadie, pero... —la miré a los ojos— podemos hablar sobre ello más adelante, si quieres. ¿Acaso piensas que estoy con otra mujer esos fines de semana?

Asintió con la cabeza con una expresión de convencimiento absoluto.

—Bueno, pues no. Solo he estado contigo desde que te conocí. —Solté una de sus manos y le pasé los dedos por el pelo—. A pesar de que me vuelves loco, no quiero renunciar a lo que tenemos.

—Y, salvo sexo salvaje —dijo ella con la voz ronca—, ¿qué tenemos, Jake?

—Sea lo que sea, es un desastre, pero me gusta. —Miré sus ojos fijamente—. Dicho esto, de verdad, no quiero discutir más.

—¡Ja! —resopló su compañera de piso, haciendo que nos diéramos la vuelta como si nos hubiéramos olvidado de que nos estaba mirando—. Lo siento —añadió, fingiendo una tos—. Este año tengo una alergia horrible.

Puse los ojos en blanco y volví a mirar a Gillian, centrándome en ella.

—No me gusta discutir contigo, y lo... —la palabra se me estancó en los labios— lo...

Noté que se le iluminaban los ojos y que en sus labios aparecía una sonrisita.

—¿Lo qué, Jake?

—Lo siento —dije, continuando antes de dar un espectáculo—. Lamento no haberte tratado bien. Sí, lo haré mejor. Si me lo permites.

—Creo que es la mejor disculpa que vas a obtener de él, Gill —dijo su compañera desde el sofá—. No estaría mal que le dieras otra oportunidad, sobre todo porque dices que el sexo es increíble.

Noté que a Gillian se le ponían rojas las mejillas, pero ignoró el comentario cuando me miró.

—¿Esta es la parte en la que me llevas a mi dormitorio y me haces el amor?

—No, esta es la parte en la que te pido que vengas a volar conmigo.

—¿Cuándo?

—Ahora. Esta mañana.

Su sonrisa se desvaneció.

—No puedo.

—¿Por qué? ¿Has quedado con otra persona?

—No. —Negó con la cabeza y me cogió de la mano para llevarme por un

corto pasillo hasta su dormitorio. Me indicó que me sentara ante el escritorio —. Ahora vengo.

Cuando se marchó, estudié su habitación. Tenía las paredes de un amarillo brillante y luces de Navidad encima de la ventana. El estrecho espacio estaba lleno de cajas de zapatos y bastidores con ropa. El colchón, sobre unas cajas, estaba en el otro lado.

La pared encima del escritorio aparecía cubierta de fotos, recortes de prensa de la universidad y notas escritas a mano. Había una frase en particular que se repetía en múltiples post-it.

«Jódete, NYT».

«Jódete, NYT».

«Y jódete tú también, Kimberly».

«¡Ja! Casi rima».

Debajo de las notas manuscritas, había fotos. En una sonreía con el periódico de la universidad, en otra estaba en un campo de aviación. De hecho, había numerosas tomas en las que se la veía en un aeropuerto.

Cogí una de ellas y me di cuenta de que estaba fechada hacía seis años. Se había recogido el cabello en un moño y estaba vestida de agente de embarque, no de asistente de vuelo. No solo eso: no llevaba el uniforme de Elite Airways, sino uno rojo y blanco de Delta Airways en algunas instantáneas y en otras el azul y rojo de American Airways.

«Interesante...».

Antes de que pudiera pensar en cómo se las había arreglado para trabajar en tres líneas aéreas que competían entre sí en el mismo período de tiempo, vi dos fotografías de nosotros dos en la pared. Confuso, las cogí y vi que las había hecho mientras yo dormía. Ella tenía los ojos entrecerrados y un sujetador negro exponía un poco sus pechos. Sonreía a la cámara mientras descansaba sobre mi pecho.

De repente, regresó al dormitorio y cerró la puerta.

—¿Qué es esto? —Levanté las imágenes antes de que hablara.

—Nada. —Se sonrojó y se acercó, tratando de quitármelas. Las aparté y tiré de ella para sentarla en mi regazo, de frente a mí.

—La próxima vez agradecería que me avisaras —dije.

—¿De verdad posarías para una foto conmigo?

—No, pero la próxima vez que pasemos la noche juntos en alguna parte, me

aseguraré de que tu móvil no esté cerca. —Le pasé las manos por los muslos —. ¿Por qué no puedes volar conmigo esta mañana?

—Mi familia viene a Nueva York por lo de la propuesta que te conté.

—¿Y qué? Odias a tu familia.

—Sí, ya... Pero tengo que reunirme con ellos en el aeropuerto dentro de un par de horas y explicarles todo.

—¿Qué es todo?

—Una larga historia.

—Hazme una versión abreviada.

Soltó un suspiro.

—Todavía creen que sigo teniendo el mismo trabajo impresionante que tenía hace años, que estoy haciendo algo digno con mi vida. Piensan que sigo viviendo en Lexington Avenue, y mi madre y mis hermanas esperan poder alojarse en ese apartamento, ¿sabes?

—¿Y les vas a contar toda la verdad cuando lleguen?

Asintió.

—He reservado varias habitaciones en el Hilton. Tendrán que pagarlas, pero he querido asegurarme de que no venían a este apartamento.

—Esto no es un apartamento. —Puse los ojos en blanco, dispuesto a discutir sobre ese tema más adelante—. ¿Quieres estar presente cuando tu hermano haga esa propuesta?

—No —se burló—. Sobre todo porque sé que tanto él como todos los demás se van a pasar el fin de semana hablando de mí cuando se enteren de la verdad.

—Entonces no se la digas. Explícales que te ha surgido algo, y que te has mudado a Park Avenue, al Madison. —Sin duda me había vuelto completamente loco—. Los recibiremos en el aeropuerto, los saludaremos y los llevaremos al apartamento. Después nos largaremos a pasar el fin de semana por nuestra cuenta.

La vi parpadear.

—¿Qué dices, Gillian?

No dijo nada. Se inclinó hacia delante y apretó los labios contra los míos.

—Gracias.

—De nada.

—¿A dónde vamos a volar?

—A Londres.

—¿Con qué aerolínea? —preguntó.

—Con ninguna. Será un vuelo privado. —Sentí que mi polla se ponía dura en los pantalones—. Date prisa y vístete antes de que me ponga a follarte aquí mismo y no podamos marcharnos.

PUERTA B32

Nueva York (JFK) —> Londres (HTW)

GILLIAN

Unas horas después, me sonrojé mientras Jake me hacía apresurarme a su lado después de traspasar los escáneres de seguridad. Ambos íbamos vestidos con ropa *sport*, y resultaba diferente atravesar el aeropuerto sin las exigencias del trabajo.

—¿Vas a pilotar tú solo el avión?

—No. —Me miró—. Llevaremos un piloto que me relevará a mitad del vuelo y una asistente.

—¿Para qué los necesitamos?

—Para que tú y yo podamos disfrutar de que nos sirvan un almuerzo y follar por encima de las nubes.

—¿Qué? —Sentí que se me volvían a enrojecer las mejillas.

—Ya me has oído. —Sonrió mientras me conducía a la puerta 24A, donde estaba previsto que desembarcara el vuelo de Boston en el que venía mi familia. Me mantuvo cerca mientras esperábamos en los asientos, besándome sin cortarse cada pocos minutos.

Pasaban veinte minutos de la hora prevista cuando los pasajeros atravesaron la puerta y, como sospechaba, los miembros de mi familia —que viajaban en primera clase— fueron los que antes salieron del avión.

—Ahora vuelvo —le dije a Jake, levantándome para dirigirme hacia mi madre.

—Hola, Gillian —me saludó ella, antes de abrazarme—. Estás preciosa esta mañana.

—¿En serio? —intervino Amy de inmediato—. ¿Vives en la ciudad de la moda y te has puesto unos vaqueros rotos y una camiseta? Ya veo...

—Estaba siendo agradable, Amy —se apresuró a añadir mi madre—. Estoy segura de que cuando sea la proposición, Gillian no se vestirá así. Llevará

ropa tan adecuada como los demás. ¿Verdad, Gillian?

Brian movió la cabeza y me lanzó su acostumbrada mirada de disculpa. Mi padre me abrazó antes de decir que necesitaba descansar un poco, y cuando empecé a sacar la tarjeta de acceso al ático del Madison del bolsillo, Claire comenzó a interrogarme como de costumbre.

—¿Ben y tú os habéis arreglado? —Me lanzó una mirada de simpatía fingida—. ¿O él se ha dado cuenta de que es el pez gordo y tú quien lo necesita más?

—¡Ja! —se rio Amy—. Llegas tarde. Ben ha pasado a la historia, vi una foto de él en Facebook muy bien acompañado. Alguien que parece que sí sabe hacer algo con su vida. Es escritora, creo.

—¡Oh, maravilloso! —intervino mi madre—. Es increíble. Quizá puedas llamar a Ben y pedirle que te la presente, Gillian. Si es editora, quizá puedas conseguir que te publique tus próximos libros. Quizá te abra las puertas de una editorial importante.

Apreté los dientes, dispuesta a decirles que hasta aquí había llegado y que podía irse a la mierda, pero de repente Jake me rodeó la cintura con el brazo.

—No —me susurró al oído—. Creo que deberías presentarme —dijo un poco más alto, antes de besarme la frente.

—Mamá, papá... —hice una pausa—, queridos hermanos, os presento a Jake. Jake, estos son mis padres y estos mis hermanos, Amy, Mia, Claire y Brian.

Brian y mi padre le tendieron de inmediato el brazo para estrecharle la mano, pero todas mis hermanas, y también mi madre, se quedaron paralizadas mirando a Jake. Parecían muy impresionadas.

—¿Es tu novio? —preguntó Amy, parpadeando un par de veces mientras se daban la mano—. Esto... mmm... ¿Lo eres, Jake?

—Sí —repuso Jake antes de que yo pudiera decir nada, sin apartar la otra mano de mi cintura—. Resulta que se me ha ocurrido sorprender a Gillian hoy con un vuelo. No me he dado cuenta de que coincidía con la propuesta. —Miró a Brian—. Pero vamos a intentar regresar a tiempo.

Mis hermanas asintieron al unísono mientras él mostraba sus dientes blancos. Era la primera vez que las veía sin palabras, y grabé aquella imagen en mi memoria.

—La tarjeta, Gillian... —me recordó Jake por lo bajo—. Dales la tarjeta.

Saqué la llave en forma de tarjeta del bolsillo trasero del pantalón y se la entregué a mi madre.

—Me he trasladado al edificio Madison, en Park Avenue. Te he enviado un correo electrónico con la dirección por si no te acuerdas al decírselo al taxista. Ya le he dicho al portero que os espere y os ayude con cualquier cosa que necesitéis mientras estéis aquí.

—Gracias —dijo ella, con los ojos todavía clavados en Jake.

—Oye, espera un momento —me llamó Brian—. Entonces, vas a intentar estar de regreso esta noche para la propuesta, ¿verdad, Gillian?

—Por supuesto. —Le brindé mi mejor sonrisa, respondí a algunas preguntas más tanto de él como de mi padre sobre la ciudad y luego me despedí.

Fueron hacia la sala de equipajes mientras los observaba. Pillé a alguno de ellos lanzando una miradita por encima del hombro de vez en cuando hasta que se perdieron de vista.

—¿Preparada? —me preguntó Jake unos minutos más tarde.

Asentí y me cogió la mano para conducirme a la terminal más moderna y pequeña del JFK, la que utilizaban los aviones privados y de alquiler.

Pasó su identificación por la puerta y me guio a bordo de uno de los aviones más lujosos del mundo. Un Gulf-Stream 650.

—No sé si atreverme a preguntarte cómo puedes permitirte esto —murmuré, segura de que no me iba a responder.

—No tengo que «permitírmelo» —confesó, sonriéndome—. Son beneficios por haber pilotado con anterioridad para Signature Airlines. Todavía tienen que cumplir ciertos requisitos con cualquier persona que alcance un cierto estatus. ¿Contenta?

—No. ¿Cómo puedes pagar ese apartamento en Park Avenue?

Sonrió otra vez, haciendo un gesto para que me sentara en un asiento de cuero. Se inclinó y me abrochó el cinturón de seguridad.

—Me lo regaló alguien especial. No, no es una exesposa, ni un fondo fiduciario.

—¿Tu madre?

—Sí. —Me retiró el pelo de la cara—. Y antes de que me preguntes, porque tengo la sensación de que lo vas a hacer, para los relojes es la misma respuesta.

—Así que, en realidad, no eres rico e independiente.

—No necesariamente. —Una sonrisa curvó sus labios—. ¿Hemos hablado suficiente desde las seis de la mañana o tenemos que comentar algo más?

—No, no es necesario. Por ahora.

—Gracias. —Dio un último tirón al cinturón de seguridad—. Nos vemos en cuanto estabilice el aparato. —Se dirigió a la cabina de mando y la asistente me puso un enorme vaso de zumo de naranja delante.

Me ofreció también un menú de desayuno de cuatro páginas, pero lo dejé a un lado y me agarré a los reposabrazos para prepararme para el despegue.

Con los ojos cerrados, escuché a Jake hablando con el otro piloto en la cabina.

—Alerones, en orden; *transponders*, en orden; *de-ice*, en orden; luces, encendidas... —Su voz comenzó a desvanecerse mientras el avión se movía, alejándose de la terminal.

Sin tener que fingir una sonrisa para los pasajeros más observadores, mantuve los ojos cerrados mientras el avión recorría la pista de aterrizaje, chocando contra el aire a máxima velocidad hasta que se estabilizó en el cielo.

Reclinada contra el respaldo, me pasé las manos por los vaqueros durante varios minutos, esperando escuchar la confirmación verbal de que habíamos alcanzado la altura de crucero, pero parecía que el anuncio no llegaba nunca.

—Ya puedes moverte con libertad por la cabina. —Jake me acarició de repente la mejilla con el dorso de la mano, haciendo que abriera los ojos. Curvó los labios en una sonrisa—. ¿Estabas esperando que diera el anuncio?

—Sí, es lo que ocurre normalmente.

—Solo en vuelos comerciales. —Me desabrochó el cinturón de seguridad y se sentó enfrente de mí—. ¿Qué estás pensando?

—Que realmente puedes ser el hombre perfecto si te da la gana. ¿Qué estás pensando tú?

—Estoy pensando en tu boca —confesó—. La he echado de menos.

—¿Su aspecto?

—El aspecto que tiene cuando rodea mi polla. —Se inclinó hacia delante y me cogió por las muñecas para tirar de mí hacia él—. Tengo que hacerte un par de preguntas personales.

—Pues me pensaré qué responder. —Me burlé, consiguiendo que me diera un beso en el cuello.

—Sé que llevamos un tiempo separados, pero ¿con qué frecuencia has pensando en follar conmigo?

—¿Qué? —Tragué saliva.

—Ya me has oído, Gillian —dijo en voz baja—. ¿Con qué frecuencia?

—Mucha...

—Define «much».

—Todos los días.

—¿Quieren comer algo ahora? —nos preguntó la asistente, acercándose a nosotros—. ¿Les gustaría disponer de más tiempo para mirar la carta del desayuno?

—No —repuso Jake, poniéndose de pie—. Comeremos más tarde. —Me cogió de la mano y me arrastró hasta la parte trasera del avión, donde había un pequeño dormitorio. Cerró la puerta y se acercó a mí sin dejar de mirarme.

—¿Todos los días? —insistió, retomando la conversación—. ¿Eso es lo más concreta que puedes llegar a ser?

Moví la cabeza, asintiendo, sin saber a dónde quería llegar. Antes de que pudiera preguntarle algo, el avión se sacudió ligeramente y se desvió hacia la derecha, haciendo que me inclinara hacia la pared.

Jake se mantuvo en su lugar, sin inmutarse ante ningún tipo de turbulencia, como siempre.

—Cuando nos encontramos hace unos meses en la sala de correo, me dijiste que habías tenido sexo mejor con alguien que no era yo. Gilipolleces aparte, ¿era siquiera medio cierto?

—¿De verdad te acuerdas de eso?

—Responde a la pregunta.

—No, no era cierto. —Sentí que el avión se agitaba de nuevo—. ¿Por qué me preguntas eso después de tanto tiempo?

—No tengo ninguna razón. —Me agarró con fuerza la coleta y lanzó la banda elástica al suelo. Sin dejar de mirarme, cogió el dobladillo de la camiseta y me la pasó por la cabeza.

—Quítate los pantalones —ordenó.

Me llevé las manos al botón y me lo desabroché, observándolo mientras él también se deshacía de los vaqueros y la camiseta.

Se quedó completamente desnudo frente a mí, con la polla dura y erecta. Empecé a temblar al recordar todo lo que había estado perdiéndome. Suspirando, se acercó con la vista clavada en lo único que todavía llevaba puesto: las bragas. Sin mediar palabra, me las arrancó, dejando caer al suelo los pedazos.

—Dame tu móvil.

Confusa, me incliné y lo saqué del bolsillo de los vaqueros para entregárselo.

—¿Qué vas a hacer?

—Le queda memoria para grabar un vídeo, ¿verdad? —No me dio la oportunidad de responder, y se puso a toquetear la pantalla—. Sí, tiene capacidad... —Me cogió de la mano y me llevó hasta el pequeño sofá que había en la esquina.

Pensé que quería sentarse en él, pero permaneció de pie.

Apretó la polla contra mi culo y colocó el móvil delante de nosotros. Nuestros cuerpos desnudos eran visibles cuando la luz roja que indicaba que el aparato estaba grabando apareció en la pantalla. Antes de que pudiera preguntarle qué demonios estaba haciendo, apretó la boca contra mi piel y arrastró lentamente la lengua desde mi hombro derecho a mi hombro izquierdo.

Sosteniendo el teléfono con una mano, me rodeó la cintura con la otra y me acercó lo suficiente para que su polla quedara encajada entre mis nalgas. Siguió depositando besos en mi carne, mordisqueándola con suavidad.

—No apartes los ojos de la cámara, Gillian... —susurró—. Míranos.

Noté las mejillas rojas mientras me veía en la pantalla, con los ojos abiertos como platos. Sus ojos azules se encontraron con los míos en el cristal, los suyos brillantes de malicia mientras sus besos se convertían en un juego más insoportable cada segundo que pasaba.

De repente, me dio la vuelta para que me enfrentara a él y me cubrió los labios con los suyos, profundizando el beso antes de que pudiera decir nada. Su boca se movió contra la mía, húmeda y brusca, exigiéndome que siguiera su ejemplo.

—Relájate, Gillian —susurró mientras continuaba grabándonos—, estás a punto de ver por qué exactamente soy tan adicto a follar contigo.

Sin añadir nada más, me inclinó sobre el sofá, haciendo que mi cuerpo se arqueara hasta que mi pelo rozó el suelo. Me golpeó el trasero con la mano varias veces, y yo jadeé cada vez. Luego deslizó despacio la mano entre mis muslos; lo sentí contener la respiración al notar lo mojado que estaba mi coño.

Vi que dejaba el móvil en los cojines y lo oí abrir un condón. Lo siguiente que sentí fue su dura erección contra la piel. Me retorció el pelo con los dedos y tiró de mí hacia atrás mientras me llenaba por completo.

Grité de inmediato con una mezcla de placer y dolor, pues seguía sin acostumbrarme a lo profundamente que podía sumergirse en mi sexo, a la forma en la que me poseía con cada empuje.

—Mira cómo te follo en este momento, Gillian... Mira cómo tu coño me responde solo a mí —susurró con dureza, aunque no me dio la oportunidad de moverme. Me tiró del pelo, obligándome a mirarme en la pantalla.

No reconocí a la mujer que veía.

El sudor hacía brillar mi piel, mis labios se separaban con cada gemido que emitía, y cuando me aferré a las piernas de Jake para mantener el equilibrio, parecía completamente fuera de control. Era como si quisiera seguir follando sobre todas las cosas. Cuando por fin me soltó el pelo, me rodeó a la altura del pecho y me agarró los senos antes de apretarme los pezones.

Jadeando, cerré los ojos un instante, pero él me exigió que los abriera.

—Quiero que te veas. —Me castigó mordéndome con fuerza el lóbulo de la oreja—. Quiero que veas cómo follamos..., por qué necesitamos esto... Por esto no puedo estar lejos de ti, Gillian —susurró Jake mientras la luz roja del móvil seguía parpadeando y el sonido del roce de nuestras pieles llenaba la habitación—. Exactamente por esto.

Me mordí el labio cuando sus caderas impactaron contra las mías y me llevó la mano hasta el clítoris. Sentí que el pequeño brote inflamado vibraba debajo de mis dedos empapados, sentí que mi coño continuaba palpitando ante el ritmo imprudente que marcaba Jake.

De repente, él me agarró la mano y empezó a chuparme los dedos. Gimió al saborear mi humedad. Sentí que los músculos de las piernas comenzaban a tensarse cuando empezó a reducir la velocidad con que me embestía, y mientras me sostenía contra él, nos corrimos juntos por primera vez.

Me desplomé en el sofá, liberando su polla al caer, y él se quedó en pie, mirándome.

Cerré los ojos mientras recuperaba el aliento. Varios minutos después, me di cuenta de que todavía estaba mirándome.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. —Sonrió y cogió mi móvil, apagando la luz roja antes de entregármelo—. Ya lo verás.

—¿Querías grabarlo para que pudiera vernos más tarde?

Asintió.

—¿Por qué?

—Porque la próxima vez que discutamos, si discutimos de nuevo, tendrás un recordatorio visual de que no necesitas perder el tiempo buscando a otra persona. —Se acercó y me cubrió la boca con la suya. Luego continuó

compensando el tiempo perdido separándome las piernas y deslizando su
polla en mi interior una vez más, para follarme lentamente una y otra vez.

PUERTA B33

Londres (HTW)

GILLIAN

Tomamos tierra en Londres esa noche, mucho más tarde. La familiar niebla de la ciudad nos recibió con los brazos abiertos. Todavía impregnados en el olor a sexo, nos registramos en el hotel y nos duchamos. Luego Jake me llevó de compras.

Saciada por completo después de lo que habíamos hecho en el avión, me quedé dormida entre sus brazos, sintiéndome más completa y feliz que nunca. Y mientras me iba quedando dormida, mecida por sus besos, esperé —esperé de verdad— que pudiéramos seguir así por lo menos un mes...

Cuando me desperté por la mañana, dolorida y exhausta, tenía a mi izquierda una bandeja con un completo y variado desayuno. Había una nota de Jake justo al lado de las fresas.

«He tenido que hacer un par de llamadas.
Vuelvo enseguida.
Jake».

No dejé que mi mente vagara pensando por qué había sentido una vez más la necesidad de salir de la habitación para hablar por teléfono; decidí dejarlo pasar.

Me senté y me puse a tomar el desayuno mientras miraba los mensajes de texto que había recibido en el móvil.

Mi madre: Tu apartamento es mucho mejor de lo que esperaba. Gracias por permitirnos usarlo.

Mi madre: Gillian, ¿cómo eres capaz de pagar esto? (Dime que no te dedicas a trapear con drogas, por favor).

Amy: Te has perdido la petición del año... ¡Ha sido increíble, Gillian!

Heather: Ojalá hubieras podido estar presente. ¿Qué tal está Jake?

Brian: ¡¡Me ha dicho que sí!! Luego te enviaré fotos. ¡¡Ha sido épico!!!

Meredith: La propuesta de tu hermano fue de vergüenza ajena. Me debes una gorda por obligarme a perderme la noche del sábado con eso. O_o. Adjunto fotos.

Meredith: [Img] [Img] [Img]

Me reí antes incluso de abrir las imágenes, agradeciendo haber evitado la celebración «épica» del fin de semana. Cuando estaba mirando la fotografía de mi hermano llorando mientras hacía la propuesta de rodillas, Jake volvió a la habitación.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó, dejando el móvil en el escritorio.

—La propuesta de mi hermano. —Le mostré la pantalla del teléfono—. Se puso a llorar incluso antes de pedírselo.

Miró la imagen y arqueó una ceja.

—Interesante.

—Si alguna vez en el futuro piensas hacerme una proposición, por favor, no se te ocurra llorar delante de mí. Lo arruinaría todo.

Ignoró mi comentario y apretó una fresa contra mis labios.

—Vístete. Solo tenemos día y medio y quiero llevarte a un sitio.

Sonreí mientras me levantaba rápidamente de la cama. Me puse los vaqueros y el suéter que me había comprado la noche anterior bajo su atenta mirada.

Cuando terminé, me cogió de la mano y salimos del hotel, donde nos esperaba un taxi. Ya en el interior, me hizo sentarme en su regazo y me pasó los dedos por el pelo mientras el vehículo recorría las calles adoquinadas.

—¿A dónde vamos? —le pregunté en voz baja.

—A un lugar que creo que te puede gustar.

Unos minutos más tarde, el taxi se detuvo delante de Hatchard's, la librería más antigua de Londres.

No pude evitar que una enorme sonrisa se propagara por mi cara mientras me ayudaba a salir del coche. Me condujo al interior, pasando por el famoso café y los escaparates hacia un letrero y una sala donde ponía «¡Hoy, firma de libros!».

—¿Me has traído a una firma? —Levanté la vista hacia él, incapaz de contener la emoción—. ¿Se trata de John Grisham?

—Por desgracia, no —se rio.

—Entonces, ¿quién es?

—¿Es eso lo más importante en una firma? —preguntó interesado, como si realmente estuviera intentando descubrirlo.

—No —sonreí—. Esta vez no.

Me trajo una silla.

—Iré a buscarte un café. Tres azucarillos y polvo de avellana, ¿verdad?

—¿Te acuerdas?

—No, en absoluto. —Me besó en la frente antes de alejarse.

De repente, un fuerte aplauso resonó en la habitación y todos los presentes se pusieron en pie cuando una mujer vestida de rojo subió al pequeño escenario que había en el frente.

—Damas y caballeros —pronunció—. ¡Muchas gracias por acompañarnos hoy en Hatchard's! Tenemos el honor de presentarles a nuestra invitada del mes. Por favor, demos la bienvenida a la reconocida y mundialmente famosa autora de *El club de la milla al descubierto* y *Nueva York, Nueva York*, Brooke Clarkson.

Dejé inmediatamente de aplaudir y mi corazón se hundió en un pozo sin fondo mientras mi pasado chocaba con mi presente.

La autora, vestida con un precioso vestido negro y la famosa sonrisa de un millón de dólares que conocía todo el mundo, saludó a la audiencia tras tomar asiento.

—¡Hola! —dijo, tan perfecta como años atrás, cuando me mostré en desacuerdo con ella e hizo que me despidieran—. Estoy muy feliz de estar aquí hoy.

Todos se rieron y asintieron como colegiales ansiosos mientras mi antigua carrera aparecía ante mí, mientras todo el dolor y la rabia que había sentido entonces aterrizaban en mi vida actual.

—Me gustaría empezar con una ronda de preguntas y respuestas antes de ir al grano —dijo.

Me puse en pie muy despacio, dispuesta a salir corriendo.

Abandoné la habitación y casi choqué con Jake, que me siguió hacia las puertas. Me cogió de la muñeca antes de que pudiera salir. Al ver mi expresión, me llevó hacia la parte trasera de la librería y me apretó contra los estantes.

—¿Qué te ha pasado, Gillian? —Encerró mi cara entre las manos, intentando

leer en mis ojos.

Negué con la cabeza.

—¿Otra larga historia?

—Sí, pero... no quiero hablar de ello.

—Entonces no lo hagas. —Dejó el café en la repisa—. Pero no vamos a perder el resto de la cita.

—¿Es una cita? —Sonreí—. Pensaba que no tenías citas.

—Creo que no las tenía. —Me empujó contra la estantería y apretó la boca contra la mía, haciéndome olvidar con rapidez todo lo demás. Aunque solo por un tiempo...

Cuatro horas después, me desperté en medio de la noche con el sonido de la voz de Jake en el balcón. Gritaba a alguien al tiempo que lanzaba algo de cristal al suelo.

—¿Cómo se te ocurre esperar hasta ahora para contarme eso? —gruñía—. ¿Te haces una idea del tiempo que llevo esperando que...? —Tiró algo más—. ¡Que te jodan! ¡Hostia ya! Voy para allá.

Me senté en la cama, clavando los ojos en las puertas correderas. Él irrumpió en el dormitorio, me miró y sacudió la cabeza. Se bebió uno de los chupitos que dejamos sin tomar la noche anterior y cogió los pantalones.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

—¿Juntos?

—No. —Marcó un número de teléfono antes de acercarse el móvil a la oreja—. Sí, necesito un billete en primera clase para Nueva York. No, me da igual la compañía aérea, pero quiero que el vuelo salga hoy, a ser posible en las próximas tres horas. Mejor JFK que La Guardia. Sí... Sí, gracias.

Noté que me vibraba el móvil al entrar un correo electrónico.

Asunto: Confirmación de vuelo.

Gracias por volar con Delta Airways. Estaremos esperándola en la cabina de primera clase. Por favor, haga clic en el archivo adjunto para conocer el horario de su vuelo.

[PDF]

Vi que Jake empezaba a vestirse sin añadir nada más y que me hacía un gesto para que hiciera lo mismo. No me habló mientras salíamos juntos del hotel, ni siquiera me miró después de subirnos al taxi que nos llevó al aeropuerto.

—Me has hecho albergar esperanzas de nuevo, Jake —dije por lo bajo—. Me has hecho albergar esperanzas y has vuelto a pisotearlas sin ninguna razón. Sin ninguna explicación.

—No puedo darte una explicación en este momento, Gillian —expuso—. No puedo, de verdad. Todavía no.

—Entonces no creo que puedas nunca... —No dije nada más durante el resto del trayecto.

Cuando el vehículo se detuvo en la zona de embarque de Delta, me abrió la puerta.

—Que tengas un buen vuelo —se limitó a decir.

—Pensaba que ibas a contarme lo que te pasaba. ¿Tiene algo que ver con la razón por la que estás actuando así en este momento?

—Sal del coche, Gillian.

Sacudiendo la cabeza, cogí el bolso y salí, ignorando el agonizante dolor que sentía en el pecho.

—Gracias por no luchar contra mí —dijo, inclinándose para besarme en la frente. Yo di un paso atrás.

—¿Sabes que siempre has dicho que se necesitaba una razón de verdad para que esto llegara al final?

—No me hagas esto ahora, Gillian. No sabes lo que está pasando.

—Lo sé. —Me alejé un paso—. Estamos en ese punto. Esto es el final para mí, Jake. Adiós.

Me alejé de él por última vez.

PUERTA B34

Londres (HTW) —> Newark (EWR)

JAKE

En este momento no tenía tiempo para pensar en los sentimientos de Gillian. Solo recibía esta clase de llamadas o mensajes cada cierto tiempo y, cuando ocurrían, tenía que actuar con rapidez.

En el momento en el que aterricé en Newark, fui en taxi directamente a un remanso de paz en medio de los suburbios. Corrí al interior del solitario edificio que había en el centro de la manzana y entré con la firme esperanza de que no fuera demasiado tarde esta vez.

Recorrí el pasillo hasta la habitación número ocho, y pasé despacio los dedos por la placa con el nombre de su ocupante: Sarah Irene Weston.

Cuando entré, la mujer que había en la cama se sentó inmediatamente.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Ha venido a ver a Sarah? —Señaló la cama vacía que había a su lado.

—Sí —repuse—. Estoy aquí por Sarah. ¿Sabe dónde está?

—Estará de vuelta dentro de una hora o así. —Dio una palmada en el borde de su colchón—. ¿Me hace compañía hasta que vuelva?

Asentí y me acerqué para sentarme en su cama.

Permaneció en silencio durante unos minutos, como si estuviera esperando a Sarah, pero luego empezó a hablar.

—No hace suficiente calor aquí —comentó finalmente—. Siempre tengo que pedir mantas.

—Lamento escucharlo. —Me di cuenta de que estaba enterrada debajo de cuatro y que había un montón más en la esquina.

—Está bien. Me toman el pelo cada vez que pido una. Al parecer, he pedido tantas que algunos donantes anónimos me envían más. Lo único que tengo que hacer es llamar a un lugar que se llama Fábrica de Mantas y las traen enseguida.

—Eso está muy bien. —Miré hacia la puerta para ver si había cerca alguna enfermera.

—¿Verdad? —Sonrió—. No me gusta la comida de aquí, así que otro donante anónimo me envía alimentos todos los días. ¿Cómo se llama, hijo?

—Jake.

—¿Jake? —Se le iluminaron los ojos—. ¡Mi hijo se llama Jake! Jake Weston. Es piloto, ¿sabe?

—¿De verdad?

—Sí. —Parecía orgullosa—. Me manda recuerdos de todas las ciudades a las que vuela. Casi siento que he viajado por todo el mundo.

—Es muy amable de su parte.

—Es muy bueno. —Asintió con la cabeza—. Muy terco también. O se hacen las cosas a su manera o de ninguna.

—No siempre...

—Oh, créame... —Se rio—. Conozco a mi Jake. Lo ha sido siempre... Ahora tiene unos veinte años. —Señaló el montón de mantas para que cogiera una. Se la puse encima y la arrojé con ella.

—Jake, ¿tiene hijos? —preguntó ella.

—No.

—¿No? ¿Por qué? Está en la mejor edad para establecerse y tener unos cuantos críos.

—No tengo tiempo.

—¿Tiempo? —Se rio—. Oh, ¡¡ahora ha sonado igual que mi Jake!! Eso es lo mismo que dice él. Voy a tener que hablarle de usted. Tiene que saber que hay otro Jake en el mundo que no quiere tener hijos. —Miró hacia la puerta—. Dado que Sarah está tardando tanto, ¿podemos hablar un poco más? ¿Puedo contarle cosas de mi Jake?

Asentí con la cabeza. El dolor que tenía en el pecho amenazaba con volverse insoportable.

—Bueno, ¿sabe eso que dicen de que una madre nunca tiene un hijo favorito?

—Esperó hasta que asentí—. Entre usted y yo, Jake siempre ha sido mi favorito. Cuando falleció mi padre y me legó ese monstruoso ático en Manhattan, se lo regalé a Jake. Solo para él. También le entregué a mi otro hijo algo bonito, muy bonito en realidad. Pero está en las afueras, ya que ese sí me decía que quería tener familia... —Se interrumpió—. Luego lo vendió... apenas por la mitad de lo que valía.

—Lamento escucharlo.

—No lo haga. Hice lo mismo con los relojes de mi padre —continuó—. No sé por qué me los dejó, pero Jake los apreciaba, por lo que merecía tenerlos. — Se inclinó sobre la cama y abrió un cajón, sacó mi foto del anuario del instituto y me lo enseñó con una sonrisa.

Moví la cabeza, asintiendo al ver la imagen, deseando haber llegado antes.

—No suelo hablar con frecuencia, Jake —explicó—, y dado que tenemos que esperar a Sarah por lo menos una hora más, puedo seguir contándole historias, si quiere...

Sin preguntar nada más, me contó interminables historias de mi infancia, cuentos que había oído un millón de veces antes y vivido de primera mano. Las adornaba con detalles aquí o allá, haciendo que yo pareciera un poco más travieso, como siempre.

Cuando estaba en medio de una en la que «Jake» se había escondido en casa durante la noche, cogió el vaso de agua de la mesilla de noche y bebió agua despacio. Después, lo dejó de nuevo en su lugar y me miró, abriendo más los ojos a cada segundo que pasaba.

—¿Por qué... por qué está sentado en mi cama? —preguntó—. ¿Quién es usted?

—Lo siento. —Me levanté—. Discúlpeme, señorita. Debo de haberme equivocado de habitación.

—No, está bien. No pasa nada. ¿Ha venido a ver a Sarah?

Me senté de nuevo, dejando que me contara de nuevo las mismas historias de antes una y otra vez, observándola mientras recordaba y volvía a olvidar a los cinco minutos. Y cuanto más hablaba ella, más me preguntaba yo si sabría que estaba técnicamente muerta. Que su nombre y su imagen estaban grabados en un avión, en un vuelo que nunca había tomado, que era la protagonista de una historia falsa que jamás oiría.

De vez en cuando recordaba al azar cosas recientes.

—Mi marido siempre me hablaba de Jake...

—Él te mintió —diría yo—, nos mintió a todos... Utilizó ese accidente para su conveniencia...

Y a pesar de que podía caer fácilmente en otra letanía feliz y olvidarlo todo, lo único que yo veía era que mi padre había mentido una y otra vez. Que había usado cualquier oportunidad para reforzar su imagen, que me había borrado de su vida a mí y a cualquier otra persona que se interpusiera en su camino. Que

cuando se enteró del diagnóstico de la enfermedad neurológica de mi madre y su corta esperanza de vida, aprovechó el accidente de aviación para decir que había muerto en él, y ganarse así simpatías y financiación.

Amor a cambio de codicia y adulación hueca. Todo por nada.

Sabía que no iba a ser capaz de funcionar bien durante las próximas semanas, que iba a romper el contenido de mi apartamento, como siempre. Que verla así, cada vez peor, sin tener a mi lado a alguien digno de confianza con quien hablar al respecto, tendría un efecto duradero en mí.

«Quizá, después de todo, fuera mejor que Gillian me hubiera dejado».

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Esta es la última vez que voy a decir esto.

La última.

Mi corazón no puede aguantar otra serie de discusiones airadas, una nueva edición de este peligroso juego «¿Alcanzaremos la meta?». ¿Habrá una meta siquiera o solo será otro giro en este interminable carrusel de altos y bajos?

Sí, este hombre folla de una forma sublime, y me deja con ansias de más en cuanto sale de mí. Y sí, la forma en que me satisface con su boca y cómo consigue que me corra durante horas es inigualable. Pero la manera en que encajamos (o más bien no encajamos) ha alcanzado por fin su punto culminante.

No volveré con él.

No volveré con él.

No. Volveré. Con. Él.

Si me llama, no pienso responder.

Si me envía un mensaje, no voy a responder.

Si me manda un correo electrónico, no lo abriré.

He terminado.

De verdad.

Hasta pronto.

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *Ya he escuchado esto antes... Veamos cuánto tiempo pasa... O_o*

ENTRADA DEL BLOG

Dos semanas más.

No hay mensajes de él, ni llamadas.

Aunque tuvimos que compartir un vuelo corto entre Charlotte y Houston, y que le tuve que pedir que firmara un formulario para confirmar que un pasajero estaba siendo demasiado grosero y ofensivo conmigo durante el desembarque, eso fue todo.

Apenas me miró mientras firmaba, y cada uno se fue por su lado en la terminal.

Me dio la impresión de que ni siquiera me veía...

Hasta pronto.

****Taylor G.****

1 comentario:

KayTROLL: *Me reservaré la opinión hasta que pasen ocho semanas...*

ENTRADA DEL BLOG

Cuatro semanas.

Nada.

Hasta pronto.

****Taylor G.****

No hay comentarios.

ENTRADA DEL BLOG

Seis semanas.

Todavía nada...

Solo un corazón roto y la triste constatación de que realmente lo amaba, pero él a mí no.

Hasta pronto.

****Taylor G.****

No hay comentarios.

ENTRADA DEL BLOG

Por fin me ha enviado un mensaje hoy, casi ocho semanas después de alejarme, y no ha sido una

disculpa. Ni siquiera un saludo.

Ha sido un: «Tengo que follarte. Llámame cuando oigas este mensaje».
Espero no volver a verlo. Lo estoy superando.

Hasta pronto.

Taylor G.

1 comentario:

KayTROLL: *Estás avanzando mucho...*

PUERTA B35

Nueva York (JFK)

JAKE

Me desperté con el sonido de susurros en mi dormitorio, que hablaban de mí como si yo no estuviera presente.

—¿Por qué este inquilino tiene que reemplazar siempre el televisor? —decía una voz—. Parece que lo rompe todas las semanas.

—Es una de sus muchas aficiones. —La voz familiar de Jeff flotó en el aire—. Disfruta haciéndolo.

—Sí, bueno. Probablemente debería decirle alguien que otras aficiones no cuestan mil dólares semanales.

—Estoy seguro de que lo sabe —intervino Jeff—. Gracias una vez más.

—De nada. Literalmente.

Oí que se cerraba la puerta y los firmes pasos de Jeff cada vez más cerca de mi dormitorio. Entró sin llamar a la puerta.

—De nada, señor Weston —dijo, dejando una factura en el tocador—. Y también de nada, por adelantado, por encontrar a una nueva persona que cuide de sus plantas.

—¿Qué ha pasado con la anterior?

—Creo que le dijo algo tipo «largo de mi casa» hace unos días, durante uno de sus episodios. ¿No lo recuerda?

—No.

—Ya veo. —Se encogió de hombros—. Bueno, si me necesita, estaré en la planta baja. Esperando su próxima serie de problemas.

—Espera...

—¿Qué?

—Le he enviado un mensaje a Gillian anoche y también la noche anterior. No me ha respondido.

Parpadeó.

—Se supone que tienes que llenar los espacios que tengo en blanco, Jeff. ¿Por qué coño no me ha devuelto el mensaje, ya que parece saber todo lo demás?

—No estoy seguro —dijo con simpatía—. Pero dado que han pasado más de dos meses desde la última vez que me habló de ella, asumí que habían terminado. —Cogió un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y escribió algo en la parte posterior de la factura. Luego salió de la habitación y del apartamento. Me levanté para ver qué había escrito en el papel.

«Ella vino a dejar el reloj. Está en la encimera de la cocina».

Gemí y me vestí para bajar en el ascensor privado hasta el aparcamiento. Empecé a mandarle a Gillian otro mensaje, pero antes de dar al botón, revisé el historial.

No me había escrito desde hacía semanas, y la última vez que lo hizo no me digné a responderle.

«Dios...».

Aceleré para salir del garaje en dirección a su apartamento, en Brooklyn. Arriesgándome a la ira de sus vecinos, aparqué el coche en mitad de la calle. Subí corriendo las escaleras exteriores, y sin molestarme en llamar al timbre, abrí la puerta y subí los cuatro tramos hasta su piso.

El letrero de «Dos chicas rotas» ya no estaba colgado de la puerta, pero llamé igualmente.

No obtuve respuesta.

Oía una voz femenina en el interior, así que llamé con más fuerza, negándome a permitir que Gillian me ignorara.

La puerta se abrió, pero no lo hizo Gillian ni su compañera de piso. Era una mujer mayor con un gato en brazos.

—Hola, ¿sí? —Me sonrió—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy buscando a Gillian Taylor.

—¿A quién?

—A la joven que vivía aquí. Pelo negro, ojos verdes, muy guapa. ¿Dónde está?

—¡Oh! ¿La chica que tenía esa compañera de piso tan loca? Se mudaron hace un mes.

«¿Hace un mes?».

—¿A dónde se mudaron?

—No estoy segura. —Se acarició el labio—. Pero seguramente, fuera donde fuera, es un lugar agradable. El padre de la chalada las recogió en una limusina. ¡Una limusina!

—Gracias. —Me alejé y bajé las escaleras para regresar al coche. No podía creer esta mierda. No era posible que hubiera pasado tanto tiempo sin que me diera cuenta.

Cuando giré la llave en el contacto, sentí que me vibraba el móvil en el bolsillo. Era un mensaje de texto.

«¿Gillian?».

Pulsé su nombre para leer la respuesta.

Gillian: Mmm... No sé si estás tratando de ligar conmigo o qué, pero este número no pertenece a ninguna Gillian. Yo soy Clara. Dicho esto, si realmente sigues interesado en «comerme el coño» toda la noche mientras me corro en tu cara, no es necesario que me envíes otro mensaje, llámame J

PUERTA B36

Atlanta (ATL) —> París (CDG)

JAKE

Una semana después, estaba en la puerta B4 del aeropuerto de Atlanta, imprimiendo los informes meteorológicos para el vuelo de esa noche con la esperanza de que el desgraciado con el que me tocaba volar fuera un piloto competente. El primer oficial que tenía designado como copiloto había sufrido una intoxicación alimentaria, por lo que me iban a enviar un piloto de la reserva para que el vuelo pudiera salir de una vez.

—¿Señor Weston? —dijo una familiar voz masculina a mi espalda—. ¿Señor Weston, es usted?

Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Ryan.

«Ryan, el del simulador».

«¿Qué cojones...?».

—Parece que al final nos toca volar juntos en la vida real. —Sonrió—. Quizá ahora sí me pueda mostrar el botón de la alfombra mágica, ¿verdad? —Se rio, esperando que me uniera a él.

Iba a esperar mucho.

Agarré el resto de los informes meteorológicos e hice una señal a la agente de embarque de que estábamos preparados. Y cuando nos llevaba hasta la puerta, vi a la supervisora de Gillian, una rubia, y a la propia Gillian andando hacia nosotros.

—Son las asistentes del vuelo 1543 a París, ¿verdad? —preguntó la agente de embarque—. Escanearé sus insignias después de que suban los pilotos a bordo. Un segundo.

Miré de nuevo a Gillian, esperando que sus ojos se encontraran con los míos, pero eso no ocurrió. Los mantenía clavados en el suelo.

—Señorita Connors —la oí decir cuando subieron a bordo del avión, unos segundos más tarde—, voy a dar lo mejor de mí en este vuelo, pero, por favor,

¿podría mantener al capitán Weston lo más alejado de mí posible si se decide a abandonar la cabina de pilotos?

La supervisora asintió moviendo la cabeza.

—Por supuesto —repuso, haciendo una mueca en mi dirección.

De todas formas, había planeado permanecer en la cabina de mando durante las primeras horas del trayecto, sobre todo porque no confiaba en Ryan para dejarlo solo ni cinco segundos, y no estaba seguro de si había bromeado cuando dijo lo del botón de la alfombra mágica.

—Damas y caballeros, les habla el capitán —dije a través de los altavoces cuando se completó el embarque—. En nombre de la tripulación, me gustaría darles la bienvenida a bordo del vuelo 1543 de Elite Airways con destino a París. La duración de este será de unas ocho horas y veinte minutos, y no esperamos ningún tipo de incidencias. Gracias por elegir volar con nosotros. Relájense y disfruten del vuelo. —Puse fin al mensaje y esperé turno para despegar.

—Mmm... ¿señor? —Ryan me dio un golpecito en el hombro.

—¿Sí, Ryan?

—No me gustaría faltarle al respeto ni nada, pero se le han olvidado cuatro frases del saludo obligatorio. Es toda una ofensa.

—¿Perdón?

—Ya sabe, todo eso de «¡Me encanta volar con Elite!», «¡Es el mejor trabajo y la aerolínea más maravillosa del mundo!», y luego se supone que debe decir algo ingenioso o contar una broma divertida para que los pasajeros se sientan cómodos.

Parpadeé.

—¿Te sientes cómodo tú, Ryan?

—¿Quiere una respuesta sincera?

—Por favor, me encantaría.

—Bueno, me sentiría mucho más cómodo si hubiera hecho una broma. Incluso me hubiera convencido de que es usted un ser humano y no el mismo robot que en las sesiones de simulador, y podría haber conseguido que me resultara más fácil copilotar un Airbus 321 por cuarta vez.

«¡Dios!».

—Elite uno, cinco, cuatro, tres listo para el despegue —dijo el controlador por el auricular—. Pista veintinueve.

—Recibido. Listo para el despegue. Elite uno, cinco, cuatro, tres entrando en

la pista veintinueve.

Empujé el acelerador hacia delante impulsando el avión por la pista a máxima velocidad. Las luces del aparato iluminaban el suelo en la noche azul oscuro de Atlanta, y las señales amarillas que marcaban los lados de la pista de aterrizaje brillaban con fuerza cuando el avión pasaba junto a ellas.

Subimos en el aire. Los tenues rastros de adrenalina que siempre me inundaban en un despegue corrieron por mis venas.

Ryan se mantuvo en contacto con los mandos, sorprendiéndome por su repentina profesionalidad, y cuando alcanzamos la altitud de crucero, a treinta y tres mil pies, apagué la señal del cinturón de seguridad.

—Damas y caballeros... —La voz de Gillian llegó a través de los altavoces, dejándome paralizado—. El capitán ha apagado la señal del cinturón de seguridad. Pueden moverse libremente con la cabina. Sin embargo, recomendamos que se abrochen el cinturón mientras estén sentados.

«Voy a conseguir hablar con ella en este vuelo...».

—Entonces... —dijo Ryan, aclarándose la garganta—, ¿no va a gastarme alguna broma? De verdad que me ayudaría.

—Claro. —Puse los ojos en blanco y me volví hacia él—. Toc, toc...

Lo vi sonreír.

—¿Quién es?

—Señor Cállate la puta boca. —Hice un gesto para que me entregara el portapapeles—. Ya que estamos aquí, déjame enseñarte algunas cosas para que no estrelles el aparato cuando necesite ir al baño.

«Cuando necesite salir en busca de Gillian...».

Tardé cuatro horas en convencerme de que Ryan era un buen piloto; solo necesitaba aprender a tomarse las cosas en serio. Cuando me aseguró que todo iría bien si estaba solo durante cinco minutos, salí de la cabina y vi a Gillian en el *office* más cercano.

—Hola —la saludé, acercándome a ella—. ¿Podemos hablar?

No me respondió.

—Gillian... —Me puse a su lado—. Gillian, sé que estás escuchándome, así que responde.

No levantó la vista. Continuó preparando las copas de postre y, cuando me incliné para verle la cara, vi que tenía lágrimas en las mejillas.

—Gillian, por favor, dime algo. Quiero arreglar las cosas.

—Le diré a alguien que le lleve su Coca-Cola dentro de un minuto, capitán.

—Agarró la bandeja y se alejó de mí.

Vi cómo servía a los pasajeros de primera clase mientras evitaba mi mirada. Se tomó su tiempo para verter el vino. Esperé a que regresara para obligarla a escucharme, pero no lo hizo. Se dirigió hacia el *office* que había al final de la aeronave y siguió sirviendo los postres a partir de ese punto.

Enfadado, regresé a la cabina para pensar de qué otras maneras podría llamar su atención. Tardé media hora antes de decidir que estaba dispuesto a que todos los ocupantes del avión escucharan lo que tenía que decirle si era necesario.

Atravesé entonces primera clase, *business* y turista buscándola. Llegué a la parte trasera del avión, hasta los lavabos, sin haber tenido suerte.

Molesto, llamé a la puerta del cuarto de baño de la izquierda y respondió una voz masculina. Golpeé de inmediato la puerta de la izquierda y, al instante, oí su voz familiar.

—Está ocupado —dijo—. La luz roja está encendida.

Volví a llamar de nuevo, ahora con más fuerza. La oí gemir.

—La luz roja está claramente... —Contuvo el aliento al abrir la puerta y me miró de arriba abajo. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la cara muy roja, sin embargo, seguía pareciéndome la mujer más guapa del mundo.

A su espalda, en el lavabo, había un montón de pañuelos de papel arrugados, y vi también el móvil en la repisa.

Consideré mantener la calma, soltar algunas tonterías.

—Gillian, tenemos que hablar —argumenté finalmente, poco dispuesto a perder el tiempo—. Tenemos que hablar ahora mismo.

—Paso. —Trató de cerrarme la puerta en las narices, pero la mantuve abierta y la empujé al interior antes de bloquearla.

Durante unos segundos ninguno dijo una palabra. Solo nos miramos en silencio, esperando que fuera el otro quien empezara a hablar. Supuse que era el mejor momento para disculparme, para decir algo agudo y tierno que estuviera seguro de que pudiera gustarle, pero tuve la sensación de que esas tonterías no funcionarían esta noche. Y, de todas formas, una pregunta mucho más importante rondaba mi cabeza.

—Jake, no tengo nada más que decirte —me dijo con suavidad—. Nada más.

—Vale, pues hablaré yo.

—En fin, es toda una ironía, dado que normalmente no hablas.

—¿Estás follando con otro?

—¿Cómo?

—¿Es necesario que lo repita? —Cerré la distancia entre nosotros—. ¿Estás follando con otro?

—Hace semanas que no hablamos —susurró—. No te visto desde hace semanas y ¿esto es lo primero que me preguntas? «Hola, Gillian, ¿qué tal va todo? Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos por última vez. ¿Cómo estás?».

—Hola, Gillian —repetí mirándola a los ojos—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos. ¿Qué tal estás? ¿Estás follando con otro?

—No.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Es la misma maldita pregunta.

—Entonces dame la misma maldita respuesta.

—No. —La veo cruzarse de brazos—. No, no estoy saliendo con otra persona, pero lo haré muy pronto. ¿Y sabes qué? Será con alguien que no me haga sentir una mierda cada pocas semanas, alguien que no desaparezca durante un tiempo haciéndome preguntarme todas las noches por qué me he abierto a él. Y mejor todavía, será alguien que me respete y no actúe como si amarme sea una carga.

—Jamás he dicho que amarte sea una carga.

—Jamás has dicho que me amas.

Silencio.

—Gillian... —La miré directamente a los ojos—. Escúchame.

—Que te jodan. Y déjame salir, por favor. —Me empujó, pero la mantuve inmóvil—. Jake, he dicho que me dejes salir de aquí.

—No. —La atraje hacia mí y le rodeé la cintura con un brazo, usando la mano libre para secarle las lágrimas con los dedos. Luego le pasé las manos por la espalda y le besé las comisuras de la boca, mordisqueándole con suavidad el labio inferior para tranquilizarla—. Sabes que no quiero volver a hacerte daño.

—¿Lo sé?

—¡Joder, deberías! —Volví a morderle el labio inferior, esta vez con más fuerza—. Necesito que nos des otra oportunidad —susurré contra su boca.

—¿Qué te hace pensar que soy tan estúpida como para hacerlo?

—Porque no soy el único que ha cometido un error. —Le rocé los labios con los míos—. Te recuerdo que la forma en la que empezamos fue bastante jodida.

—Sigue siendo muy jodido todo. —Parecía como si estuviera a punto de llorar de nuevo, pero se secó las lágrimas antes de que pudieran llegar a caer. Comenzó a hablar, a lanzar una de esas largas diatribas tuyas que tanto echaba de menos, y no pude evitar besarla en los labios.

Trató de apartarse de mí, de actuar como si no estuviera gimiendo, así que la besé con más fuerza, hasta que, por fin, se rindió.

—¿Estás tirándote a otras mujeres, Jake? —susurró contra mi boca.

—No.

—¿Estás saliendo con alguna más?

—No. —Le di una palmada en el culo y le tiré del pelo. Y mientras continuaba haciéndome preguntas como solo ella sabía, la besé hasta que estuvo tan jadeante que no podía hablar. Hasta que me lanzó una mirada vidriosa que me indicaba que ahora sí estaba realmente dispuesta a escucharme.

—Podemos hablar esta noche —susurré. Le cogí la mano y la apreté contra la parte delantera del pantalón, haciéndole sentir lo duro que me había puesto—. Esta noche podemos hablar de lo que te dé la gana.

PUERTA B37

París (CDG) —> Nueva York (JFK)

GILLIAN

Horas después de aterrizar en París, Jake me atrajo hacia su cuerpo en el *jacuzzi* de su *suite*. Tenía la espalda apretada contra su pecho y me pasaba los dedos mojados por el pelo mientras me besaba el cuello cada pocos segundos.

A pesar de lo que me había dicho en el avión, de que estaba dispuesto a hablar de lo que yo quería, no habíamos dicho ni una sola palabra desde que nos registramos en el hotel. Nos habíamos dedicado casi toda la noche a volver a conectar, dejando que fuera el sexo quien dijera todo lo que todavía no nos atrevíamos a confesar en voz alta.

Hacía solo un par de horas me había abrazado y empezado a contarme todas las cosas que plagaban su vida: las mentiras de su padre —como afirmar que su madre había muerto en el accidente del vuelo 1872, en vez de reconocer que tenía una enfermedad neurológica—, la forma en la que su hermano había corroborado esas mentiras, su exesposa, y lo más triste de todo, cómo lo habían borrado a él de su vida cuando se negó a seguirles la corriente para que todo encajara.

—¿Vas a verla cada tres semanas? —pregunté.

—Sí.

Me sentí culpable al haber pensado que se trataba de otra cosa.

—¿Tu hermano o tu padre van alguna vez a visitarla?

—No.

—¿Saben dónde está?

—Sí —dijo—. Estoy seguro de que le han enviado todo lo que el dinero puede comprar. Quizá un par de veces pueden haber organizado una gala de caridad, pero...

—No pueden permitir que la verdad salga a la luz.

—Exacto. No puede saberse porque puede arruinarlos a los dos —

corroboró.

—Pero ¿por qué no has dicho nada al respecto?

—No tengo nada que ganar —me susurró al oído—. ¿Te importa si cambiamos de tema?

Negué moviendo la cabeza y él deslizó las manos por debajo de mis muslos para hacerme girar lentamente hasta que estuvimos cara a cara. Se inclinó para besarme y me mordió con suavidad el labio inferior antes de sujetarme con las dos manos.

—Tenemos que hacer que funcione —me dijo, mirándome a los ojos—. Necesito que lo nuestro funcione.

—Ya te dije en el avión que estaba dispuesta a darnos una oportunidad más.

—No, no, no... —Negó con la cabeza—. No has entendido lo que quiero decir. —Siguió mirándome a los ojos, con la expresión más vulnerable que le hubiera visto nunca—. A lo largo de mi vida, casi todo el mundo me ha traicionado en algún momento o me ha utilizado para obtener beneficio personal. Casi todo el mundo... Mi padre es un mentiroso y un maldito tramposo, mi hermano un hipócrita manipulador, mi ex una oportunista y una zorra.

Buscó mis labios al tiempo que me estrechaba contra su pecho.

—Tú, por otra parte, eres una anomalía en mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Sin duda, después de todos los crucigramas que me has robado, sabes qué significa la palabra «anomalía».

—Sé lo que significa, pero no en referencia a nosotros.

—Quiero decir que aunque estoy seguro de que eres prácticamente incapaz de hacer ninguna de las cosas que ha hecho mi familia, no quiero despertarme un día y leer en los periódicos información sobre algo que has hecho, no quiero tener que preocuparme de que estés con otra persona, aunque algo me dice que nadie podría soportar como yo tu incesante charla, por lo que esta relación es casi más interesante para ti que para mí.

—Una de las cláusulas era que yo no fuera como las demás...

—Sin duda... —Soltó una risita por lo bajo—. Quiero que me prometas que seguirás siendo mi anomalía. Además no estoy seguro de cómo decirte que te amo.

Contuve la respiración, notando un aleteo de mariposas en el estómago cuando su boca reclamó la mía, rompiendo cualquier resistencia y

demostrando sus sentimientos por encima de los míos.

Cuando por fin me soltó, recordé que tenía que decirle algo esta noche. Mi vida había cambiado desde la última vez que rompimos.

—Espera, Jake. Tengo que contarte algo.

No me hizo caso y volvió a apretar su boca contra mis labios, deslizando la lengua profundamente en su interior.

—No, espera... —Me separé de él—. Es muy importante.

—¿Es algo malo?

Vacilé.

—Depende de la definición que hagas de «malo».

—Ya sabes qué es bueno y qué es malo, Gillian. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Es algo realmente malo que tengas que contarme en este momento o puede esperar?

—Puede esperar.

—Bien. —Volvió a cubrir mi boca y me colocó sobre su regazo antes de ponerse en pie con mis piernas enroscadas alrededor de su cintura—. Esta noche solo quiero centrarme en lo bueno, y en el hecho de que te amo de verdad.

—Si tanto me amas, es posible que no tengamos que jodernos tanto...

—Siempre vamos a jodernos, Gillian. —Sonrió, mordiéndome los labios antes de lanzarme sobre la cama—. Es la mejor parte de lo nuestro...

PUERTA B38

Nueva York (JFK) —> Tokio (NRT)

JAKE

Por primera vez en muchos años, mi vida parecía perfecta. Sentía de nuevo que me inundaba una efervescente adrenalina en cada despegue, y la certeza de que por fin había una persona que no me iba a utilizar ni a traicionar me hacía ser capaz de entregar de nuevo mi confianza a alguien.

Solo habían pasado unos días desde que hice las paces con Gillian, y sabía que teníamos por delante mucho trabajo para conseguir amoldarnos el uno al otro y seguir en sintonía, pero estaba realmente decidido a intentarlo.

En el momento en el que aterricé en Tokio, llamé a Jeff para asegurarme de que las flores que había encargado ayer llegarían a casa de Gillian, en el Eastern, esta mañana.

—Sí, hice el pedido, señor Weston —se rio Jeff cuando respondió al teléfono—. Ocho ramos de flores. Es por eso por lo que me llama, ¿verdad?

—En realidad he llamado para hablar sobre el clima.

—Ya me figuraba. —Se rio de nuevo—. Me encanta el efecto que tiene el amor en usted, señor Weston. Es un hombre mucho más tolerable.

—Ya era tolerable antes —repuse—. Nos veremos cuando regrese. Y... gracias.

—De nada.

Finalicé la llamada y me levanté para salir de la cabina. Me despedí de los pasajeros por primera vez en tanto tiempo que no lo podía recordar. Ni siquiera me molestó que tardaran más tiempo del debido en levantarse de sus asientos para hacerse *selfies* en el pasillo con las asistentes de vuelo.

Cuando se bajó el último y andaba por el *finger*, sentí que me vibraba el móvil en el bolsillo. Gillian.

—¿Hola? —respondí.

—Hola... —Su voz sonaba rara por alguna razón—. Tenía la esperanza de

que me saliera el buzón de voz.

—¿Por qué?

—Quería dejarte un mensaje importante.

—Gillian, ¿estás borracha? —suspiré—. ¿Acaso estás corriéndote una juerga esta noche con tu compañera de piso?

—No... —Se aclaró la garganta—. Tengo que decirte algo, lo que intenté comunicarte esa noche en París.

Me detuve cuando accedí a la terminal y coloqué mi *trolley* cerca del ventanal.

—Entonces, ¿es algo malo?

—No, pero es en mal momento.

—No estás embarazada.

—No... —Soltó una risita nerviosa—. No, te aseguro que no estoy embarazada.

—Y también me has confirmado que no te acostaste con nadie mientras estuvimos separados. —Apreté los dientes de forma involuntaria—. ¿Vas a decirme lo contrario?

—No, no es eso. Solo me he acostado contigo desde que te conocí.

Moví nerviosamente los dedos contra el asa de la maleta, rebobinando de forma mental los últimos meses, que habíamos estado separados, y los anteriores, cuando estábamos juntos. Recordé todas las historias largas y los días malos, en los que siempre participaba su familia, y pensé que seguramente estaba exagerando una cuestión fuera de las proporciones normales.

—¿Va a tratarse de una conversación larga? —pregunté.

—Sí. —Su voz se había convertido en un susurro.

—Vale. —Empecé a andar hacia la parada de transportes—. Te volveré a llamar cuando me registre en el hotel.

—¿Me lo prometes? —Había una nota de preocupación en su tono—. ¿Me prometes que me llamarás en cuanto te registres?

—Sí, Gillian. En cuanto firme en el libro.

—Vale, vale... Estaré esperando tu llamada.

—Hablaremos dentro de veinte minutos. —Puse fin a la llamada, que me había resultado muy confusa. Pasé por la sala de equipajes y salí, pero solo alcancé a ver cómo el resto de la tripulación se subía en la furgoneta de la compañía.

—Perdone, ¿capitán? —Un hombre se acercó a mí con la cámara a cuestas —. ¿Le importa si nos hacemos una foto con usted?

—¿Conmigo?

Asintió con la cabeza al tiempo que señalaba a su hija, que llevaba un vestido azul y blanco.

—Mi hija me ha pedido que se lo pregunte. Le encantaría.

—Claro. —Me quedé quieto y esperé a que la chica se acercara a nosotros.

El hombre sostuvo la cámara para enfocarnos, y sonreí para la instantánea.

—¡Gracias! —Le mostró la imagen a su hija, dejando caer el periódico al suelo.

—Ya lo recojo yo —anuncié, inclinándome. Se lo tendí, pero mis dedos se cerraron involuntariamente alrededor del papel al darme cuenta de que se trataba de la edición del día anterior de *The New York Times*. Acababa de darme cuenta de que mi querida «anomalía» estaba en la primera página.

«¿Qué coño...?».

TERMINAL C:
CHICO JODE CHICA
(BUENO, Y VICEVERSA...).

GILLIAN

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Entre la última vez que nos vimos y el momento en el que apareció ante la puerta, quedaron olvidadas en algún lugar todas las lágrimas de las últimas semanas. Las largas noches en vela, con maratones de café y pañuelos de papel arrugados junto a mi portátil, se desvanecieron en el segundo en el que me envolvió con sus brazos y me rogó que volviéramos a intentarlo.

Y, aun así, cuando me contó todas sus verdades, cuando me dijo que me amaba y que el sexo entre nosotros era algo más que sexo, quise decirle que esta vez, durante esta larga pausa, mi vida no solo había estado llena de llanto y dolor. Que hubo días que no lloré, noches en las que no me permití pensar en él ni un segundo. Que todo ese tiempo había canalizado mi energía en otra cosa.

Quise decírselo.

De verdad...

Hasta pronto.

Taylor G.

No hay comentarios.

ENTRADA DEL BLOG

Veinte llamadas a su teléfono fijo la semana pasada.

Treinta mensajes de texto al móvil desde el pasado fin de semana.

Doce correos electrónicos a todas sus direcciones, tanto personales como de trabajo, esta mañana.

Ni una sola respuesta, ninguna..., ni siquiera un grosero y bien merecido «En este correo no me hablas de polvos».

Incluso lo he visto hoy en el aeropuerto, una hora después de presentar mi renuncia formal con dos semanas de adelanto.

Estaba echando una última mirada a los aviones más nuevos de la pista cuando lo vi atravesar la terminal. Captaba la atención de todos a su paso, haciendo ruborizarse a cada maldita mujer con aquella chulería que irradiaba en oleadas. En el momento en el que sus ojos se encontraron con los míos, el mundo se detuvo.

Corrí hacia él, ansiosa por explicarle todo, pero miró a través de mí como si no existiera y continuó andando. Incluso corrí detrás de él, llamándolo por su nombre; él se limitó a lanzarme una mirada que contenía tanto dolor como traición. Unos ojos que una vez solo me miraron con un amor caótico y abrumador.

—Por favor, escúchame —le dije—. Por favor, déjame explicártelo...

No lo hizo. Levantó una mano, forzando una sonrisa.

—No me hago fotos con los pasajeros, señorita —repuso—. Estoy seguro de que cualquiera de los otros pilotos estará encantado de posar para usted. Buenos días.

Y se alejó.

*No lo he visto ni oído desde entonces.
Seguiré ~~más tarde~~ en otro lugar.*

Hasta pronto.

Taylor G.

1 comentario:

***KayTROLL:** Entonces... ¿tengo que hacer comentarios sobre tus entradas ahora que nos conocemos en persona? ¡¡Dímelo ya!!*

PUERTA C39

GILLIAN

OCHO SEMANAS ANTES

Miré la pantalla en blanco y contuve las lágrimas. El tiempo no curaba nada entre Jake y yo, y cada segundo sin él solo empeoraba las cosas.

Tenía que reprimirme con todas mis fuerzas para no llamarlo e ir en su busca, y sabía que estaba siendo estúpida al pedir los vuelos con las peores rutas para que nuestros caminos no se cruzaran, pero no podía soportar la idea de verlo en persona en este momento.

Nuestra última discusión todavía me dolía, pero al mismo tiempo me permitía darme cuenta de que habíamos llegado al final de nuestra relación. No había nada más para nosotros, y teníamos que permanecer alejados el uno del otro antes de que termináramos volviéndonos más locos de lo que estábamos ya.

No era capaz de escribir una entrada larga para el blog, así que me limité a poner: «Creo que este ha sido realmente el final para nosotros» y le di a la tecla para publicarlo. Antes de que me diera tiempo a cerrar el portátil, hubo un suave pitido. Una reacción inmediata de mi *troll* personal.

***KayTROLL:** Seguramente él está pensando en ti tanto como tú en él. Apuesto los dos centavos de rigor. Si fuera tú, no perdería el sueño.*

Nunca había respondido a sus hirientes comentarios, pero dado que Meredith estaba fuera de la ciudad y no había nadie más para desahogarme, escribí una respuesta.

***TaylorG.:** No, creo que realmente este es nuestro final. Esta vez es diferente.*

***KayTROLL:** Siempre dices eso. Pero luego, dos días después, te retractas. (Sin duda yo no espero conteniendo la respiración en esta ocasión. Lo siento).*

Seguí escribiendo mientras gemía por lo bajo.

TaylorG.: Bueno, está claro que esta vez es diferente, ya que han pasado más de dos días. De hecho, ya son casi dos putos meses, por lo que, sinceramente, ¿por qué tú y tus ganas de joderme no os vais un poco a la mierda? Ya que es evidente que no tienes vida, busca otro blog y céntrate en él. Yo no tengo nada para ti.

Hubo una respuesta más antes de que terminara la sesión. Una respuesta breve.

KayTROLL: (Risas) Todavía eres una exaltada, por lo que veo J

No se me ocurrió una réplica mordaz decente, así que cerré la tapa del portátil por completo y me dejé caer en las sábanas. Tenía que encontrar la manera de que mis vuelos tuvieran como base una ciudad diferente tan pronto como fuera posible.

Estaba pensando en la mejor excusa posible para ello cuando sonó el móvil. Mi madre. Silencié su llamada de inmediato. No necesitaba dosis adicionales de negatividad en este momento.

Volvió a sonar unos minutos después, y moví el dedo para ignorarla. Sin embargo, no se trataba de una segunda llamada de mi madre. Era un número que hacía mucho tiempo que no veía. Uno que había evitado y detestado durante muchos años.

«Kimberly B.».

Su nombre completo era Kimberly Bronson, y fue en tiempos mi agente literaria.

Me captó recién salida de la universidad, admirando mi talento y prometiéndome lo que ansía cada aspirante a escritor: un contrato para un libro.

Ella y su tóxica personalidad se desmayaron ante mis palabras, y ofreció mis ideas a los editores mientras yo comenzaba a trabajar como becaria en *The New York Times*.

Entonces, hace algunos años, la vida como escritora era buena.

Los agentes se repartían los libros como si fueran tartas de chocolate que

horneaban a primera hora de la mañana, y luego los ofrecían al mejor postor en el café de la tarde. Las revistas contrataban a chicas ambiciosas y sonrientes, y los periódicos publicaban un número infinito de prácticas de becarios; había mucho sobre lo que escribir. Mucho que decir.

La realidad era que a nadie le preocupaba lo que supieras o escribieras. Y con respecto a mí, una chica de pueblo de Massachusetts, incluso aunque no pareciera que no sabía nada, nadie me dedicaba un segundo pensamiento. Estaba como becaria de edición en uno de los mayores periódicos del país, y de acuerdo con mis supervisores, tardaría muy pocos años en convertirme en editora.

Llegaba a la oficina dos horas antes y hacía café a mis superiores solo para demostrarles todo lo que estaba dispuesta a trabajar. Hacía lo que nadie quería, terminaba las investigaciones que los demás consideraban mundanas y comprobaba los hechos dos veces, incluso después de que fueran aprobados por el equipo legal.

Seis meses después de empezar a trabajar en *The New York Times*, me encargaron que escribiera sobre los repentinos e innumerables accidentes de la industria de la aviación, dado que la mayoría de las compañías aéreas (salvo Elite) no podían pagar una buena publicidad.

Primero me interesé por el vuelo de Asian que desapareció en el océano Índico, tan repentina y misteriosamente que nadie había podido averiguar, incluso ahora, lo que pasó. A continuación, había habido una serie de accidentes inexplicables en algunos aeropuertos americanos, todos ellos provocados, aparentemente, por la falta de estabilidad emocional de los pilotos. Y por último, la gota final que había empujado a la industria a una crisis incontrolable: un piloto americano que volaba con un operador extranjero había estrellado el avión en la ladera de una montaña a propósito, matando a los ciento cincuenta pasajeros que iban a bordo.

Informé sobre cada una de esas historias, escribiendo y reescribiendo los hechos de forma exhaustiva, y luego me di cuenta de que quizá todos estos hechos necesitaban más investigación. Quizá podían servir para escribir un libro. Y quizá, solo quizá, debería averiguar qué estaba haciendo Elite para evitar todos los problemas que tenían las demás aerolíneas.

Le envié la idea a Kimberly y, unos meses después, un puñado de editores solicitaron más detalles. Algunos pasaron, otros no volvieron a mostrar interés después, pero hubo tres grandes editoriales que sí lo hicieron. Después de que

pusieran todas las ofertas sobre la mesa, elegimos St. Martin's Press, ya que parecían los más entusiasmados con la idea.

Se suponía que tenía que trabajar durante seis meses como asistente de vuelo encubierta para tratar de obtener una primicia sobre Elite Airways y la industria aérea. Al final, debía «añadir un poco de ficción a la trama por aquello de las responsabilidades», pero sería comercializada como «la historia más cercana a la realidad que se había impreso nunca».

El libro se iba a titular *La verdad detrás del club de la milla*, pero no lo firmaría con mi nombre. Sería «Taylor G.», ya que «Gillian T.» y «Gillian Taylor» resultaban demasiado sencillos y poco comerciales o demasiado pretenciosos.

Todo estaba preparado.

O eso pensaba yo...

Por desgracia, fue mucho más difícil de lo previsto que me contrataran como asistente de vuelo en Elite Airways. No superé la entrevista en tres ocasiones, por lo que tuve que conformarme temporalmente en ser agente de embarque a tiempo parcial. También resultó que los editores volcaron su atención en otras ideas, en especial cuando comenzaron a comercializarse los libros electrónicos Kindle y la industria editorial comenzó a cambiar.

Poco a poco, empezaron a despedir a editores, argumentando que no tenía nada que ver con el auge de los medios digitales. Luego fueron las revistas y los periódicos los que comenzaron a repartir cartas de despido, y la Quinta Avenida, que una vez fue el mayor suministrador de escritores, se convirtió en una fuente seca, donde solo había soñadores con el corazón roto.

Lo que antes estaba lleno de celebraciones y fiestas se transformó de la noche a la mañana en un erial de escritorios vacíos y llamadas telefónicas que se recibían con los ojos llorosos.

Sin embargo, a mí no me afectó al principio. Todavía seguía siendo becaria y trabajaba como agente de embarque un par de veces a la semana, lo que no impedía que escribiera de forma febril durante seis horas cada noche.

Cuando terminé el primer borrador del libro, el editor decidió que solo necesitaba algunos ajustes, por lo que se estableció una fecha de lanzamiento a nueve meses vista. Me prometieron una pequeña gira promocional, publicidad en las mejores librerías y una tirada enorme para una autora novel.

Todas fueron cosas increíbles que no llegaron a ocurrir.

Dos semanas después de que presentara la última versión del libro, me

llamó Kimberly para decirme que el editor quería posponer el proyecto. En aquel momento un piloto acababa de amerizar con su avión en el río Hudson, impidiendo que se hundiera, y todo el mundo lo aclamaba como a un héroe, elogiándolo por haber salvado con éxito a los ciento cincuenta pasajeros y a los cinco tripulantes. Publicar mi libro en algún momento de los seis meses siguientes a un incidente de ese tipo no sería bien recibido por el público.

No me dio un ataque de pánico. Sabía que estas cosas ocurrían... Además, en ese momento, había pasado por fin la primera ronda del proceso para ser asistente de vuelo, y el editor me ofrecía un jugoso avance económico para escribir la secuela.

En Navidad, el día que pensaba llamar a mi familia para contarles todo lo referente a mi enorme logro secreto y la tardía fecha de publicación del libro, Kimberly me llamó y me dijo dos cosas: la primera era que tenía que posponer de nuevo la fecha de publicación del libro. Al parecer, se habían enzarzado en algún tipo de guerra de precios con Amazon, así que no era posible poner mi trabajo en pre venta. Además, el libro no podía estar en Barnes & Noble hasta más tarde. No les daban espacio a los autores noveles hasta que no tenían un cierto número de seguidores. La segunda era que estaba en una conferencia y acababa de conocer a una gran autora *indie* que acababa de vender un millón de copias de su libro. Y también la había fichado la editorial.

Arranqué un adorno de mi minúsculo árbol de Navidad y traté de no sentirme decepcionada.

—Le he contado a esta autora todo lo referente a ti y a tu libro, y está de acuerdo en que es una putada —casi me gritó al oído—. Le va a pedir a su editor que añada los dos primeros capítulos de tu obra al final de su primer libro impreso. Si te parece bien, claro está...

El amargo sabor de la decepción se desvaneció en el acto y comencé a llorar.

—¡Sí! —pronuncié con fuerza. Sentía que había un rayo de esperanza a todos los contratiempos anteriores.

Solo unas semanas después, recibí propaganda de cierta autora *indie*, Brooke Clarkson. «*La verdad detrás del club de la milla* es un debut hermoso y estremecedor. La prosa de la autora es como un hilo de seda que te mantendrá despierto toda la noche».

Imprimí sus palabras en un cartel y las enmarqué en mi apartamento, encima del escritorio para poder verlo todas las mañanas antes de trabajar. Para

entonces, había pasado ya la cuarta ronda de mi formación como asistente de vuelo y estaba segura de que tendría el trabajo durante el tiempo que me llevaría escribir la secuela.

Se anunció que *La verdad detrás del club de la milla* sería publicado en primavera, año y medio después de lo que me habían garantizado al principio. Mi jefe en *The Times* había organizado una fiesta de lanzamiento, e imprimieron algunas copias iniciales, pero todavía no se lo había comunicado a nadie. Era necesario que antes lo tuviera en sus manos.

Sin embargo, al tiempo que me sentía excitada sobre las muchas posibilidades que me abría ser una autora publicada, el mismo periódico para el que trabajaba sacó un titular que alteró las esperanzas a las que me aferraba...

«La extraordinaria autora *indie* Brooke Clarkson publicará un nuevo libro: *El club de la milla al descubierto*».

Cogí el periódico y simplemente leí el artículo, esperando que fuera una especie de broma, pero no lo era. Su libro parecía muy similar al mío, y antes de que pudiera preguntarle a mi agente la razón por la que no se me había informado sobre esto, mi jefe en *The Times* puso encima de mi escritorio una copia anticipada del libro de Brooke.

—Raymond está con gripe y no puede leerlo —me dijo—. No va a salir hasta dentro de tres meses, pero al parecer el editor insistió en que tuviéramos una copia. ¿Te importaría hacer una breve reseña?

La pregunta era retórica, por supuesto. Se alejó después de preguntar.

Me quedé mirando el libro durante una hora antes de abrirlo, dispuesta a creer que la portada era solo un homenaje a la mía. Que tal vez, solo tal vez, no había tantas fotos de aviones merecedoras de estar en la portada de un futuro *best seller*.

Empecé a leer el capítulo uno y se me erizó el vello de la nuca.

Era mi libro. Era mi maldita historia.

Cada palabra de mi novela había sido plagiada y reutilizada, enmascarada bajo una prosa más elaborada y rígida. Aun así, brillaba en la tinta que era una burda copia.

Revisé todo el libro, reconociendo la estructura de las frases y de las palabras que había escrito hacía meses. Mientras unas lágrimas de rabia me caían por la cara, me obligué a leer cada palabra de su entrevista para *The Times*, para ver si ella me daba, al menos, algún crédito sobre la obra robada.

«Tengo un amigo que trabaja en la industria aérea», citaba en dos párrafos. Y también aparecía: «Me las arreglé para trabajar durante un breve período de dos meses como auxiliar de vuelo, y me emociona poder compartir la experiencia con los lectores».

Cuando se le preguntaba cuál había sido su inspiración para la historia, decía: «Siempre he querido escribir lo que disfrutaría leyendo. Un día estaba en un avión y me fijé en una asistente; parecía tener algo que contar. De repente, quise estar en su piel, saber algo de su vida, por lo que en ese momento decidí escribir una historia casi ficticia, pero que reflejara la realidad de ese mundo».

En la última parte de la entrevista, había algunas preguntas rápidas. Destacaba una en particular: «¿Ha leído algún libro sobre asistentes de vuelo, aviación, pilotos o similar mientras trabajaba en su novela?».

«No, en absoluto —había respondido—. De hecho, nunca he leído nada sobre la industria aérea. Primero elaboré la historia y luego consulté algunos detalles técnicos con expertos. Nunca leo ninguna obra de otro autor mientras escribo».

Sus mentiras me afectaron mucho, pero la línea en negrita que aparecía en la parte inferior del artículo me llamó todavía más la atención: «Para consultas y más información sobre *El club de la milla al descubierto*, pónganse en contacto con la agente de la autora: Kimberly B.».

No había conocido antes lo que era la angustia, ni lo que se sentía cuando te arrancaban el corazón del pecho y lo pisoteaban repetidas veces. Traté de no llorar a viva voz, pero la idea de contener las lágrimas me hacía llorar más.

El libro de Brooke no solo salió tres meses antes que el mío, sino que además entró en las listas de los más vendidos y se mantuvo allí durante semanas. Su libro estaba en boca de todos los buenos críticos, y los editores clamaban por más historias como esa. Sin embargo, cuando mi novela salió finalmente a la luz, fue recibida como plagio y los críticos la etiquetaron como «No tan buena como su predecesora», y «La señora G. debería saber que uno no debe copiar a una autora superior».

Después de eso, no volví a abrir una carta de mi agente. Las dejaba tiradas por las esquinas del apartamento como cercanos pero lejanos recordatorios de un sueño perdido. Dejé de responder a las llamadas y mensajes de correo electrónico de Kimberly, los pocos que me mandaba, claro. Y por mucho que me dolió financieramente, devolví también el adelanto de veinticinco mil

dólares por la secuela a la editorial.

Me sentía demasiado dolida para escribir nada más.

Lo que sí hice fue escribir mi primera columna oficial para *The Times*: «Cómo se siente una escritora novel cuando una autora superventas le roba una novela y cómo me traicionó mi agente, Kimberly B, de Bronson & Literary». No tuve prudencia ni cuidado. Hice una lista de nombres y fechas, pruebas de casi todas las palabras en las que su libro era una variación del mío.

Dado que estaba en buenos términos con el equipo de logística y nunca habían tenido conmigo un problema, el artículo recorrió todos los pasos correspondientes hasta el departamento de diseño antes de que se detectara el contenido.

La próxima vez que fui a trabajar, me despidieron. Luego me exiliaron.

Más tarde me borraron como si nunca hubiera trabajado allí.

El mismo mes que renuncié a mi sueño de hacer las prácticas en *The New York Times*, recibí un correo de Elite Airways. Había superado la última ronda de selección previa, pero pasaría cierto tiempo antes de que pudiera desplazarme a Dallas para un curso de formación de ocho semanas. E incluso entonces, las nuevas asistentes de vuelo podían permanecer en la reserva de cuatro meses a cuatro años.

Todavía poseía un trabajo a tiempo parcial como agente de embarque para mantenerme, y había un edificio de apartamentos exclusivos... Era un hermoso edificio, una obra de arte en sí mismo, lleno de pisos valorados en millones de dólares, y, por lo que recordaba en mi informe, necesitaban asistentes y firmaban nuevos contratos cada semana.

Desesperada, pensé que le daría una oportunidad como trabajo temporal. Y, por encima de todo, necesitaba dejar de escribir por un tiempo.

Tenía que hacerlo.

Me reuní con Kimberly en Andrew's Coffee en la Quinta Avenida; la vi en cuanto entré.

Se trataba de una hermosa mujer de ascendencia asiática con el pelo largo y negro que seguía pareciendo tan amable y accesible como cuando la conocí, hacía años.

—Hola —me saludó sonriendo mientras me sentaba frente a ella—. ¿Todavía tomas el café con tres azucarillos y polvo de avellana?

—Parece que aún recuerdas algo sobre mí. —Puse los ojos en blanco—. Flipante.

—Entonces, ¿lo tomas así o no?

La miré fijamente.

Empujó una taza de café hacia mí y volvió a sonreír.

—¿Qué tal te va todo? Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos por última vez. Me sorprende que hayas respondido a mi llamada.

—No me digas...

—Mmmm... —Tomó un sorbo de té, pero tuvo la prudencia de parecer confusa—. ¿Te he pillado en un mal día? ¿Ha pasado algo?

—Sí. —Apreté los dientes—. Sí, me has pillado en un mal día, y sí, está pasando algo malo, muy malo.

—¿Quieres que quedemos otro día?

—No quiero volver a verte. —Traté de contenerme y mantener la calma, pero no pude—. Eres la peor agente literaria del mundo —solté—. El hecho de que sigas teniendo mi número es una broma absurda. Espero que la razón por la que estás aquí sea porque has perdido todos los clientes.

—No he perdido ningún cliente.

—Bueno, bien por ellos. —Crucé los brazos—. ¿Has cambiado tu proceso al firmar con nuevos clientes o sigue siendo el mismo? Atraerlos con un libro de un autor novel que no necesitan escribir, darle al pobre infeliz una palmada en el hombro y *voilà!*, fama instantánea y éxito inmerecido.

Suspiró.

—No tenía ni idea de que Brooke iba a verse influenciada por tu libro, Gillian.

—¿Influenciada? ¿¿Influenciada?? Oh, genial... ¿Y qué es lo que tú consideras un plagio?

—Me he disculpado infinitas veces. —Parecía sincera—. No tenía ni idea, y cuando lo vi...

—¡No me lo dijiste!

La cafetería se quedó de repente en silencio. Todo el mundo me estaba mirando, pero no me importaba.

—Ni siquiera me lo dijiste, Kimberly. —Sacudí la cabeza.

—Porque quería evitar que te comportaras de esta manera.

—Sí, ya... Como siempre, una gran labor de planificación por tu parte. ¿Qué libro está robando ahora? En *Publisher Weekly* solo he visto anuncios

grandes contratos: películas, derechos extranjeros, audiolibros... Debe de estar bien.

—Gillian...

—Incluso la he visto en una firma en el extranjero, donde al parecer sigue sin leer libros de otros autores mientras escribe. —Me recosté en la silla—. Ah... Y hace solo una semana leí que está haciendo una buena gira promocional de su último lanzamiento. ¿A quién le ha robado el libro esta vez?

Suspiró.

—¿Vas a dejarme hablar, Gillian? ¿O vas a quedarte ahí sentada todo el día mientras me tratas como si fuera mierda?

—Pues me voy a quedar aquí y a tratarte como mierda todo el día —repuse. Aunque supe en ese momento que era algo que diría Jake y no yo—. Firmaste un contrato con la escritora que me robó mi primer libro; no es que se viera influenciada por él, lo robó. Ni siquiera me lo contaste cuando ocurrió, dejaste que me enterara por ahí, y ahora ¿quieres que me sienta contigo a tener una conversación cordial solo porque me has llamado? ¿De verdad?

—¡Basta! —me interrumpió, con el rostro rojo como la remolacha—. ¡Basta, Gillian! ¿No te parece que a mí también me dolió? ¿Que también lloré?

—Las lágrimas debieron de secarse muy rápido, ya que tu propia agencia la contrató.

—Yo no. —Me miró—. Fue un error de la imprenta. De hecho, firmó con mi socia, pero era nueva y no supo lo que había hecho hasta después de formalizar los contratos. Nunca te hubiera hecho eso.

—Sin embargo, ¿ignorar me todos estos años y enviarme felicitaciones genéricas sí estaba bien?

—O tienes un recuerdo muy distorsionado de lo que pasó o, sinceramente, quieres odiarme —comentó—. Te he seguido enviando correos electrónicos todo el tiempo. Fuiste tú la que dejó de responder. Te llamé todos los días durante meses, y dado que no me respondías, dejé de hacerlo. Pensé que necesitabas tiempo para superarlo, pero nunca he dejado de luchar por ti, Gillian. —Parecía dolida de verdad—. He vendido los derechos de tu primer libro a varios países. He enviado extractos a revistas siempre que me parecía una buena opción, y todavía tengo los cheques con las regalías en un cajón de mi escritorio. Te he enviado avisos por correo en varias ocasiones, pero nunca has respondido.

La miré fijamente.

—Te dije desde el principio que apostaba por ti, que creía en ti, y no me merezco que me hables así. ¿Cómo te sentirías si ese piloto con el que sales te hablara de esta manera?

—Mal. Espera... —Hice una pausa—. ¿Qué sabes de él?

—Buena pregunta. —Sonrió y sacó una carpeta del bolso—. Sobre eso quería hablar contigo. Pero antes, quiero que mires esto... —Deslizó la carpeta hacia mí—. Es un acuerdo para un libro. Solo los derechos en Estados Unidos, por lo que conservarías los derechos en el extranjero y podrías vendérselos a quien quisieras.

Me quedé mirando el dossier, sin querer abrirlo. El estado del mundo de la publicación era peor ahora que entonces. Nadie que no tuviera un nombre recibía más de dos mil dólares de anticipo.

—¿De cuánto es el cheque en esta ocasión? —preguté—. ¿De siete dólares?

—Casi... —Tomó un sorbo de té—. Un número de siete cifras.

—¿Qué?

—Míralo tú misma.

De inmediato, abrí la carpeta y leí la primera hoja.

No mentía: era una oferta de dos millones de dólares por los derechos para Estados Unidos por un libro que todavía no había escrito ni pensado.

—¿Qué demonios es *Turbulencias*? —preguté.

—Tu blog. —Sonrió—. Te he estado siguiendo desde el principio. Tienes casi cien mil palabras para trabajar en ellas.

—¿Eres... eres KayTROLL?

—Sí, es muy agradable conocerte en persona. Bueno, conocerte una vez más. Ahora, si estás interesada en firmar ese acuerdo, tendrás que cambiar...

—No, no, no... —La interrumpí—. ¿Has sido tú la que ha dejado todos esos comentarios groseros? ¿Sobre mi vida sexual? ¿Quien me ha dicho cosas que podían herir mis sentimientos?

—Para empezar, fuiste tú la que decidió hacer un blog sobre su vida sexual. Nadie te obligó. En segundo lugar, ¿en serio te vas a quedar ahí sentada y me vas a hablar de lo que es herir los sentimientos de alguien?

—Una vez escribiste que era una zorra.

—No —repuso sonriendo—. Solo dije que te estabas comportando como si lo fueras. Hay una gran diferencia.

—Me has dicho que tenía que madurar de una puta vez.

—Y lo has hecho. —Volvió a sonreír—. Y por lo que he estado leyendo en los últimos años, bastante bien. Pero si vamos a discutir sobre lo que nos hemos dicho en el blog, ¿no es cierto que una vez me llamaste «puta perra de los cojones»? Y además, ¿llegaste a publicar el artículo de *The Times*?

Suspiré.

—Creo que las dos podemos ser maduras y olvidarnos de todos esos comentarios, ¿no te parece?

—Sí... —consentí.

—Bueno. Volviendo al contrato. Para que funcione, tendrás que transformar el ochenta por ciento de las entradas del blog en narrativa. Puedes mantener diez o quince, tus preferidas, y puede que tengas que hacer algunos capítulos desde el punto de vista masculino. Tendrás que ponerte a tope y trabajar los títulos de los capítulos para separar las entradas del blog. ¿Quizá utilizar las puertas de embarque... A1, A2... para los títulos? Y ¿podrías entregarme algo pronto...? Les gustaría ver un avance.

Me recosté en la silla mientras ella continuaba hablando.

—Debes saber que todos los editores a los que tanteé quisieron reunirse conmigo de inmediato, y eso que fui tan discreta como pude. Antes de que pudiera sugerir una subasta, Penguin puso este contrato sobre la mesa. El departamento de promoción ya está deseando ponerse a ello. ¿Qué me dices?

La cabeza todavía me daba vueltas, tenía el corazón acelerado.

—Tengo que pensar en ello.

—¿En qué? ¿Qué parte necesitas meditar?

—La parte en la que el hombre del que me enamoré estaría en la historia, haré pública nuestra relación. Sé que ahora no estamos juntos, pero... —Hice una pausa—. Todavía estoy enamorada de él.

—Es comprensible. —Asintió con la cabeza, como si fuera una abogada—. Puedes cambiar su nombre, distorsionar algunos hechos. El acuerdo está pensado para que tengas libertad creativa. Es ficción.

—Es que... —Cerré la carpeta—. Me siento honrada, Kimberly. Pero todo va demasiado rápido. Hace treinta minutos, te despreciaba. Hace quince, solo te toleraba.

—¿Y ahora?

—Ahora lamento lo que he pensado de ti todos estos años.

—Es agua pasada. —Se inclinó hacia delante para darme un golpe en la

mano—. Tómame el tiempo que necesites para pensarlo.

—¿De verdad, o esa frase significa lo mismo que hace años?

—Claro que significa lo mismo. —Se llevó la mano al pecho y se rio—. Tienes hasta el fin de semana.

PUERTA C40

JAKE

EN LA ACTUALIDAD

«Penguin adquiere por dos millones de dólares los derechos de publicación de un romance de ficción entre un piloto y una azafata de Elite Airways».

The New York Times

Me quedé mirando el titular en negrita queriendo creer que las palabras correspondían a algún tipo de broma, pero no me encontraba de humor.

Citaban a Gillian Taylor, que ya había publicado con anterioridad bajo el pseudónimo de Taylor G., que decía: «Fue un turbulento asunto entre nosotros. Y sí, nos arriesgamos mucho para estar en algunos de esos lugares. Pero, a pesar de los altibajos, me enamoré de este hombre, y no cambiaría la experiencia por nada del mundo. Bueno, nada salvo la forma en la que terminamos en la vida real, por supuesto».

Cuando se le preguntó si el protagonista masculino de la novela sabía lo que había ocurrido en realidad, si era consciente de que iba a contar su historia, se limitó a responder con un cortante «Sin comentarios».

Ni siquiera pude terminar de leer el artículo, fui con rapidez a su corta biografía, donde se detallaba su anterior publicación. Algo que no se le ocurrió compartir conmigo la noche en la que le conté todo.

«Todo...».

Allí estaba yo, una vez más, leyendo sobre las acciones de alguien que formaba parte de mi vida en la prensa en lugar de enterarme en persona. Una vez más, me sentía familiarmente traicionado, y alguien a quien amaba se convertía en otra decepción. Como siempre.

PUERTA C41

Nueva York (JFK)

GILLIAN

Cogí un taxi para ir al ático de Jake a eso de las tres de la madrugada, mi corazón no podía soportar que me ignorara una semana más. Cuando el conductor aceleró imprudentemente por las calles de la ciudad, mi ansiedad aumentó de forma proporcional al taxímetro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el conductor—. Parece como si estuviera a punto de vomitar.

—No voy a vomitar.

—Será mejor que no. —Me miró por espejo retrovisor—. Si vomita, le cobraré el doble. No, el triple.

Suspiré y mantuve la cabeza hacia la ventanilla, tratando de concentrarme en la vista de Manhattan en vez de en mis emociones.

Cuando el taxi se detuvo finalmente delante del Madison, le entregué al conductor un par de billetes de veinte y corrí hacia los escalones.

—Un momento, señorita. —Jeff levantó la mano, sin abrirme la puerta—. ¿En qué puedo ayudarla esta noche?

—He venido a hablar con Jake.

—No conozco a ningún Jake.

—Me refiero al señor Weston —dije—. Ya sabes de quién estoy hablando. Tengo que verlo.

Me lanzó una mirada llena de comprensión, pero negó lentamente con la cabeza.

—La ha añadido a la lista de gente que no es bien recibida.

—¿Qué?

—Lleva en ella semanas. No puedo permitirle pasar. Tiene prohibido el acceso. ¿Quiere que le pida otro taxi?

Permanecí en silencio, sin saber qué decir.

Al borde de las lágrimas, di un par de pasos hacia atrás, pero Jeff empezó a abrirme la puerta.

—Dese prisa —me apresuró, mirando hacia otro lado y dándome la oportunidad de correr al interior.

Fui directa hacia los ascensores, con la tarjeta que Jake me había dado para entrar. Tenía la esperanza de que aún funcionara. Cuando el ascensor comenzó a moverse, suspiré de alivio.

Cada piso que subía, traté de calmar mis nervios, pero no me sirvió de nada. En el momento en el que llegué a su piso, estaba absolutamente desbordada por las emociones.

Me acerqué a la puerta y llamé cinco veces.

No obtuve respuesta.

Lo intenté cinco veces más, cada vez más fuerte.

Sin respuesta.

Le di un par de patadas a la puerta al tiempo que decía su nombre, y Jake respondió finalmente, vestido tan solo con unos pantalones de deporte. Parecía como si acabara de salir de la ducha, porque el agua goteaba desde su pelo a su pecho desnudo, y el familiar aroma de su gel flotó hacia mí.

—Gracias por abrir la puerta —dije, notando la impronta de su polla a través del pantalón.

No me dijo nada, solo me miró.

Me aclaré la garganta y estiré el cuello para escudriñar detrás de él. La televisión estaba encendida en la sala.

—¿Estoy interrumpiendo alguna cita nocturna?

—¿Qué coño quieres, Gillian?

—Quiero hablar contigo.

—¿Estás segura? Quizá solo quieras tener material para escribir. —Parecía enfadado, pero vi un mundo de dolor en sus ojos.

—Solo quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—No.

—Bien, ¿podrías entonces salir aquí para que pueda...?

—¿Grabarlo? ¿Filmarlo? ¿Usarlo para la segunda parte de *Turbulencias*? ¿O la segunda novela tendrá un nombre diferente?

—Lo lamento mucho, Jake, y traté de explicarte todo la otra noche —me justifiqué en voz baja—. Te dije que era importante.

—Me dijiste que podía esperar. —Me miró con los ojos entrecerrados—.

Sabías de sobra que algo así no podía posponerse. ¿O ese era tu propósito desde el principio? ¿Todo lo nuestro ha sido solo un puto proyecto para ti?

—No, no ha sido así. Te lo prometo. Firmé ese contrato cuando no nos hablábamos, cuando pensaba que no habría nada más. No he revelado nada específico sobre ti. No he mencionado tu nombre en ningún lugar, y no....

—No era necesario. —Apretó los dientes—. No tienes que dar detalles de mierda, Gillian, porque ¿sabes qué? Ahora tienes a todos los de recursos humanos interrogando a los empleados y preguntando por la frecuencia con la que follamos en los vuelos. ¿Qué pasará cuando descubran que hay más relaciones en realidad? ¿Qué pasará con las personas que no tienen un FPE u ofertas millonarias por sus libros? ¿Qué pasa con ellas?

—Nada. Se ha publicado como ficción.

—¿Es un nuevo sinónimo de mierda?

—Te he dicho que lo sentía.

—Y yo te he dicho que no me importaba.

—¿No vas a darme la oportunidad de explicarme? —Me sequé una lágrima—. ¿Vas a dejar que perdamos todo? ¿Se supone que esto es amor?

—Nunca nos hemos amado.

—Ha sido amor desde el momento en el que renunciaste a todas las demás por mí.

—Eso lo hice para poder follarte de nuevo. No tiene nada que ver con el amor. Apenas te conozco.

—Lo deseabas.

—¿Para esto has venido en medio de la noche? —No estaba poniéndomelo fácil—. ¿Para discutir en círculos? ¿Para correr uno detrás de otro hasta que uno se dé por vencido? —Levantó las manos—. Me rindo. Y ahora, ¿qué?

—No voy a pedirte que veas lo que tienes delante, Jake.

—No es necesario que lo hagas, Gillian. —Su voz era fría—. Está claro lo que tengo ahora mismo delante de mí: el pasado.

Se me detuvo el corazón.

—Ahora, si fueras tan amable de desaparecer de mi vista, y volver con el rebaño de fans que compren esa mierda que has escrito sobre nosotros, creo que serás mucho más feliz. —Me cerró la puerta en las narices. Tuve que contenerme para no volver a llamar y obligarlo a abrirla otra vez. Para no entrar allí en tropel y hacer que me escuchara, pero me contuve.

Tenía que dejar todo esto atrás para siempre.

Habíamos terminado finalmente.

PUERTA C42

Nueva York (JFK)

JAKE

Tomé asiento en la improvisada oficina del departamento de recursos humanos en la terminal del Dallas/Ft. Worth Marriott, y me di cuenta de que, a diferencia de mi anterior experiencia en las mismas circunstancias, no había ningún testigo con un traje azul ni archivos apilados sobre el escritorio ni una grabadora digital esperando para captar todas mis palabras.

Solo había una pelirroja con gafas sentada enfrente de mí que me miraba como si llevara demasiado tiempo con sesiones de este tipo.

Se subió la montura por el puente de la nariz y presionó el botón del bolígrafo.

—Buenas tardes, señor Weston.

—Buenas tardes.

—¿Podría echar un vistazo al documento que tiene delante y leer en voz alta las primeras líneas, por favor?

—Claro. —Lo cogí—. «Elite Airways no acepta bajo ninguna circunstancia las relaciones interpersonales entre sus empleados. Si se demuestra que algunos de ellos puede estar involucrado en una, cualquiera de los dos (dependiendo de su posición en la empresa) puede verse afectado por una suspensión, traslado o despido».

—Gracias. —Me tendió entonces otro documento diferente—. Ahora, para que conste, soy consciente de que tiene un FPE y que no se le puede despedir por ningún motivo. Dicho esto, hasta este momento, les he hecho a todos los pilotos que despegan de Dallas esta semana una serie de preguntas, y tengo que viajar por todo el país para hacer lo mismo cientos de veces más. Así que, por favor, no se las tome como algo personal. ¿Usted, Jake Weston, ha mantenido relaciones personales con Gillian Taylor?

—No sé quién es.

—Solo tiene que responder sí o no.

—Entonces supongo que la respuesta es no, ya que no sé quién es.

Arqueó la ceja y abrió una carpeta.

—La señorita Taylor realizó con usted numerosos trayectos, señor Weston. Durante los últimos meses aquí, sus planes de vuelo coincidieron el treinta por ciento de las veces. No estoy pidiéndole que me explique nada. Solo quiero que...

—Le he dicho que no sé quién coño es. —La miré—. ¿Podemos continuar?

—De acuerdo. —Me devolvió la mirada apretando los labios. Luego me tendió una copia de un informe de vuelo—. ¿Es esta su firma? Aquí confirma que fue testigo de que un pasajero la trataba de una forma inapropiada durante un aterrizaje en Houston, en un vuelo de reposicionamiento.

—Eso parece.

—Hay una cinta de vídeo en la que aparece grabado este hecho.

—¿Estaba bajo coacción en ese momento?

—Señor Weston —dijo ella, cruzando los brazos—. ¿Confirma que vio que Gillian Taylor era tratada de forma inapropiada o no?

—Sí —cedí—. A pesar de que no es la primera asistente que defiende.

—En realidad sí lo es.

Silencio.

—Durante todos sus años como piloto en esta y en otras compañías, nunca ha salido en defensa de ninguno de sus compañeros. Solo de la señorita Taylor. Un dato interesante, ¿verdad?

—Solo si tiene una definición distorsionada de la palabra «interesante».

—¿Por qué, señor Weston? ¿Por qué salir en su defensa en una cosa tan tonta? ¿Estaba celoso?

—¿Esta es su manera de «no» implicarnos?

—Esta es la forma en la que intento darle la oportunidad de ser sincero conmigo. —Me miró a los ojos—. Cuando he accedido a este archivo, hace unos minutos, me he dado cuenta de que fue actualizado hace unas semanas. Añadió un nuevo contacto de emergencia, a nombre de Gillian Taylor. Y esta Gillian Taylor tiene el mismo número de teléfono y dirección que la otra. ¿Alguna idea de cómo llegó allí su nombre? ¿De cómo usted lo firmó?

Saqué el formulario de la carpeta y firmé con rapidez al lado de las casillas «Nunca he tenido contacto con Gillian Taylor» y «Entiendo la política de relaciones entre los empleados».

—¿Necesita algo más de mí?

—No. —Negó con la cabeza mientras le entregaba el papel—. No. Gracias, señor Weston.

—El placer es mío.

PUERTA C43

GILLIAN

«El próximo lanzamiento de Penguin, *Turbulencias*, disfruta de una gran acogida y unas ventas muy elevadas en la preventa tanto en *ebook* como en papel».

USA Today

«*Turbulencias*, la novela que todos estamos esperando, deja al descubierto lo falsa que es la cláusula de no confraternización de Elite Airways al revelar que sí hay sexo en los vuelos».

Flying Quarterly

«Los pilotos rechazan las escenas de “sexo en vuelo” que aparecerán en la novela *Turbulencias*, que se publicará dentro de poco».

CNN

«Dos pilotos admiten haber mantenido “sexo en vuelo” al menos una vez durante sus carreras. Afirman que los hechos que aparecen en *Turbulencias* pueden ser ciertos».

Msnbc

«*Turbulencias*, un romance erótico, alcanza uno de los primeros puestos en la lista de los más vendidos en su primera semana en la calle».

The Wall Street Journal

«La autora de *Turbulencias*, Taylor G., va hoy a *Today Show* para ser entrevistada sobre su escandalosa novela».

Today.com

«*Turbulencias* sigue en el número uno en la lista de *best sellers* de *The New York Times* en la segunda semana después de su publicación».

The New York Times

«La hija de un reconocido neurocirujano escribe una novela erótica basada en sus experiencias como asistente de vuelo en Elite Airways».

Boston Globe

«*Turbulencias* se mantiene en la lista de *best sellers* de *The New York Times* por séptima semana consecutiva».

The New York Times

****Comunicado de prensa oficial de ELITE AIRWAYS****

—Sobre la obra de ficción de una exempleada—

Nuestra estimada aerolínea contrató, en efecto, a la señorita Taylor como agente de embarque, asistente de vuelo en la reserva y asistente de vuelo a tiempo completo durante un período documentado de tiempo.

Durante su breve carrera con nosotros, la señorita Taylor acumuló un total de cinco infracciones leves, entre ellas una reclamación que fue finalmente archivada debido a un error en el departamento de recursos humanos.

Sin embargo, su novela —donde afirma que es posible mantener una relación dentro de los estrictos límites de nuestra política de no confraternización— está basada en mentiras, y ha sido publicada bajo la RESPONSABILIDAD de su editor.

Por otra parte, aunque nos sentimos felices por el éxito que está alcanzando en su nueva carrera como escritora bajo el pseudónimo de Taylor G., nos satisfaría todavía más que sus lectores aceptaran que su verdad no deja de ser mera ficción.

PUERTA C44

Dallas (DAL) —> Barcelona (BCN) —> Chicago (ORD)
Roma (FCO) —> Nueva York (JFK)

JAKE

Los medios de comunicación eran como una bandada de gaviotas voraces. Desesperados y depravados, esperaban en sus escritorios cada mañana algo digno de devorar y se peleaban por ello hasta que surgía algo nuevo.

Por desgracia, *Turbulencias* seguía apareciendo en los ciclos de noticias, y Taylor G. estaba allí donde miraba. Las librerías del aeropuerto disponían de ejemplares del libro en cada estante visible, y los presentadores de televisión habían comenzado una porra: «¿Cuántos días pasarán antes de que se manifieste la identidad del piloto?». Incluso los pasajeros de los aviones que pilotaba llevaban sus ejemplares recién comprados y me preguntaban «Oiga..., ya que trabaja para Elite, ¿sabe en quién se basa este libro?», con irritante curiosidad.

Había hecho todos los vuelos internacionales que había podido, manteniendo mi cuerpo en funcionamiento con la rabia que me recorría. Había cambiado mi número de teléfono y tenía una nueva dirección de correo electrónico. También me había asegurado de que cualquier persona cuyo nombre empezara por T o por G estaba en mi lista de gente que no quería ver. Junto con el resto de mi familia.

Hice nuevos contactos sexuales en el extranjero, pero jamás llegué a sellar ninguno de ellos; las cenas eran solo cenas, las copas se convertían en noches de borrachera solitarias y mis promesas de «más» siempre acababan rotas, lo que me hacía sentir una incómoda sensación de culpa en el pecho cada vez que intentaba llamar a alguien nuevo.

Sin embargo, eso no impidió que siguiera intentándolo.

Una de las citas fue con una mujer que conocí después de aterrizar en el aeropuerto JFK una mañana. Había chocado conmigo a propósito en la

terminal y no perdió el tiempo en hacerme saber lo que quería.

—¿Cuánto tiempo estará en la ciudad, capitán? —preguntó.

—Hasta mañana.

—Por lo tanto, ¿significa eso que esta noche estará libre?

—No tengo citas.

—¿Pero sí rollos?

—Sí. —Eso fue lo que me llevó al Marriott Le Grande, junto a la pequeña cafetería Bergman's. Dado que estaban arreglando su habitación, me sugirió que almorzáramos juntos.

Me alegré de que no fuera demasiado habladora. Ni siquiera fingió que quería mantener una conversación.

—Acabarán de arreglar la habitación dentro de veinte minutos —informó, mirando el teléfono.

—Bien. —Tomé un sorbo de café y miré por la ventana, esperando que esa fuera la noche en la que por fin terminaría mi sequía sexual.

Cuando el camarero nos ofreció más panecillos, escuché una voz ronca y muy familiar para mí a mi espalda.

Gillian.

Me di la vuelta en la silla y miré a mi alrededor, tratando de localizarla, pero luego vi que no estaba allí, sino en la televisión. En las noticias.

Vestida con un modelo beis de marca y unos *stilettos* rojos, se encontraba sentada ante una de las presentadoras más populares de Estados Unidos, Katie Seleck, una rubia con tendencia a creerse superior.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y me acerqué más a la pantalla.

—¿Puede subir el volumen, por favor? —pedí al camarero.

—Claro que sí —sonrió mientras elevaba el mando a distancia.

—Hoy estamos aquí con Taylor G. —decía Katie—, que ha trabajado como asistente de vuelo en Elite Airways y es la autora del libro que está causando tanto revuelo en todas partes, *Turbulencias*.

La cámara enfocó a Gillian, que parecía que tenía que esforzarse para sonreír.

—Su novela debutó en las librerías el mes pasado y al parecer van a imprimir la segunda edición en breve. —Miró a Gillian—. ¿Cómo se siente en este momento? ¿Está viviendo su sueño hecho realidad?

—Todavía estoy un poco sorprendida, la verdad.

—Ya me imagino —se rio Katie—. Por lo tanto, vamos a hacerle la pregunta

que todo el mundo quiere saber. Dejando a un lado los cambios de nombre y de ciudad, ¿todo lo que sale en su libro es verdad?

Vaciló antes de responder.

—Sí.

—Interesante... —Sacó una hoja de papel—. ¿Es consciente de los comunicados de prensa que ha enviado Elite Airways esta semana? ¿De que ahora la tratan como si fuera una empleada descontenta?

—Sí. Y creo que están haciendo un trabajo muy bueno desacreditándome. —Gillian cruzó las manos en el regazo—. Un trabajo excelente, diría yo, pero los hechos son los hechos.

Katie volvió a sonreír, aparentemente feliz de haber conseguido una exclusiva.

—Me ha dicho antes de la entrevista que no ha divulgado el nombre ni nada específico del piloto con el que estuvo involucrada, pero ¿qué sabe él sobre el libro? ¿Es consciente de que es el tema principal?

—Me temo que no puedo responder a eso.

—De acuerdo —dijo ella—. Centrémonos en usted. Por lo tanto, consiguió un pequeño contrato para un libro cuando salió de la universidad. Se supone que su primer libro iba de...

Ignoré la voz de la periodista y de las obviamente ensayadas respuestas de Gillian. Me concentré en los labios y en los ojos de Gillian, en la forma en la que se ruborizaba cada pocos segundos, cuando se sentía incómoda.

No podía negar que seguía siendo jodidamente hermosa, ni que verla —aunque solo fuera unos minutos— tenía cierto efecto en mí, y que sentía lo que había estado tratando de evitar durante los últimos meses. Por mucho que no quisiera admitirlo, seguía reprimiendo mi costumbre de despertarme en medio de la noche y buscarla.

Había encontrado imágenes de los dos en el cajón de mi escritorio, fotos secretas que había hecho cuando estaba dormido. Y yo seguía revisando las imágenes de desnudos que una vez me envió al móvil a través de las conversaciones de FaceTime. No me atrevía a eliminarlas.

—Una última pregunta antes de irnos a una pausa publicitaria. —La estridente voz de Katie atravesó mis pensamientos—. Si pudiera decirle algo al protagonista de *Turbulencias*, lo que fuera, ¿qué sería?

Por la cara de Gillian cruzó una expresión de dolor, pero se recuperó con rapidez y forzó una sonrisa.

—Le diría una frase de dos palabras y ocho letras. Algo que siempre quise decirle, así que lo digo aquí, y lo digo en serio.

«Lo siento...».

—De acuerdo, entonces... Vamos con la publicidad.

—También me gustaría decirle que lo echo de menos. —Miró directamente a la cámara—. Que lo echo de menos más de lo que pueden expresar las palabras. Que lo amo —articuló finalmente, ya sin voz.

Alguien fuera de cámara le entregó una caja de pañuelos de papel y Katie le guiñó un ojo a la audiencia al tiempo que le daba a Gillian una palmadita en la rodilla.

—Ahora volvemos, América —dijo con una gran sonrisa. Y después de que la cámara captara las lágrimas que rodaban por el rostro de Gillian, cortaron la imagen y salió un anuncio de una tintorería.

—¿Preparado? —me susurró al oído la mujer del Marriott—. Acabo de recibir un mensaje de los de la limpieza. Podemos marcharnos.

Me di la vuelta para mirarla, pero fui incapaz de ver sus rasgos. Solo veía los de Gillian.

—¿Eso es un sí? —preguntó.

—Es un no. —Me alejé de ella y salí del restaurante. Sentí el vivificante aire nocturno en la cara mientras recorría la calle 38, rumbo al distrito financiero donde tenía menos posibilidades de encontrarme con alguien conocido.

Cuando me acerqué a un semáforo, miré a mi izquierda y vi la portada de *Turbulencias* en una pantalla en el interior de Barnes & Noble. Incapaz de apartar la mirada, di un paso más cerca del vidrio para fijarme en la nueva cubierta de la segunda edición del libro. A diferencia de la portada inicial, en la que aparecía una pareja que se besaba apoyada en una pared, esta era más simple.

La palabra «turbulencias» estaba dividida en las cuatro sílabas, que se habían dispuesto en color amarillo encima de un fondo azul oscuro. A la izquierda había un hombre vestido con el uniforme de piloto, un capitán con cuatro franjas doradas en la manga, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol bajo un cielo oscuro. En letras blancas, en la parte inferior, aparecía el nombre de la autora. Además, en una banda aparecía en cursiva: «*Best seller* en las listas de *The New York Times* y *USA Today*».

Una parte de mí quería irrumpir en la librería y arrancar las portadas de

todas las copias. Despojar cada libro de las páginas hasta que no quedara nada que leer. Pero otra parte de mí, una parte a la que no podía comprender, estaba tentada a comprarme una de las copias.

Como el semáforo estaba en rojo, y contra mi mejor juicio, entré en la tienda. Me topé de inmediato con una pantalla en la que aparecía el libro más grande, y un *stand* lleno de objetos que se podían adquirir con la novela, entre ellos un llavero plateado en forma de avión con las palabras «Somos nosotros. Así es nuestro amor imperfecto» grabadas en un ala.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —se ofreció una jovencita morena, acercándose a mí—. ¿Busca algo en particular?

—Ya lo he encontrado —repuse, cogiendo una copia—. ¿Dónde puedo pagar?

—Al fondo a la derecha. —Sonrió—. ¡Que tenga una feliz lectura!

—Gracias. —Me alejé de ella y me dirigí al mostrador, deteniéndome al ver una novela con la portada negra que llevaba por título *Cómo tener una cita con un piloto (¡Y sexo en la cabina de mando!)*. Me quedé tan sorprendido que se me cayó el libro al suelo.

Pasando de mis anteriores planes para ir al distrito financiero, detuve un taxi y me dirigí al ático.

Dado que no tenía que volar durante los próximos días, me serví un par de chupitos de bourbon y me los tomé. Luego saqué el libro de Gillian de la bolsa y me senté en el sofá.

Me lo quedé mirando un buen rato, sin saber todavía si quería leerlo o prenderle fuego.

Pasaba de la medianoche cuando por fin lo abrí y leí las primeras líneas:

«PREEMBARQUE

GILLIAN

¿Cuántas veces me vas a hacer arder?

Tres, cuatro, cinco, quizá diez...

¿Soy yo quien te hace arder a ti?

Sí, esto tiene que terminar.

Si eres tú quien se aleja primero, seguiré tu ejemplo.

Ya te lo he dicho antes y, sin embargo, nunca me marchó...

La primera vez que sufrí una turbulencia grave, me juré que en mi vida volvería a volar de nuevo.

Ocurrió durante un vuelo nocturno de Seattle a Londres; de repente, tres horas después del despegue, fuimos alcanzados por una repentina tormenta de verano. El avión se sacudía de forma violenta mientras los pasajeros gritaban y rezaban por su vida. Mis pausadas órdenes de «relájense. Por favor, tranquilícese todo el mundo» caían en oídos sordos.

El piloto era joven y no tenía experiencia, su tono suave no reconfortaba lo más mínimo. Y mientras los vasos de primera clase se hacían añicos en el suelo en medio del equipaje caído, me prometí a mí misma que, si llegábamos a aterrizar, mis días en el aire habían terminado.

Promesa que rompí unas horas después, por supuesto, pero por fin pude decir que había experimentado una de las peores turbulencias.

O eso pensaba».

Seguí leyendo más, y pasaron las horas mientras mis ojos devoraban cada palabra.

PUERTA C45

Nueva York (JFK)

GILLIAN

«Se cree que el misterioso piloto de nuestro romance erótico favorito está relacionado con algún directivo de la aerolínea».

E! News

«La autora del *best seller* *El club de la milla al descubierto* admite que tuvo acceso a la primera novela de Taylor G. ante la acusación de miles de fans».

RT Book Reviews

«Elite Airways obliga a todos sus empleados a firmar su nueva política de no confraternización. Asegura que no tiene nada que ver con ese libro».

USA Today

«*Turbulencias* bate un nuevo récord al publicar la quinta edición en menos de tres meses».

The International Times

«La autora de *Turbulencias*, Taylor G., comienza una gira internacional de presentación del libro mientras la novela continúa su reinado, imbatible por tercer mes consecutivo».

The New York Times

****Comunicado de prensa oficial de ELITE AIRWAYS****

—Sobre la obra de ficción de una exempleada—

Nuestra estimada aerolínea ha completado un extenso proceso de investigación que ha incluido a todos los pilotos que vuelan actualmente para nosotros. Los resultados nos llevan a la conclusión de que nuestra exempleada, la señorita Gillian Taylor (que escribe bajo el pseudónimo de Taylor G.), no ha mantenido ninguna relación personal con ninguno de nuestros pilotos.

No emitiremos más comunicados de prensa en relación con este tema, pero, como ya mencionamos anteriormente, deseamos que la señorita Taylor tenga la mejor de las suertes en su reciente éxito literario.

PUERTA C46

Nueva York (JFK) —> Salt Lake City (SLC) —> Pittsburgh (PIT)

GILLIAN

«—No apartes los ojos de la cámara, Gillian... —me susurró Jake al oído mientras me tiraba del pelo, penetrándome más profundamente.

Miré a la derecha de la cámara, gritando al notar que me llenaba con cada centímetro de su erección. Me apretó los pechos con la mano izquierda, pellizcándome los pezones, que se endurecieron mientras gritaba.

—Jake... Jake... —Mi cuerpo convulsionó de forma violenta debajo de él. Entonces me dio la vuelta para cubrirme la boca con la suya y reclamar mis labios hasta que me quedé completamente inmóvil».

Entonces, igual que había hecho en todos los otros vídeos, me besaba antes de apagar la filmación. Al instante, empecé a volver a verlo por enésima vez.

—¿Señorita Taylor? —El entrevistador de *Divagaciones a medianoche* entró de repente en el camerino.

—¿Sí?

—Solo quería darle las gracias personalmente por permitirnos hacerle la entrevista esta noche. —Me tendió un ramo de flores—. No hay mucha gente dispuesta a volar a Salt Lake City, así que ha sido un absoluto placer. Esperamos con ansia su próxima novela.

—Gracias. Es un honor que me haya invitado.

—¿Le importaría firmarme algunos ejemplares antes de irse? Están en la mesa del estudio de sonido.

—No es molestia.

—¡Estupendo! ¡Gracias de nuevo!

Esperé hasta oír el clic de la puerta y luego, finalmente, abandoné la ensayada sonrisa. Dejé que decayera y se desvaneciera. Dejé que las lágrimas rodaran por mi cara, dejé que mi pecho subiera y bajara bruscamente como siempre cuando terminaba una de estas insatisfactorias entrevistas.

Sin avergonzarme, marqué el número de Jake, pero en lugar de saltar su buzón de voz, había un nuevo mensaje: «Este número no está en servicio».

Asunto: Tú

Sigues siendo mi anomalía.

Te echo de menos.

Gillian

Sin respuesta, como siempre.

Refresqué un par de veces, con la esperanza de que respondiera, pero no lo hizo.

Hubo un ligero golpe en la puerta del camerino y me sequé los ojos con rapidez.

—Adelante —dije.

—De acuerdo, sí. —Kimberly entró hablando por el móvil—. Correcto. Bien, podemos hablar el viernes. Estoy con una cliente. Hasta el viernes, Keneth. —Me lanzó con rapidez una mirada diciendo que lo sentía mucho y habló unos minutos más con el tal Keneth antes de colgar.

—Bien —me dijo, prestándome toda su atención—. La entrevista ha ido particularmente bien, ¿verdad? Creo que has hecho un trabajo increíble.

—Gracias. —Forcé una sonrisa—. Si te parece bien, me gustaría ir a firmar los libros y volver a casa. ¿Podemos pasar hoy de fotos?

—Cuando tú vas, yo vuelvo. —Puso una bolsa sobre la mesa—. Esos son los libros y hay un boli dentro. ¿Sigues dispuesta a cenar mañana con los lectores?

—Claro.

—Estupendo. Voy a decirles que nos marchamos y regreso enseguida.

Cuando desapareció, noté que el móvil me vibraba dentro del bolsillo. Se me detuvo el corazón.

«¿Será Jake?».

Encendí la pantalla y abrí la aplicación de correo electrónico.

No era Jake.

Ni siguiera alguien parecido.

Se trataba de Ben.

Asunto: El destino

Ya sé que tu libro realmente trata sobre nosotros. No tienes que fingir que soy piloto para que resulte más interesante. Un corredor de bolsa impresiona igual. Estoy a tu disposición cuando decidas regresar, y cuando nos volvamos a juntar te cuidaré mejor. Quiero llevarte a cenar este mes, en algún momento. Sin embargo, ¿podrías usar el vestido que me gusta? Es lo justo,

ya que me amas tanto como yo.

Ben

«Uff...».

PUERTA C47

Pittsburgh (PIT) —> Salt Lake City (SLC)

GILLIAN

Finalicé otra entrevista, firmé con rapidez otro montón de libros y me pusieron otro ramo de flores en las manos tres días después. Sin embargo en esta ocasión no me senté en el camerino a matar el tiempo. Me dirigí directamente al coche que me esperaba, preparada para dormir mientras pensaba en Jake.

En cuanto me senté en el asiento trasero, me sonó el móvil. Era mi madre.

—¿Sí? —respondí, sin molestarme en saludar.

—¿Es posible que esto haya ocurrido porque no te he prestado suficiente atención, Gillian? —La voz de mi madre era chillona—. ¿Por eso has sentido la necesidad de mentirnos sobre tu trabajo y ocultarnos que escribías?

—No tenéis nada que ver en esto —repuse con firmeza—. ¿Sabes?, el mundo no gira a vuestro alrededor.

—Si hubieras estudiado en el MIT, no habría pasado nada de esto.

Me mordí el labio, tratando de contener la cólera. Para mi sorpresa, mi familia se había quedado flipada por la publicación del libro, pero no en el buen sentido. No importaba que hubiera logrado algo que no había logrado ninguno de ellos, se trataba de «escritura sin sentido» y «todas esas palabras podrían haber tenido mejor uso en un contexto de investigación científica». Resumiendo: seguía sin ser lo suficientemente buena para ellos.

—Tu padre y yo vamos a ir a Nueva York el mes que viene para almorzar contigo. Queremos hablar sobre cuál es la mejor manera de enfrentarnos a esto. Tenemos que encontrar la forma de responder a las preguntas que se hacen nuestros colegas sobre... tu libro.

—¿Sabes qué? —No podía contenerme más—. No os molestéis en venir a verme nunca más. Al menos hasta que tú y los demás miembros de la familia dejéis de miraros el ombligo. He publicado dos libros. Dos. Y en lugar de que mi familia me diga: «Felicidades, estamos orgullosos de ti», os las arregláis

para hacer que me sienta una mierda.

—Gillian, me impresiona todo lo que has hecho, solo trato de conectar contigo.

—Te enviaré mi calendario de firmas. Si quieres verme, ponte a la cola... Dado que ninguno habéis comprado el libro, creo que os vendría bien. — Colgué antes de que ella pudiera añadir nada.

El móvil comenzó a vibrar de inmediato y vi que me había enviado un mensaje.

Mi madre: Lo siento. Quiero verte, pero no en una firma. A solas. Así podré disculparme en persona. Todos podremos disculparnos en persona...

Empecé a escribirle un mensaje para decirle «no, gracias», pero recibí antes otro mensaje de ella. Una serie de fotos de mis hermanos, mi padre y ella con mi libro.

Miré las imágenes durante varios minutos. No pude contener las lágrimas, porque no era capaz de creer que eran reales.

Yo: Me gustaría mucho...

PUERTA C48

Nueva York (JFK)

JAKE

Salí del ascensor al llegar al ático, deseando dormir un poco después de un vuelo particularmente largo, pero mi móvil sonó antes de que pudiera abrir la puerta. Se trataba de un número desconocido.

—¿Quién es? —respondí.

—¿Estoy hablando con el señor Weston? —Era una voz masculina.

—Depende de quién esté llamándome.

—Soy el doctor Armin, de Asistencia Vital. ¿Lo he pillado en un mal momento?

—No. —Tragué saliva, temiendo lo peor.

—Estupendo. Lo he llamado porque...

—¿Está llamando a mi Jake? —Oí la voz de mi madre al fondo—. Le he dicho que no pienso salir de la habitación a menos que él esté conmigo. No me fío de usted ni de su personal, y juro por Dios que si está hablando con otra persona que no sea Jake en este momento, me aseguraré de que lo demanda por negligencia.

—Señor Weston —suspiró el médico—. ¿Está en algún lugar lo suficientemente cerca para venir a Newark en este momento?

Colgué y entré en el ascensor para ir a la planta baja. Me subí al coche antes de que el botones pudiera aparcarlo en la plaza correspondiente.

Aceleré hasta Nueva Jersey, hacia el centro urbano, sin parar ni una sola vez. Estuve a punto de estrellarme un par de veces en el camino.

Cuando llegué, ni siquiera me detuve a firmar el registro de visitantes. Pasé ante la recepcionista, retándola con la mirada a que se atreviera a detenerme. Mientras me acercaba a la habitación de mi madre, recé para que fuera ella unos minutos más, que no la hubiera perdido otra vez.

Abrí la puerta de la habitación y allí estaba, sentada, mirándome.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Jake, tienes un aspecto terrible —dijo—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Suspirando, me acerqué y la abracé.

—¿Jake? —Me apretó los brazos—. ¿Estás bien? Por lo general no me abrazas durante tanto tiempo.

Aun así, continué abrazándola durante unos cuantos segundos más antes de soltarla.

—¿Cuánto tiempo llevas lúcida?

—Desde las seis de la mañana. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Sabes en qué año estamos?

—2014 —se encogió de hombros—, quizá 2015.

—Casi —convine—. ¿Cuántos años crees que tengo ahora?

—Dependiendo del año tienes treinta y ocho o treinta y nueve.

—¿A qué me dedico?

—Por la forma en la que llevas la conversación, eres guionista en *Jeopardy*. Me reí y ella sonrió.

—Pilotas aviones, Jake, como debe ser —repuso—. Y también te enfadas con tanta frecuencia que estás pensando en pagar para que te dejen ser probador de bolas de estrés.

—Nunca he llegado a considerar eso.

—Deberías. —Se rio y dio una palmadita al colchón—. Siéntate.

Me quité la chaqueta antes de hacerlo.

—Mis preguntas son mucho más interesantes que las tuyas. ¿Es ya mi turno?

—Sí. Pregunta lo que quieras.

—¿Todavía no te has puesto a tener hijos? —preguntó—. ¿Puedo conocer a algún mini-Jake?

—No. ¿Podemos cambiar de tema? ¿Hablar de cómo te sientes, quizá?

—Estoy muy bien —respondió—. Al menos por ahora. No sé cuánto tiempo duraré así.

—Ha valido la pena la carrera en coche.

Riendo, señaló el montón de mantas que había en la esquina, y la cubrí con otra más, volviendo a tomar asiento a su lado. Cuando dejó de reírse, se puso seria de nuevo.

—Si te pregunto algo, ¿me prometes decir la verdad?

—Solo si no te hago daño con ella.

—De acuerdo. —Asintió moviendo la cabeza—. Vale, me parece justo.

¿Cuándo fue la última vez que estuve así? ¿Lúcida durante más de una hora?

—Por favor, no quiero responder a eso.

—Dímelo. —Sonrió débilmente—. Probablemente no recordaré este momento dentro de un par de días.

La besé en la frente.

—Hace dos años.

—¿Años? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Asentí.

—Has tenido momentos. Horas aquí o allá. Pero ¿días completos? Hace dos años.

—¿Es cierto que eres tú quien envía las mantas y los paquetes todos los días? ¿Eres tú?

Asentí otra vez, notando que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Las entregas de la empresa de *catering* ¿también son cosa tuya?

—Sí. —Le sequé las lágrimas—. Odias la comida que sirven aquí. Ni siquiera te gusta el helado. Por alguna razón no confías en ella.

Se rio poniendo las manos en el estómago.

—Gracias, Jake. Muchas gracias.

—De nada. —Le hice más preguntas, tratando de aprovechar el mayor tiempo posible, tratando de disfrutar de la compañía de la única persona de mi vida con la que valía la pena hablar.

De vez en cuando, interrumpía mis preguntas.

—Venga... ¿cómo se llama? —porque juraba que todas las respuestas que daba a las preguntas que me hacía sobre relaciones indicaban que mantenía una que no era casual. Que pensaba en alguien. Pero no era cierto, no había pensado en Gillian hasta ese momento.

—Mira... Antes de que me olvide... ¡Ja! —resopló. Sacó un bloc de notas de debajo de la almohada—. Al parecer, alguien le dijo al personal que me diera este cuaderno si estaba lúcida más de un día. —Pasó las páginas—. Tienes que hablar con tu padre y con tu hermano cuando puedas.

—No.

—Jake...

—Ni hablar. Son la razón por la que estás aquí. Para mí han muerto.

—Es importante. —Parecía sincera—. Muy importante.

—Entonces, ¿por qué no me lo dices tú?

—Porque tienes que oírsele a ellos. —Pasó otra página—. También tienes

que hacerles llegar unos mensajes de mi parte. A tu padre tienes que decirle que le perdono todas sus mentiras, y que le deseo lo mejor con Elite. De verdad.

Le toqué la frente, seguro de que iba a venirse abajo, pero seguía muy lúcida.

—Dile a tu hermano que lo echo de menos. Que los quiero mucho a él y a sus hijos. A pesar de que, bueno... Ya sabes. —Frunció el ceño—. Prefiero no pensar ahora en cómo te ha borrado de su vida.

—¿Y qué me dices de Riley? Ya que voy a hacer un *tour* de odio, ¿quieres que le entregue también a ella un mensaje?

—No. —Arrugó la nariz—. Nunca me cayó bien. Siempre me pareció que era demasiado atenta con tu padre, y te advertí sobre ella. Deberías haberme escuchado.

Esta vez fui yo quien se rio.

—Lección aprendida.

—¿De verdad? —Cerró el portátil—. Si es de verdad, sea quien sea la mujer en la que estás pensando (sé que es así, no trates de negarlo), tienes que asentarte, darme algunos nietos que disfrutar durante unas horas dentro de dos años, cuando vuelva a estar lúcida. —Me apretó la mano—. Siempre tengo razón, Jake. Así que haz lo que te digo.

Traté de no volver a reírme, pero no pude evitarlo. La abracé y cambié de tema, deseando seguir escuchando su charla durante el resto de la noche, disfrutando de cada segundo.

Le dije que la quería en varias ocasiones mientras le apretaba la mano por encima de la manta, y poco a poco, el tiempo se agotó.

Antes de quedarse dormida, me abrazó con fuerza y me besó en la mejilla, rogándome que hablara con mi padre y con mi hermano.

Me quedé a su lado hasta que volvió a abrir los ojos, para ver si seguía lúcida por segundo día consecutivo.

No lo hizo.

No sabía quién era yo, pero sí que me parecía mucho a su hijo mayor. Me pidió que dejara una foto en la recepción para poder enseñársela y luego me hizo salir de la habitación para poder dormir un poco más.

EN LA ACTUALIDAD

ENTRADA DEL BLOG

Este será la última entrada que escribo aquí... No sé si alguno de mis lectores habrá encontrado este blog, dado que me he negado a mirar las estadísticas y a leer los comentarios publicados durante meses, pero si ha sido así, gracias. Muchas gracias por dejar que mis palabras formen parte de su vida, por leer mi libro y por examinar las entradas que dejé escritas en el blog después de que la novela viera la luz.

Dado que esto quedará aquí escrito, supongo que debería decir algo profundo, auténtico y con sentimiento.

Querido ya sabes quién...

Tè quiero. Tè amo de verdad y nunca he sentido por nadie lo que sentía (y sigo sintiendo) por ti. Soy consciente de que es posible que no vuelvas a hablarme, pero quiero que sepas que te has convertido, sin duda, en el amor de mi vida. Que ningún otro hombre podrá ocupar el lugar que tú has dejado.

Con amor, tu anomalía.

Gillian

30.806 comentarios

PUERTA C49

Nueva York (JFK)

JAKE

La mañana del sábado estaba en mitad de la lectura de *Turbulencias*, exactamente por mitad de la Puerta C49, cuando un fuerte golpe en la puerta me arrancó de la trama.

Al principio hice lo que hago normalmente cuando tengo un visitante inesperado: me encogí de hombros y lo ignoré.

Por desgracia, los golpes se hicieron cada vez más fuertes, y, después de media hora sin que el idiota se diera por aludido, salí de la biblioteca. Ni siquiera me molesté en echar un vistazo por la mirilla: ya tenía preparada la larga lista de palabras que iba a soltar a quien fuera cuando nos encontráramos cara a cara.

Giré el picaporte y abrí la puerta para encontrarme a Evan.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté—. ¿Por qué coño ha permitido Jeff que suba gente de la lista negra?

—Tú. Yo. En Red Bar. Ahora. —Había una expresión de derrota en sus ojos—. Solo necesitamos cinco minutos.

—¿Necesitamos?

—Papá y yo.

Empecé a cerrar la puerta, pero me lo impidió con el pie.

—Cinco minutos y no volveremos a molestarte.

—¿Es una promesa?

—Sí. —Asintió moviendo la cabeza—. Es una promesa.

—No estoy seguro de que conozcas la definición de esa palabra, pero voy a pasarlo por alto. —Recordé de pronto lo que me había pedido mi madre y contuve un suspiro—. Aparta el pie. Saldré dentro de diez minutos.

Dio un paso atrás y me reprimí lo suficiente para cerrar la puerta sin dar un golpe. Me puse unos vaqueros y una camiseta. Cuando cogí la cartera de la

cómoda, puse mi ejemplar de *Turbulencias* en el bolsillo de la chaqueta.

Leería los demás capítulos durante el vuelo nocturno.

Abrí la puerta y me encontré a Evan apoyado en la pared.

—¿Dónde nos encontramos?

—En Red Bar. Si quieres te llevo.

—Ni de coña. —Apreté el botón del ascensor y las puertas se abrieron.

—Entonces, iré contigo —afirmó, entrando conmigo en la cabina.

—El Red Bar está a quince minutos en coche, Evan. Me has prometido que no volveré a saber nada de ti cuando te dé cinco.

—Considera que no has leído la letra pequeña.

—Prefiero que no vengas.

—Si después de hoy no voy a poder hablar con quien es sangre de mi sangre y carne de mi carne, quiero disfrutar de cada segundo posible.

—Por favor, abstente de rollos tipo «La familia lo significa todo» —salí del ascensor en el aparcamiento—, los dos sabemos que no es así.

—Jake...

—Entra en el coche —dije, abriendo las puertas—. Pero acuérdate de que son solo cinco minutos, así que no me dirijas la palabra durante el trayecto.

—Vale.

Mantuve la mirada clavada en el frente mientras conducía, incapaz de reprimir las imágenes más con Gillian que pasaban por mi mente. Ella invadía todos mis sueños, y de vez en cuando seguía buscando a ver si se había dejado algo en el ático, algo que pudiera estar escondido en los lugares que utilizaba antes.

—Ahí —dijo mi hermano, señalando una plaza en el aparcamiento.

Detuve el coche y apagué el motor, más que preparado para poner punto final a la reunión. Entré y vi a mi padre sentado en el reservado de la esquina, solo.

—Lo has prometido —me recordó Evan, dándose cuenta de que me había detenido—. Dale cinco minutos.

—Son cinco minutos a los dos —argumenté—. ¿No vas a estar presente en la reunión?

—Yo ya he hablado con él —suspiró—. Estaré en la barra. Dame unos segundos antes de marcharte. Si puedes. —Me miró con una expresión de dolor en los ojos—. De verdad, me gustaría que supieras que siento lo de Riley. Debería haberte dicho lo que estaba haciendo a tus espaldas en vez de ponerme del lado de papá, borrándote de nuestras vidas. Lamento haber

arruinado la relación que teníamos como hermanos.

No dije nada. Me saqué el móvil del bolsillo y comprobé la hora. Luego me dirigí a la mesa donde estaba mi padre y me senté.

—Son las cuatro y media —advertí—. Tienes mi atención hasta las cuatro y treinta y cuatro.

—¿Hasta las cuatro y treinta y cuatro? —Sonrió—. Treinta más cinco son treinta y cinco, ¿no?

—Resto un minuto para asimilar tu terrible aspecto. Mis ojos son muy sensibles.

Se rio y se reclinó en la silla, ajustándose los gemelos.

—¿Puedo traerle algo de beber, señor? —preguntó la camarera.

—No me voy a quedar el tiempo suficiente para tomar nada.

—Traiga una Coca-Cola —pidió mi padre—. Para mí otro whisky doble.

—Sí, señor. —La joven se alejó.

—Cuidado —avisé, mirando el reloj una vez más—. Si fuera tú, no perdería el tiempo con las bebidas.

—No pienso perder el tiempo. Cuando escuches lo que tengo que decirte, no vas a querer marcharte. Es muy importante.

—No contaría con ello.

La camarera trajo las bebidas y se alejó.

Mi padre cogió el vaso y se lo llevó a los labios, tomando el trago más lento del mundo.

—Quería hablar contigo porque... —vaciló— estoy muriéndome.

Parpadeé.

Dio otro sorbo a su bebida, y noté que le temblaban las manos cuando dejó el vaso de nuevo en la mesa.

—¿No vas a decir nada, Jake? ¿Te da igual lo que acabo de revelarte?

—Estoy esperando a oír la razón por la que eso va a evitar que me marche.

—Que te jodan, Jake.

—Esa es... —Terminé el refresco y me levanté—. ¿Prefieres que te entierren o que te incineren? Siempre he sido partidario de respetar el último deseo de un hombre.

—Espera. —Me agarró de la manga—. Por favor. Por favor, escucha lo que tengo que decir —suplicó—. Sin límite de tiempo. Me parece bien que luego no me dirijas la palabra. Pero dame hoy.

—Por lo que veo, sigues teniendo problemas para cumplir tu palabra. —Me

zafé de su mano, pero me senté—. Tienes hasta la hora límite del vuelo.

—De acuerdo. —Hizo un gesto a la camarera para que rellenara las bebidas y esperó hasta que ella no pudo oír la conversación—. Ya sabes que tu madre no murió en ese accidente, y lo sabes desde hace tiempo. Podrías haberme delatado, pero no lo has hecho.

—No es algo que no se me haya ocurrido.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque mamá hubiera sufrido demasiado —repuse—. Es lo que ocurre cuando amas a alguien. No haces daño a propósito.

—No, no es a propósito... —Tomó otro sorbo de la bebida—. También has sabido que Evan no ha pilotado un avión comercial en toda su carrera, podrías haberlo delatado también. ¿Por qué no lo has hecho?

—Pereza...

—¿Estás seguro? ¿No habrá otra palabra que comienza con A?

—No. «Futura ruina» son dos palabras, y empiezan con F.

—De acuerdo. —Negó con la cabeza—. Voy a ir al grano. Quiero entregarte mi legado, la aerolínea.

Arqueeé una ceja.

—¿De verdad piensas que voy a aceptarla?

—¿Qué diferencia hay entre eso y lo que estás haciendo ahora?

—No pienso perpetuar una imagen falsa ni continuar levantando un imperio cimentado en jodidas mentiras.

—Sin embargo, vuelas para mí y cobras a fin de mes.

—Eso son hechos circunstanciales. Presentaré mi renuncia en breve. De nada.

—Hace unos años hablé con tu madre de esto. Antes de que..., ya sabes...

—Parecía sincero—. Me dijo que esta era la única forma de que ella me perdonara.

—¿Eso fue antes o después de que diseñaras un avión con la fecha de su muerte? —preguntó—. ¿Antes o después de que decidieras que tener una mujer con una enfermedad neurológica era malo para tu imagen?

—Jake, por favor. Estoy intentándolo...

—¿Por qué no se lo dejas a Evan? Es tan despreciable y moralmente retorcido como tú.

—Exacto —convino—. Es igual que yo, y ya sabemos todos que tú eres mejor.

—Incluso aunque fuera lo suficientemente estúpido para aceptar algo de ti, ¿cómo piensas explicar que entregas tu compañía a un extraño? Solo tienes un hijo, ¿recuerdas?

—Lo confesaré todo.

—¿También lo concerniente a tu primera esposa?

—Sí. —Asintió—. Lo explicaré todo. Entonces, ¿aceptas mi oferta?

—Por supuesto que no. Sin embargo, la agradezco. Si no te importa, tengo un vuelo a Francia dentro de unas horas. Os deseo a ti y a Evan lo mejor.

—Has dicho que respetarías la última voluntad de un moribundo. Esta es la mía, Jake. Esto es lo que deseo, y no quiero que me sigas odiando cuando me muera.

—Has vivido con mi odio todos estos años, no deberías notar ninguna diferencia cuando estés bajo tierra.

—¿No piensas preguntarme de qué me estoy muriendo? —Parecía más vulnerable que nunca—. ¿De qué enfermedad? ¿Qué síntomas?

—Si lo hiciera, implicaría que me importa. —Hice un gesto con la mano—. Por cierto, enhorabuena por la fusión. Te deseo lo mejor, hasta que mueras, claro está.

—Sé que ese puto libro habla de ti —siseó—. Sé que esa chica se refiere a una relación contigo.

—Entonces somos dos. —Vi que mi padre le hacía una señal a la camarera para que trajera la cuenta.

—Tu hermano y yo hemos borrado todas las pruebas. Fue él quien os puso en tantos vuelos similares.

—¿Esperas que te dé las gracias?

—Espero cierta consideración. Te he cubierto de muchas maneras, y me gustaría obtener algo a cambio. No te morirías si lo consideraras al menos, ¿no?

—No. La respuesta será siempre la misma. —Me levanté—. Por cierto, por pura curiosidad, ¿cuántas personas tienen un FPE en la empresa?

—Solo tú.

—Déjate de gilipolleces.

—Es cierto —afirmó—. Solo tú. Algunos tienen ECF, que son formas de liquidación ejecutivas. Significa que están muy arriba y son intocables a menos que cometan una atrocidad. Creo que los de recursos humanos piensan que FPE es lo mismo.

—¿Y qué significa FPE?

—Futuro presidente de Elite.

Me alejé de la mesa sin mirar atrás. Volví corriendo al coche y puse el motor en marcha para huir a toda velocidad.

Sentí la repentina necesidad de llamar a Gillian y hablar con ella sobre el encuentro con mi padre, pero me reprimí. Ella seguía siendo una decepción, como todos los demás.

PUERTA C50

En el aire —> Francia

JAKE

Me quedé mirando fijamente el parabrisas del avión, sin saber muy bien qué hacía allí. Desde la semana pasada hasta este momento, todo había sido un borrón, y necesitaba un descanso. Cuando estuviera de vuelta, iba tomarme un mes de descanso.

—¿Capitán Weston? —preguntó por lo bajo una voz familiar, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Capitán Weston?

—¿Sí, Ryan?

—Mmm... tenemos vía libre para el despegue, señor. De hecho, la tenemos desde hace tres minutos. Como tardemos más, los controladores se van a pensar que nos pasa algo.

—De acuerdo... —Puse la mano en el control e hice avanzar el aparato, mirando al frente. Esta vez no sentí ninguna descarga de adrenalina, ni liberé mi ansiedad.

No podía sentir nada. Me quedé sentado durante horas mientras el avión se deslizaba entre las nubes, deseando que existiera alguna manera de que pudiera hacer retroceder los últimos meses.

—¿Puedo confiarte el aparato durante veinte minutos? —pregunté, desabrochándome el cinturón de seguridad—. Necesito una Coca-Cola.

—¿Por qué no se la pide a una de las asistentes de vuelo?

—Sí o no, Ryan. —Puse los ojos en blanco—. ¿Puedo confiar en ti durante veinte putos minutos o no?

—Puede confiar en mí.

No, no podía confiar en él, pero aun así salí de la cabina de mando y anoté al piloto de relevo, haciendo saber que descansaría veinte minutos. Luego fui directo al *office* y abrí los cajones de bebidas; no había Coca-Colas a la vista. Podía elegir lo que quisiera salvo eso.

—Los viejos hábitos nunca mueren, ¿eh? —La voz de la señorita Connors me hizo darme la vuelta.

—Imagino que no. ¿Y mi Coca-Cola?

—Pues... —Sonrió y abrió un compartimento diferente, de donde sacó dos latas de mi refresco favorito para entregármelas—. Las guardé aquí al darme cuenta de que iba a volver a volar conmigo.

—Qué previsor...

—Gracias. —Se rio y se apoyó en la pared—. ¿Alguien ha descubierto ya que es el piloto del libro?

—¿De qué libro?

—Qué gracioso... —Puso los ojos en blanco—. ¿Sabía que ella me llamaba el Halcón todo este tiempo?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. —Se encogió de hombros—. De hecho, esa parte me ha gustado mucho. Sin embargo, podría haber pasado sin saber todas las cosas sucias y repugnantes que hicieron en las ciudades de escala. Y, ya que estamos, ¿de verdad mantuvieron relaciones sexuales en el baño durante un vuelo? Por favor, dígame que se inventó esa escena...

Una imagen de Gillian apoyada en la puerta mientras la follaba en aquel avión rumbo a París pasó de repente por mi cabeza.

—Se la inventó —dijo.

—Sabía que era verdad. —Me guiñó un ojo y me tendió otra Coca-Cola—. ¿Quiere la cena a las siete?

—A las ocho está bien.

Me dio unas palmaditas en el hombro y se alejó, dejándome solo. Iba a llamarla para preguntarle si había hablado con Gillian últimamente, pero el avión comenzó a temblar de repente violentamente, y sobre los asientos se iluminó la señal del cinturón de seguridad.

—Damas y caballeros, les habla el capitán. —La voz de Ryan llegó a través de los altavoces mientras el avión se balanceaba de forma brusca hacia la izquierda—. Estamos experimentando un problema imprevisto en uno de los motores en este momento. Por favor, regresen a sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad.

Cuando el avión se inclinó hacia la derecha, los murmullos de temor de los pasajeros se hicieron más fuertes. Los vasos de primera clase se hicieron añicos en el suelo y se abrieron los compartimentos superiores, lo que hizo

que parte del equipaje cayera al pasillo.

Me apoyé contra la pared y me dirigí a la cabina de mando.

—¿Qué cojones pasa, Ryan? —pregunté—. ¿De qué problema mecánico hablas?

—Si lo hubiera sabido, lo habría especificado. —Estaba sentado en mi asiento, con las manos temblorosas sobre los controles—. Ahí delante hay una tormenta, ¿lo ve? Se me ocurrió que mencionar un problema mecánico era mejor que informar de una tormenta tropical. A los pasajeros les suena mejor y los hace sentir más seguros, ¿no le parece?

«¡Dios...!».

—Solo tienes que llamar a la torre de control y pedir permiso para subir más —lo corté, ocupando su asiento mientras el avión continuaba temblando—. Deberías saber la respuesta a esta cuestión después de todas las sesiones en el simulador. —Esperé a que hiciera la llamada, pero siguió allí sentado, apretando botones—. Ryan, llama y pregunta si podemos subir.

—Lo he intentado antes de que entrara... —Tragó saliva—. Hemos perdido el contacto con ellos hace una hora.

—¿Hace una hora?

—Sí, se lo dije. Se lo comuniqué y usted solo miró hacia delante, ¿no lo recuerda?

Traté de establecer conexión con la torre de control por mí mismo, pero no había señal de radio. Intenté enviar señales de emergencia, pero no sirvió de nada.

—Hemos entrado en pérdida. —Le temblaba la voz—. ¿Subo?

—No. Mantén esta altura. —Saqué el manual mecánico de debajo del asiento—. Solo hay que resistir hasta que el aire esté más estable. Con tal de que no hayas intentado nada mientras he estado fuera, todo irá bien.

—¿Y si hubiera intentado algo? —Abrió mucho los ojos cuando el avión se inclinó repentinamente hacia delante y comenzó a caer en picado hacia el océano—. Y si lo hubiera intentado y no lo hubiera conseguido, ¿hay un plan b?

«¡Dios!».

PUERTA C51

Nueva York (JFK)

GILLIAN

Cuando me desperté, tenía diez llamadas perdidas de Meredith, cinco de mis padres y tres de Kimberly. Le di la vuelta al teléfono, pensando que era lo mismo que cualquier otro día. Más entrevistas, más trabajo que hacer.

Me acomodé en la cama y me puse otra almohada debajo de la cabeza. Cogí el mando a distancia y encendí el televisor para ponerme a hacer *zapping* por los canales. Pasé por Lifetime, Nickelodeon y CNN, y estaba a punto de poner un DVD cuando apareció la NBC. Jadeé al ver el titular. Cuando vi una foto de Jake.

«¿Qué coño...?».

—Esto es todo lo que sabemos por ahora... —decía la reportera, y por la parte de debajo de la pantalla se repetía una y otra vez la misma línea: «Ha desaparecido el vuelo 491 de Elite Airways: el avión no tiene contacto con la torre de control desde hace dos horas. Hay doscientas ochenta y tres personas a bordo».

Vomitó en el suelo.

Negándome a creer que la noticia era cierta, cogí el teléfono.

Llamé primero a Meredith, que intentó tranquilizarme mientras buscaba un vuelo de regreso a Nueva York. Era medianoche cuando nos vimos obligadas a colgar, pero necesitaba seguir hablando. Que alguien impidiera que me volviera loca.

Llamé a Kimberly.

—Gillian, escúchame —me dijo en cuanto respondió—. Tienes que apagar el teléfono, y no entres en Internet. Solo deja el televisor encendido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo. —Su voz era solemne—. Estoy de camino, así que si no lo has hecho cuando llegue, lo haré yo.

No me moví.

—¿Gillian?

Gemí.

Mi pecho comenzó a subir y a bajar, y traté de decir algo, pero no fui capaz. En mi cabeza daban vueltas las teorías, los lamentos, y, aunque no quería creerlo, supe que Jake se había ido.

Breves recuerdos de nuestras imprudencias pasaron ante mis ojos como una película: polvos contra la puerta del baño, la falta de cuidado en los vuelos internacionales, las citas..., y me sentí idiota.

Podía haber intentado con más ahínco que él me escuchara. Podría haber intentado con más tesón que lo nuestro funcionara...

No fui consciente de que Meredith y Kimberly estaban realmente en mi apartamento hasta las seis de la mañana, cuando me obligué a ir al cuarto de baño.

Tenían los tres televisores sintonizados en diferentes cadenas de noticias. Todas hablaban de lo mismo y, mientras Meredith se paseaba de un lado a otro hablando por teléfono, Kimberly escribía de forma febril en el móvil.

—Espera un segundo, Georgia... —Meredith pegó el móvil a su pecho y me miró—. ¿Cómo estás?

Sacudí la cabeza.

Se me acercó y me dio una palmada en la espalda.

—Han enviado a la guardia costera, y otros países han movilizado a sus propias unidades de búsqueda, así que... —Sonrió con ternura—. Están diciendo que cabe la posibilidad de que hayan amerizado.

Había realizado suficientes investigaciones sobre aviación para saber que no tenían ninguna posibilidad, pero le devolví la sonrisa.

—Claro, seguro.

—No es imposible —aseguró Kimberly, todavía sonriente—. Tú, más que nadie, deberías saber que hay documentados varios amerizajes que terminaron con éxito.

—Solo dos. —Di un paso atrás, en dirección al cuarto de baño—. Uno de ellos fue en el Hudson, que es un río, no el mar. El otro fue en el Pacífico. El avión sobrevivió; los pasajeros, no.

Por la tarde, el vuelo 491 llevaba ocho horas desaparecido. Se habían enviado helicópteros, aviones militares y barcos guardacostas a la zona donde se había realizado el último contacto con el avión.

Los historiales de vuelo de Jake y el copiloto eran repetidos una y otra vez, y los medios se preguntaban por qué Jake no era el piloto que estaba en los mandos en ese momento, en lugar de Clarkson, que poseía mucha menos experiencia.

Elite Airways se había visto obligada a emitir una declaración formal sobre el incidente. Además, un cámara había pillado al presidente, Nathaniel Pearson, viendo las noticias en una sala vacía del JFK; el hombre estaba hundido en una silla, llorando.

Mi teléfono seguía desconectado por sugerencia de Kimberly, pero el suyo sonaba una y otra vez, sin parar.

Me ofrecían entrevistas que diera mi opinión sobre el suceso, pero también querían saber si conocía a alguno de los pilotos.

Kimberly rechazó todas las peticiones, y entre Meredith y ella cuidaron de mí como si fuera una niña pequeña, distrayéndome cuando lo que quería era hablar sobre los arreglos para el funeral de Jake.

Cuando estaba rogándole que me hiciera caso sobre el tipo de flores que quería encargar, me mandó callar y encendió la tele.

Había novedades en la CBS.

La presentadora se aclaró la garganta mientras se veían unas imágenes borrosas en el mar, con la niebla flotando en la pantalla, a su espalda.

—Buenas noches, fieles televidentes —decía—. Tenemos novedades en relación con el vuelo 491. Según varias fuentes, el avión ha sido encontrado en el océano. A unas trescientas millas de la zona donde el avión perdió el contacto con la torre de control, que era donde los equipos de búsqueda estaban concentrados. —Se tocó el auricular—. Las fuentes informan de que varios pasajeros han sido capaces de abandonar la aeronave y utilizar las balsas de emergencia del avión. Sin embargo, todavía no se conocen cifras de supervivientes. Seguiremos informando...

Permanecí pegada al televisor durante horas, devorando cada pequeño bocado de información que me ofrecían. En realidad había cinco tripulantes a bordo, no seis. Jake Weston era quien pilotaba. Los guardacostas habían socorrido con éxito al setenta por ciento de los pasajeros, que estaban siendo

tratados de hipotermia, shock y lesiones más graves. Todavía no habían aparecido miembros de la tripulación con vida.

Seguí viendo la pantalla durante horas, pero no hubo ninguna información sobre la tripulación...

****Comunicado de prensa oficial de ELITE AIRWAYS****

Ofrecemos nuestras más sinceras condolencias a los familiares de los ocho pasajeros que han fallecido por las heridas poco después del amerizaje del vuelo 491.

También nos gustaría tener en nuestras oraciones al capitán del vuelo 491, Jake Weston, y al primer oficial, Matthew Clarkson, que resultaron gravemente heridos en sus esfuerzos para salvar a los pasajeros del avión.

PUERTA C52

Nueva York (JFK)

JAKE

Me palpitaba la cabeza, y sentía como si alguien me hubiera prendido fuego en la garganta.

Traté de incorporarme, pero no podía moverme; los brazos y las piernas me pesaban demasiado. Me esforcé por abrir los ojos y vi a Gillian sentada a mi lado.

A pesar de que estaba dormida, tenía la cara roja y las mejillas mojadas. Una de sus manos reposaba sobre su pecho, y sostenía una lata de Coca-Cola de colección en el regazo.

Miré al otro lado de la habitación y vi cientos de arreglos florales, globos y tarjetas con deseos de «Que te mejores pronto». Traté de sentarme una vez más, pero cuanto más lo intentaba, más cansado me sentía, así que cerré los ojos y suspiré.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero de repente oí la voz de mi padre.

—¿Gillian? —llamaba—. ¿Gillian?

—¿Qué? —Su voz era apenas un susurro.

—Llevas aquí dos semanas. Vete a casa y descansa un poco.

—No, gracias.

—Quizá mañana permanezca despierto más de unos segundos —argumentó él—, y tienes que cuidar de ti misma mientras esperamos.

—He dicho no, gracias. Estoy bien, créeme. —Parecía sincera, pero incluso en mi estado, yo sabía que estaba mintiendo.

—Con el debido respeto, Gillian —insistió él—. No estoy pidiéndotelo, te estoy ordenando que...

—¿Quién pretendes que se quede con él? ¿Tú? Te odia.

—No creo que en este momento seas una de sus personas favoritas, Taylor G.

Silencio.

—Descansa un poco durante un par de días y luego vuelve. Te juro que si se despierta, serás la primera persona a la que llame. —Sonaba casi creíble—. Y puedes alojarte en el hotel que hay al otro lado de la calle. Ya tienes una habitación a tu nombre.

Ella suspiró.

—Y, de antemano, muchas gracias por mantener en secreto tu visita, Taylor G.

Gillian no respondió, y lo siguiente que sentí fueron sus labios en la frente.

—Te amo —la oí susurrar, y no pude obligarme a permanecer despierto ni un segundo más.

SEMANAS DESPUÉS...

—¡Señor! ¡Señor! —La enfermera entró gritando en la habitación—. Señor, vuelva a la cama. Ya.

—Prefiero no hacerlo. —Y miré por la ventana—. ¿Dónde está el médico? Dígame que quiero que me dé el alta hoy.

Se acercó a mí y se cruzó de brazos.

—Señor Weston, quiero que vuelva a la cama.

—De acuerdo. —Me quedé junto a la ventana—. Esperaré a que me lo pida correctamente.

—¡Mark! —gritó—. ¡Mark!

Unos segundos después, un hombre corpulento vestido de blanco entró en la habitación.

—¿Usted de nuevo? —preguntó, meneando la cabeza—. Por favor, no me haga cogerlo en brazos y ponerlo en la cama. ¿Me va a obligar a atarle los brazos a la cama en esta ocasión, señor?

Gimiendo, puse los ojos en blanco y me acerqué a la cama para deslizarme debajo de las sábanas.

—Gracias. —La enfermera le brindó a Mark una sonrisa y luego frunció el ceño.

—De acuerdo con el informe, ha sufrido una herida en la cabeza, shock hipotérmico, un fuerte esguince en el tobillo derecho y se ha roto dos dedos de la mano izquierda. ¿De verdad piensa que le vamos a dar el alta?

—Está claro que no importa lo que yo pienso.

—No es así. —Sonrió y comprobó mis constantes vitales—. Tiene un visitante. ¿Está preparado para recibirlo?

—Depende de quién sea.

—Un tal señor Pearson —dijo, bajando la voz—. Al parecer, es el presidente de la aerolínea.

No respondí.

—¿Eso es sí o no? —preguntó.

—Puede pasar.

—De acuerdo, de acuerdo. —Me tomó la temperatura y se dirigió a la puerta—. No se le ocurra volver a levantarse de la cama de nuevo, señor Weston.

Me quedé mirando la puerta y, en cuestión de segundos, apareció mi padre, con un aspecto poco habitual en él. Iba vestido con vaqueros y cazadora de cuero; además, su perpetua aura de confianza brillaba por su ausencia.

—¿Por qué parece como si hubieras tenido un accidente de avión? —pregunté.

—Muy gracioso. —Sonrió, acercándose a mí—. Supongo que no te has mirado en el espejo últimamente.

—Lo haré cuando no tenga vendajes en la cabeza.

Se rio.

—Sí, ya. Aunque estoy seguro de que tu creciente club de fans te adorará igual... Solo necesito cinco minutos.

—Eso dijiste la última vez, y se convirtieron en treinta.

—De acuerdo.

Sacó un papel del bolsillo y me lo arrojó.

—¿Qué es eso?

—Es el artículo que va a aparecer en *The New York Times* la semana que viene. Quería que lo leyeras antes.

—No voy a seguir volando en tu aerolínea, por lo que si este es tu patético intento para conseguir que lo haga, la respuesta sigue siendo no.

—Jake...

—Nunca te perdonaré lo que me hiciste con Riley. Jamás te perdonaré lo que le hiciste a mi madre —pronuncié lentamente, mirándolo a los ojos mientras me preguntaba si valía la pena decir el resto—. Pero puedo perdonarte que seas tú. Sin embargo, no quiero tu línea aérea.

—No te estoy pidiendo que pienses nada. Solo quiero que leas el artículo.

—Se inclinó sobre mí y me abrazó contra mi voluntad—. Lo siento, y siempre... siempre me acordaré de esto. —Me miró por última vez y salió de la habitación.

Por segunda vez en meses, me enfrentaba a algo que no quería leer, pero la curiosidad ganó una vez más. Abrí el sobre, y no pude apartar la vista del título del artículo, y eso que lo intenté.

«La verdad sobre el vuelo 1872 y cómo perdí a mi esposa. Cómo creé Elite Airways y por qué quiero que mi hijo regrese».

PUERTA C53

Nueva York (JFK)

GILLIAN

—¿Cómo crees que se sentirían los amantes de la literatura americana si supieran que la novelista de moda es una vaga? —preguntó Meredith mientras abría las cortinas de mi dormitorio, dejando entrar los escasos rayos de sol del atardecer a través de las ventanas.

—No soy una vaga —gemí, lanzando un ejemplar del último número de *The New York Times* encima de la cama—. Estoy deprimida.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no llamar a Jake cuando leí las confesiones de su padre en la prensa, cuando vi publicados en los medios cómo había utilizado todas aquellas mentiras. Quería preguntarle qué sentía al respecto, si ahora mismo sería capaz de perdonar a su familia.

Por otra parte, dado que me había agregado rápidamente a la lista de gente que no quería que lo visitara en el hospital, estaba segura de que tampoco habría respondido a mi llamada.

—No estás deprimida, Gillian. Eres patética. —Meredith seguía hablando, recogiendo ropa del suelo y lanzándola a una esquina—. Tienes que detener esta rutina tipo Jekyll y Mister Hyde de sonreír a las cámaras durante el día y llorar por las noches. Y tienes que hacerlo ahora.

—Mañana. —Rodé sobre la cama—. Te prometo que mañana lo haré.

—Empezarás esta noche. —Retiró las mantas de la cama—. También puedes empezar a escribir tu próximo libro, ya sabes, el que tienes que entregar dentro de seis meses. Ese que tu agente está ofreciendo por ahí. Como amiga tuya, te voy a dejar estar deprimida un par de horas, y luego vamos a divertirnos.

—¿En dónde?

—En una fiesta. —Me miró como preguntándome si lo decía en serio—. A ver, ¿en dónde si no? ¿Recuerdas cuando Ben te rompió el corazón hace un tiempo y lo que hiciste?

—No... —Y era cierto, no lo hacía...

—Sí, ya, pero yo sí que lo recuerdo. Y la forma en la que te olvidaste de él es la misma en la que te vas a olvidar de Jake. No puedo soportar ver más autocompasión.

—No me puedes obligar a que tenga una aventura de una noche. —Esquivé la almohada que me lanzó—. No estoy preparada para eso.

—Créeme, he aprendido la lección. Contigo no funcionan los rollos de una noche. Solo te sugiero una fiesta, algo que no vas a contar en un libro, algo que no esté relacionado con Jake para que puedas empezar a pasar página.

—¿Crees que está saliendo con otra persona? ¿Otra chica que sea más su tipo? —Sabía que le hacía esas preguntas todos los días, y sabía muy bien que ella no tenía ni idea, pero no podía evitarlo. No estaba con Jake, pero una parte de mí no podía olvidarse de él. Una parte de mí seguía manteniendo la esperanza.

—Gillian... —Suspiró, acercándose a mi armario y abriendo las puertas—. Tú y yo vamos a ir a una fiesta privada que da un amigo mío dentro de dos horas. Después de ese lapso, y durante las cuatro o cinco que pasemos en la fiesta, no podrás mencionar a Jake, Elite Airways, los periódicos ni nada por estilo. De lo único que quiero que hables es de lo que estás bebiendo, de lo que llevas puesto o de qué hombre te llevarías a casa. Nada más.

—La noche que lo conocí, Jake me dijo que no tenía un tipo —recordé—. Me pregunto si lo dijo para que me fuera a su casa con él... ¿Tú qué crees?

Sacó un vestido azul de mi armario y me lo lanzó antes de dirigirse a la puerta.

—Estate lista dentro de dos horas, Gillian. De dos horas.

PUERTA C54

Nueva York (JFK)

GILLIAN

Estaba segura de que los hados se habían juntado para reírse de forma histérica a mi costa. La fiesta a la que Meredith me había llevado no era en la terraza aislada de un edificio abandonado como la última vez, sino en la del edificio Madison, en Park Avenue, y aunque se suponía que no podían asistir los residentes, estar allí me hacía pensar únicamente en el que vivía justo debajo, en el apartamento 80A.

Cada veinte minutos, Meredith se acercaba para presentarme a un tipo distinto, alguien que según ella molaba, pero por el que yo nunca me sentía atraída. Al menos, no de la forma intensa que debía ser.

Casi todos los asistentes en la fiesta eran hombres hechos a sí mismos o visionarios en alza en el mundo de la moda, pero no era capaz de entablar una conversación de más de cinco minutos con ninguno. Tenía la mente en otro lugar, y mi corazón era demasiado terco para dar una oportunidad a alguien nuevo.

Cogí una copa de vino de la bandeja de un camarero que pasaba y me acerqué a la barandilla de la terraza. Allí alcé la vista hacia el cielo y me puse a mirar un avión blanco que sobrevolaba el Hudson.

—Un bonito aparato, ¿verdad? —dijo una voz a mi izquierda—. Apuesto lo que sea a que es militar. Un avión espía o algo así. Seguramente estará preparándose para ir al otro lado del mundo.

—No —repuse—. Es un MD-88. Se usa solo en vuelos de corto alcance. —Me volví para mirarlo, pero él estaba parpadeando como si lo hubiera intimidado y se echaba hacia atrás.

Me volví de nuevo para ver cómo el pequeño avión volaba más alto, continuando su ascenso.

—Debo decir que tu información sigue siendo equivocada... —El sonido

profundo y bajo de esa voz hacía que mi corazón se alborozara, que diera volteretas, por encontrarse frente a frente con Jake.

Todavía era jodidamente perfecto; incluso más atractivo que la última vez que habíamos estado juntos.

Rellenaba un traje negro de una forma impecable, como solo él podía, y me sonrió mientras ocupaba un lugar a mi lado, apoyado en la barandilla.

—Señorita, es un MD-90. —No dijo mi nombre—. Ha estado cerca. Muy, muy cerca.

Me miró los labios.

—Soy Jake. —Me tendió la mano. En el momento en el que se la estreché, revivieron todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo—. ¿Y tú eres...?

—Gillian.

—Mmm... ¿Cómo te ganas la vida, Gillian?

—Soy una afamada escritora... ¿Y usted?

—Soy piloto. En realidad, capitán.

—Parece muy joven para ser capitán —continué, imitando con soltura la conversación que habíamos mantenido la noche que nos conocimos.

—Bueno... —repuso, plantándome un beso en la frente—. Mis muchas horas de vuelo dicen otra cosa.

Silencio.

Durante varios minutos, simplemente estuvimos mirándonos el uno al otro, y supe en ese momento que mi corazón seguía atado al de él, que no había ninguna posibilidad de que me enamorara de otra persona de la misma forma que me había enamorado de él.

No dejó de mirarme mientras me rodeaba la cintura con los brazos, acercándose como si fuera a reclamar mi boca con la suya, pero se detuvo antes de que nuestros labios se tocaran.

—Quería que me firmaras algo —dijo mientras me ponía las manos en las caderas con los ojos clavados en los míos—. ¿Te importaría hacer eso por mí?

Negué con la cabeza. Él me soltó poco a poco para meter la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacar un ejemplar de bolsillo de *Turbulencias* y un bolígrafo.

—Puedes firmarlo en la página de la dedicatoria —pidió—. Justo debajo de donde pone «Este es para ti, solo para ti».

Cogí el bolígrafo y escribí: «Incluso si has continuado adelante, sigues siendo mi anomalía» donde él decía. Luego estampé mi firma.

Sonriendo, le tendí el libro.

—Tú sí que sigues siendo mi anomalía, Gillian —susurró por lo bajo—. Siempre lo serás.

—¿Significa eso que ya no estás enfadado por el libro?

—Significa que estoy jodidamente lívido por el libro. —Me miró con los ojos entrecerrados—. De hecho, y ya que tocamos el tema, vamos a tener que dejar claras unas cuantas cosas: primera, utilizas muy mal la terminología aeronáutica a lo largo de toda la novela. Le das las gracias al editor de contenidos en los créditos, así que tenía esperanzas al respecto, pero después de leerlo tres veces con el marcador en la mano, sigo encontrando errores.

—¿Te lo has leído tres veces?

—Siete —me corrigió—. Y no he terminado. Hay una gran cantidad de fallos que es necesario enmendar.

—Ya está publicado.

—Eso me importa una mierda. —Sonreía—. Tú tienes que conocerlos todos y cada uno de ellos. —Me cogió la mano—. ¿Por qué has cambiado el lugar donde follamos por primera vez? Fue contra la estantería, pero en el libro dices que fue sobre el escritorio.

—Mi editora pensó que era mejor así.

—Mis ojos son azul claro, no azul oscuro.

—Otro cambio editorial.

—Follamos en más de un vuelo internacional, y me chupaste la polla por primera vez en Nueva York, no en un hotel.

—Una vez más, cuestión editorial.

—Tampoco recuerdo haberte dicho tan pronto que te amaba. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Solo mencioné que lo nuestro era caótico y que me gustaba.

—Entonces, ¿no me amas? —pregunté.

—Esa no es la cuestión.

—¿Tardaremos mucho en llegar a ella? —dije en tono burlón, haciendo que sonriera de nuevo.

—La cuestión es que no te he visto ni he follado contigo desde hace meses, y que tampoco me he tirado a otra persona. —Apretó los labios contra los míos—. Y eso no lo va a conseguir nadie más. Te echo de menos y te amo. Pero, sobre todo, echo de menos follar contigo.

—De verdad, podías haberte reservado la última frase.

—No, era necesaria. Muy necesaria. —Me secó una de las lágrimas—. Te amo, Gillian. No me importa nada más, y creo que deberíamos marcharnos de esta fiesta ahora.

—No lo haremos hasta que me respondas a unas cuantas preguntas. Necesito saber con qué tipo de hombre estoy hablando esta noche.

—Con uno que te va a follar en cuanto nos metamos en el ascensor, con uno que te va a llevar a su casa después de acabar para volver a follarte.

Me sonrojé, pero permanecí inmóvil.

—¿Por qué me agregaste a la lista de personas que no podían visitarte en el hospital?

—No quería que me vieras así —dijo, y parecía sincero—. Además, llevabas allí dos semanas y yo estaba bien. Quería que te ocuparas de ti misma.

—¿Eres tú la persona anónima que ha cambiado mis billetes a primera clase para mis últimas firmas de libros?

—Por supuesto que no —aseguró, sonriente—. Solo alguien que todavía te ama haría algo así.

—Gracias —repuse.

—De nada. ¿Tienes más preguntas?

—Sí, todavía tengo dos más.

—Responderé solo a una más.

—Genial, ¿es ahora cuando vas a proponérmelo?

—No seas ridícula. —Apretó su boca contra la mía y me dio un beso tan intenso y salvaje que casi perdí el equilibrio. Luego me apretó la mano y tiró de mí hacia el ascensor—. Ahora es cuando empezamos un nuevo capítulo. Uno que podemos escribir juntos.

TERMINAL E: EPÍLOGO

GILLIAN

SEIS MESES DESPUÉS

ENTRADA DEL BLOG

¡Oh, Nueva York! ¡Nueva York! ¡Nueva York!

Me he vuelto a enamorar locamente de ti otra vez. Te echo de menos cuando estoy lejos unos días, y cada vez que veo desde el avión el horizonte de Manhattan, sé que es aquí a donde pertenezco.

Los fines de semana, desde el ático del Madison, en Park Avenue, veo cómo flotan sobre el río Hudson todas las esperanzas y sueños de la gente. Incluso me sorprende el éxito que sale a raudales de las ventanas abiertas de Wall Street. Pero esta vez no tengo que preguntarme si alcanzaré mi propio éxito.

Ya tengo todo lo que quería.

Ojalá pudiera poner en palabras cómo han volado —literalmente— los últimos seis meses, cómo cada momento se ha unido a la perfección al anterior para conducirme aquí, pero solo dispongo de unos minutos para escribir este post.

Estoy sentada en la terraza de una librería, preparándome para la firma final de la gira, contando con impaciencia los minutos que faltan para volver a verlo. Desde que nos encontramos en esa fiesta de la terraza, mi vida y la suya se han entrelazado sin esfuerzo, y no quiero estar alejada de él.

Estoy enamoradísima de él y, aunque intenta actuar como si no supiera de qué estoy hablando, siempre dice: «Joder..., te amo, Gillian», cuando me duermo entre sus brazos.

Sí, todavía discutimos de vez en cuando, y sí, en cada una de esas discusiones termina follándome contra la estantería, en la ducha o en la cama... y a veces, incluso cuando necesitamos discutir sobre algo, ni siquiera nos molestamos. Pasamos directamente a nuestra mejor parte: el sexo.

Dudo mucho que nuestro amor sea perfecto, o que se vuelva menos caótico con el paso de los años, pero así es lo nuestro, y no me gustaría que fuera de otra manera.

Quiero que seamos nosotros hasta el final.

Solo nosotros.

Hasta pronto.

Taylor G.

7 comentarios:

JakeTROLL: *Juraría que estuvimos de acuerdo en que no ibas a comenzar otro blog privado como Taylor G.*

TaylorG: *No, en lo que estuvimos de acuerdo fue en que nunca convertiría mi nuevo blog en un libro. (¿¿Cómo has dado con este??). ¿De verdad estás pidiéndole a un escritor que no escriba más?*

JakeTROLL: *Un escritor que no escriba leería mucho más, pero no le pediría nunca que dejara*

de escribir. (Te has dejado el portátil abierto y solo es necesario un par de interrogaciones). Solo te pido que no escribas más sobre nosotros. Ahora que ya lo has hecho y soy tu único seguidor, desactiva este puto blog o verás.

TaylorG: *¿Veré? ¿Qué veré, Jake?*

JakeTROLL: *No creo que quieras que escriba mi propia versión de Turbulencias 2. Creo que mi versión sería más correcta gramaticalmente y mucho más veraz.*

TaylorG: *No te atreverías...*

JakeTROLL: *Ponme a prueba...*

*****BLOG DESACTIVADO*****

PUERTA E1

Nueva York (JFK)

JAKE

Bebí un sorbo de agua mientras mi doctora favorita hacía tamborilear los dedos en la mesa de reuniones. Llevaba más de una hora sentado en la sala de reuniones de Elite Airways, esperando que terminara la última escena de esta larga e innecesaria investigación.

Habían sido precisos tres meses para que la Junta Nacional de Seguridad del Transporte determinara que el vuelo 491 había sufrido un fallo de mantenimiento, dos meses más para que la Asociación de Pilotos determinara que estaba mentalmente apto para volar de nuevo y uno más para que Elite decidiera que quería hacerme más preguntas.

—¿Capitán Weston? —La doctora Cox se aclaró la garganta—. ¿Cuántas veces tengo que repetir la pregunta anterior?

—Hasta que empiece a tener sentido.

—De acuerdo. —Se puso a hablar lentamente—. ¿Le dijo o no le dijo al copiloto que llamara a la torre de control y que pidiera permiso para subir más cuando usted volviera a la cabina?

—Lo hice.

—Bien. ¿Recuerda lo que pasó después? ¿Qué se encontró en realidad?

La miré, sin saber a dónde quería llegar. Ya había respondido a esta pregunta muchas veces en otras tantas entrevistas.

—No, no es una pregunta trampa, capitán Weston. Solo quiero que me cuente exactamente lo que recuerda. Podría ser cualquier cosa, dado el aspecto que presentaba el cielo y los sonidos que se escuchaban en la cabina. ¿Qué recuerda?

«Todo».

—Nada especial.

Movió sus papeles antes de continuar realizándome preguntas que me

resultaban familiares. Mientras hablaba, los minutos anteriores al choque se hicieron más nítidos en mi mente e intenté bloquearlos, pero fue inútil.

El sonido de los gritos de los pasajeros —por no hablar de los de Ryan— era algo que todavía revivía en mi mente. Eso, y el sentimiento de culpa de que no había sido capaz de prevenir el fatal desenlace.

—Vale, una última pregunta. —Su voz me arrancó de mis pensamientos—. La grabación de la cabina confirmó que tanto usted como el copiloto cumplieron con el protocolo de emergencia, pero queríamos aclarar una cosa más por razones personales. ¿Dijo o no las siguientes palabras antes de que el vuelo 491 comenzara a caer en picado a las aguas? Cito: «Dios..., te amo, Gillian».

—¿Qué tiene que ver eso con la investigación?

—Mucho —dijo con voz firme—. Necesito que responda a la pregunta, capitán Weston.

—Y yo necesito una pregunta que valga la pena responder.

Cogió un mando a distancia y la pantalla de la pared se iluminó con una ráfaga de estático gris y blanco. Luego, comenzaron a sonar las grabaciones inéditas que se habían realizado en la cabina.

—Hemos entrado en pérdida. —La voz de Ryan era temblorosa, pero fuerte y clara—. ¿Subo?

—No. Mantén esta altura. —Sin duda era mi voz—. Solo hay que resistir hasta que el aire esté más estable. Con tal de que no hayas intentado nada mientras he estado fuera, todo irá bien.

—¿Y si hubiera intentado algo? —Larga pausa—. Y si lo hubiera intentado y no lo hubiera conseguido, ¿hay un plan b?

A continuación se nos oía golpeando frenéticamente los controles y pidiendo a los pasajeros que se prepararan para el impacto que íbamos a tener. Llegó un débil sonido proveniente de la cabina, seguido del fuerte «¡Error! ¡Error!» que surgía del salpicadero del avión. Luego solo hubo un espeluznante silencio.

—¡Dios! —Mi voz surgió en la cinta una vez más—. Te amo, Gillian.

La grabación se detuvo de inmediato y la doctora Cox me miró con la ceja arqueada.

—¿Le refresca eso la memoria, señor Weston?

—Un poco.

—Bien —dijo ella—. Por fin estamos llegando a algo. —Hizo clic en el bolígrafo y garabateó algunas notas en el bloc—. Gracias por cooperar

durante los últimos meses y completar todas las evaluaciones requeridas por Elite y el departamento de recursos humanos. Como hemos dicho ya a los medios de comunicación, el factor clave del incidente fue un fallo en el mantenimiento. No vamos a suspenderlo ni a culparlo de nada.

—Entonces, ¿por qué sigo en la lista negra para trabajar con otras compañías?

—No lo sé. —Me miró con simpatía—. ¿No cree que vaya a volver a volar con nosotros?

—Lo dudo mucho.

—De acuerdo. —Ojeó unos cuantos periódicos, tarareando para sus adentros antes de levantar la vista—. Bien, creo que eso es todo por mi parte. ¿Tiene alguna pregunta?

—Sí, en realidad sí.

—¿De verdad? —Sonrió—. Pregunte.

—¿Puedo marcharme ya?

—Ah... Por supuesto. —Me entregó un papel para que lo firmara. Un formulario de autorización que confirmó que había completado cada paso del proceso de investigación.

—Gracias. —Firmé y le devolví el documento. Aliviado de que esto hubiera terminado, me dirigí hacia la puerta y me detuve antes de girar el pomo de la puerta—. Un minuto —dije mirándola por encima del hombro—. Tengo una pregunta más.

—Sí, puede marcharse, capitán Weston. —Me hizo un gesto con la mano—. Y no, no lo llamaremos hasta que llegue el momento de hablar personalmente con recursos humanos. Allí le darán todas las respuestas.

—Hablo en serio —protesté—. ¿Por qué me ha preguntado sobre las palabras que dije en la cabina? Nadie me ha hecho esa pregunta durante los últimos seis meses, así que ¿qué propósito tiene?

—Oh... Mmm... —Sus mejillas adquirieron un rojo encendido mientras negaba con la cabeza—. Estaba en la lista de cuestiones que debía preguntarle hoy. Eso es todo. No hay ninguna razón más.

—Está claro que sí que hay alguna razón, y quiero que me la diga. —Clavé los ojos en ella, echándole una mirada con la que le hacía saber que no saldría de esta habitación sin una respuesta—. Ya.

—Fue por razones personales. Razones estrictamente personales.

—Usted y yo no mantenemos una relación personal, así que ¿cuáles son esas

razones, doctora Cox?

Metió la mano en el bolso y sacó un ejemplar de *Turbulencias* con las mejillas teñidas de rojo.

—Solo... Solo quería saber si algo de lo que pone aquí es cierto o no. Y, salvo que se ha equivocado en algunos aviones y códigos de aeropuerto aquí o allá, lo es. Así que gracias por confirmar mis elucubraciones como lectora. — Hizo una pausa y luego esbozó la sonrisa más amplia que le hubiera visto nunca—. ¿Cree que se lo propondrá algún día?

«¡Dios...!».

Puse los ojos en blanco y salí de allí como alma que lleva el diablo. Aunque me persiguieron sus palabras, no miré atrás.

—¿Podría al menos firmar mi ejemplar?! —gritó—. ¡O, todavía mejor, dígame cómo puedo ponerme en contacto con Taylor G., para que pueda firmármelo!

Esa misma noche, recogí un montón de libros que acababa de leer Gillian y los devolví a su estante correspondiente por color y género. Había renunciado a discutir con ella cómo prefería que estuviera ordenados los volúmenes de la biblioteca. Ese desacuerdo en particular siempre terminaba en sexo, y los libros seguían estando como ella quería.

Y esa era solo una de las muchas concesiones que había tenido que hacer cuando se mudó al ático hacía unos meses. La *suite* de invitados era ahora su despacho, donde escribía, su familiar perfume de fresa parecía haberse grabado en las sábanas que compartíamos cada noche y seguía teniendo el hábito de girar las latas de Coca-Cola en la cocina cada vez que salía de casa. Además, su mejor amiga, Meredith, pasaba por el ático no menos de tres noches a la semana para que pudieran «ponerse al día con las estrellas de valoración y hablar sobre sexo». (Me aseguraba de tener siempre algo que hacer o algún lugar al que ir siempre que pasaba eso).

A pesar de que no había volado en un avión comercial desde el incidente, alquilaba aeronaves privadas de Signature y las pilotaba personalmente a cada una de las ciudades a las que tenía que ir Gillian a firmar libros. Entre los vuelos, las salvajes discusiones y nuestra incomparable manera de follar, me di cuenta de que los dos compartíamos una especie de locura.

Eché un vistazo al reloj y saqué el móvil para escribirle un mensaje con

intención de saber dónde estaba, pero me encontré tres mensajes de mi padre.

Nathaniel: Hola, Jake. ¿Tienes un minuto?

Nathaniel: Jake, sé que has visto este mensaje... Este es tu nuevo número.

*Nathaniel: Pensaba que nos ibas a dar a Evan y a mí otra oportunidad para hablar contigo...
Han pasado meses, Jake. Por favor, contesta... Por favor...*

Pasé el dedo por el botón de respuesta, pero no me decidí. Eliminé los mensajes, como todos los demás que me había enviado con anterioridad.

Había leído su último artículo en *The New York Times* más de cien veces. Incluso había visto todas las entrevistas que le habían realizado en los programas matinales de televisión, queriendo creer que estaba realmente arrepentido de todo lo que había hecho, pero todavía me daba la impresión de que hacía todo aquello para mantener limpia la imagen de Elite. Y aunque me había dicho lo mucho que lo sentía en el hospital, todavía no estaba seguro al cien por cien de su sinceridad.

Me puse a escribirle un mensaje a Gillian, pero antes de que terminara, entró en el ático con un montón de bolsas.

Las dejó en el mostrador de la cocina y se dirigió directamente a las latas de Coca-Cola, que empezó a girar una por una. Murmurando para sus adentros, movió algunas cosas más antes de que sus ojos verdes se encontraran con los míos.

—No te había visto. —Se sonrojó—. Me pareció entenderte que la entrevista duraría hasta las cinco.

—Hemos terminado antes. —Me acerqué a ella y la estreché con fuerza, apretando los labios contra los suyos—. ¿Qué llevas en esas bolsas?

—Cosas para esta noche, para evitar que te disculpes diciendo que tienes que irte a por algo.

Arqueeé una ceja.

—Es la primera vez que entrevistan a tu padre en directo —me recordó—. Y me prometiste la semana pasada que tratarías de verlo. Que le darías al menos treinta minutos.

—Dije treinta segundos. —Le dibujé la boca con un dedo—. Hay muchas cosas que prefiero hacer esta noche en vez de ver mentir a mi padre en directo en televisión.

—Bien, pues podemos hacerlas después de la entrevista. —Dio un paso atrás y empezó a sacar lentamente los artículos de las bolsas—. Vino para ti, café para mí, postres *gourmet* de tu restaurante favorito y dos nuevas revistas de crucigramas. ¿Adivinas cuáles son los temas de cada una?

—Prefiero no hacerlo.

—Entonces te lo diré yo. —Sonrió—. La primera va sobre anomalías. La segunda, sobre compromisos a largo plazo.

Sabía qué debía responder a eso. Le arranqué la botella de vino de las manos y le indiqué que se sentara en el sofá. Como estaba seguro de que no iba a querer salir por la entrevista, preparé una cena rápida y me senté a su lado.

Hice *zapping* por los canales, deteniéndome cuando vi la cara de mi padre en la CBS. En la parte superior de la pantalla había un titular:

«El presidente de Elite Airways rompe finalmente su silencio».

—Hoy tenemos una entrevista muy especial, consecuencia directa de las sorprendentes declaraciones del presidente de Elite Airways, Nathaniel Pearson, un hombre que ha hecho historia en la industria aeronáutica —comentó la reportera rubia que había sentada a su lado—. Esta noche, el presidente nos ha ofrecido una exclusiva.

Mi padre sonrió débilmente a la cámara, pero la cara de la periodista se mantuvo inexpresiva.

—Señor Pearson, vamos a ir directos al grano. ¿Por qué mintió y dijo que su esposa había muerto en el accidente fatal de la aerolínea? ¿Dónde se encuentra exactamente su esposa si no ha fallecido, tal y como explicó en *The New York Times*?

—Es un tema... personal. Y si mentí fue porque...

—En realidad —saltó la entrevistadora, interrumpiéndolo—, no solo ha mentido, sino que tanto usted como su hijo, Evan Pearson, se han esforzado mucho durante años para ocultar ese hecho.

Él no respondió a ese comentario, solo la miró fijamente.

—Y por si eso no fuera suficiente, siendo su compañía y usted los pioneros en multitud de campañas para ensalzar la institución familiar, repudió a su propio hijo. Un hombre que al final acabó trabajando para su compañía. ¿Cómo espera que el pueblo estadounidense vuelva a confiar en su empresa?

¿Cómo podemos creer lo que va a contar esta noche?

—No lo sé, Christy. Depende de si me das o no la oportunidad de decir algo esta noche —repuso él, y por una fracción de segundo recordé que compartíamos el mismo sentido del humor.

—Disculpe —dijo ella—. Empecemos por el principio. Después de todo, disponemos de una hora. ¿Quiere decir algo antes de que empiece a hacerle preguntas?

—Sí. —Miró a la cámara fijamente—. Jake, si estás viendo esto, lo siento. Me siento muy mal por todo lo que te he hecho. Por arruinar a la familia de tantas formas, con tu esposa, tu madre, tu hermano...

Gillian se acercó a mí y entrelazó sus dedos con los míos cuando él hizo una pausa.

—Quiero que sepas que todas las palabras que escribí en ese artículo me salieron del corazón, ya que estoy seguro de que no has abierto ninguna de las cartas que te he enviado. —Parecía al borde de las lágrimas—. Una parte de mí siente que no me queda mucho tiempo para rectificar, así que... haré lo que sea necesario para que todo se solucione entre nosotros. Entre todos nosotros. Sé que no crees que lo diga de verdad, pero el FPE sigue en pie, y nada me gustaría más que ostentaras el mando de Elite...

Apagué el televisor.

—Bien, sin duda sigue conociéndote muy bien. —Gillian me quitó el mando y volvió a encender la tele—. Si por casualidad te parece mal esto, apágala de nuevo y haremos otra cosa. —Me tendió el mando a distancia, pero no lo cogí.

En vez de eso, la senté en mi regazo, donde permaneció durante el resto de la entrevista. Supe, cinco minutos antes de que terminara, que mi padre había conquistado de nuevo con facilidad al crédulo público.

Cuando la entrevistadora le dio las gracias por acudir al programa con una sonrisa, apagué el aparato antes de que comenzara la parte en la que analizaban la entrevista.

Gillian se volvió hacia mí lentamente, y nuestros ojos se encontraron.

—Creo que deberías considerar su oferta, Jake.

—¿Por qué?

—Hay muchas razones.

—Dime solo tres.

—Bueno, la primera es que creo que en el fondo quieres darle una oportunidad y acercarte de nuevo a tu familia. —Esperó a que respondiera,

pero permanecí en silencio—. Dos, sabes que se te daría muy bien.

—¿Y tres?

—La tercera es... —Hizo una pausa—. La tercera es que le darías a alguien que yo me sé vuelos ilimitados en primera clase siempre que los quisiera.

—Estoy seguro de que eso ya lo tienes ahora. —La rodeé con mis brazos y me levanté, sosteniéndola contra mi pecho mientras me dirigía al dormitorio—. Eso no influirá en que considere o no su oferta.

Parecía como si estuviera a punto de decir algo más, como si estuviera a punto de empezar uno de esos largos monólogos que me seguía soltando de vez en cuando.

—Lo pensaré. —Le cubrí la boca con la mía y le mordisqueé el labio inferior antes de que pudiera decir una sola palabra—. Déjame que lo piense, ¿vale? ¿Quieres discutir sobre algo más?

—De hecho, sí. —De repente, parecía nerviosa—. Se trata de *Turbulencias*.

—En ese caso... —La arrojé al centro de la cama y apagué las luces—. Lo discutiremos mañana.

—¿Mañana? ¿Por qué no podemos hablar ahora?

—Porque ahora mismo... —dije—, vas a sentarte en mi cara y te voy a devorar el coño hasta que no puedas más...

—Jake... —comenzó, pero la detuve poniéndole el dedo sobre los labios y la empujé sobre mí.

—... hasta que estés demasiado cansada para decir una palabra.

PUERTA E2

(En vuelo...)

GILLIAN

AL DÍA SIGUIENTE...

Me desplomé encima de Jake, con el pelo enredado y la piel empapada de sudor, mientras sobrevolábamos las Carolinas. Todavía me estaba intentando recuperar de la noche anterior, cuando había estado demasiado cansada para preguntarle por qué necesitábamos ese vuelo privado a una hora tan temprana de la mañana.

Todo lo que podía recordar era que me había despertado diciendo que no podía esperar más para «hacerlo». Al principio, se me aceleró el corazón por si era una propuesta, pero ese pensamiento murió con rapidez cuando dijo que nos dirigíamos a Florida para reunirnos con su padre.

—Esto es solo una reunión de tanteo —me dijo con suavidad, mirándome a los ojos—. Necesito poner fin a esto.

—Vale —asentí, y él cambió de tema.

—¿Has terminado la revista de crucigramas que te pasé la semana pasada?

—¿La de las frases populares? —Negué con la cabeza—. Hice todos los pasatiempos menos uno. Ya te dije que eran demasiado fáciles.

—Entonces, ¿puedo suponer que terminarás los que me compraste ayer?

—Ya tengo uno por la mitad. —Sonreí—. No tengo la culpa de que no los hagas tan rápido como yo. —Suspiré mientras él me pasaba la mano por la espalda—. Jake, tengo que decirte algo ahora. No puede esperar.

—¿Es sobre el epílogo? —preguntó en voz baja—. Ya me contaste algo antes de quedarte dormida.

—Sí, y no...

—No puede ser sí y no a la vez. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Se trata realmente de un epílogo o es más bien una segunda parte?

—Es solo un epílogo. Un extra para los lectores.

—Y ¿cuántas palabras aleatorias y secretas tienes que incluir? ¿Que follaron felices para siempre jamás?

—Unas cuatro mil. Mi agente me ha dicho que la novela terminó demasiado bruscamente, así que...

—Así que, claro, no podías decirle que no.

—Exacto.

Silencio.

—De acuerdo, Gillian. —Puso los ojos en blanco—. Entonces, ¿eso es todo?

Tragué saliva, medio asintiendo, antes de sacudir la cabeza.

Como si supiera que estaba luchando por soltar la respuesta, empezó a interrogarme.

—Sea lo que sea, ¿es malo?

—No...

—¿Puede esperar?

No respondí.

—Gillian, ¿puede esperar a que regresemos a casa?

—No estoy segura. —No sabía por qué me resultaba tan difícil. Lo había estado ensayando un millón de veces durante los últimos días—. ¿Cuánto tiempo vamos a estar en Florida?

—Dos días. —Continuó frotándome la espalda—. Con independencia de lo que decida, volveremos dentro de seis meses y nos reuniremos con él en persona para darle la respuesta final. Te necesitaré a mi lado.

—Lo más seguro es que ese viaje no pueda hacerlo —susurré.

—¿El editor ha programado otra gira para firmar libros? —Me miró a los ojos—. Pensaba que ya habías terminado con eso la semana pasada.

—No, es que... —Apenas oía mi propia voz—. Es porque las mujeres embarazadas no deben subirse a un avión durante el último trimestre.

—¿Qué? —Su mano se detuvo sobre mi piel.

—Ya lo has oído, Jake.

—Creo que no he oído bien. ¿Qué acabas de decir?

—Estoy embarazada. —Clavé los ojos en sus iris azules, tratando de identificar su reacción—. Llevo toda la semana tratando de contártelo.

Él parpadeó.

—No quería decírtelo antes de la entrevista de tu padre, porque sabía que estabas centrado en eso, y tampoco quería hablarte de ello cuando visitamos a

tu madre el otro día. Incluso a pesar de que dijo que deseaba que su Jake se diera prisa en tener hijos, no pude... —No había podido decírselo, no sabía por qué—. La verdad es que me siento muy emocionada ante la idea de empezar una familia contigo, así que si tú no sientes lo mismo, no pasa nada. Seguiré sintiéndome feliz, pero no creas ni por un segundo que eso significará que no te volcarás con él, Jake. Lo harás.

No dijo nada, solo me miró fijamente.

—Y una cosa más —añadí—, ya que sigues ahí sentado tan callado... Lo que puse en el blog es cierto, aunque sigues intentando negarlo por alguna razón. No hay otro hombre para mí, y no hay otra mujer para ti, y sé que lo sabes, Jake. Lo sabes muy bien. Y si no quieres casarte conmigo tan pronto, lo entiendo, pero mentiría si te dijera que yo no quiero...

—Cállate, Gillian. —Me interrumpió con un beso—. Deja de hablar ya. —Me secó las lágrimas de la cara y me besó de nuevo hasta que mi llanto cesó. Luego sacó una revista de crucigramas de su maleta y me la dio.

—Después de todo lo que acabo de decir... —se me quebró la voz—, ¿solo me dices que me calle y que empiece un crucigrama?

—No, quiero que vayas al único que no has terminado.

Lo cogí y fui a la última página. Arqueé una ceja; no podía creer que no me hubiera dado cuenta antes. Todas las definiciones eran la misma, y la forma del crucigrama era para principiantes.

Veintiuna letras. Tres palabras. Frase popular que le dice un hombre a una mujer cuando le propone amor y compromiso a largo plazo.

«¿Quieres casarte conmigo?».

—¿Quieres casarte conmigo? —Lo miré. Nuevas lágrimas salieron de mis ojos—. ¡¿Quieres casarte conmigo?!

—Sí —dijo, deslizándose un enorme anillo de diamantes en el dedo—. Pero técnicamente he sido yo quien lo ha preguntado antes.

Me había quedado sin palabras, y estaba segura de que eso era algo que a él le encantaba.

Se me acercó y me besó, susurrando que se sentía muy feliz por el bebé, y luego, antes de que yo adivinara su intención, me subió a su regazo. Nos perdimos en lo nuestro otra vez.

PUERTA E3

«Jake Weston, el hijo secreto del expresidente de Elite Airways, Nathaniel Pearson, se hace cargo de la dirección de la compañía».

The New York Times

«El nuevo presidente de Elite da su primera rueda de prensa en Nueva York».

The Wall Street Journal

«Elite Airways vuelve a ser la aerolínea número uno bajo el mando del nuevo presidente».

Flying Magazine

«El presidente de Elite Airways, Jake Weston, se casa con la autora de *Turbulencias*, Taylor G, en una ceremonia privada».

People

«*Turbulencias* vuelve a las listas de *best sellers* a raíz del matrimonio de su autora con el presidente de Elite: los fans aseguran que ahora la novela tiene más morbo».

Entertainment Weekly

«El departamento de relaciones públicas de Elite niega todos los hechos descritos en *Turbulencias*, y anima a los medios a pasar del tema».

USA Today

«Taylor G. revela las primeras imágenes de su hijo recién nacido, Jake C. Weston II, en una entrevista exclusiva».

People

«Penguin adquiere por dos millones de dólares los derechos de publicación de la relación de un piloto con su antigua asistente, ahora esposa. No se confirma ni se niega la segunda parte de *Turbulencias*».

The New York Times

NOTA DE LA AUTORA

Estimado lector:

Gracias por dedicar parte de tu tiempo a leer este libro. Espero que te entretuviera y disfrutaras de su lectura tanto como yo disfruté escribiéndolo.

Si te gustó y dispones de más tiempo, por favor deja un comentario en Amazon o en las demás plataformas digitales y de venta de libros físicos. O búscame en Facebook para que pueda agradecértelo personalmente J

Agradezco muchísimo que me hayas dedicado tu tiempo, y espero volver a ser invitada a tu mundo con mi próximo libro. Hablando de eso, si deseas estar al tanto de todas mis publicaciones, de las fechas de lanzamiento y ofertas especiales, por favor, inscríbete en mi página web.

Os quiero.

Whitney G.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas best seller incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de The Indie Tea, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Su primera novela *Una noche y nada más* (Phoebe, 2017) ha sido la sensación del año, batiendo todos nuestros récords de ventas y consiguiendo el aplauso unánime de nuestras lectoras.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su instagram, en twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

www.whitneygbooks.com



Twitter: @WhitGracia

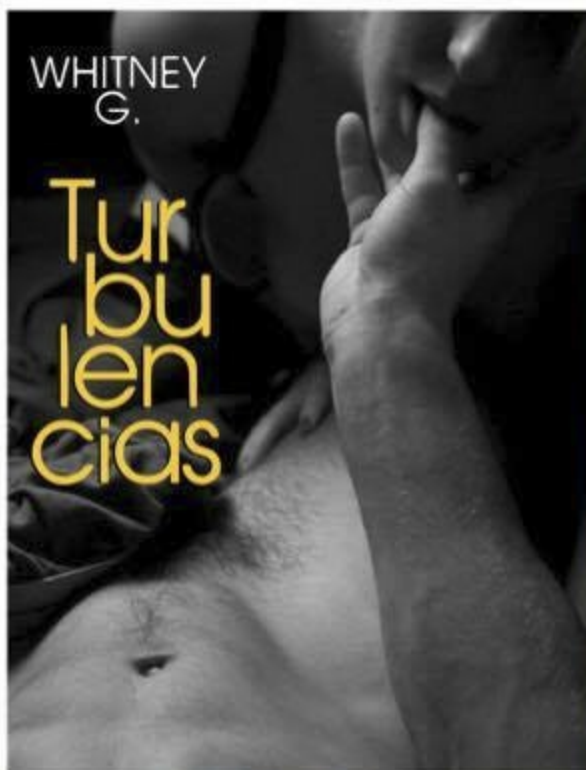


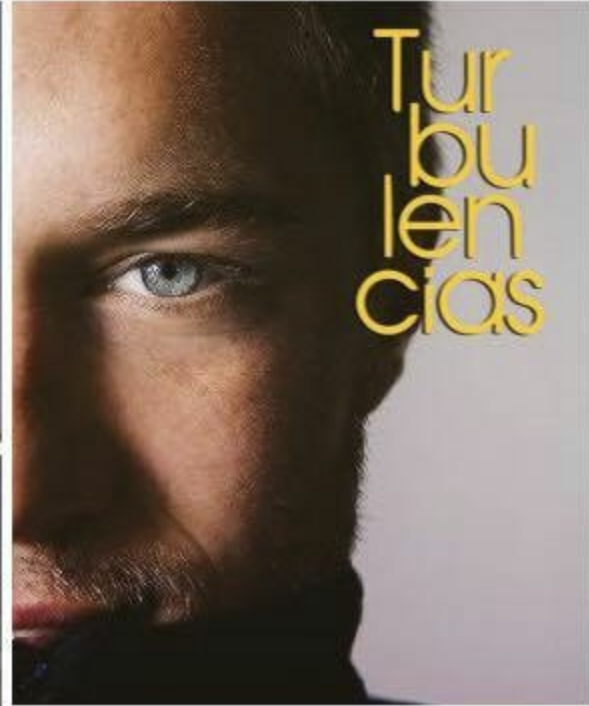
Facebook: @AuthorWhitneyG





FANPICS













Chico conoce chica

Chico conquista chica

Chico jode chica

(O viceversa...)

Tur
bu
len
cias
WHITNEY
G.



Tú eres

mi anomalía

Tur
bu
len
cias

WHITNEY
G.



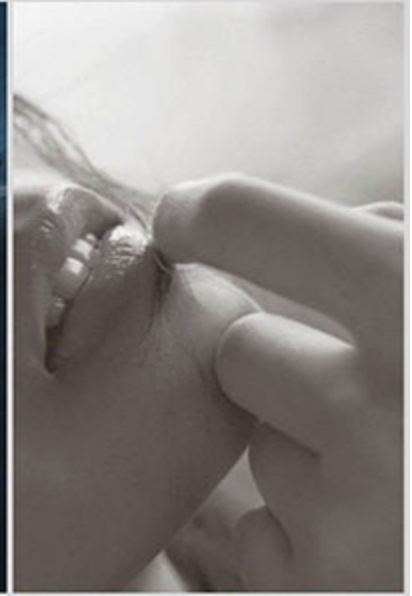
Tur bu len cias

WHITNEY
G.

Vamos a compartir
nuestros cuerpos,
no nuestras
almas.

Eso es todo lo
que puedo
ofrecer.

Eso es todo lo
que puedo darte.

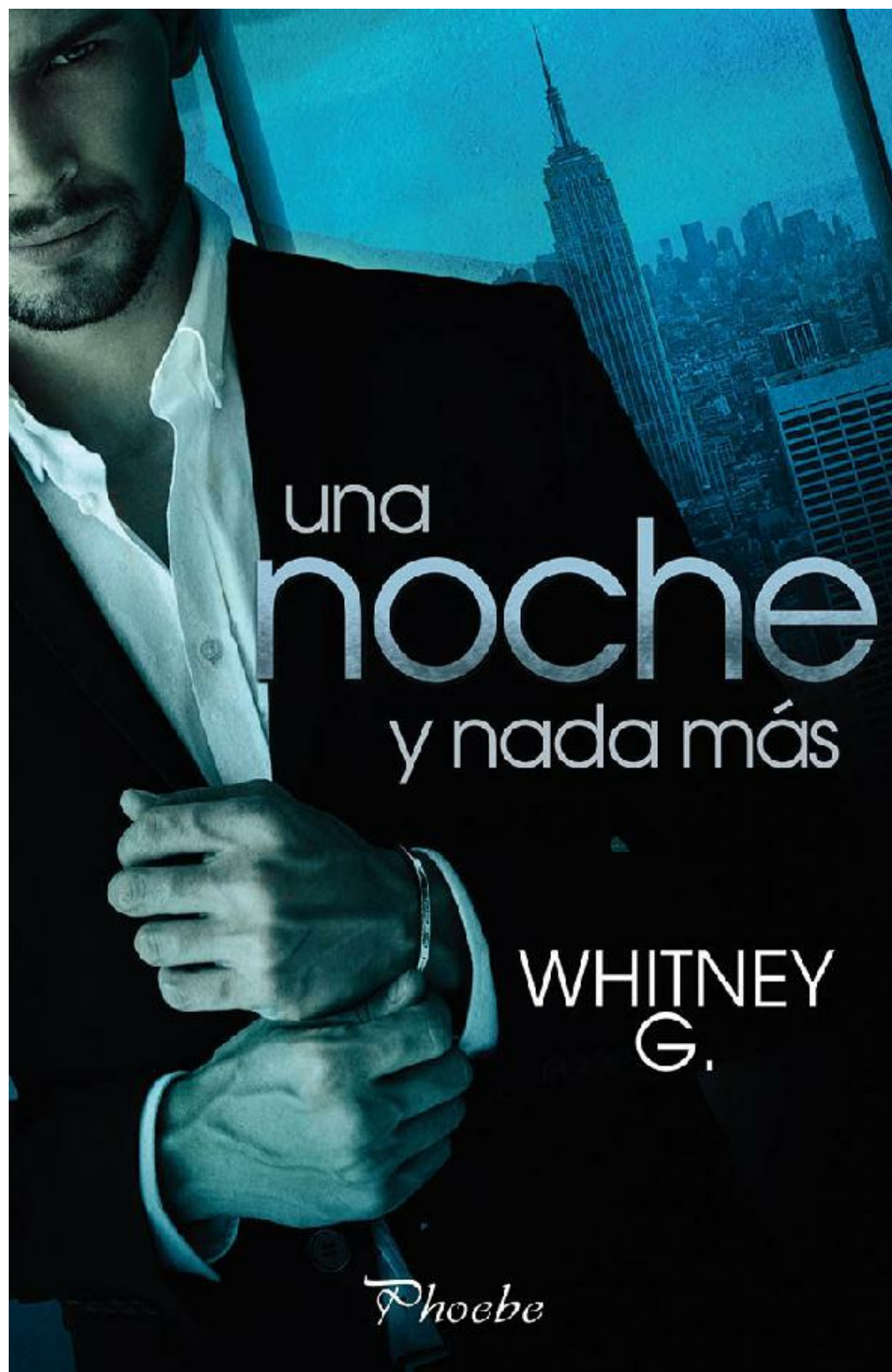






MÁS LIBROS DE LA AUTORA

Disponible en papel y en digital *Una noche y nada más*, editado por ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:



una
noche
y nada más

WHITNEY
G.

Phoebe

Una noche y nada más

Me llamo Andrew Hamilton y soy uno de los mejores abogados de Nueva York. No puedo perder mi tiempo con relaciones románticas, por lo que cubro mis necesidades saliendo con mujeres que conozco de forma anónima a través de una web de ligues.

Tengo un gusto muy particular: rubias y curvilíneas, que a ser posible no sean unas jodidas mentirosas (aunque eso es otra historia).

Mis reglas son muy sencillas: una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Se trata solo de sexo. Ni más. Ni menos.

Por lo menos se trataba de eso hasta que conocí a «Alyssa». Yo pensaba que era una abogada con la que intercambiaba opiniones jurídicas a altas horas de la noche, alguien con quien hablar...

Pero, de repente, se presentó en mi bufete para una entrevista...

Y todo cambió.

Lee [aquí](#) el principio de *Una noche y nada más*.